LIBRARY OF PRINCETON
MAR 1 1904
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
4818
.3
.C373
1902

Catolicismo y Protestantismo

Catolicismo

y Protestantismo

Razones decisivas y perentorias

por las que un verdadero cristiano no puede

ser protestante sino

CATOLICO-ROMANO

« *Credo sanctam Ecclesiam catholicam.* Creo en la santa Iglesia católica.» Símbolo de los Apóstoles.

Pastoral del Excmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Montevideo

LIBRARY OF PRINCETON
MAR. 1 1994
THEOLOGICAL SEMINARY

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ
Calle Buenos Aires 155, Esq. Misiones
1902

Catolicismo y Protestantismo

Impugnación sumaria del protestantismo comparado con el catolicismo

Existe un hecho admirable y único en la historia del cristianismo. Al través de casi XX siglos viene resonando en el orbe entero la profesión de fe que enseñaron los Apóstoles de Jesucristo en el símbolo ó credo formado por ellos, poco antes de separarse para repartirse el mundo en la predicación del Evangelio: *¡Creo en la santa Iglesia católica!*

Pero, desde entonces y al través de todos los siglos, sólo la Iglesia de Roma, fundada sobre el príncipe de los Apóstoles, ha continuado llamándose la *Iglesia católica*. Sus mismos adversarios no han podido negarle esta designación, y, como observaba ya S. Agustín, cuando á los mismos herejes se les pregunta: *¿dónde está la Iglesia católica?*, todos designan la Iglesia de Roma. Así, ninguna otra rama del cristianismo puede repetir esta profesión de fe: *Creo en la santa Iglesia católica*, sino que se vé obligada á decir: «Creo en la iglesia luterana, anglicana, calvinista, evangélica, metodista, cristiana ó alguna otra denominación de las *mil sectas* protestantes que existen separadas de la Iglesia romana, tan antígua como el cristianismo y única que lleva el sello divino, consignado en el símbolo de los Apóstoles: *Yo soy la Iglesia católica.*

De manera que todas las iglesias separadas, cismáticas ó protestantes, pronuncian su propia condenación al pronunciar el credo de los Apóstoles, pues ninguna puede decir *creo en la santa Iglesia católica*, como nos manda el símbolo apostólico.

Y esto solo ¿no resuelve ya la cuestión acerca de la verdadera Iglesia de Jesucristo? El divino Redentor dijo á sus Apóstoles y en ellos á sus sucesores: «Id é instruid á las gentes, bautizándolas y enseñándoles á observar todo lo que os he mandado; el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará.» ¿Queremos ser cristianos obedeciendo este mandato de Jesucristo? *Creamos en la santa Iglesia Católica*, como nos declara el símbolo de los Apóstoles; pues *el que no obedeciere á esta Iglesia será tenido por gentil y publicano*, segun nos declara el mismo Jesucristo.

¿Cuál será, pues, la razón de profesar con certeza la doctrina de Jesucristo, y cuál la garantía del verdadero cristiano? Esta y ninguna otra: *Creer en la santa Iglesia católica*, creer en la enseñanza de la Iglesia católica; enseñanza que está contenida, en verdad, en la Biblia y la tradición, aunque para cada fiel existe la obligación simplemente de obedecer á la Iglesia, porque ella sabe á qué atenerse para cumplir su misión de enseñar á todas las gentes hasta la consumación de los siglos. Pues si cada individuo, para creer en la Iglesia, puede y debe antes convencerse de los títulos que legitiman la misión divina de la Iglesia, demostración que haremos en otra parte, no puede ni tiene derecho á exigirle cómo ella cumple con su misión; porque entonces cada individuo sería

superior á la Iglesia desde que se convertiría en juez de la misma.

Y además, sería inútil la misión de la Iglesia, ya que cada fiel se supondría con la ciencia suficiente é infalible para fallar sobre el cumplimiento de esa misión y sobre la ortodoxia ó verdad de la enseñanza dogmática de la Iglesia.

Y sin embargo, ésta es la base del protestantismo en cuanto admite, como ùnica regla de fe, la sola Biblia, interpretada según el criterio privado de cada cual, lo que constituye la destrucción del cristianismo en su base.

¿Qué es, por tanto, el protestantismo con respecto á la Iglesia de Jesucristo? Tanto los católicos como los protestantes de buena fe, tienen necesidad de formarse una idea bien clara sobre esta cuestión; pues todos desean militar en la verdadera Iglesia de Jesucristo. Pero, como no todos tienen ni el tiempo ni los medios de estudiarla detenidamente, vamos á presentársela reducida á su más simple expresión, y á examinarla en lo que tiene de más decisivo y perentorio.

Y no podrá negarse la oportunidad de tratar esta cuestión, pues se pretende convertir nuestra República en tierra de conquista protestante. Hemos tenido en nuestro país un enviado extraordinario del metodismo episcopal, venido de Norte-América; tenemos pastores metodistas, anglicanos y evangélicos, y además la titulada *Liga de cristianos,* nada menos que para libertar ó *emancipar á la América latina del yugo papal;* esto es, tenemos una invasión protestante para descatolizar estos países; pues lo que llaman *yugo papal* en lenguaje protestante, no es otra cosa que la auto-

ridad de Pedro, continuada en los Papas, sus sucesores, y que no es sino *el suave yugo de Jesucristo*, según la expresión bíblica.

Pues bien; vamos á demostrar que el protestantismo, lejos de representar el cristianismo ó el Evangelio, no es en el fondo más que un sistema de incredulidad, que reposa sobre la misma base de todos los otros sistemas de error, y cuyo desarrollo completo sería la destrucción del cristianismo. Bajo cualquier aspecto que se le considere, se llega á esta terrible verdad, que sale de su misma esencia y está escrita en toda su historia.

I

En efecto, el principio fundamental del protestantismo consiste en que la razón de cada individuo, interpretando la Biblia, debe ser su única regla de fe.

El protestante, en verdad, no podría tener otra regla de fe, puesto que es su razón sola la que determina para él el sentido de la Biblia. Ahora bien; como nadie puede creerse infalible, ni por consiguiente estar seguro de que la fe que él se ha formado no contenga *error*, nadie puede tener una fe *cierta*.

Nótese, en efecto, que sería necesario que su razón falible tuviese una regla cierta para determinar el sentido de la Escritura. Pero desde que se establece que la razón de cada hombre es juez de la verdad, todas las reglas que se le pueden dar se reducen á esta: *todo lo que parezca claro á vuestra razón es verdadero*.

Mas ¿quién no ve que se trata precisamente de saber cómo el protestante se asegurará de que no

se ilusiona al pronunciar, según su sola razón, que tal dogma está contenido claramente en la santa Escritura, y que tal otro no lo está?

¿Pretenderá que á este respecto toda ilusión es imposible?

Entonces que se declare infalible; pero mientras no llegue á este extremo de insensatez, estaría obligado á confesar que no posee la certidumbre de su fe, puesto que no reposa mas que sobre su sola razón, que tiene necesidad de una regla, y que la regla que se le dá no es mas que su propia razón, sujeta al error.

Además, las interpretaciones individuales de la Biblia, siendo necesariamente tan diversas como los juicios de cada individuo, sucede que cada protestante tiene contra su interpretación individual las de todos los otros que la entienden de diversa manera. Ahora bien; de tantas interpretaciones diversas, una sola es la buena, si es que alguna lo es. ¿Con qué fundamento cada protestante podría asegurar que ha tenido el privilegio de encontrarla? La explicación de la Biblia, que su razón cree ser la verdadera, al tener contra ella tantas probabilidades como hay de explicaciones contrarias admitidas por otras razones individuales ¿por qué carácter incontestable ha de encerrar la verdad, la verdad que es una sola?

El dirá que ha examinado los pasajes de la Biblia, que los ha comparado é ilustrado los unos por los otros. Sea; pero cada uno dirá lo mismo, y tiene las mismas razones para creer en la eficacia de su examen.

Cuanta más confianza tenga en su examen particular, como el único medio establecido para conocer la verdadera religión, tanto mas

su convicción particular deberá titubear al verse combatida por tantas convicciones diferentes, igualmente fundadas sobre el único medio establecido para discernir la verdadera religión. Así, rechazando la interpretación de los demás, por que es opuesta á la suya, y forzado á dudar de la suya, por estar contradicha por todas las otras, quedará reducido á no saber lo que debe creer ni lo que cree, esto es, á *dudar;* y *la duda* no se compadece con *la fe.*

En fin, si cada protestante no tuviese contra su propia explicación de la Biblia más que las otras explicaciones de cada protestante, debería en verdad quedar en la duda; sin embargo, como las interpretaciones de los demás protestantes, al reposar también sobre su razón particular, son igualmente inciertas, variables y opuestas á las otras, no presentan autoridad alguna á la que sea razonable ceder.

Además, el protestante, al admitir su propia razón como juez supremo de la fe, declara por esto mismo que se cree más capaz de entender el verdadero sentido de la Escritura que la Iglesia toda entera, y que su explicación particular debe prevalecer sobre la tradición constante y universal. En vano la Iglesia testificará contra él la fe de todos los tiempos. Despreciará su testimonio, y, afirmándose en su propio sentido, le dirá: «Tú te has engañado; yo soy quien lo dice.» Pero, ¿qué es ésto, preguntamos, sino el orgullo, y, lo que es más deplorable, el orgullo mandado como regla y como disposición necesaria para llegar al conocimiento de la religión?

Nó; no hay fe posible para el protestante; lo que él llama *su fe* no es más que una opinión,

tan vana é inconstante como sus demás opiniones. La religión, la fe divina, no es para él más que una manera de ver, un sistema y nada más. Deberá siempre temer el haberse equivocado, y jamás podrá pronunciar con plena certeza la primera palabra del cristiano: *creo*. Y por más que haga, la duda será siempre el fundamento de su símbolo ó credo religioso; pues carece de un *medio cierto* para interpretar la Biblia, ya que su razón es falible.

Y en verdad; esos pobres hermanos nuestros, dan lástima y compasión, al oirles llamarse cristianos; pues ¿cómo pueden saber en qué consiste *la fe cristiana*, el cristianismo, si andan á merced de todas las interpretaciones y carecen de *credo infalible*, único digno de obligar la conciencia?

Un cristianismo fundado en la libre interpretación individual, es una verdadera paradoja; es el capricho de cada cual aplicado á la Biblia, de donde pueden sacarse tantos cristianismos como interpretaciones individuales.

Pero hay más; considerado bajo otro aspecto, el principio del protestantismo conduce tambien directamente á la destrucción de la fe.

¿Sábese lo que se hace cuando se dice á los hombres: no creais sino según vuestro examen particular? Es decir claramente á la mayoría de los hombres: *no creais en nada*. En efecto; no se puede desconocer que la discusión de los textos de la Escritura está por encima de la capacidad de los ignorantes, de las personas sin letras, del pueblo, en una palabra, esto es, de la más grande porción del género humano.

Los autores protestantes lo han confesado con frecuencia, por más terrible que fuese esto

para el protestantismo; pero obligados por el simple buen sentido, comprendían que sería asáz absurdo sostener que el pueblo pudiese ver claro en la discusión del sentido de la Biblia, sobre el cual los sabios no pueden ponerse de acuerdo; y que quien no sabe leer, por ejemplo, pudiese determinar el sentido de un libro.

Pues bien; si el exámen particular es impracticable para la mayor parte de los hombres, y si él es sin embargo, según el principio de los protestantes, el único medio de conocer la verdadera fe, se sigue rigurosamente que la mayoría del género humano debe desesperar de conocerla, y quedarse sin cristianismo.

Hé aquí pues, el término fatal de esta doctrina, tan halagadora desde luego para el orgullo, y en seguida tan humillante. Se exalta la razón del hombre para rebelarlo contra la autoridad de la Iglesia. Se le dice: no temais nada; afirma, niega, dogmatiza á tu antojo, pues te bastas á tí mismo; y hé aquí que por no haber querido creer más que en sí mismo, está condenado á no creer en nada.

Así, es de notar que si el pueblo, en ciertas regiones protestantes, conserva aún alguna fe y algo de cristianismo, no es en virtud de los principios de la reforma, sinó rechazándolos en la práctica. Es por que de hecho regla su fe por la enseñanza de sus pastores; porque siente muy sensatamente que, si quisiese formularla según las discusiones superiores á su alcance, la perdería al instante.

Pero, si la fe cristiana es imposible á la mayor parte de los cristianos, el cristianismo no podría ser la verdadera religión, que es necesaria para todos y debe estar al alcance de todos. Así,

el protestantismo pretende que es el cristianismo verdadero y el puro Evangelio; y en sus principios, el cristianismo no seria la verdad, sinó un conjunto de sectas arbitrarias. Hé aquí su última consecuencia, y todo protestante que no la deduzca, no se entiende ásí propio, y es inconsecuente con su principio fundamental.

II

Limitándonos á estas consideraciones tan sencillas como decisivas, todavia no se comprenderia, sino de una manera incompleta, cómo el protestantismo, por su efecto necesario, opera la destrucción del cristianismo.

El género humano ha creído siempre que la verdadera religión no puede ser un pensamiento individual, sino que debe existir una institución ó sociedad en donde fuese profesada; y la existencia de esta sociedad religiosa, depositaria de la verdadera fe, se hizo más manifiesta después que Jesucristo ha declarado solemnemente que establecía sobre la tierra su Iglesia, esto es, una sociedad espiritual, perpetua, una, universal, fundada sobre la profesión pública de la fe cristiana. «Tú eres Piedra, (Pedro) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Iglesia que San Pablo llama la columna de la verdad.

Ahora bien; es evidente que la sociedad espiritual ó la Iglesia, no puede existir ni concebirse sin un *credo* ó símbolo de fe; porque ¿como la Iglesia podria profesar la fe, si ésta no se expusiera públicamente? Pero, desde que se da á cada individuo el derecho de formar por sí mismo su creencia, según la propia interpretación de la Biblia ¿quién no vé que un símbolo de fe

es la cosa más rigurosamente imposible que pueda imaginarse?

Un simbolo contiene lo que es necesario creer; pero, ¿cómo determinar lo que es necesario, cuando cada individuo tiene el derecho de escojer lo que debe admitir ó rechazar? Reconocer este derecho ¿no es declarar formalmente que no se reconoce ningún dogma, cuya fe sea necesaria? Cada cuál podrá tener sus opiniones meramente individuales; pero jamás se formará una regla de fé á la que estén obligados á someterse. Si os apercibis de algún dogma en la Biblia y lo creeis, según vuestra razón, otro individuo lo rechazará, si su razón no lo percibe ó percibe lo contrario, pues debe rechazarlo en virtud del mismo principio que os lo hizo admitir.

Así, el luterano admite la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, porque su razón descubre este dogma en la Biblia; pero la razón del calvinista, que no está obligado á ceder á la del luterano, no cree en ella, porque cree ver lo contrario. Así también, la razón del luterano y del calvinista están convencidas de que la divinidad de Jesucristo está claramente expresada en la Biblia; pero como el sociniano, interpretando igualmente la Santa Escritura según su razón, cree encontrar lo contrario; deben aquellos reconocer que en virtud del principio común de los protestantes, el sociniano debe rechazar lo que ellos aceptan. Recórranse todas las verdades reveladas y sucederá lo mismo con todas; no se encontrará una sola de la que pueda afirmarse que es necesario creer para ser cristiano.

Interrogado, en efecto, el protestantismo, si le obligais á indicar las verdades cuya fe es necesa-

ria al cristianismo, no puede responder. Las confesiones de fe en las iglesias protestantes, por lo demás son opuestas, no declaran ni pueden declarar sino una cosa, que sus autores partiendo del principio de la interpretación particular han reconocido en las Escrituras ciertos puntos y rechazado otros; ellos representan sus opiniones particulares y nada más. La misma reforma lo confiesa y desde hace tiempo ella ha hecho justicia á esos vanos simulacros de simbolos. Preguntad á los miembros de la comunión protestante que aún se intitula *de la confesión de Augsburgo*, si se creen obligados á profesar todos los artículos que contiene.

Esta pregunta les hará reir.

¿No se sabe acaso lo que se piensa en la misma ciudad de Calvino de las confesiones de fé calvinistas? Y ¿no se sabe también que es una máxima recibida entre el clero de la iglesia anglicana que se pueden firmar las fórmulas de fé sin creer interiormente, y que, en virtud de an extraña máxima, sus miembros juran sin titubear sostener todos los artículos de la fe anglicana, cualesquiera que sean sus opiniones sobre la doctrina que expresan? El protestantismo vé sin sorpresa este escándalo, uno de los más grandes que se ha dado al mundo cristiano.

El acto más augusto del hombre es el juramento, como el objeto más augusto del juramento es la fe; no pudiendo por tanto, concebirse nada más sagrado que esta palabra del hombre testificando por el nombre de Dios su fe en la palabra de Dios. Y sin embargo, eso no es para ellos más que una formalidad.

El protestantismo siente tan profundamente su impotencia para establecer su fe, que decla-

ra atrevidamente con un obispo anglicano, *que el protestantismo consiste en creer todo lo que se quiere y en profesar todo lo que se cree.* La Reforma oye sin sorpresa este lenguaje y no reclama, porque sabe muy bien que expresa la doctrina que ha prevalecido entre los protestantes.

Obligada la Reforma á reconocer que no puede indicar lo que es necesario creer para ser cristiano, acaba, desesperando de la causa, por sostener que es inútil saberlo. Ella dice á los pueblos presentándoles la Biblia: «La verdad está contenida en este libro; pero ¿qué es la verdad y qué es el cristianismo? Yo lo ignoro. ¿Creeis en la Trinidad, en la divinidad de Jesucristo, en las penas eternas! Sois cristianos. ¿No creeis en ello? Tambien sois cristianos. Cualesquiera que sean vuestras opiniones personales, desde que pretendais encontrarlas en la Biblia, esto basta.

¿Quién osaría determinar lo que es necesario creer? La Iglesia católica lo hace y lo ha hecho en todos los tiempos, y por eso nosotros la repudiamos; mas para nosotros, cuya religión *consiste en creer todo lo que se quiere*, no podriamos hacerlo sin repudiar y condenar nuestras propias máximas.

Confieso que puede parecer sorprendente que Dios haya hablado á los hombres sin que estos puedan saber lo que ha dicho; pero como no podría ser de otro modo sin que el protestantismo fuera falso, es necesario creer que así es. Permaneced tranquilos en esta incertidumbre y estad seguros de que se puede ser cristiano sin saber lo que es necesario creer para ser cristiano!!!»

Mas, para cualquiera que raciocine, lo que

con certeza se deduce de este lenguaje es que para ser cristiano es necesario dejar de ser protestante.

III

Al destruir la fe, el principio del protestantismo destruye también la moral, cuya base necesaria es la fé. Todo deber supone en el espíritu la creencia de una verdad que lo determina: el protestantismo, permitiendo todas las creencias, permite por lo mismo *todas las morales*. No puede establecer una moral *cierta*, porque la razón de cada individuo es el único juez; ni una moral *común*, porque debe ser tan diversa como las opiniones de cada persona; ni moral *fija*, porque debe seguir todas las variaciones de las opiniones individuales; ni moral reconocida como *obligatoria* para todos, porque siendo la razón de cada hombre independiente de la razón de otro, sobre la moral como sobre los dogmas, nadie puede obligar á otro á aceptar la moral que adopta para él, como no lo puede obligar á admitir los dogmas, las opiniones que admite para si, contenidas en la Biblia.

Un hombre sostiene, por ejemplo, que las buenas obras son inútiles para la salvación, y que el hombre, una vez justificado ante Dios, está seguro de salvarse, cualesquiera crímenes que cometa después. Un protestante, apesar del horror que pueda causarle semejante doctrina, que destruye la moral por su base, no podrá condenar al que la profesa, puesto que éste, al adoptar esta doctrina, que su razón cree encontrar en la Biblia, no hace más que usar del derecho de la interpetración particular, re-

conocido por los protestantes. Y de hecho, estas abominables máximas han sido formalmente sostenidas por los dos corifeos del protestantismo, Lutero y Calvino, que las establecen como el fundamento de su moral, y pretenden encontrarlas muy claramente en la Biblia.

Partiendo del mismo principio, los anabatistas sostenían que para ejecutar las órdenes del cielo, debían dar muerte á los impíos, confiscar sus bienes, establecer un nuevo mundo y otros horrores que en efecto, ejecutaron. Las otras sectas protestantes, alarmadas se sublevaron contra esta doctrina; pero como descansaba igualmente sobre el principio común de la interpretación particular, estaban obligados á tolerar esa moral, para que se tolerase la suya y se respetase el principio protestante del libre examen particular.

El homicidio ¿es un crímen que excluye de la vida eterna? Sí; respondian muchas sectas de la reforma; nó, respondian los socinianos, á no ser que se convierta en costumbre. ¿Quién será el juez entre ellos? ¿La razón? Pero cada uno invoca la suya. ¿La Biblia? Cada uno la interpreta á su manera. La moral de los socinianos debía, pues, incluirse en la tolerancia común.

Que se presente un fanático con la Biblia en la mano sosteniendo, como el fundador de los *familistas*, que *es bueno perseverar en el pecado á fin de que la gracia pueda abundar*, ó como los *antinomianos*, que *el adulterio, el incesto y el homicidio hacen al hombre más santo en la tierra;* que sostenga en una palabra cuanto quiera, será siempre lo mismo.

No existe punto alguno de la moral cristiana al cual el protestantismo pueda afirmar que es

necesario someter la conducta, por la razón de que no existe enseñanza alguna de la que pueda afirmar que es necesario creer ó someter su razón; y del mismo modo que su símbolo puede reducirse á este solo artículo: «Yo creo todo lo que me parece verdadero»; su código moral puede reducirse á este: «Yo debo practicar todo lo que me parece bueno;» fórmula de moral con la que todo hombre, cualesquiera que fuesen sus pasiones, podría conformarse, como podría conformarse, cualesquiera que fuesen sus errores, con la fórmula de fe correspondiente á ésta.

* * *

Después de todo esto ¿cómo hablar del culto, y qué podría ser en el protestantismo?

El culto es la expresión de la fe; pero como no existe ningún símbolo de fe entre los protestantes, tampoco existe ni puede existir ningún culto obligatorio.

Habiendo variado y cambiado continuamente la fe entre los protestantes, el culto no ha podido ser sino un cambio perpetuo; ó si al cambiar la fe, el culto permanece idéntico, no será entonces más que un simulacro engañoso de una fe que no existe.

En fin, como la fe se reduce en el protestantismo á opiniones individuales, por más opuestas que sean, el culto será por una contradicción monstruosa, la expresión *común* de opiniones *opuestas*, ó bien, será necesario establecer tantos cultos cuantas sean las opiniones diferentes en el espíritu de los hombres.

Asi, el culto protestante presenta por todas

partes los síntomas de una disolución muy próxima. La predicación forma la parte principal; pero hoy día, á los mismos ojos de los protestantes, carece de todo caracter religioso.

Al principio la reforma suponia confiadamente que el Espíritu Santo debía asistir con un socorro particular á sus ministros en la explicación de la Biblia; pero, después que ha visto que el Espiritu Santo les ha enseñado sucesivamente los dogmas más opuestos, y que, por tanto, no debía enseñarles ninguno, pues no podía contradecirse, se desvaneció ese respeto religioso; y el ministro que sube á la cátedra para explicar el Evangelio no es más que una persona cualquiera que viene á explicar *su modo de ver* á otros hombres que tienen el mismo derecho de tener también el suyo.

El protestantismo conserva aún la plegaria á nombre de Jesucristo; pero ¿qué significa después que no se sabe entre los protestantes si Jesucristo es Dios ó no es más que un hombre?

¿Cómo no ve la reforma que si es Dios, es una impiedad no adorarlo, y que si no lo es, adorarlo es una idolatría, y que asi en la incertidumbre en que se encuentra sobre Jesucristo, su culto, colocado en esta alternativa, espanta la conciencia?

En cuanto á la *Cena*, que los protestantes habían conservado siempre como la parte sagrada de su culto, un gran escándalo ha hecho saber al mundo entero, qué ideas se han formado de ella hoy día. Cuando en la época de la reunión de luteranos y calvinistas, de quienes dijo un sábio protestante: *se unen para morir juntos*; los ministros anunciaron que darían á unos la *realidad* del cuerpo de Jesucristo, y á los otros la *fi-*

gura, siguiendo la creencia de cada uno ¿qué han hecho sinó declarar á la faz del mundo que el protestantismo ya no sabe qué creer respecto á la Cena, como en todo lo demás, y que el acto más augusto del culto cristiano no es á sus ojos sinó una ceremonia cualquiera, sobre cuyo significado no se entienden?

Los ministros protestantes, al dar la comunion, dicen á los que vienen á recibirla: «¿Creeis recibir el cuerpo de Jesucristo?—Sí, responden los luteranos.—Recibid el cuerpo de Jesucristo.—¿Creeis recibir la figura del cuerpo de Jesucristo? Sí, responden los calvinistas.—Recibid su figura.»

Los protestantes pretenden que celebran la Cena como Jesucristo y los Apóstoles la celebraron; pero sería necesario demostrar que el Salvador y sus primeros discípulos han empleado aquella fórmula, y que ellos tampoco sabían lo que hacían, esto es, si recibían la figura ó la realidad.

Y ¿qué diremos del bautismo, ese signo sagrado tan antiguo y tan universal como el cristianismo? Este sacramento, tan solemnemente establecido por Jesucristo, es considerado en varias regiones protestantes como un rito inútil, y la reforma, abandonando con indiferencia el caracter distintivo del cristiano, borra la última señal que aún la distinguía de los pueblos infieles.

¿Puede, por tanto, admirarse que tantos protestantes muestren una repugnancia invencible por un culto vacío de fe y cuyo nombre de cristiano no es hoy día, necesario es confesarlo, más que una flagrante falsedad? Ese culto se sostiene del mismo modo que las formas de un

cuerpo sin vida, subsisten algún tiempo después que el alma se ha retirado; pero muy pronto comienza la putrefacción y todo se reduce á polvo.

En el fondo, para demostrar que el protestantismo, plenamente desarrollado, no es otra cosa que la destrucción del cristianismo, no era necesario entrar en todas estas consideraciones: una sola basta. Para el protestante, todo el cristianismo está fundado únicamente sobre la Escritura; no hay por tanto cristianismo para él, sino en cuanto posee un medio cierto de reconocer los libros inspirados.

¿Cuál puede ser este medio? ¿La tradición de las iglesias protestantes? Nó, porque esa tradición no remonta más que hasta la apostasía de Lutero. ¿Será la tradición de la Iglesia católica? tampoco, porque los protestantes rechazan varios libros que la Iglesia católica admite como divinos. ¿Al menos tienen para los libros del Antiguo Testamento la tradición del pueblo judío? De ningún modo, porque la reforma ha separado de la Biblia muchos libros que los judíos veneraban como inspirados.

No queda, pues, á cada protestante, más que su sola razón para pronunciarse sobre esta cuestión fundamental, como sobre todas las demás; y á no suponerlo infalible en su decisión, el fundamento de su fe no es más que una incertidumbre, una duda.

Además, un protestante debe rechazar ó admitir cada libro del Antiguo ó del Nuevo Testamento, según que su razón particular, único juez de la inspiración, está ó no convencida de de su autenticidad.

Los primeros jefes del protestantismo usa-

ron de este derecho, rechazando varios libros de la santa Escritura; y todo protestante, en virtud del mismo derecho, puede rechazar otros; y del mismo modo que no existe dogma que el protestante no pueda negar, sin cesar de ser cristiano en los principios de la reforma, no hay libro alguno de la Biblia cuya divinidad no pueda negar sin dejar igualmente de ser cristiano, según los mismos principios.

Se deberán tolerar todas las disenciones sobre la autoridad de los monumentos de la revelación, como se está obligando á tolerar todas las disenciones sobre la doctrina que contienen; puesto que las unas y las otras están igualmente fundadas sobre esta independencia de interpretación para cada protestante en materia de fe, que es la base del protestantismo. Y después de estar obligada á declarar que no sabe en qué consiste la verdadera fe, pero que por lo menos sabe que está contenida en la Biblia, la Reforma se vé forzada, cuando se la persigue hasta su última trinchera, á confesar en fin, que ella no sabe tampoco lo que es la Biblia.

Después de esto, que se hable todavía de cristianismo y que se conserve su nombre, se comprende este resto de pudor; pero la conciencia universal, que no se deja imponer con un nombre, no deja de pronunciar contra la reforma este terrible anatema: *No hay cristianismo para tí; ni sabes lo que es la Biblia.*

IV

He aquí juzgado el protestantismo con toda imparcialidad en el terreno de su proprio principio fundamental, y al alcance de toda persona

racional y sensata. Veamos ahora su historia. Sus primeros autores, dándose á sí mismos su misión, anunciaron que venían con su propia autoridad á reformar la Iglesia.

Pero, ciegos, escuchad lo que habéis hecho. Desde que una vez rechazada la autoridad católica, proclamasteis la independencia de cada individuo en materia de fe, otros reformadores se levantaron á vuestra vista para continuar vuestra obra. Ellos reformaron vuestra enseñanza, como habíais reformado la de la Iglesia. Habíais dicho: rechazamos ciertos dogmas, porque chocan á nuestra razón; y estos dicen: rechazamos otros dogmas, que vosotros admitís, porque nuestra razón no los puede admitir.

Vosotros les habíais preguntado: ¿Quiénes sois vosotros? Ellos os han preguntado á su vez: ¿Quiénes sois vosotros para contradecir á la Iglesia? Y no habéis podido responderles. Alarmados por vuestra propia obra en su mismo nacimiento, previsteis desde entonces los progresos lamentables y descubrísteis con asombro, en el porvenir, esas guerras interminables de opiniones, esa confusión inmensa de doctrinas, esa destrucción gradual de la fe, que legabais á la posteridad. Y sin embargo, vuestros presentimientos siniestros estaban lejos de igualar la realidad; no habíais visto todo lo que habíais hecho; pero habéis hecho todo lo que nosotros vemos.

Apenas habíais descendido á la tumba, que nuevas sectas, despertadas á la palabra de rebelión que habíais lanzado en el mundo, rasgaron los restos de la fe que habíais conservado, y destruyeron sucesivamente todo el símbolo de la religión.

Todas estas sectas, que partían del principio común de los protestantes, tenían un derecho igual á la tolerancia: fué necesario tolerarlas á todas: se pudo sostener todo y negar todo sin ser excluído del cristianismo, y la reforma, muerta para siempre con ese gérmen venenoso de división, ella misma ha levantado la voz para proclamar su testamento de muerte, repudiando en el centro mismo del protestantismo, la divinidad de Jesucristo, por un acto auténtico. El Consistorio de Ginebra ha prohibido á sus ministros predicar sobre la divinidad de Jesucristo; y esta apostasía solemne, que debiera arrancar á la reforma un grito de indignación, si aún fuese cristiana, ha sido ratificado por el escándalo de su silencio Entonces todo quedó consumado para ella; la obra del protestantismo llegó á su término y ya nada le queda que reformar en el cristianismo.

¿Qué podríamos añadir á este testimonio de la Reforma que se reprueba á sí misma? Existe otro más terrible quizás. Preguntad á todos esos hombres que trabajan sin cesar por destruir el cristianismo, racionalistas é incrédulos de todos los matices, preguntadles si no consideran al protestantismo como el gran medio é instrumento que ha preparado y prepara cada día la revolución del anti cristianismo, que meditan establecer en el seno de la civilización moderna.

En los países en que predomina, la obra avanza con una rapidez asombrosa, por el efecto mismo de la enseñanza protestante, aboliendo formalmente los dogmas cristianos: en las naciones católicas, su plan y designio es comenzar por introducir en ellos la reforma; pues el medio

infalible para ellos de hacer incrédulos á los pueblos, consiste en hacerlos desde luego protestantes. Y no se trata de vistas particulares, ni de un designio secreto, es un plan paladinamente confesado; interrogados á este respecto, están todos de acuerdo en sus respuestas.

Pero no hay que admirarse de ello. Saben por la historia del protestantismo, que una vez rechazada la autoridad de la Iglesia católica, los espíritus abandonados á sí mismos, se dejan arrastrar en todo sentido, y que muy pronto, en medio de tantas variaciones é incertidumbres, los pueblos sin regla cierta para reconocer la verdad, acaban por disgustarse de toda creencia.

La máxima fundamental de los protestantes, de no reconocer ninguna autoridad en materia de fe, siendo idéntica á la máxima fundamental del liberalismo racionalista, bastales desde luego á los incrédulos que el protestantismo, con visos de religiosidad, haga triunfar su principio, seguros de que el tiempo desarrollará todas las consecuencias.

He aquí, por qué le demuestran gran deferencia y hasta interés, por su propaganda; en sus obras, las más impías, se complacen en hacer su elogio, casi con tanta complacencia como el de su propio sistema; procuran de mil maneras hacer germinar entre los pueblos católicos el deseo de hacerse protestantes, aunque más no sea por razones de economía y prosperidad material, como á vender la conciencia por un plato de lentejas. Cuando se irritan por los progresos de la religión, llaman á la reforma en su auxilio, la saludan como el precursor que debe allanar los caminos á la incredulidad, y

perdonándole de buen grado los restos de su cristianismo espirante, porque saben bien que en el fondo están de acuerdo con ella, reservan todo el furor de sus ataques para la Iglesia católica, que es la única que rechaza inexorablemente todos los errores, porque sólo ella es la verdadera y más alta expresión del cristianismo.

Esta sola señal bastaría para abrir los ojos á los creyentes: este favor al protestantismo por parte de la incredulidad, es la mejor demostración apologética del catolicismo y su Iglesia.

Y ¿qué verdadero creyente no se consternará por esa alianza y esa fraternidad del protestantismo y de la incredulidad? ¿Qué golpe podría despertar al protestantismo, si esa señal de muerte no le conmueve? Vosotros, los que rehusáis creer en la grande y universal Iglesia católica, que os dice: venid á mí y yo os salvaré de la incredulidad, creed almenos en la incredulidad que os dice: basta que reine el protestantismo, y yo respondo de mi triunfo.

V

Si el cristianismo perece necesariamente allí donde se establece á cada hombre como señor de su cristianismo, no puede subsistir sino allí donde cada individuo reconoce, por regla de fe, la autoridad de la Iglesia, que recibió de Jesucristo, la misión de enseñar á los pueblos. Búsquese en el mundo esta autoridad, una, perpétua, universal ¿es difícil reconocerla en la Iglesia católica? Desde que no se trata más que de encontrar esta autoridad necesaria, ya no hay discusión: incrédulos y protestantes, todos se po-

nen de acuerdo para declarar que está allí, ó bien, en ninguna parte: no hay á este respecto más que una sola voz en el mundo. ¿Quién no sabe, en efecto, que solo la Iglesia católica está en posesión, desde el origen del cristianismo, del poder de enseñar la fe por vía de autoridad, y que la regla de fe católica ha sido siempre la tradición universal y perpétua de la Iglesia? ¿Quién no sabe que por su misma constitución la Iglesia católica es la encargada de enseñar en nombre de Jesucristo: «¿quién á vosotros escucha á mi me escucha?.» como dijo el Salvador. Anterior á todas las herejías, su autoridad no tiene otro comienzo que el de la misma religión cristiana.

Todas las sectas tienen la data de su origen, y el nombre de sus fundadores, que están obligadas á llevar, y es el carácter indeleble que les recuerda sin cesar que no son más que sectas, separaciones de la Iglesia, mientras la Iglesia católica era en el principio, como es hoy dia y en todos los tiempos; y es de ella que todas las herejías han recibido todo lo que han conservado de cristianismo. Fuera de ella, todo varía, porque fuera de ella no hay más que opiniones individuales, mientras que su testimonio universal, perpétuamente trasmitido de siglo en siglo, conserva sin alteración el depósito de la fe primitiva; ella sola posee su símbolo, el mismo en todo el universo. ¿Quién no reconoce en estos caracteres la Iglesia de Dios, y dónde se encontrará sobre la tierra una institución y una autoridad que se le asemeje?

Jesucristo ha dicho: «Si alguien no escuchare á la Iglesia, sea tenido por un gentil y un publicano.» Nótese que no dice: «si alguien no escuchare la iglesia de su país, ó á aquella de en-

tre las diversas iglesias á la que pertenezca por su nacimiento ó por sus prejuicios;» no supone varias iglesias entre las cuales cada uno sea libre de escoger á su modo. El no supone más que una sola y única Iglesia suya. Esta debe ser, al mismo tiempo, única, universal y subsistente en todos los siglos; ella debe hablar á todas las naciones y hacer oir su voz de un extremo al otro del universo.

No es tampoco una Iglesia invisible y compuesta de elegidos solamente, que cada cual coloca donde mejor le place, según sus prejuicios; es la ciudad situada en la cumbre de la montaña, que todos los pueblos ven desde lejos y á la que todos deben obedecer, pues si alguien no lo hiciere será separado de la sociedad de los hijos de Dios como un pagano y como un publicano.

Por tanto, el cisma que forma muchas iglesias á pesar de Jesucristo, que no quiere más que una, es el mayor de los males religiosos.

En vano los protestantes pretenden que la antigua Iglesia había caído en ruinas y en disolución por su idolatría, de manera que fué necesario formar otra.

Si la Iglesia visible hubiese podido ser un solo día falaz é idólatra, Jesucristo se hubiese guardado bien de decir absolutamente y sin restricción, para todas las naciones y todos los siglos: «Si alguien no escucha á la Iglesia.» Hubiese inducido con ello en error á sus hijos; no hubiese dejado de decir todo al contrario; «si alguien escuchare á la Iglesia durante los siglos de error y de idolatría en que caerá, sea considerado por vosotros como un pagano y un publicano.»

Esta prohibición expresa de escuchar á la Iglesia, debería, según el plan de los protestantes,

haber sido hecha para casi todos los siglos, puesto que por su propia confesión, el mundo ha estado durante casi todos los siglos, desde los Apóstoles hasta la pretendida reforma, sin tener otra Iglesia que la que enseñaba la doctrina, administraba los sacramentos, celebraba el santo sacrificio, honraba á las imágenes y suplicaba la intercesión de los santos, como aún lo hacemos los católicos. Lejos de decir: Guardaos de escuchar á la Iglesia durante esos siglos de oscuridad, Jesucristo dice al contrario, para todos los días sin excepción, hasta aquel en que vendrá á juzgar el mundo: «Si alguien no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como un gentil y un publicano.» Y asegura por lo demás, que esta Iglesia, lejos de caer en idolatría y hacer con esto necesario el cisma, estará fundada sobre la piedra, de manera que las puertas del averno, esto es, los consejos del error, no prevalecerán contra ella. Esto es, prometer precisamente que, lo que los protestantes dicen haber sucedido, no sucedería jamás: era la indefectibilidad de la Iglesia docente.

Jesucristo dijo además, al conferir los poderes á su Iglesia: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo;... y he aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Es al cuerpo de los pastores á quien se dirige para confiarles el ministerio de la instrucción y de la administración de los sacramentos. El habla de una Iglesia visible que tiene un cuerpo de pastores, con pueblos conducidos por ellos; pues se trata de una Iglesia que se ve, que se oye, que se cree, que enseña, que decide, que bautiza. Además, declara

Jesucristo que su Iglesia será representada como *un solo rebaño* con *un solo pastor*; pero esto sólo puede verificarse en la Iglesia católica que reconoce un solo Jefe para toda la cristiandad.

En fin, el hecho está perfectamente de acuerdo con la promesa de Jesucristo; había predicho que la zizaña se mezclaría con el buen grano en el campo del padre de familia; y es lo que ha acontecido. Se han introducido en la Iglesia relajaciones y abusos que ella lamenta y que procura reformar, labor de todos los siglos, como lo prueban sus concilios y cánones; pero esta reforma no debe jamás hacerse por medio del cisma y la separación. Al contrario, N. Señor declara: «Dejad esas dos especies de granos, el buen trigo y la zizaña que crezcan juntos hasta la época de la siega, que es la consumación de los siglos, por temor de que al arrancar el mal grano no destruyáis también el bueno.» Es con esta paciencia, con este tacto, este celo por conservar la unidad que es necesario trabajar por una suave y pacífica reforma. Pero destruir la autoridad y la gerarquía de la Iglesia, es arruinar la obra de Jesucristo y hacer imposible la verdadera reforma.

Si se quieren ver las consecuencias del cisma protestante, échese la mirada sobre las iglesias llamadas reformadas. ¿Qué han reformado, mientras que la Iglesia católica á pesar de las debilidades inherentes á la naturaleza humana, ha trabajado desde el Concilio de Trento en una séria reforma del clero y de los pueblos? Las iglesias protestantes, semejantes á ramas separadas del árbol, no han hecho más que secarse visiblemente, llegando después á dividirse en una multitud de sectas opuestas, á no conser-

var á penas más que el nombre de cristianas.

Y ¿cómo había de ser posible la reforma otorgándose á cada individuo el derecho de libre interpretación de las Escrituras? Eso no ha producido sinó el caos y la destrucción. ¿Qué se diría de una sociedad, de un Estado que tuviese leyes escritas: pero en donde todos los particulares fuesen libres de aceptar ó rechazar las decisiones de los magistrados? Cada uno con el código en la mano, querría correjir los juicios y sentencias de los magistrados, y se disputaría en lugar de obedecer. Semejante sociedad permanecería en el estado más ridículo y más deplorable, y esa es la situación de las iglesias separadas: cada uno cree y obra como mejor le place, amparado en la interpretación de la Biblia.

Más ¿cómo podría suponerse que Jesucristo, el divino legislador de la Iglesia, la haya abandonado á un desorden semejante, que el menos prudente de los legisladores humanos no hubiese dejado de prever y prevenir?

Es, pues, necesario una autoridad viva, que hable, que decida, que explique el texto sagrado y promulgue los deberes y verdades del orden moral y religioso; de lo contrario, no existiría la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia, que tiene la misión de enseñar á las naciones y de hacer observar todo lo que ha mandado Jesucristo. A esa Iglesia única es á la que debe escucharse y obedecerse para conseguir la salvación. *Creo en la santa Iglesia católica*, como nos manda el símbolo de los Apóstoles.

Hecha esta exposición sumaria del protestantismo comparado con el catolicismo, vamos á descender á una demostración más completa de los puntos en ella mencionados.

Catolicismo y Protestantismo

PREÁMBULO

Por mas que ya dejamos expuesto de la manera más evidente, aunque sintética, que el protestantismo, como sistema religioso, es la disolución del cristianismo, en vez de ser, como pretende, el puro Evangelio, pues hemos deducido esa demostración de su principio fundamental, cual es el criterio privado aplicado á la Escritura; deseamos sin embargo, ampliar esa misma demostración para hacerla más irrefragable.

Pero además, queremos probar que el cristianismo verdadero y completo es el catolicismo, esto es, la Iglesia católica; para cuya demostración nos basaremos especialmente en la célebre apología del cristianismo por Hettinger; pues deseamos proporcionar á los fieles y á los mismos protestantes sinceros, un pequeño tratado apologético sobre la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Por lo demas, tenemos la convicción de que la propaganda protestante en nuestro país, como en toda América, producirá el gran beneficio de despertar los espíritus indiferentes é interesarlos en la importante cuestión de la divinidad del catolicismo.

Mas, para conseguir nuestro intento, aduciremos «las razones decisivas y perentorias por las que un verdadero cristiano no puede ser protestante, sino católico-romano, pues hasta ese terreno puede elevarse la polémica; y estamos seguros de llevar la convicción á los espíritus que de buena voluntad y sinceramente buscan la verdad y tienen interés de su propia salvación. Estos pueden ser convencidos; mas no los que por ódio sectario, sólo se proponen atacar á la Iglesia con todos los modos y medios, sin que se les importe un bledo la verdad religiosa.

La demostración que haremos puede considerarse como una especie de ecuación matemática: primero probaremos que, segun la fundación de Jesucristo, el cristianismo y la Iglesia son una misma cosa, esto es, que no hay cristianismo verdadero sin Iglesia; y en segundo lugar demostraremos que esta Iglesia de Jesucristo no es ni puede ser otra que la Iglesia católica, por ser la única, entre todas las pretendidas iglesias cristianas, que posee las notas distintivas ó características de la Iglesia fundada por el divino Redentor. Y aparecerá entonces que *la Iglesia católica es semejante al Océano que, conservándose por encima de todos los ríos, á todos los recoge en su seno;* pues contiene todas las verdades parciales que se encuentran esparcidas en las múltiples sectas cristianas; de manera que sólo ella viene á ser la verdad completa, el cristianismo integral y universal.

En una tercera parte, que titulamos *Controversia*, dilucidaremos varios puntos de polémica apologética.

Sin embargo, por lo que ya queda demostrado en la *Impugnación sumaria del protestantismo,* resulta que este comete la más flagrante contradición al atacar al catolicismo, ya que, según su principio fundamental del libre exámen de la Biblia, debe consentir que todas las iglesias cristianas crean lo que les parezca más conforme en la interpretación de las Escrituras; pues no existe derecho para negar que se interprete también como creen los católicos.

Y sin embargo, mientras entre las mil sectas cristianas protestantes reina la paz, por más que sean contrarias entre sí, todas persiguen á la Iglesia católica, aun que ésta tenga tanto derecho, por lo menos, como cualquiera de ellas para creer que su sistema y organización están basados en la Escritura. ¿Qué significa ésto, sino que ella sola es la verdadera?

Además, ¿cómo calificar la pretensión de nuestros propagandistas protestantes al decirnos: *nosotros venimos á enseñar el verdadero cristianismo, el puro Evangelio; la Iglesia católica está en error, no enseña la pura doctrina de Cristo?* Pues ¿quién les ha dado un criterio infalible para monopolizar *el libre exámen* de la Biblia? Esto significa que son muy cándidos ó que nos tienen por tales; pues como lo hemos demostrado apodicticamente, en virtud de este libre exámen, ellos destruyen la Iglesia de Jesucristo, y ni siquiera pueden estar ciertos de saber en qué consiste el verdadero cristianismo, ni probarán jamás que han recibido de Jesucristo misión alguna para enseñar el puro Evangelio en la Iglesia, pues su origen data de la rebelión del fraile apóstata Martín Lutero en 1517. ¡Qué fatalidad! Hasta para ata-

car á la Iglesia tienen que servirse de los frailes y clérigos apóstatas, como además de Lutero, lo son Calvino, Zwinglio, Giordano Bruno y otros.

Así pues, á los que de buena fé aceptan ó propagan el protestantismo, con cualquier denominación que sea, metodista, episcopal, anglicano, calvinista, luterano, evangelista, les diremos: pensad y reflexionad que trabajáis por la destrucción del cristianismo, en vez de propagar el puro Evangelio, como decís; pues os hacéis instrumentos de incredulidad y del anticristianismo, con la intención inocente, quizás, de defender el verdadero Evangelio.

Y esta afirmación no la podeis atribuir á espíritu de parcialidad, pues es Mr. Guizot (1) quien declara que «el primer resultado de la reforma protestante fué la multiplicación de sectas, la licencia prodigiosa de los espíritus, la destrucción de toda autoridad espiritual y la disolución de la sociedad religiosa en su conjunto.» No vengáis, pues, á aumentar las causas de nuestras divisiones y á fomentar la indiferencia religiosa y la incredulidad, con el pretexto de defender el verdadero cristianismo, que destruís.

1—Hist. gon. do la Civil. en Europa.

I

EL CRISTIANISMO Y LA IGLESIA

SUMARIO:—La Iglesia y las confesiones separadas—Los artículos fundamentales—No hay mas que una sola Iglesia de Cristo—La Iglesia es la manifestación concreta del cristianismo—Las pruebas que demuestran la divinidad del cristianismo, demuestran al mismo tiempo la divinidad de la Iglesia—Separarse de la Iglesia es separarse del cristianismo—La separación es el sello de la heregía—Origen de la heregía—La Biblia no es la única regla de la fé—Escritura y tradición—Sin la Iglesia no existirían ni la Biblia ni la fé—Interpretación de la Escritura—Ha sido dada por la Iglesia—De ella solo procede la certidumbre de la fé—La predicación por Cristo y por la Iglesia—Sin autoridad no hay Iglesia—Libre exámen y símbolo de fé—Sin la infalibilidad no hay soberanía en la Iglesia—La autoridad infalible obra de la sabiduría y del amor de Dios.—Notas adicionales:—Reflexiones para los doctores protestantes

La Iglesia y las iglesias separadas

Para todos los cristianos, cualquier denominación que tengan, el ideal debe ser el cristianismo, la doctrina de Cristo, en toda su pureza y majestad.

El cristianismo con su verdad y su grandeza, con la fuerza que ejerce para elevar al hombre, para salvarle y conducirle á la felicidad, es el cristianismo que satisface á nuestro espíritu y colma nuestro corazón; porque él sólo puede

arrancarnos del suplicio de la duda, que devora á los no-creyentes, libertarnos de la inmoralidad, salvarnos del pecado, así como de todas nuestras miserias; nos proporciona un bálsamo para cada una de nuestras heridas, arroja su brillante claridad por encima de la noche de la tumba, y proyecta sobre nuestra existencia terrestre la luz de la eternidad, ensanchando hasta el horizonte de las mismas aspiraciones de este mundo, pues sin él no hay verdadera civilización.

Pero todo lo que Jesucristo nos ha dado de verdad y de gracia, nos lo ha dado por la mediación de su santa Iglesia, que llama *mi Iglesia*, para significar que es *única*, y á la que invisiblemente rige como su Jefe y á la que anima con su Espíritu; la Iglesia pues, es el órgano de la verdad de Cristo, de su espíritu y de su gracia.

Ha empezado á cumplirse el vigésimo siglo de existencia de la Iglesia, que nos conduce como por la mano hasta Jesucristo; sus definiciones dogmáticas y sus reglas de fe han formado el punto de partida y el fundamento de las creencias cristianas en todo el mundo y en todos los siglos, y no conocemos al cristianismo fuera de la Iglesia y sin la Iglesia, por más que haya tenido que luchar con toda clase de cismas y heregías. Esa Iglesia por autonomasía, todos la conocen, por ser tan antigua como el cristianismo, es *la Iglesia católica*.

Así como por su medio nos regeneró Jesucristo en el bautismo, así también solo por ella podemos saber cual es la fé. En donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y si éste no habita en nuestra Iglesia, bien podemos decir que no habita en ninguna otra parte.

Esto es lo que suponemos y creemos los católicos. ¿Tenemos razón? La doctrina de la Iglesia católica es la doctrina verdadera, garantida, completa, pura de Jesucristo.

Pero la comunidad de la Iglesia católica existe en el mundo, aunque no sola; porque á su lado, ó más bien, enfrente de ella está el *protestantismo*, la llamada Reforma protestante, ésto es, las iglesias separadas.

Mas, á la verdad, el protestantismo no es una comunidad, sino todo lo contrario, es una denominación *común*, aunque negativa, que se aplica á una infinidad de confesiones diferentes, que hoy pasan de mil, con denominación conocida; sectas enemigas, contrarias, que aceptan la denominación de *protestantes*; y esa denominación sirve para designar todo lo que se ha separado del lazo de la unidad católica; de esa Iglesia católica, que es la única que existe desde el principio.

Ahora bien; ¿estamos seguros de que ninguna otra confesión, excepto la de la Iglesia católica, conserva la doctrina de Cristo en toda su pureza, que sóla la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Cristo? ¿No podría suceder que todas hubieran abandonado la idea cristiana pura, y que ninguna por consiguiente fuese la verdadera Iglesia? Nó, esto es imposible, porque entonces esta frase del Señor: *Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*, (1) sería falsa, porque la obra de la redención sería inútil, y porque esta obra, en lugar de ser la salvación del mundo y el eje de la historia universal, no sería entonces nada. Cuando los donatistas,

1 — *S. Mat.*, XXVIII. 18.

para justificar su apostasía, sostenían que la verdadera Iglesia de Cristo había desaparecido de la tierra, San Agustín respondía indignado: «Nadie podría decir esto á menos que estuviera fuera de la Iglesia: es una frase impía, detestable, vana, temeraria, irreflexiva y perniciosa.»

¿Se dirá que todas las confesiones y todas las sectas son verdaderas, y que son formas ó expresiones diversas de un mismo pensamiento fundamental? Esto es también imposible, porque si todas fuesen verdaderas, ninguna lo sería. ¿Y cómo estas doctrinas tan múltiples, tan opuestas, podrían ser todas verdaderas y todas cristianas? Una cosa tan mezclada, tan diferente, tan heterogénea como el conjunto de las confesiones cristianas, una Babel de contradiciones, que en cada cuestión dice constantemente sí y no, no puede en manera alguna ser la Iglesia de Jesucristo, esta creación la más sublime del Dios eterno, este templo del Dios Padre en la humanidad, consagrado con la sangre de Jesucristo, y que ha recibido la unción y el sello del Espíritu Santo.

¿Diremos que todas las confesiones son verdaderas y falsas á la vez? Verdaderas en cuanto á la esencia del cristianismo, que es comun á todas; falsas en cuanto á las cuestiones no esenciales, cuestiones demasiado estrechamente concebidas en las diversas confesiones, más ó ménos exclusivamente sostenidas, según la medida del tiempo y de la civilización, de suerte que á pesar de discrepar entre sí acerca de cuestiones secundarias, las confesiones formarían, sin embargo, en conjunto una gran Iglesia (ideal) de Dios, á la cual todas las particularidades no pueden hacer perder su carácter de

unidad, y que triunfa de todas las divergencias y oposiciones de opinión. Esta manera de ver las cosas ha nacido en el protestantismo, que con benevolencia siempre la miró para cohonestar su apostasía y el cáos de sus sectas distintas; pero no es admisible, como vamos á demostrarlo.

No hay más que una sola Iglesia de Jesucristo
Artículos fundamentales

Esta distinción de cuestiones principales y de cuestiones secundarias no tiene fundamento alguno ni en la Sagrada Escritura, ni en la antigua doctrina eclesiástica. «Enseñadles, dice el Señor, á observar todo lo que yo os he confiado.» (1) No hay más que un Señor, una fe, un bautismo, nos enseña el Apóstol; (2) y amonesta que se conserve la unidad del espíritu viviendo en la unidad de la Iglesia, y quiere que se guarde de los falsos doctores y de los falsos profetas. (3)

Además, ¿con qué señal, con qué criterio se ha de conocer lo que es esencial y lo que no lo es? Lo que claramente está contenido en las Sagradas Escrituras, se responde, esto es lo esencial. ¿Pero todo el mundo está acorde sobre este punto? ¿Acaso lo que parece claro á uno, no puede ser oscuro ó enteramente incomprensible para otro? Por otra parte, todas las enseñanzas de la revelación forman un todo y un gran conjunto perfectamente uno, en el cual una verdad se apoya sobre otra y sirve de apoyo

1 — *Matth.*, XXVIII, 20.
2 — *Ephes.*, IV, 5.
3 — *Ephes.*, IV, 13.

á una tercera. La verdad enseñada por Cristo es un edificio perfectamente acabado, bien construído y sólidamente cimentado, del cual no se puede quitar una sola piedra sin que todo el edificio se desplome. (1)

Todas las enseñanzas particulares no son más que medios que concurren al gran fin de la revelación, la salvación de las almas: hé aquí por qué no hay ninguna que sea indiferente ó carezca de importancia; pues ¿podía Cristo revelar alguna cosa indiferente?

La confesión de Augsburgo, de la que todos los años se hace el elogio obligado en todas las escuelas protestantes, dice H. Leo, la confesión de Augsburgo declara en su artículo VII «que la santa Iglesia es una y debe siempre permanecer una; que se compone del conjunto de todos los fieles, entre los cuales ha sido predicado el Evangelio.» y «esto quiere decir, observa, Dœllinger (2), que antes del nacimiento de las sectas y confesiones protestantes existía ya una Iglesia, una y santa, con una predicación irreprensible y con los sacramentos legítimamente administrados. ¿Es posible que al lado de una Iglesia, una y santa, se establezca una segunda y una tercera? La Iglesia, que hasta el año 1517 fué una y santa ¿ha dejado repentinamente de serlo, porque se formaron nuevas sociedades separadas de ella, que la acusaron de no tener más que una falsa doctrina y unos sacramentos ineficaces, y esto sin que, según confesión de los mismos separados, se haya jamás extravia-

1 — Un solo hueso bastaba á Cuvier para reconstruir al animal al que este hueso había pertenecido; ¡tan grande es en la naturaleza la unidad típica de los organismos! La relación de un dogma con el conjunto de los dogmas no es menor en el cristianismo.

2—*La Iglesia y las iglesias.*

do de una manera esencial? Los autores y los signatarios de esta confesión ¿han acaso podido comprender este artículo en el sentido que la Iglesia una y santa se componía de un número indefinido de confesiones particulares, diferentes entre sí por la doctrina, por los sacramentos, por la organización, y que mutuamente se acusan de error?

Es, pues, una cosa clara como la luz del día, que no hay ni puede haber más que una sola verdadera Iglesia de Cristo, por la que el manantial de la gracia y de la verdad corre puro y todo entero. El verdadero cristianismo está allí donde se encuentra la verdadera Iglesia; ahora bien, la verdadera Iglesia fué siempre la Iglesia una, la Iglesia católica. A la catolicidad del fondo corresponde una catolicidad en la forma. La Iglesia, el reino de Dios, que Cristo fundó sobre la tierra, debe necesariamente mostrarse como tal en la historia; es decir, como un todo que sea uno, que sea completo y perfecto.

El verdadero cristianismo está en la verdadera Iglesia y no en ninguna parte más; *pues el que no escucha á la Iglesia debe ser tenido por gentil* y no como cristiano (1).

¿Cuál es, pues, la relación del cristianismo con la Iglesia?

Sin la Iglesia no es posible el cristianismo: un cristianismo sin Iglesia es un sér de razón, una hueca é inconsistente abstracción que no existe, que no existió jamás. Así como la idea de la humanidad no pasa al estado real más que en el hombre, así también el cristianismo no se reali-

1—Matth. XVIII. 17.

za como luz y vida de la humanidad, sino en la Iglesia: esta es la manifestación concreta del cristianismo.

Entre la idea de la humanidad y su realidad, hacemos una distinción que no sale de nuestro pensamiento, y á la cual no corresponde ninguna diferencia real; lo mismo sucede con el cristianismo y la Iglesia, á los cuales intelectualmente se les puede distinguir, aunque en realidad son absolutamente idénticos; establecer una diferencia real entre sí y separarlos, sería suprimir á uno de los dos. El cristianismo es la Iglesia, y ésta el cristianismo.

La Iglesia es la manifestación concreta del cristianismo

Por el mismo acto con que fundó Jesucristo su religión, fundó también á su Iglesia; es decir, la sociedad visible de todos los fieles que viven sobre la tierra, sociedad en la que, merced al ministerio doctrinal y pastoral establecido por él, su espíritu contínuamente vive, su palabra instruye, su gracia salva.

Por el mismo acto con que creyeron en él sus discípulos como enviado por Dios, se unieron á él como miembros de su cuerpo místico, fueron admitidos en el número de fieles y ciudadanos de su reino celestial, de ovejas de su rebaño.

Así, no despliega menos solemnidad, menos autoridad cuando funda á su Iglesia, que cuando envía á sus Apóstoles á predicar su religión, á la vez antigua y nueva. *Todo poder me ha sido conferido en el cielo y en la tierra. Por esto, id, enseñad á todos los pueblos,*

y bautizadles (1). *En verdad te digo que tú eres Pedro (Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (2).

Al echar los cimientos de la fe, el Señor funda también á su Iglesia; la predicación de la verdad y la fundación de la Iglesia son un solo y el mismo designio del Padre, que Jesucristo vino á cumplir sobre la tierra (3). Esta identidad del cristianismo y de la Iglesia es tan íntima, que para disfrutar de los beneficios del cristianismo es preciso vivir en la Iglesia; y todo hombre separado de la Iglesia es como un miembro que, separado del cuerpo, se muere y se corrompe, porque no participa de la vida del alma. « El que no escucha á la Iglesia, sea tenido por vosotros como un gentil y como un publicano » (4). El alma no está más íntimamente unida al cuerpo, que el cristianismo á la Iglesia: ésta es el cuerpo de Cristo, y el Apóstol llega hasta decir que es el mismo Jesucristo. (5)

La identidad del cristianismo y de la Iglesia, es uno de los principales dogmas de la fé cristiana. *Creo en la santa Iglesia católica y apostólica;* es decir, en una Iglesia que es de todos los tiempos y lugares, y en la que Jesucristo vive y reina. El lazo de que hablamos es tan indispensable como el que, uniendo el alma con el cuerpo, constituye el hombre; tanto que San Cipriano, el gran obispo y mártir, ha dicho: «El que no

1—*Matth.*, XXVIII, 18.
2—*Matth.*, XVI, 18.
3—*Joan*, IV, 34; XVII, 4.
4—*Matth.*, XVIII, 17.
5—I *Cor.*, XII, 12

tiene á la Iglesia por madre, no puede tener á Dios por Padre». No es cristiano el que no está en la Iglesia. «Aquellos que están con Dios y con Jesucristo, dice San Ignacio, están también con el obispo, y aquellos que se convierten y se agregan á la unidad de la Iglesia, pertenecen á Dios.»

Así el deseo que Jesucristo tuvo de que se predicase su doctrina en el mundo, se confunde con la voluntad que tuvo de fundar la Igesia. La difusión del cristianismo entre los pueblos no es otra cosa que la extensión de la Iglesia; la comunidad de fe no se efectúa ni se sostiene sino con la comunidad eclesiástica. El Maestro no habita, visiblemente al menos, sobre la tierra; pero su doctrina continúa haciéndose escuchar por boca de los Apóstoles: *El que á vosotros escucha, á mi me escucha; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia* (1). San Pedro es el primero que anuncia la fe en Jesucristo resucitado: los demás Apóstoles predican después de él, de concierto con él, y reconocen su primado (2). La Iglesia ensancha sus límites, á medida que aumenta el número de fieles, y los Apóstoles, inspirados por Dios, eligen ayudantes, vicarios y sucesores, les imponen las manos y les trasmiten de este modo los poderes que ellos recibieron de Cristo, de suerte que son así establecidos para regir la Iglesia de Dios.

El cristianismo hace, pues, su entrada en el mundo, no como una filosofía entregada á todas las variaciones de las opiniones subjetivas, á los humores y caprichos del hombre, no como un sistema de conceptos, metódicamente dedu-

1—*Luc.*, X, 16.
2—*Gal.*, II, 2.

cidos unos de otros, no como un conjunto de proposiciones y demostraciones, sino que se ha presentado como una vida nueva, en la que el hombre debe entrar todo entero, como un cuerpo constituído que anima el espíritu de Cristo, como un reino cerrado, en el cual exclusivamente abundan la luz y la vida, y fuera del que extiende su imperio la mentira y la muerte. En este reino ha establecido el Señor mismo á los pastores y doctores para la santificación de los fieles y edificación de su cuerpo místico, á los cuales deben los fieles respetar y obedecer: *qui vos audit me audit.* (Luc. X. 16).

Las pruebas de la divinidad del cristianismo demuestran la divinidad de la Iglesia

Así, pues, todo lo que demuestra la virtud del cristianismo, demuestra por lo mismo la divinidad de la Iglesia. Por el carácter elevado de su doctrina, reconocemos la divina misión de Jesucristo; pero la misión que ha dado á su Iglesia, á los pastores y doctores que la ha nombrado, las promesas que le ha hecho, los plenos poderes que le ha legado, todo esto forma una parte asaz considerable de esta doctrina.

La rapidez prodigiosa con que se propagó el cristianismo, en conformidad con las profecías del Señor, ha sido para nosotros una demostración convincente de su verdad, una señal evidente de que una providencia enteramente especial ha intervenido en la marcha de los sucesos, y de que un poder sobrehumano acompañaba á los Apóstoles en sus correrías á traves de los pueblos. En la Iglesia y por la Iglesia se ha difundido el cristianismo, á la Iglesia se la

han hecho estas promesas, y á ella se la debe su cumplimiento.

Siempre de pie en medio de la tormenta incesante de los siglos, invencible en el combate que sostiene contra sus enemigos de dentro y de fuera, contra las potencias visibles é invisibles, contra la mentira, el pecado y la prevaricación, el cristianismo con su conservación y duración nos revela claramente la invisible mano que sostiene y dirige la obra de Cristo.

Por la Iglesia ha podido el cristianismo sufrir victoriosamente la prueba de los siglos, por la Iglesia ha hecho el Señor la promesa de permanecer perpétuamente y hasta el fin en medio de ella, aunque de una manera invisible, y de no permitir jamás que prevalezcan contra ella las puertas del infierno.

La confesión gloriosa de tantos millones de mártires, desde los Apóstoles muertos por Nerón, hasta los misioneros cuya sangre corre todavía hoy bajo el hacha de los salvajes, es un testimonio tributado á Jesucristo; sí, pero es tambien un testimonio tributado á la Iglesia, madre de estos mártires que les ha enviado, que les ha dado valor para morir, á la que han confesado al espirar y en cuyo seno descansan sus huesos.

El mismo Señor Jesucristo, que apela á sus acciones milagrosas para que den testimonio de la misión que ha recibido de su Padre, ha prometido tambien á los fieles que les hará ver en la Iglesia iguales maravillas, sino todavía mayores. Los milagros que refiere la historia de los Apostoles, y que señalaron la aparición del Evangelio como la obra de Dios á los judíos y paganos, estos milagros ¿no han sido por ventura obrados

en la Iglesia y por los jefes de la Iglesia para ser una confirmación divina de su predicación y de la fe que anunciaban? Estos milagros demuestran la divinidad del cristianismo tal como ha sido organizado y constituido, es decir, prueban la divinidad de la Iglesia en la que y por la que han sido obrados.

Está, pues, demostrado hasta la evidencia que no hay cristianismo sin Iglesia, que el verdadero cristianismo no encuentra su realidad más que en la Iglesia. «En donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios». Hay, pues, un sentido profundo y una gran justicia de expresión en la manera habitual de hablar empleada por la *Historia de la Iglesia*, para señalar el desarrollo del cristianismo en todo el curso de su existencia (1).

El cristianismo, y por consiguiente también la Iglesia, es obra de Dios. Todo lo que en el cristianismo lleva el carácter de divino, pertenece á la Iglesia; la esencia del cristianismo es la esencia de la Iglesia; la gloria del cristianismo es la gloria de la Iglesia, el poder y los efectos del cristianismo son el poder y efectos de la Iglesia por Jesucristo, que la ha fundado y que en ella vive y obra.

Hé aquí por qué *tantos caminos conducen á Roma*: toda verdad que al hombre interesa, todo gran pensamiento cristiano que á ella fuertemente se adhiere y hasta el fin la sigue, conduce necesariamente al espíritu investigador hasta esta

1— «El cristianismo visible, vivo y eficaz no es otra cosa que la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de la verdad cristiana y en ella se deja ésta conocer. Por la Iglesia entra el cristianismo en la historia, es preciso que se muestre á los ojos, y que entre en la realidad por el hecho del hombre. Como tal está sujeta en sus miembros á los extravíos y enfermedades de todo género, pero lleva en sí misma la vida del Espíritu Santo, merced á la cual no sucumbe jamás y triunfa de todos sus males». Radowitz, *Conferencias sobre el presente*, p. 346.

Iglesia que lleva en su seno la unidad, la plenitud y la totalidad de todas las verdades religiosas y humanas. En ella reside Cristo, centro luminoso de donde emanan todos los rayos que llevan la luz á las regiones más remotas de la vida natural y sobrenatural, y hácia el que tienden todos los seres con toda la energía de su esencia para encontrar en Él cada uno su propia perfección (1). Todo aquello, pues, que ataca á la Iglesia, ataca necesariamente al cristianismo; el protestantismo durante los tres siglos de su historia es de ello una convincente prueba.

Sin Iglesia y fuera de ella no hay verdadero cristianismo. Transportémonos al tiempo en que el último de los Apóstoles, que vivió con el Señor acababa de espirar, y preguntémonos: ¿en dónde está ahora la Iglesia de Jesucristo, dónde sus pastores legítimos, dónde los sacramentos y la doctrina verdadera? Encontraremos la respuesta en estas palabras del Señor: « Todo poder me ha sido conferido en el cielo y sobre la tierra; así, pues, id, enseñad á todos los pueblos y bautizadles, enseñándoles á guardar fielmente todo lo que yo os he mandado. He aquí que yo estoy con vosotros (que enseñais, que bautizais, que gobernais la Iglesia) todos los días hasta el fin del mundo. » (2).

Esto es indudable: los apóstoles debían tener sucesores en el ministerio y en la predicación, en el gobierno de la Iglesia y en la dispensación de los sacramentos: y estos sucesores deben du-

(1) De aquí proviene que hay tantos motivos diferentes de conversión cuantos son las personas que se convierten.

2—*Matth.*, XXVIII, 20. La expresión estar con alguno, al lado de alguno forma una locución familiar á la Sagrada Escritura é indica una protección especial, irresistible del Señor y que debe necesariamente asegurar el éxito de la obra para la cual ha prometido su asistencia.

rar hasta el fin del mundo y entre todos los pueblos.

Además, el Señor ha prometido positivamente su protección especial á este cuerpo inmortal de los doctores, sacerdotes y pastores de su Iglesia, de suerte que estando Cristo con ellos, es su doctrina la que ellos anuncian, es la gracia de Cristo la que corre por los canales de sus sacramentos, conducen hácia Jesucristo á aquellos que les siguen, y esto sin interrupción, sin que haya desfallecimiento posible hasta el fin del mundo.

Lo que ha sido prometido á la Iglesia es un milagro, es la acción persistente y duradera de una asistencia divina, extraordinaria. Aquel á quien todo poder ha sido conferido en el cielo y sobre la tierra, el que tan maravillosamente ha cumplido ya las promesas hechas por El desde el principio del mundo, puede muy bien cumplir esta última promesa y de seguro que la cumplirá.

Del mismo modo que la Providencia gobierna á la naturaleza, así Jesucristo gobierna al mundo sobrenatural, al reino de la Iglesia por medio de la gerarquía establecida por Él mismo.

Separarse de la Iglesia es separarse del cristianismo: la heregía

De aquí se desprende que jamás ha sido permitido á nadie separarse de la Iglesia, que está unida á los Apóstoles y al mismo Cristo por el triple lazo de la doctrina, de los sacramentos y de la jerarquia. El que se separa de ella se encuentra condenado por su propio juicio, porque ha roto los lazos que le unían á Je-

sucristo y á los Apóstoles, y cada vez que recitando el símbolo de los Apóstoles, conservado por todas las confesiones, dice: *Creo en la santa Iglesia católica y apostólica*, repite la sentencia de su propia condenación.

Estas separaciones, estas heregías no las evitó el Señor á su Iglesia, sino que El mismo las predijo (2). El Apóstol llega hasta decir *que es necesario que haya heregías* (3). Por este medio la Iglesia es en un todo semejante á su Señor, á su Divino Maestro y modelo, que para siempre vive en ella y que es para muchos una piedra de escándalo y una señal de contradición (4). Pero las heregías no quitan nada á la certidumbre que tiene la Iglesia « de ser la verdadera Iglesia del Señor, indestructible y capaz de resistir al mundo conjurado contra ella y de ver caer extenuadas en su presencia á todas las herejías.» (1)

El mero hecho de la separación es una marca que ninguna heregía puede borrar de su frente, marca acusadora que la manifiesta como primer día de su existencia, aquel en que un solo hombre tuvo la audacia de oponerse á toda la Iglesia, en que la parte se sublevó contra el todo, en que la rama se separó del árbol, y el miembro del cuepo al que hasta entonces había pertenecido,

Hasta el nombre mismo que lleva una heregía, la recuerda sin cesar á su autor, que no es Cristo, sino un puro hombre, y no el Hombre-Dios. «Marción y Valentín, dice Tertuliano, han aparecido en tiempo del emperador Antonino;

2—*Matth.*, XVIII, 7.
3—I *Cor.* XI, 18, 19.
4—*Luc.*, II, 34, 35.
1—Palabras del Obispo Alejandro de Alejandria *[Epist. ad Alexandr. Constant.* c. 13*]* (Principios del Siglo IV.)

antes no eran conocidos.» Lo que de aquellos, dice Tertuliano, se aplica á todos los que, en el curso de los siglos, desde el principio se separaron de la Iglesia: gnósticos, arrianos, pelagianos, maniqueos, ninguna heregía, por antigua que sea, no puede hacer desaparecer esta marca que la condena, y mucho menos justificar su separación.

El pecado mancha, pues, la cuna de toda heregía, y no hay separación que no sea un semillero fecundo de nuevas divisiones; toda secta engendra necesariamente á otras nuevas. «En efecto, dice Tertuliano, (1) todo valentiniano puede hacer lo que hizo Valentín, y todo marcionita lo que ha hecho Marción.» « ¡En cuántas fracciones se han desgarrado los que se han separado de la unidad de la Iglesia!» dice San Agustín, hablando de los herejes de su tiempo. (2)

Lo que San Agustín decía á Juliano, jefe de los pelagianos, continúa la Iglesia diciéndolo á cada herejía: « Volved á nosotros; vuestros antepasados no tenían la fe que vosotros hoy enseñáis; os habéis salido de una Iglesia que enseña lo contrario de lo que vosotros ensenáis en la actualidad.»

Y éste es el caso del protestantismo, nacido con la apostasia del orgulloso fraile agustino, Martín Lutero, con el protexto vulgar, comun á todas las heregías, de corregir abusos y errores en la Iglesia, apelando á la autoridad de la Biblia, como único criterio ó regla de fé, lo que es herético y semillero de heregías.

1—*Proescript.*, cap. 12.
2—*Serm.*, IV, 32.

La Biblia no es la única regla de fe. Escritura y tradición

Una opinión que contradice á la enseñanza de la Iglesia, está como tal, y por el hecho mismo, convencida de error. Los Apóstoles han legado á la Iglesia su fe; es, pues, un criterío de verdad el estar de acuerdo con la Iglesia; (1) no hay necesidad de una demostración más lata, ni entrar en discusión con los herejes.

¿Por ventura, ha esperado la verdad para aparecer á que hayan venido los herejes? «Entonces, antes que hubiesen venido no había Evangelio ni fe; el bautismo no servía de nada, así como tampoco las obras de fe y los sufrimientos de los mártires», dice Tertuliano. (2) ¿Es acaso verosímil que todos hayan errado, y que todos en el mismo error se hayan reunido? ¡Quién se atreve á sostener que se equivocaron los que transmitieron la fe, y que este error reinó hasta que fuè destruído por la herejía! ¡La verdad esperaba, pues, á que los marcionitas y valentinianos viniesen á revelarla! ¡Qué absurdo es pretender que la herejía es anterior á la doctrina verdadera, que nos ha anunciado que habría herejías y que nos advierte que las evitemos! Es á la Iglesia, depositaria de esta doctrina, ó más bien esta misma doctrina dice á la Iglesia: «Si un angel viene del cielo á anunciaros otro Evangelio que el que yo os he anunciado, sea anatematizado» (3).

«Si existía ya una Iglesia antes que Donato,

1—Tertull., *Praescript.*, c. 20-21. Cf. Clement. *Strom.*, VII. 16.
2—*Loc. cit.*, cap. 29.
3—Tertull., *loc. cit.*, cap. 28.

dice San Agustín (1), si la herencia de Cristo no se había perdido, lo más seguro era perseverar en la doctrina y en la práctica de esta Iglesia. Pero si no existía la Iglesia, ¿de dónde vino Donato? ¿De qué cielo ha caído?»

San Cipriano se niega hasta á tomar conocimiento de los errores de Novaciano, desde que sabe que no está acorde con la Iglesia (2), «porque, dice, será lo que quiera, pero no es cristiano, puesto que no está en la Iglesia de Cristo. No ganan nada con citar algunos textos de la Biblia para justificar su apostasía, porque la Escritura no les pertenece á ellos, sino á la Iglesia, que ha recibido con el depósito de la Escritura el espíritu de la Escritura, de la que ellos no hacen más que abusar y desnaturalizarla» (3), como hoy hacen los protestantes con la Escritura contra la Iglesia.

La Iglesia, dice San Clemente de Alejandría (4), existe antes que todas las sectas, y está en posesión de la verdad. No necesita pruebas contra la herejía; su prueba suficiente es su existencia; la doctrina del Señor está siempre viva entre sus discípulos, y la verdadera doctrina de Cristo es un tesoro público, cuyo depósito se halla en la Iglesia.

He aquí por qué la Iglesia no disputa como los herejes, que tienen cátedra de disputas; teniendo conciencia de la divinidad de su doctrina, se contenta con exponerla, cumpliendo así con la misión que le confió Jesucristo: *Id y enseñad á todas las gentes cuanto os he mandado.* Ella

1—*De Baptism. Contra Donatum.*, III, 2.
2—*Ep. III ad. Antoniam.*
3—Tertull., *Praescript.*, cap. 20, 36, 38.
4—Strom. VII, p. 764.

es la que debe enseñar al mundo, y *no á ella* los fieles, como pretenden los herejes.

La fe, que sin desfallecimiento dura y vive en la Iglesia, conservada por la presencia de Jesucristo en medio de ella: he aquí la regla y la medida de la verdad, con la que vence á la herejía. A ejemplo del Apóstol, la Iglesia dice á todo hombre que se subleva contra su doctrina: «¿Ha salido de vos la palabra de Dios?» (1) En efecto, el principio que el papa San Estéban oponía á las erróneas opiniones de los africanos: *Preciso es no hacer nada fuera de lo que es tradicional*, era desde el principio, y es hoy todavía, el único camino real por el cual triunfa la Iglesia de todas las herejías.

« Una observación importante es, dice con razón Mœllher (2), que todos los sectarios reconocen que la Iglesia católica, al proscribir las herejías anteriores, ha sido el infalible intérprete de la verdad: sostienen que los fallos que ha dictado contra los que les precedieron, han sido justos, pero no quieren reconocer los principios que han dictado sus definiciones. Una doctrina así formada y siempre tan exactamente definida, ¿hubiera sido posible sin la idea que tiene la Iglesia de sí misma y fuera de la constitución actual? » Las razones alegadas por los herejes para justificar su separación de la Iglesia, fueron siempre las mismas en todas las sectas, cualquiera que haya sido la diferencia doctrinal. Todos los herejes han reprochado á la Iglesia lo que ellos llaman contradicción evidente de su doctrina y de su culto con la Sagrada Escritura (3). Pero estos no son más que pretextos: la

1—I *Cor.*, XIV, 36.
2—*Simbólica*, 39.
3—Tertull, *loc., cit.*, 17, 19.

verdadera causa de la separación es otra muy diferente, que ya encontramos consignada en la Escritura (1).

Sin la Iglesia no solo no existiría la Biblia, pero tampoco la fé

Añadamos esta gran proposición: *Sin Iglesia no hay fe*, sino solamente dudas y opiniones individuales. Ahora bien, la fé es el fundamento, la raíz de la justificación, sin la cual es imposible agradar á Dios, el asentimiento á todo lo que Cristo ha enseñado, exento de innovación y puro de toda doctrina extraña (2).

Pero la idea de una fé divina implica la sumisión absoluta de nuestra inteligencia á una autoridad divina, infalible, que excluya la menor duda y sea la razón y el motivo de nuestra fé. Ahora bien, esta autoridad no está ni puede estar más que en la Iglesia, á la cual trasmitió Cristo el encargo de enseñar en su lugar, dejó sus promesas, anunció y envió al Espíritu Santo, y encomendó á los fieles (3).

¿En dónde encontrar una autoridad que enseñe á entregaros confiadamente y sin temor al error ni á la mentira?

En la Sagrada Escritura, contestan los protestantes; ella es la norma, la fuente, la regla única en materia de fé y que sola lo puede ser, porque es la pura palabra de Dios, testimonio

1—« Son hombres enamorados de sí mismos. » [II *Tim.*, 2.] « Quieren elevarse por encima de los demás, dice San Clemente de Alejandría, y se separan del camino de la verdad. » Las herejías son alteraciones del cristianismo, monstruos nacidos del amor propio. [Teátull., *Prescrip.*, c. 40. 41.]

2—*Hebr.*, II, 6; *Rom.*, XVI, 17.

3—El que no escucha á la Iglesia, sea considerado por vosotros como un gentil y publicano. *Matth.*, XVIII, 16, 17.

infalible de la verdad eterna. Hay, pues, un cristianismo sin Iglesia, una fé que sin ministro enseña y que se apoya y se funda en la sola Escritura.

Esto es especioso; pero con un poco de atención se ve que no hay allí más que una falsa apariencia. Ante todo, una cosa debe extrañarnos, á saber, que los protestantes han sido los primeros en reivindicar la autoridad exclusiva de la Biblia, en oposición á toda la antigüedad eclesiástica y aún á las primeras sectas heréticas.

Sin embargo, no es más que un sofisma.

Apenas se pronuncia la palabra Biblia, cuando inmediatamente se presenta una cuestión que destruye y aniquila todo el sistema, á saber: ¿Vosotros teneis una Biblia? ¿y de dónde os viene esta Biblia? ¿Es cierto que este libro, que lleva el nombre de Sagrada Escritura, es en realidad la Sagrada Escritura escrita por los Apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo? Y si es así, ¿cómo sabéis si contiene toda la doctrina de Jesucristo? Aun suponiendo que así sea, ¿cómo sabéis que la Sagrada Escritura está íntegra y no falsificada? Y aún supuesto ésto, ¿quién os dá la certeza de que el sentido que encontráis en la Biblia sea su sentido verdadero? Vosotros interrogáis á la Biblia, pero ésta no es más que una letra muerta que por sí sola no puede responderos, sino que necesita una palabra oral y viva que le dé el alma y la vida. Oigamos sobre esto á una autoridad nada sospechosa:

Platón hace hablar así á Sócrates: «Los escritos no comunican la sabiduría, sino que no son más que una sombra de ella. Cuando los

discípulos hayan aprendido muchas cosas sin maestro, creerán ser unos sabios, cuando no son en la generalidad más que unos ignorantes y falsos sabios, insoportables en el comercio de la vida. Así el que piensa trasmitir un arte por medio de la escritura de un libro, lo mismo que el que á su vez cree que en él puede aprender, como si los caracteres pudieran darle alguna instrucción clara y sólida, muestra verdaderamente mucha candidez.

«Torpemente se engaña el que piensa que un libro es algo más que un medio de despertar los recuerdos de aquel que conoce ya el asunto de que trata. Una vez escrito un libro, circula de mano en mano, pasando de aquellos que entienden la materia á aquellos para quienes no se ha escrito la obra, y no sabiendo con quien es preciso hablar y con quien se necesita callarse. El sentido contenido en las palabras es torturado y alterado sin que se note falta; no puede socorrerse ó ayudarse por sí mismo, sino que necesita de la ayuda de su autor. Muy diferente es otro cualquier discurso, escrito con los caracteres de la ciencia en el alma del que estudia, que puede defenderse á sí mismo y que sabe hablar ó guardar silencio cuando hay necesidad.

Phœdon: Tú hablas del discurso vivo y animado que reside en el alma en posesión de la ciencia, y cuyo discurso escrito nó es más que un vano simulacro.

Sócrates: Así es.» (1)

Interrogáis á vuestra Iglesia; pero la Iglesia

1—«Los herejes, dice Clemente de Alejandría, no admiten todos los escritos de los profetas, ni en todas sus partes, sino que eligen pasajes equívocos ú oscuros que tergiversan en su sentido.»

protestante os remite, sin contestaros, á la Biblia. ¿Què digo? La Iglesia toda entera puede, según vosotros, engañarse, como efectivamente se han engañado, como vosotros pretendeis, hasta aquellos mismos á quienes llamais los reformadares.

Así, pues, el dogma fundamental del protestantismo implica en si toda una serie de imposibilidades y contradiciones. El suelo sobre el cual ha intentado edificar, es esencialmente movedizo, y no puede ni aún asentar sólidamente la primera piedra de los cimientos que debían sostener todo el resto del edificio.

Cuando se revelan contra la enseñanza eclesiástica, apelan los reformadores á la Escritura, pero olvidan que ésta, como tal, no encuentra su infalible garantia más que en la conciencia viva y en el constante testimonio de la Iglesia, de cuyo seno ha salido, en la que y por la que ha sido escrita; que la Escritura no tiene autoridad sino por los Apóstoles y por los jefes de la Iglesia misma; en una palabra, que la Iglesia es anterior á la Escritura, y que al darnos aquélla la Escritura nos hace al mismo tiempo conocer su divino carácter y sentido. Sin la Iglesia no hay inspiración cierta ni cánon de la Escritura; sin inspiración cierta no hay palabra de Dios; sin palabra de Dios no hay autoridad infalible; sin autoridad infalible no hay fe, y sin fe no hay cristianismo (1).

1—La inspiración do los libros santos, hecho puramente interno y que pasa en ol secreto dol alma de los escritores sagrados, es completamente inaccesible á la observación. La inspiración no podria, pues, ser comprobada sino por un testimonio humano. La crítica científica solo puede hacer constar y demostrar que tales libros han sido siempre tenidos por inspirados desde el principio. Pero una fe humana no es una fe divina; si estos libros son realmente

Así el dogma fundamental del protestantismo, la creencia en la sola Biblia como palabra de Dios, no se funda en nada y flota positivamente en el aire.

Esto es lo que Strauss comprendió muy bien cuando dijo: « Desde el momento en que el testimonio de la Iglesia, como testimonio puramente humano, no bastaba para hacer creer en la Escritura como palabra de Dios, resultaba para el protestantismo una dificultad que al principio parecía no tener importancia, pero que al cabo de un siglo apareció como un vicio de constitución asaz grave para poner en peligro la existencia de este establecimiento.

« Efectivamente, una cosa es la dificultad de demostrar la divinidad de un libro, y otra la de una institución tal como la Iglesia. Esta se demuestra por sí misma: ¿qué es la Iglesia? El conjunto de los miembros que la componen, y los miembros de la Iglesia no lo son sino por la suposición de la divinidad de la Iglesia. Los fieles no se adhieren á la Escritura por la misma relación de inmanencia que á la Iglesia; la Escritura no es un organismo vivo que contiene en sí á los súbditos sin poder separarse de ellos; tocante á la Escritura, los que en ella creen están como sujetos á un objeto que les ha sido comunicado. Verdad es que esta comunicación se verifica también entre los protes-

inspirados, y si como tales les podemos considerar por una fe infalible y divina, solamente Dios puede revelárnoslo y la Iglesia enseñarlo, fundándose en la tradición.

El antiguo protestantismo está conforme con nosotros. Ya Calvino [*Instit.*, L. 7-4] prohibe fundar la fe en la Escritura sobre la arena movediza de los razonamientos humanos. La tradición ha sido tomada como regla de fe independiente al lado de la Escritura y aún antes que ésta. Hay algunas tradiciones dogmáticas, tales como la fórmula del bautismo, el bautismo de los niños, la validez del bautismo entre los herejes, la sustitución del domingo por el sábado, etc., que los protestantes admiten con los católicos, sin que puedan alegar ninguna razón más que la tradición misma.

tantes por medio de la educación, y que constituye como el espíritu de la Iglesia.

«Pero mientras que esta comunicación está en el espíritu del catolicismo, contradice abiertamente á la naturaleza misma del protestantismo. El protestante, si es consecuente, debe romper este lazo de la educación, sacudir el yugo de la autoridad eclesiástica y colocarse como sujeto independiente enfrente de la Biblia, á fin de cerciorarse por sí mismo de su divinidad. Pero estos motivos, deducidos de los milagros, de la excelencia de la doctrina y especialmente de la fecha y autenticidad de los escritos, de la veracidad de los autores, etc., no pueden, según confesión de los antiguos teólogos, producir más que una cierta probabilidad; sin contar que, según este sistema de prueba, pertenece á la razón humana sentenciar sin apelación acerca de la Escritura. ¿En dónde, pues, fundaremos nuestra creencia en la Sagrada Escritura, si no nos podemos fiar ni de la Iglesia ni de la razón?» (1).

Los reformadores, sin embargo, creen haber encontrado una respuesta á esta dificultad. «Cuando los papistas (2), decía Calvino (3) nos preguntan de dónde nos viene la certidumbre de que la Escritura es la palabra de Dios, puesto que rechazamos el testimonio de la Iglesia, es como si nos preguntasen: ¿Cómo podemos dis-

1.—«Desgraciadamente, dice Lessing, la certeza de la inspiración y de la infalibilidad de los escritores sagrados, no es más que una certeza histórica: allí está ese foso ancho y cenagoso que no puedo salvar, aunque muchas veces sériamente he intentado saltar por encima de él.» [Obras, tom. V, pág. 83] Véanse las notas adicionales al final.

2—Los protestantes llaman papistas á los católicos, porque admiten la autoridad del *Papa*, y en verdad muy acertadamente; pues vienen á ser hoy un distintivo característico del verdadero cristiano, ya que el Papa, como lo demostraremos en su lugar, es la garantía de la verdadera Iglesia de Jesucristo *Ubi Petrus ibi Ecclesia.*

3—*Loc. cit.*, XXVII, 2.

tinguir la luz de las tinieblas, lo blanco de lo negro, lo dulce de lo amargo? Porque tenemos el sentimiento de la verdad de la Sagrada Escritura, no menos vivo que el del color blanco ó negro, que el de la dulzura ó de la amargura.» «—Como si, contesta Strauss (1), no instituyese así un criterio éminentemente subjetivo y vacilante, á propósito para abrir la puerta al más salvaje fanatismo; como si la última decisión no fuese de este modo remitida á cada hombre en particular, puesto que el sentimiento que le hace juez de todo, pertenece á la naturaleza humana!»

Nó, contesta el protestantismo; este sentimiento no es ni subjetivo ni humano; es la voz del Espíritu Santo, que habla interiormente á nuestro espíritu, y que da testimonio de la divinidad de la Escritura (2).

«El sistema protestante, continúa Strauss, parece, en fin, haber encontrado allí un punto en donde le será imposible hacer hincapié con certeza absoluta, quedando á la vez independiente del testimonio universal de la Iglesia y del fallo subjetivo de cada particular.

«Pero esta posición no se puede sostener, y al querer adoptarla, el protestantismo inevitablemente se resbala á derecha ó á izquierda, é irrevocablemente pierde su equilibrio, ó bien se desliza en el fanatismo, porque desde el momento en que la Escritura es desde luego reconocida como divína por una revelación interior, no es ya la Escritura, sino la ciencia íntima del Espíritu San-

1—*Glaubenslehre*, p. 134.

2—Calvino [*Instit. loc. cit.*, IV].

Para no agobiar la acción del Espíritu Santo con la ciencia, Carlostadio había declarado la guerra á todas las ciencias humanas, y para fijar el sentido de la Escritura iba á los talleres á consultar con los obreros. Melancthon iba á instruirse en casa de un panadero. Evidentemente no se necesitaba ni Iglesia ni sacramento para iluminarse.

to, la que decide sin apelación (1). Desde entonces, hé aquí al subjetivismo más absoluto, elevado á la dignidad de primer principio (2), ó bien, lo que es todavía más peligroso, el sistema protestante se inclina al racionalismo.

«Si es el testimonio interiormente comunicado por el Espíritu el que me hace estar seguro de la divinidad de la Escritura, no es menester más que una ligerísima reflexión para hacer que surja una cuestión nueva. ¿Quién me asegura que este sentimiento, que esta percepción, ha sido producida en mí por el Espíritu Santo?

«Así permanece abierto el abismo entre lo divino y lo humano. Nada importa que entre la Escritura y el espíritu humano se introduzca el Espíritu divino para dar testimenio en éste en favor de aquella, por que ¿quién atestiguará la divinidad de este testimonio? En verdad; este es el talón de Aquiles del sistema protestante.»

Y sin embargo, de ser tan imparcial y evidente este razonamiento, los protestantes insisten en defender su sistema, solo por atacar á la Iglesia en su odio sectario. Pero no tienen razón, y esta es la más gloriosa vindicación del catolicismo, tributada por sus mismos adversarios.

1—Así lo entienden los cuákeros; el espíritu, la luz interior, era para ellos la regla de la fe. Barclaii *Apolog. theolog. vere christian.*, p. 49. Rechazando los sacramentos y la enseñanza de la Iglesia, no han hecho más que aducir una consecuencia contenida en las premisas sentadas por los reformadores.

2—Este mismo testimonio interior, ha dicho Reimarus [*Fragmentos*, p. 113), que el cristiano dice que siente por la Biblia, hablará en el turco en favor del Coran, lo cual prueba que no hay allí más que una preocupación general que cada uno ha mamado con la leche de su madre.

Michaelis [*Dogmática*, p. 92], declara no haber jamás sentido en toda su vida este testimonio del Espíritu Santo —Para Reinhard, Sember, etc., este testimonio no es más que el sentimiento de la satisfacción religiosa y moral. —Holzmann [*Cánon y Tradición*, página 164], procura reunir el testimonio del Espíritu Santo en la tradición histórica; pero el que posee al primero, puede pasarse sin la segunda. ¿Qué hacer en caso de conflicto entre uno y otro? En la Iglesia no forman los dos más que un todo orgánico.

La sola Biblia no basta—Su interpretación por la Iglesia

En verdad, ningun falso sistema ha dado un tan cruel mentís á sus autores, como el sistema protestante con su postulado: la *Biblia sola*.

El protestantismo se vanagloriaba de custodiar la Biblia despues de haber rechazado la Iglesia, siendo así que habia perdido la Biblia al mismo tiempo que la Iglesia. La exclusión absoluta de todos los libros de la Sagrada Escritura, unos despues de otros, desde Lutero, que calificaba á la espístola de Santiago como *verdadera epistola de paja*, porque no *encontraba en ella nada evangèlico*, hasta Strauss y los demás protestantes de la *alta crítica*, cuya devoradora actividad no ha dejado de la Biblia más que el forro del libro: tal es la consecuencia lógica del famoso principio protestante: « la Biblia, nada más que la Biblia. »

Pero no es esto todo. Olvidemos por un instante lo que acabamos de decir; admitamos que el protestante posee la Biblia como palabra infalible de Dios, y ni aún así podrá jamás llegar hasta la fé. Sí; la Biblia es la palabra de Dios, pero lo es en sí misma; la palabra escrita tiene necesidad de ser verbalmente comunicada para que llegue á ser la palabra de Dios para nosotros, es decir, que necesita interpretación.

A esto contestan que la Sagrada Escritura se interpreta por sí misma. « Si se os ataca, dice Lutero, y se os objeta que la Escritura es oscura, responded que eso es falso, y que no hay sobre la tierra ningún libro más claramente escrito que él, porque es la Escritura Sagrada. »

«Pero decir que la Escritura se interpreta por sí misma, replica Strauss, es una manera de hablar asaz impropia... El principio activo en esta materia no es otro que el espíritu humano.»

Cuando el protestante declara que el sentido de las palabras es tal y no otro, ¿cuál es la razón en que se funda? Su propia manera de ver. En el fondo no cree en la Biblia, sino en sí mismo, el que de este modo y no de otro interpreta la Biblia, es decir, que no cree absolutamente nada, porque nadie cree en sí mismo.

Para tener fé, es preciso abandonarse á una autoridad infalible, y la interpretación humana de la Escritura, venga de quien quiera, no puede nunca fundar ni establecer la fé. En cuanto á la creencia del protestante, á menos que sin saberlo crea en los principios católicos, no es propiamente una fé, sino una manera de ver, una opinión humana, esencialmente móvil y vacilante, entregada « á todo viento de nueva doctrina. » El libre exámen, pues, de la Biblia no es más que un principio de división en la Iglesia, y sería su disolución completa, la muerte del cristianismo. Hé aquí porqué la incredulidad y el racionalismo apoyan y alaban al protestantismo, pues es su mejor auxiliar contra la religión cristiana y contra la misma Biblia.

Más ¿se dirá acaso que el Espíritu Santo opera la rectitud de la inteligencia, y que preserva á la razón de cada uno de la interpretación propia? Entónces volvemos á la cuestión: ¿Qué testigo certifica que este testimonio es el del Espíritu Santo, y que no es su propio espíritu el que el lector toma por aquél? (1) Pero, para demos-

1—El principio místico degenera por una pendiente natural en principio racionalista. Cf. Neander, *Historia de los Dogmas*, II, pág. 224.—Los reformadores reconocieron de buen grado que el principio, «la Biblia, nada más que la Biblia», no se podia sostener, y que ninguna sociedad eclesiástica resistiría á

mostrar que no existe la tal asistencia del Espíritu Santo en la interpretación privada de las Escrituras lo prueba el mismo protestantismo en sus múltiples sectas, que á fuer de contrarias entre sí, no han podido ser al mismo tiempo inspiradas por el Espíritu Santo

Más aún, ¿cuántos hay que son capaces de beber la fé en su orígen? Antes de llegar al espíritu y al corazón, la Biblia pasa por una triple mediación: Mediación *linguística;* es preciso primero traducir la Biblia á la lengna del lector: Mediación *lógico-histórica;* es menester exponer el sentido de las palabras; y Mediación *teológica*, porque la Biblia enseña misterios que el espíritu humano no podría por sí sólo comprender ni explicar.

La inteligencia de los misterios no es posible sino por el Espíritu Santo y éste no opera en la inteligencia sino en la Iglesia y por la Iglesia, que tiene la misión de enseñar. De aquí claramente se deduce, que el sistema protestante está en contradicción con la naturaleza de la fe, así como con las necesidades de la humanidad. Es un sistema que quita la religión al pueblo, es decir, á la inmensa mayoría de los hombres y que la hace imposible para aquellos de quienes el Señor ha dicho: «El Evangelio ha « sido predicado á los pobres »

esta disolvencia. De aquí la recomendación de explicar la Escritura en conformidad con los principios de fe escritos en los diversos símbolos.

«Si ois expresar una proposición quo contradiga las doctrinas del catecismo, estad seguros, dice Melanchthom, de que es falsa y de que no está en la palabra Dios.» Cf. *Conf. Helv.*, I, art. 2. Kant confiesa que la Iglesia Católica Romana es más lógica en cuanto á la lectura de la Biblia que el protestantismo. [*Lucha de las facultades*], obra publicada por Rosenkranz, X. pág. 316].

«San Pedro, dice Goëthe, encontraba muchos pasajes difíciles de comprender en las epístolas de San Pablo, y sin embargo, San Pedro era muy superior á nuestros *superintendentes.*»

Es un sistema falso, porque promete lo que no tiene. En lugar de libertar al fiel de las cadenas de la autoridad eclesiástica, como vanamente se gloria, le agobia bajo el yugo abrumador é indigno de las opiniones humanas, porque la inmensa mayoría de los fieles no tiene ni puede tener la instrucción é ilustración crítica para interpretar y controlar la Biblia.

Nó, el que dice autoridad religiosa, dice Papa.

« Con respecto á sistemas sobrenaturales, de-
« cía el racionalista Krug (1), no hay más que
« uno que sea consecuente hasta el fin, el de la
« Iglesia Romana. Allí y solamente allí se en-
« cuentra una trabazón rigurosa y perfectamen-
« te lógica. »

Pero, hay más; este sistema lisonjea en extremo á la naturaleza humana y á su orgullo, cuando poniéndole la Biblia en las manos, declara al hombre libre de todo lazo de obediencia en el terreno de la religión, cuando permite á cada uno crearse una religión á su modo, cuando le promete un conocimiento más profundo de la Escritura, una gracia mayor y más grandes luces espirituales que las que han sido concedidas á todos los concilios, á todos los santos Padres, á toda la Iglesia universal.

Pero si, no contentos con oponer este principio á la Iglesia católica, deducen las últimas consecuencias que encierra, tendrán por resultado final y necesario la incredulidad y la más desesperada duda. ¿Cómo esto? Hélo aquí.

El niño protestante bautizado, ha recibido el sacramento y la gracia de la fé; es un cristiano, un fiel perfecto aún, segun la doctrina protes-

1—*Racionalismo y sobrenaturalismo.*

tante (1). Llegado á la edad del discernimiento, toma la Sagrada Escritura, que debe ser para él el orígen y la regla de las doctrinas que debe creer. Pero ¿qué es la Escritura? ¿la palabra de Dios? ¿Quién se lo asegura? La Iglesia. Pero las iglesias protestantes, toda la Iglesia, todos los santos Padres y todos los concilios están sujetos á error: necesita, pues, estudiar, probar ántes que creer en la divinidad de la Sagrada Escritura. Si no puede creer en la Escritura, no puede tampoco creer absolutamente en nada, porque en aquel libro es donde debe beber toda su fe, y no sabe si es un libro divino é infalible, ó un libro falible y humano (2).

Una investigación de la Biblia se convierte necesariamente en un examen sobre la Biblia. El principio protestante obliga, pues, á todo bautizado, desde que tiene uso de razón, á perder la gracia de la fe, á borrar el sacramento, á expulsar de su corazón al Espíritu Santo, que en el bautismo había penetrado en él: le obliga á pasar por la duda y por la incredulidad antes que salga de ella por el examen y por el estudio, y recobra de este modo la fe y la creencia de que

1—Martensen, en su libro del *Bautismo*, expone este punto de doctrina contra las sectas anabaptistas; pero los principios que emplea para combatirlos, son principios católicos.

2—No queremos decir que no hay cristianos creyentes en el protestantismo, lo que ahora juzgamos es su sistema. El pueblo fiel, en el protestantismo, cree en la Biblia á causa de la autoridad de la Iglesia; es decir, por la base del principio católico. He aquí una observación muy justa, hecha por un protestante (Perthes, *op. cit.*, 213]. Digan lo que quieran nuestros teólogos, el principio de las dos Iglesias es practicamente el mismo, y la Iglesia evangólica no hubiera podido subsistir si en lugar de considerará la fe como un acto de obediencia y de sumisión á una Iglesia visible, como lo hacía la antigua Iglesia, hubiera querido realmente fundarle en el examen propio y en la opinión libre de cada uno. Por una parte, pues, la Iglesia protestante, lo mismo que la Iglesia católica, concibe en su seno á cada uno de sus hijos, después le instruye y le forma, abraza y dirije toda la vida del pueblo con sus formas y costumbres, y comunica á todos su propio espíritu; por otra parte, continúa afirmando y enseñando especulativamente que la condición del puro cristianismo es la decisión particular y libre de cada uno, el examen independiente, la elección.»

la Escritura es la palabra de Dios y la base de la fe cristiana. La fe cristiana no es, empero, una posesión segura, no es más que un problema.

Ha sido fijada por los protestantes la confirmación como el momento en que el bautizado, hecho adolescente, debe, después de un prèvio examen y con conocimiento de causa, decidirse á permanecer en la comunión cristiana ó á salir de ella (1). Pero el bautizado permanece en la incredulidad, al menos hasta este día.

Por otra parte, observa Strauss, á la edad de 14 años, época de la confirmación, no puede tratarse de un examen de toda la fe: si se quisiera que ésto dejara de ser una vana formalidad, sería preciso esperar á una edad mucho más madura, y aun así la mayor parte vería llegar el fin de su vida antes de haber podido terminar este examen. Pero prescindiendo de estas razones, ¿puede acaso la fe fundarse en motivos humanos, es decir, en el propio examen? ¿Puede, por ventura, lo falible servir de sostén á lo infalible, lo humano á lo diino?

1—Esta doctrina ha sido condenada por el Concilio de Trento, sess. VII can. 14.

Solo de la autoridad de la Iglesia procede la certidumbre de la fé

La fe, en el sentido propio y verdadero de la palabra, no podría, pues, existir más que en la Iglesia (1). Esta existía antes de que hubiese Sagrada Escritura, y su fe se conservaba viva en millones de fieles, miembros suyos (2). « La Iglesia es la puerta de la vida cristiana; todos los que en ella quieren entrar por otro lado son ladrones y rateros; debemos, pues, evitarlos y guardar cuidadosamente lo que enseña la Iglesia y conservar la tradición de la fe.

La tradición de la Iglesia es la ùnica regla de fe para muchos pueblos bárbaros que sin papel ni tinta creen en Jesucristo, que llevan la salvación escrita en sus corazones por el Espíritu Santo, que conservan piadosamente la antigua tradición, y creen en Dios creador del cielo y de la tierra. Su doctrina ha sido el motivo de certeza (3) en que hombres, mujeres, jóvenes, todos pueden sólidamente fundar su fe». (4) La Iglesia misma era la que valiéndose de la pluma de sus jefes y doctores, los apóstoles y los evangelistas, compañía cuando se presentaba ocasión oportuna,

1—«En la Edad Media, cuando una Biblia costaba más cientos de francos que céntimos hoy, y cuando toda la vida con sus costumbres, sus fiestas, sus industrias, sus medios de subsistencia, estaba ligada á la Iglesia, la ignorancia de la Biblia y el embarazo para responder á una pregunta de religión eran menores que en nuestros días.» *[Gazeta de la iglesia evangélica*, por Henstenberg, p. 101.] La Biblia, dice Perthes. sólo es conocida por un número muy reducido de familias.

2—«Yo no os he escrito como á personas ignorantes de la verdad.» I *Joan. II, 21.*

3—«Pablo y Timoteo recorrían las iglesias y las enseñaban á guardar lo que los Apóstoles y los discípulos habían decretado en Jerusalem,» y esto sin añadir bajo condición de que sus decretos estuviesen conformes con la Biblia. *Act.*, XVI, 4.

4—Gress, Apolog.

por ejemplo, en caso de herejía, los santos evangelios y las epístolas, sin que por esto haya pretendido nunca trasmitir toda su doctrina en estos escritos de circunstancias (1); yo no sé que haya sido demostrado lo contrario por parte de los protestantes, ni puedan hacerlo jamas.

Digamos con San Basilio (2): «sin la tradición oral, el Evangelio no es más que una vana palabra; juntas la Escritura y la tradición forman el depósito de la fe, pero si se las separa, la tradición subsistirá sin la Escritura y no la Escritura sin la tradición. No para que se convirtieran los incrédulos fueron compuestos los evangelios y las epístolas apostólicas, sino para explicar y completar la predicación oral en favor de aquellos que habían ya entrado en la Iglesia, á la cual habían sido conducidos por la palabra viva. Así la Escritura ha sido hecha en la Iglesia, y su padre es el Espiritu Santo. »

Para sostener su tésis, el protestantismo tiene que probarnos al menos que los apóstoles han tenido intención, cuando componían los sa-

1—«El cristianismo es una religión, no una teoría; una vida, no una sabiduría de escuela. Todo en él vive y se hace por la vida, hasta la manera con que se ha propagado por medio de la predicación oral. La Escritura, como medio de comunicar esta doctrina, es una cosa secundaria, como suficientemente lo indica la forma espistolar de la mayor parte de sus escritos». (Hagemann, *La Iglesia Romana*, Friburg., página 649.)

«Los que hacen de la palabra escrita del Nuovo Testamento el principal origen de la fe, dice el protestante Delbruch, le señalan un papel que no puede desempeñar por su naturaleza, que no ha podido estar en las miras del Señor el darle, y que no ha desempeñado [segun nos dice la historia] en los primeros siglos, cuando el cristianismo estaba ya en la plenitud de su fuerza y vigor».

Así todo el edificio de la Teologia Evangélica descansa en dos principios, material el uno y formal el otro, la doctrina de la imputación y la insuficiencia de la Biblia; pero ho aquí que el principio matorial es abandonado por la exégesis como por la dogmática, y en cuanto al principio formal, suficiencia de la Biblia y condición de esta suficiencia, la inspiración, no se la ha dado nunca ni la apariencia de una demostración bíblica. Tiempo vendrá en que la importancia do oste hecho será plenamente conocida. (Dœllingor, *op. cit.*, 439; Daniel, *Controversias teológicas*.)

2—De Spiritu Sancto, cap. XXVII

grados libros, de sustituir en la enseñanza de la Iglesia la palabra escrita á la palabra hablada. El mismo espíritu que ha inspirado á los apóstoles las sagradas escrituras, ha sido prometido también á la Iglesia docente, la ha inspirado desde el principio y continúa inspirándola en todo lo que enseña, especialmente en la inteligencia de los libros sagrados, y por medio de ella dirige á cada uno de los fieles en particular. « Porque, dice el Apóstol, es ante todo necesario que sepais que ninguna profecía de la Escritura puede ser explicada por una interpretación particular. » (1)

Allí está esa *asistencia del padrè* que Platón consideraba necesaria en toda especie de escrito para preservarle de los abusos de la interpretación. De la Iglesia docente recibe el fiel (2) la Sagrada Escritura, el niño y el viejo, el hombre del pueblo y el hombre de ciencia, del mismo modo que de ella recibe todo lo que es materia de fe. La Iglesia, que desde el principio ha estado en posesión del símbolo de los apóstoles y del sumario de la fe, ha enseñado siempre á los fieles de viva voz y les comunica la Biblia como un libro inspirado, cuyo sentido les interpreta.

La Iglesia que ha estado desde el principio y que hasta el fin estará con Cristo, les pone entre las manos este libro como un libro divino, y he aquí por qué creen que es la palabra de Dios lo que en este libro leen. No tienen que examinar primeramente lo que hay en el fondo, ni su fe es determinada por la Escritura, sino que precede

1—II. Petr. I. 20.

2—La Iglesia docente *est regula fidei proxima*, la Escritura y la tradición son *regula fidei remota*. Estas son trasmitidas infaliblemente á los individuos por medio de aquella.

á ésta; la encuentran confirmada en la Escritura; pero la poseerían lo mismo aún cuando no existiera la Escritura (1). El católico sabe que lo que él cree es creído también por trescientos millones de hombres, y lo confiesan en todas las lenguas « cual una sola alma, un solo corazón y una sola boca, » que toda la Iglesia lo cree y lo confiesa desde el principio, que su fe es la de todos los siglos; mientras que el protestante parte del principio de que toda la Iglesia se puede equivocar.

Por muy lejos que un fiel aislado pueda avanzar en el conocimiento é inteligencia de la Sagrada Escritura, no será bastante para quebrantar el principio sentado por San Agustín: «Yo no creería en el Evangelio si á ello no me obligase la autoridad de la Iglesia.» Esta fe, este abandono completo á la Iglesia, madre de la fe, es lo que constituye la esencia del cristianismo. « Tu fe te ha salvado, » dijo el Señor, y no: « Tu conocimiento de la Escritura. »

De aquí esta certidumbre inquebrantable, absoluta que es el carácter de la fe católica y que no es posible más que en la Iglesia y por la Iglesia. « Yo no he variado jamás en mi fe, dice San Basilio (2); lo que he creído en mi infancia se ha confirmado cada vez más con el progreso de los años. Sin oscilar de una en otra opinión, he intentado constantemente penetrar cada vez más en la doctrina que recibí de mis antepasados. Así como el grano de trigo, por pequeño que sea, crece y se desarrolla sin

1—Se ve por I *Cor.*, V, 9, y por *Col.*, IV, 16, que dos cartas de San Pablo no han llegado hasta nosotros y permanecieron ignoradas desde la antigüedad.

2—*Epist.* CCXXIII. Por eso es que, fuera de la Iglesia católica, apenas se atreve nadie á hablar con certeza cuando se trata de cuestiones religiosas. [*Quaterly Revief.*]

dejar de ser el mismo en sí y sin cambiar de naturaleza, así ha aumentado mi fe.

«Lo que entónces tiene lugar, no es una transición de lo peor á lo mejor, sino simplemente el cumplimiento de la obra ya comenzada y la fortaleza de la fe por un conocimiento más profundo y más claro.»

« En la Iglesia, dice S. Ireneo (1), se encuentra la invariable regla de fe que recibimos en el bautismo. » Cristo exige la fe en él; la fe es el camino por el cual debe el mundo marchar hácia la salvación (2). Los apóstoles (3) exigen unánimemente la fe en su enseñanza, porque sin fe es imposible agradar á Dios (4). ¿Acaso el camino de la verdad podría ser para nosotros diferente del de los contemporáneos de Cristo y de los apóstoles? ¿Es posible que se verifique un cambio en este método de la enseñanza cristiana, con tanta frecuencia expuesto en las mismas Sagradas Escrituras, y que tan íntima y estrecha relación tiene con la verdad revelada? Si con el tiempo se ha hecho de la Escritura un uso más ámplio, consecuencia necesaria ha sido del desarrollo del cristianismo y de la multiplicación de las herejías, pero que no implica ninguna diferencia, en la manera de concebir ó de aplicar el principio constitutivo.

No hay que decir que, inmediatamente despues de la muerte de los apóstoles, sus escritos, herencia comun de la Iglesia, fueron destinados á propagar la inteligencia de la palabra de Dios; porque ¿quién es el que comuni-

1—*Contr. hoeres.*, cap. I, I y siguientes.
2—*Marc.* XVI, 14, *Johan*, VI, 29
3—*I Johan*, V, 1, 4, 5; *I Petr.* I, 5, 8; *Jud.* XX, 3.
4—*Hoebr.* X, 38; XI, XXII.

caba la inteligencia de estos mismos escritos? Cuanto más, con el tiempo, la Iglesia se ha alejado de su orígen, tanto más se han complicado las relaciones espirituales; más apremiante ha sido para ella la necesidad de mantener el principio de la tradición, y, por consiguiente, ménos podía pensar que la Escritura era la única fuente de la fe cristiana. ¿En qué pasaje los apóstoles, ni una vez sola, han dado á entender que el libre exámen sería en lo futuro sustituído en la enseñanza de la Iglesia en lugar de la autoridad viva y oral? (1).

Precisamente es lo contrario lo que la Escritura nos enseña. «Lo que tú has oido delante de muchos testigos, dice San Pablo (2), comunícalo á hombres fieles, capaces de instruir á los demás.» Nos enseña que la fe procede de la audición, la audición de la predicación, la predicación de la boca de Aquel que ha sido regularmente enviado (3). Habla de los pastores y doctores (4) que Jesucristo instituyó en su Iglesia, á fin de retener por ellos á todos los miembros en la unidad de fe para que no caminen al azar, llevados por vientos de falsa doctrina.

Hé aquí, á este propósito, un notable razonamiento de un protestante, de Martensen (5): «Si la fe procede de la predicación, ¿de dónde trae su orígen la misma predicación cristiana? Todas las sectas afirman que vienen en nombre

1—Los que on Beroa consultaban las Escrituras para *ver si era así* [*Act.*, XVII, 11], eran judíos, no cristianos, y seguían la demostración do San Pablo apoyada en las profecías. So trataba de los motivos de credibilidad y no del fundamento de la fe Por lo quo toca á la Escritura y á la fe en el Mesías. se fundaban en la autoridad de la Sinagoga. Véanso las notas adicionales.

2—II *Tim.*, II, 1; I, 13.

3—*Rom.*, X, 14.

4—*Ephes*, IV, 11; I *Cor.*, XII, 28.

5—*El Bautismo cristiano*, Gotha, 1860

de Cristo; todo predicador se cree revestido de una misión, cuya importancia conoce: pero ¿cómo un predicador podrá ser órgano de Cristo, si no está ya incorporado al organismo cristiano, la Iglesia? Solamente por el todo está Cristo en relación con cada uno en particular (1), toda comunión verdadera con Cristo es una comunión con él, como jefe del cuerpo de la Iglesia; la verdadera predicación es, pues, necesariamente aquella que viene de Cristo por la Iglesia (2). Debe establecerse el principio que ninguno sin excepción puede presentarse como órgano privado de Cristo, sino como representante de la sociedad pública establecida por Jesucristo, sociedad viva y que se desarrolla en el gran día de la historia.

«El error de las sectas consiste precisamente en que quieren unirse á Cristo sin pasar por la Iglesia, este gran intermediario visible entre Cristo y cada fiel: los individuos no están sino

1—Esto es todavía mucho más verdadero en el orden de las cosas naturales La sociedad es naturalmente antes que el individuo, porque el todo es necesariamento anterior á las partes. *Polit.*, I, 1, 11.

2—Hé aquí un principio que hace al protestantismo imposible, hace desaparecer hasta el terreno en que pretende sentarse, por lo cual le niega Thomasius; éste dice *[op cit.*, p. 386]: «Primero es Cristo y la fe que obra su doctrina, después la acción de la Iglesia. Desde que tengo á Cristo en la fe, tengo también en él la comunión con todos los que le pertenecen.» Pero ¿de dónde viene la doctrina? Todo esto cae en presencia del razonamiento de Perthes *[op. cit.*, p. 210]:

«Para la comunión de los cristianos, la Iglesia es una necesidad, como lo es un Estado para la nación. ¿Quién da á dos ó tres personas, que quieren reunirse y formar iglesia, la seguridad ó la posibilidad de hacerlo en el nombre del Señor? Seguramente una prévia enseñanza. ¿Cómo alcanzar este principio constitutivo que forma la Iglesia? Es preciso que desde fuera sea comunicado. Pero ¿quién enseñará y hará recibir la verdad? Para llenar estas funciones para con la humanidad, no bastan individuos aislados, sino que es preciso una institución, una Iglesia. Si la Biblia puesta en las manos de cada uno basta para formar en él á Cristo, enséñese á todos los niños á leer, y déseles en seguida una Biblia á cada uno, á fin de que la lea, la examine y aprenda á dirigir su vida hácia su destino, pero que no se haga más, porque todo lo que se añadiera, dejaría de ser doctrina del protestantismo». Hay, pues, que elegir en el siguiente dilema: ó la fe, y por consiguiente, una autoridad que enseñe, ó un subjetivismo de una naturaleza racionalista y pseudo-mística; no hay más medio.

aisladamente unidos á Cristo, porque no consideran á la Iglesia anterior á los individuos. Las sectas quieren componer el todo, yuxtaponiendo partes y átomos, á pesar de ser el misterio de todo organismo, que el todo preceda á las partes. En lugar de considerar á la Iglesia como á la santa madre de la fe, las sectas la miran exclusivamente como un producto de la fe de cada cual, pero no es éste el orden de las cosas, sino que es la Iglesia la que empieza; es la gran vida comùn, la vida universal que se propaga al individuo y le comunica la vida individual.

«Mientras el Señor estaba sobre la tierra, la creencia de los discípulos en su profunda y pura doctrina se fundaba en la autoridad, porque Jesucristo fué por sí mismo el fundador de la fe. Este origen de la fe ha debido necesariamente permanecer él mismo para todas las generaciones venideras, y la economía de la salvación no puede en manera alguna ser para los cristianos de hoy esencialmente diferente de lo que era para los primeros discípulos.»

¿Qué podrán responder á esto esos predicadores *evangélicos* ó *metodistas*, que nos pretenden enseñar el puro Evangelio? ¿De dónde sacan ó derivan su misión contra la Iglesia? No faltaba más que Jesucristo hubiese dejado abandonada su doctrina al primer predicador que se nos presentase! Pobre Iglesia, pobre cristianismo, pobre humanidad!

Sin autoridad no hay Iglesia de Cristo

En verdad; la Biblia estudiada aisladamente y fuera de la enseñanza de la Iglesia, no ha sido nunca el camino que conduce á la fe. En todo tiempo aquellos que han deseado la fe, la han pedido á la Iglesia, que les ha dado su símbolo y con él la Sagrada Escritura por ella interpretada, y símbolo y Escritura fueron siempre recibidos y confesados bajo la autoridad de la Iglesia. (1) Sin la Iglesia y sin el Espíritu que en ella vive, la Escritura no es más que un epitafio geroglífico, sobre cuya significación y sentido se disputa como acerca de las inscripciones egipcias.

La cuestion que aquí tratamos es fundamental, porque todas las controversias entre la Iglesia católica y la herejía protestante van á parar necesariamente á la *cuestión por la autoridad de la Iglesia.* ¿Es la Iglesia la regla inmediata de la fe que directamente comunica á los hombres el objeto de la revelación que garantiza, ó más bien, cada uno en particular puede llegar á la fe independientemente de la Iglesia?

La cuestión está ya resuelta en principio, puesto que hemos demostrado la misión que la Iglesia ha recibido de Jesucristo su fundador, así como también la falsedad del principio: «la Biblia, nada más que la Biblia»; y la imposibilidad de aplicarla hasta el fin. Sin embargo, la importancia del asunto y la inmensa extensión de sus consecuencias, exigen que

1—Agusti, *Hechos notables*, t. II, p. 49.

expongamos más á fondo el principio sobre el cual descansa la autoridad de la Iglesia en materia de fe.

« Yo no sé, dice de Maistre (1) si se habrá suficientemente notado acerca de esta grande cuestión, como sobre tantas otras, que las verdades teológicas no son más que verdades generales, manifestadas y divinizadas en el círculo religioso, de manera que no se podría atacar á una sin atacar al mismo tiempo una ley del mundo.»

Aplicadas á la cuestión de la autoridad, estas palabras encierran la verdad más completa. Así como no hay cristianismo sin Iglesia, así tampoco hay Iglesia sin autoridad: habiendo Cristo querido una Iglesia, no ha podido menos de quererla dotada de suficiente autoridad (2), puesto que solamente con esta condición puede desempeñar su cometido de conductora de los pueblos y de maestra de la verdad.

Sin autoridad no hay Iglesia, sin Iglesia no hay cristianismo: reconociendo entre estas dos ideas la más íntima conexión y sosteniendo que no se concibe una Iglesia sin autoridad ni una autoridad sin Iglesia, no hacemos más que aplicar á la vida sobrenatural un principio que rije todas las instituciones humanas.

La autoridad es el principio social por excelencia: la autoridad con el deber de obedecer, que es su correlativo, es el lazo de los espíritus, el corazón cuyo latido hace vivir á toda sociedad, el centro de donde parten la unidad de vida y la salvación; es el principio constitutivo y regula-

1—*Del Papa*, cop. I, p. 1.

2—Así la cuestión de la verdadera fe y de la verdadera iglesia no es sino la cuestión de la verdadera autoridad. La fe toda entera descansa en la autoridad.

dor de todas las sociedades, desde aquella cuyo círculo es más limitado, esto es, la familia sostenida y conservada por la autoridad paternal, hasta esos grandes imperios en que millones de hombres encuentran la unidad en el lazo de la ley emanada de un poder supremo, de una autoridad soberana de la cual todo depende sin que ella á nada ni á nadie esté sujeta.

Quítese esta autoridad, y no se formará jamás el lazo social, y la sociedad mejor cimentada se disolverá, se dividirá en millones de átomos sin cohesión entre sí, efecto necesario de la anarquía. He aquí por qué la humanidad no ha renegado nunca de la autoridad, sino que está ligada á la vida social por el fondo mismo de su naturaleza, porque sólo en la sociedad puede el individuo llegar á todo el desarrollo posible en la existencia del hombre.

El mundo se ha dividido acerca de estas cuestiones, que se refieren á saber cuál es la razón última de la autoridad, cuáles son sus representantes naturales y legítimos, cuáles las formas y leyes con arreglo á las cuales debe ser ejercida; pero la autoridad misma no ha sido nunca objeto de ninguna contestación. ¿Podía, pues, Cristo negar á su Iglesia, á la sociedad por excelencia, *sociedad internacional*, que abraza al universo entero, negar lo que es la condición vital, indispensable de toda vida colectiva, verdaderamente humana? El, que ha encargado al hombre á los cuidados de la sociedad en todo aquello que concierne á su vida natural (1), porque solamente en su seno puede desarrollarse y física y moralmente conservarse, ¿cómo

1—El hombre, dice Aristóteles (*Politic.*, I, 1, 9), es por naturaleza un animal social, predispuesto y destinado á la vida en común.

es posible que se contradiga á sí mismo, le aisle por excepción y le reduzca á sus propias fuerzas individuales, cuando se trata de la vida más excelente, de la vida propiamente dicha?

Cristo, en su cualidad de hombre verdadero, ha habitado entre los hombres, ha cumplido la obra de la redención como Dios y como hombre, ha venido para congregar á aquellos que estaban dispersos, ¿y no hubiera fundado su obra sobre el enérgico principio de la unidad; hubiera instituido la anarquía en lugar del orden, la discordia en lugar de la unidad? Si Cristo ha querido una Iglesia, no ha podido seguramente querer un cuerpo sin cabeza, una sociedad sin principio constitutivo social, una grey sin pastor; nó, Él ha querido y constituido necesariamente un rebaño con su pastor, una familia con su jefe, una Iglesia visible con un jefe tambien visible; es decir, dotada de autoridad.

No podía suceder de otro modo, porque sin una autoridad que tenga por objeto comunicar la verdad revelada á todo hombre por el camino más sencillo, más seguro y más corto, que es el de la fe; la humanidad sería, sin distinción de lugar, de tiempo, de edad ni de civilización, tan miserable despues de la venida del Mesías, y estaría tan desprovista de verdad, tan entregada á la duda, á todo viento de doctrina, como lo había sido antes de la revelación.

Los protestantes, así antiguos como modernos, responden como nosotros á aquellos que niegan la revelación, objetándoles la necesidad de una enseñanza positiva dada por Dios al género humano, por la razon de que no hay otro camino para que cada uno pueda pronto y fácil-

mente, sin temor de ilusión y sin mezcla de error, llegar al conocimiento de la fé religiosa (1).

Pero entonces « el orígen de la fé debe ser necesariamente el mismo para todas las generaciones cristianas, y de la misma manera que ha sido la economía de la salvación para los primeros discípulos, tal es preciso que sea para todos los que después de ellos han venido » (2).

Los primeros discípulos se abandonaban á la autoridad viva de su divino Maestro, para recibir de él las doctrinas de vida eterna, y todavía hoy es preciso entregarse plenamente á la autoridad viva de la Iglesia para creer en el hecho de la revelación por Jesucristo, y para apropiarse la materia misma de ésta revelación; solamente con ésta condición habrá fe. Ni podía ser de otro modo, porque todo reino se conserva por el mismo principio que le ha fundado.

Esta verdad es todavía mayor cuando se trata de la religión revelada, que de otra cualquiera cosa; sobrenatural, misteriosa y que excede la extensión del espíritu humano, es el espíritu de Dios convertido en el espíritu de la Iglesia el que nos la comunica, y de ningún modo *la interpretación individual*. (3)

Hemos dicho autoridad viva, porque hasta aquí la palabra muerta y en un libro cerrado no ha fundado ningún Estado, ni le podría hacer vivir dos días. La Biblia sola y sin Iglesia no es una autoridad, sino que, al contrario, necesita

1—Luthardt dice, *Apologia*, p. 116: «A esta revelacióu natural debe agregarse una positiva é histórica, porque es una necesidad natural del espíritu humano que las principales verdades sobre las que descansa el edificio de su vida moral le sean certificadas por una autoridad más elevada que su propia razón; es decir, por una autoridad divina, á fin de desechar enteramente la duda.»

2—Martensen, *op. cit.*

3—II, *Petri*, I, 20.

del testimonio de la autoridad eclesiástica legítima, que comunicándola una certeza absoluta la da por sí sola todo su precio é importancia.

Sin autoridad no hay Iglesia. La necesidad de la autoridad está tan bien fundada en la naturaleza del hombre, que el protestantismo, que teóricamente la rechaza, la ha conservado en la práctica y hasta ha exagerado su aplicacion hasta el despotismo. Los reformadores no se han servido de su principio la *Biblia sola*, más que para justificar su separación de la Iglesia. Una vez verificada la separación, si se trata de fundar una nueva comunión religiosa, se abandona el principio como sino fuera bueno para nada, y hasta se ha vuelto contra aquellos que le habían formulado causándoles más de un disgusto. Lutero se apresura á componer un catecismo de su doctrina, y anatematiza como *hijo de Satán* al que se atreva á creer de otro modo que él. (1)

Calvino impone penas pecuniarias y corporales, y hasta la pena de muerte, á los que sé permiten pensar de otro modo que él. Las diversas fracciones del protestantismo han puesto por escrito sus dogmas y obligado á sus predicadores á que presten juramento de enseñarlas (2).

1—Walch. XVII, p 1907.

2—¿Cómo explicar con arreglo á los principios del protestantismo estos símbolos que se imponen, esta autoridad *de un papa de papel?* Cuestión es esta difícil de resolver; pero se ha encontrado una escapatoria, el predicador está obligado á enseñar el símbolo, pero no á creer en él. Cf. *Gaceta General de Augsburgo*, 1867 II, 141. Dos cosas son de igual evidencia, á saber, que una comunión eclesiástica es imposible sin un símbolo impuesto á todos los miembros, y que la imposición de un símbolo cualquiera repugna á los principios del protestantismo.

«El derecho de examinar lo que se debe creer, es la base del protestantismo. Los primeros reformadores creyeron poder fijar las columnas de Hércules del espíritu humano por sus decisiones. Pero ellos no tenían este derecho, porque se habían sublevado contra toda autoridad de este género en la Iglesia católica.» Straël, *De la Alemania*, IV, Cap. 2.

«¿Hay necesidad de demostrar latamente que nuestra iglesia está devorada

«Dos resultados principales ha dado la reforma, dice M. Guizot: 1.º La multiplicidad de sectas, la licencia prodigiosa de los espíritus, la destrucción de toda autoridad espiritual, la destrucción de la sociedad religiosa en su conjunto; 2.º La tiranía, la persecución. « Vosotros provocais la licencia, se ha dicho á los reformadores; vosotros la producis, y cuando lo habeis conseguido procurais contenerla, reprimirla. ¿Y cómo la reprimís? por los medios más duros, más violentos. Vosotros también perseguís á la herejía, y en virtud de una autoridad ilegítima.... El partido reformado estaba muy avergonzado con estos cargos. Cuando se le reprochaba la multiplicidad de sectas, en lugar de confesarlo, anatematizaba á las sectas; se condolía de ello y se excusaba. ¿Se le acusaba de persecución? Se defendia con algún embarazo, alegaba la nece-

y aniquilada por una maldición nativa que sobre ella pesa, es decir, el sujetivismo de su creencia? Una iglesia se encuentra así necesariamente dividida hasta lo infinito y pulverizada, y toda comunidad de fe se hace imposible.» Hengstomberg, *Op. cit.*, p. 543.

El principio constitutivo del protestantismo se opone á toda formación de Iglesia y obra á la manera de un disolvente sobre toda Iglesia ya formada. Hé aquí la inutilidad de todas estas asambleas que tienden, ora á tomar por principio de unidad confesional alguna frase vaga que á nada conduce, ora á hacer brillar el gran día de las oposiciones hasta entonces desconocidas, como sucedió con las reuniones de la *Alianza Evangélica*.

«El objeto de los estudios teológicos no es interpretar la Escritura, sino la Escritura interpretada. Nuestra enseñanza no es otra cosa que el resúmen de la Escritura, dice Kahnis *[La causa de la Iglesia luterana contra la Unión*, Leipzig., p. 64]. Schinkel responde *[Gaceta protestante de Berlin*, del 17 de Febrero de 1855]: O la doctrina de la Escritura es bastanto sencilla y clara para que todos los intérpretes concienzudos no puedan do diversos modo entenderla, lo cual constituye la opinión primitiva de los protestantes, y entónces carece de sentido el que se insista sobre la Escritura interpretada; ó bien la Escritura no es ni clara ni suficiente, y entonces Roma tiene razón, la autoridad oclesiástica debe dar la interpretación, y los reformadores injustamente rechazan la autoridad de la Iglesia. ¿Quién les ha autorizado para sustitnir con su propia autoridad á la autoridad de la Iglesia?» Por lo demás, diez años después, el mismo Kahnis decía: «Se desea que un teólogo protestante se atenga estrictamente á la sustancia de la fe, y es imposible, claramente, distiuguir lo que es sustancia de lo que es accidente».—*Dogm. luterana*, página 618.

sidad; tenía, segun él, el derecho de reprimir y castigar el error, porque estaba en la posesion de la verdad, sus creencias, sus instituciones eran las únicas legítimas, y si la Iglesia romana no tenía derecho á castigar á los reformados, era porque no tenía razón contra ellos.

« Cuando la acusación de la persecución era dirigida al partido dominante en la reforma, no ya por sus amigos, sino por sus propios hijos; cuando las sectas anatematizadas por este partido le decían: Nosotros hacemos lo que vosotros habéis hecho, nos separamos como vosotros os habéis separado, se veía todavia más embarazado para responder, y con frecuencia no respondía más que con medidas de rigor... La reforma no se había elevado hasta la última razón, ni descendido hasta las últimas consecuencias de su obra » (1).

El protestantismo, apénas repudió el reino espiritual de los papas, le sustituyó con otro nuevo papado, el de los reyes. Si este nuevo estado de cosas pudo bien ó mal sostenerse y durar, lo debió al poder temporal cuya intervención habían de antemano solicitado los reformadores (2); pero el protestantismo pagó siempre y por doquier este servicio con una baja y servil sumisión al Estado declarándolo Jefe de la Iglesia.

1—*Hist. gen. de la Civil. en Europa*, XII lec.

2—Lutoro [Ad. Menzol, *Nueva Historia de los alemanes*, p. 338] entrega el gobierno de la Iglesia al duquo Juan de Sajonia; Zwinglio al consejo de Zurich [Dœllinger, *La Iglesia y las iglesias*, p. 302.] los teólogos reunidos en Namburgo con Melanchthon á la cabeza, citaron diversos textos do la Escritura para demostrar que era preciso someter la Iglesia á los poderes do la tierra, [Camer., *Vita Melanchton* p. 319] A propósito de la ordenanza consistorial de Wimberg, 1542, dice Schonkol [*Estudios y Críticas* p. 459]: «La disciplina de la Iglesia pasó con un plumazo á manos del Estado, los casos de conciencia fueron en lo sucesivo tratados como cuestiones temporales, la puerta permaneció abierta á una tirania ilimitada de las conciencias por parte del Estado.» Tal es todavía el actual estado de cosas en Europa.

Sin la infalibilidad no hay autoridad en la Iglesia de Cristo

Sin autoridad no hay Iglesia; pero esta necesaria autoridad eclesiástica, ¿de qué naturaleza es?

Cuando decimos que la Iglesia es infalible, no es un privilegio que pedimos en su favor, sino que solamente reclamamos para ella todo lo que de derecho y naturalmente pertenece á todos los poderes soberanos existentes, los cuales obran siempre como infalibles en el círculo de sus propias atribuciones. Suponer únicamente que se puede contradecir á la Iglesia so pretexto de que se ha engañado ó juzgado mal, es decir que no existe; poner en duda su infalibildad, es suprimiria. ¿Para qué serviría una Iglesia que no puede garantir su enseñanza? Ni ¿cómo Jesucristo nos podía obligar á creer en ella, si podía equivocarse, y enseñarnos el error en vez de la verdad? En el orden judicial, que no es más que un brazo del gobierno, se necesita absolutamente un poder que juzgue sin que de él pueda apelarse, es necesario que haya uno á quien no se le pueda decir: Tù te has engañado.

Claro está que el condenado no estará jamás contento con la sentencia, y que ni un solo instante dudará de la injusticia del tribunal; pero el hombre de Estado sabe que un tribunal que juzgue en última instancia es necesario. (1)

La decisión de este tribunal forma la última instancia que le identifica con el derecho mis-

1—*De Maistre, Op. cit.*, cap, I.

mo, y que no consiente ulterior apelación, y que es jurídica y formalmente infalible.

La misma ley se encuentra necesariamente en la sociedad religiosa; pero con la diferencia propia de la esencia misma de las cosas. La misión del poder civil se refiere al derecho exterior; allí está su terreno y su límite. El alma del hombre, su fe y su conciencia pertenecen á otro orden de cosas, que es la Iglesia; su reino es el reino de la fe y de la moralidad, especialmente la conciencia es su esfera de actividad, su doctrina ilumina nuestra inteligencia, sus preceptos obligan á nuestra conciencia.

Es pues, absolutamente necesario que su infalibidad sea interior y real; no sólo exterior y formal, es preciso que sea efectiva y no simplemente supuesta, porque solo la verdad puede obligar á nuestra inteligencia, como la voluntad de Dios mandar en nuestra conciencia.

Una autoridad que no sea infalible en la Iglesia, no es tal autoridad (1). Una autoridad

1 —He aquí por qué ni Lutero ni Calvino podían fundar una Iglesia, y por qué el protestantismo tiene confesiones, pero no iglesias: «¿Cómo podría el protestantismo de hoy hacer lo que Lutero ni siquiera intentó, es decir, fundar una Iglesia?» pregunta Perthos (*Op. cit.* 202). «Con el protestantismo, añade, (pág. 518), no solamente perece la gerarquía papal, sino también la Iglesia. Ni Lutero, ni Calvino, ni Zwinglio podrían conservar la Iglesia existente ó formar otra nueva. El establecimiento anglicano no tuvo nunca más que la forma exterior de una Iglesia, carácter que hoy cada vez más se manifiesta. ¿En dónde debía la reforma buscar la unidad y la autoridad necesaria para instituir una cosa nueva? Evidentemente en la clara doctrina de la Escritura, pero ésta era entonces presa de la crítica de la ciencia humana y no estaba ni sostenida, ni conservada, ni trasmitida por una autoridad eclesiástica. Por espacio de tres siglos, piadosos teólogos han luchado para defender los hechos del cristianismo con la doctrina de la Escritura, y todos sus esfuerzos han sido inútiles. La tendencia á destruir todo lo que existe, lo mismo en el Estado que en la Iglesia, ha encontrado en el espíritu de la juventud que estudia; grandes peligros nos amenazan para un tiempo no muy lejano, y hay que renunciar á la esperanza de ver formarse una iglesia protestante.» Hé aquí porque bien pueden existir protestantes, porque para ello basta revelarse contra la Iglesia católica; pero no puede existir Iglesia protestante ó protestantismo, con cualquier denominación que sea, Iglesia metodista, luterana, calvinista, etc., porque para formar Iglesia es necesario tener *símbolo, credo común;* y esto es imposible sin autoridad eclesiástica.

suprema sujeta á error en materia de fe y de moral, no solamente sería ilusoria y vana, sino también funesta. Si la Iglesia es falible, en vano vino Cristo; si la Iglesia no tiene razón, reinará la duda y la indiferencia. «Si la divina Providencia no reina en las cosas de este mundo, dice San Agustín, es inútil hasta el hablar de religión. Si por el contrario, la belleza de este universo nos revela un principio eterno de lo bello, que es la fuente de donde emana; si una voz íntima y misteriosa aconseja á los buenos que busquen á Dios y le sirvan, nosotros podemos tener entera confianza de que Dios ha establecido una autoridad capaz de conducir seguramente á Él á todos los que quieran seguirla.»

También el fundador de la Sinagoga ó Iglesia del Antiguo Testamento la había dotado de una autoridad viva, permanente y pública, á la cual una prescripción legal expresa acompañaba en la enseñanza (1). Israel vivía á la sombra de la autoridad de su cuerpo docente, de su sacerdocio, al lado del cual se perpetuaba la enseñanza extraordinaria é infalible de los Profetas (2), que duró hasta San Juan Bautista y Jesucristo, y jamás se vió al fiel de la ley antigua en cuestiones de fe abandonado á la penosa incertidumbre del libre examen. Hubo siempre una autoridad docente, viva, para comunicar á los hijos de la Iglesia la verdad de la fe. Así sucedía cuando el Señor fundó la Iglesia

1—*Levit.*, X, 110. A fin de que enseñéis á las hijos de Israel todo lo que Dios os comunica por boca de Moisés. Cf. *Deuter.*, XVII, 11: *Matth.*, XXIII, 2 Sentados los sacerdotes en la cátedra de Moisés, deben todos seguir su enseñanza, según la órden de Jesucristo.

2—*Macab.*, IV, 46: XIV, 41.

del Nuevo Testamento. La naturuleza y objeto de la revelación piden que asi sea, lo mismo que la esencia misma de la Iglesia, cuyos miembros son *discipulos fieles y confesores*, y no escépticos indecisos ó investigadores.

Y así fué hecho: Aquel á quien todo poder ha sido concedido en el cielo y en la tierra, cuya mano dirige los destinos de los pueblos, al mismo tiempo que conduce á cada alma en particular por su propio camino hasta el fin del mundo, de una manera dulce é insensible, pero con una fuerza irresistible é infalible; Aquel que es la verdad eterna, la santidad sin mancha, cuyo ojo permanece siempre abierto hasta el día del juicio sobre todas las criaturas, cualquiera que sea su número; Aquel cuya providencia tan eminentemente brilla en la naturaleza, extiende también su mano sobre los Apóstoles y sus sucesores para protegerles y defenderles, conservarles y justificarles. Dan testimonio y para publican lo que ha dicho (1), á fin de que ninguna sombra de error oscurezca el brillo de su doctrina, y que ninguna mancha de error humano empañe el ideal de vida que nos ha sido dado.

Sí; si la Iglesia no fuera infalible en el terreno de la fe y de la moral en que Cristo la

1—*Matth.*, XXVIII, 18, 20; *Act.*, II, 1; *Joan.*, XV, 26; XVI, 17; XIV, 16, 17. Y yo rogaré á mi Padre y os onviaré otro Consalador, á fin do que el Espíritu de verdad pormanezca siempre con vosotros; es decir, como lo explica Teofilacto, no solamente por un poco de tiempo como yo he estado, sino por toda la eternidad; *Joan.*, XIV, 29. «El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará lo que yo os he dicho». Mientras que los Apóstoles, órganos de la revelación, tuvieron el dón de la *inspiración*, es la *asistencia* del Espíritu la que dirigo la Iglesia, en la distinción entre la verdad y el error. Aquéllos tenían que dar á conocer al mundo una cosa nueva, al paso que la misión de ésta consiste en custodiar el depósito de la fe.

ordenó que reinara, entónces las puertas del infierno hubieran prevalecido contra ella, porque la fe es el alma de la Iglesia, la raíz y la base de toda justicia: el Espíritu que pidió para la Iglesia, y que en el día de Pentecostés descendió sobre los Apóstoles, no sería ya más su espíritu; es decir el Espíritu de verdad y de gracia. La infalibilidad de la Iglesia es, pues, un efecto de la asistencia particular del Espíritu Santo, una obra de la alta providencia con la que Cristo gobierna al mundo sobrenatural.

De aquí viene la misión de los Apóstoles, porque no la tienen por el hombre, ni en la sabiduría humana, ni en su santidad personal descansa la autoridad de su obra, sino en la fuerza de Aquel *que está en ellos.* Así exigen una fe perfecta y sin restricción (1), y no la investigacion y exámen para saber si su doctrina es la de Aquel cuyo Padre ha dicho: «Escuchadle» (2).

Y este precepto que el Padre impuso al mundo en favor de su Hijo, ha sido renovado en favor de la doctrina apostólica: «El que oye á los Apóstoles, oye á su Maestro (3); el que no escucha á la Iglesia, esto es, á los jefes de la Iglesia, debe ser considerado como gentil y publicano.» La misión de enseñar que recibieron de Cristo, la trasmitieron á sus sucesores. «Lo que tú has oído en presencia de muchos testigos, comunícalo á hombres fieles, que sean capaces de instruir á los demás» (4).

1—*Matth* XXVIII, 18: haced vuestros discípulos á todos los pueblos.
2—*Luc.*, IX. 25.
3—*Luc.*, X. 16.
4—II *Tim.*, II, 2; I *Tim.*, III, 1; *Tit.*, I 5. El Apóstol señala en este pasaje las cualidades necesarias de los depositarios de la enseñanza ordinaria, la capacidad, la misión legítima y las cualidades morales, y las pone en parangón con los dones extraordinarios del Apostolado.

Los Apóstoles forman una generación aparte en la Iglesia, y han gozado de ciertas prerrogativas extraordinarias que no han sido dejadas en herencia á sus sucesores, tales como la misión inmediatamente conferida por Cristo, la inspiración y el dón de los milagros, así como también su pleno poder sobre la Iglesia universal, que eran gracias que exclusivamente les convenía como á órganos inmediatos de la revelación. Pero la triple función de doctor, de pastor y de sacerdote, que tuvieron los primeros, siendo una cosa ordinaria é indispensable, debe permanecer hasta el fin del mundo en la Iglesia y Cristo con ella, porque no solamente prometió á los Apóstoles, sino á todos los discípulos, que permanecería con ellos. Los Apóstoles no debían vivir hasta el fin del mundo; así es que la promesa fué hecha á nosotros y á los que después de nosotros debían venir. El río de la verdad corre en su plenitud, desde Cristo y los Apóstoles, á través de todas las generaciones de doctores eclesiásticos, hasta el fin de los dias.

Lo que se dice de Cristo, se puede decir también de la Iglesia docente: «No enseñaba como los doctores de la ley, sino como el que posee el poder» (1). Esto dá un testimonio brillante de su divinidad; enseña como Cristo enseñaba, y así como El era la verdad infalible y eterna, así también la Iglesia tiene conciencia de ser su única esposa. También continúa expresándose en todos sus Concilios, del mismo modo que lo hizo en el primer Concilio de Jerusalén: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros* (2).

1—Matth., VII, 20.
2—Act. XV, 28.

Y toda sociedad religiosa que admite la posibilidad de engañarse, no es la verdadera Iglesia de Cristo; sólo la Iglesia católica se declara infalible desde hace diez y nueve siglos, desde el primer día que predicó la fe, y en todos los concilios celebrados hasta nuestros días.

Millares de sectas contradictorias entre sí, han pasado, todas, unas después de otras, han acusado á la Iglesia de error, como hace hoy el protestantismo; pero siempre las herejías posteriores han experimentado el fallo dictado por la Iglesia contra las heregías que le precedieron. Este derecho que siempre ha tenido la Iglesia, de condenar á las sectas pasadas, y que nadie la disputa, es la condenación anticipada de todas las sectas futuras, y basta para convencerlas de error, porque la razón última de este derecho no puede ser otra que su infalibilidad.

Dando á su Iglesia el dón de la infalibilidad, Jesucristo ha comunicado á la Iglesia su verdadera grandeza y su dignidad original, y fundó realmente su independencia religiosa. Debemos á la Iglesia el no ser presa de los sofistas, ni doblar la rodilla delante de estos falsos sistemas, ídolos hoy adorados y despreciados mañana, ni estar, como los hijos de tutela, siempre vacilantes y dudosos, y siempre arrastrados por los vientos de mentidas opiniones (1). Esta es la grandeza incomparable de la Iglesia y de sus fieles: *la libertad del error*, *la independencia del sofisma*, garantidas por Cristo en su Iglesia.

«Si el cristianismo, dice M. Guizot (2), no hubiera sido una Iglesia, yo no sé qué hubiera

1—Ephes., IV, 14.
2—Historia general de la civilización, etc. 2.ª lección.

sido de él en medio de la caída del imperio romano: probablemente hubiera sucumbido en medio de la disolución del imperio y de la invasión de los bárbaros... Se necesitaba una sociedad bien organizada y vigorosamente gobernada para luchar contra semejante desastre, para salir victoriosa de tamaño huracán. No creo que me exceda si afirmo que á fines del siglo V la Iglesia, con sus instituciones, sus magistrados, su poder, se defendió vigorosamente contra la disolución interior del imperio, contra la barbárie; la que conquistó á los bárbaros y fué el vínculo, el medio y el origen de la civilización entre el mundo romano y el mundo bárbaro.»

Todo esto lo podía hacer la Iglesia, porque tenía en sus manos la autoridad, que era un poder capaz de dominarlo todo, porque era considerada como infalible. Lo que ha sido en lo pasado, el vaso en que su fundador vertió el licor divino que debía custodiar sobre la tierra y que la comunica la inmortalidad, lo será también en lo porvenir hasta la consumación de los siglos. Una cosa hay todavía más peligrosa para el cristianismo que los furiosos asaltos de los bárbaros, á saber: las armas del espíritu, puestas al servicio de una orgullosa razón y de un corazón corrompido, para quien la cruz será siempre un escándalo y una locura.

La autoridad de la Iglesia, es la que sostiene á los débiles y reprime á los fuertes, á fin de que todos sean comprendidos en el seno de una misma unidad: si nos faltase esta autoridad, tendríamos derecho para acusar á la divina Providencia de no haber hecho nada para la instrucción de los sencillos, de haber abandonado á sus hi-

jos en poder de los extravíos de la duda y de no habernos dado la letra de la Sagrada Escritura más que para servir de carrera al orgullo y de alimento á la discordia, como dice Fenelon, y como lo demuestra de hecho el protestantismo, que ha disuelto el cristianismo en sectas innumerables, sin que haya quien ponga paz y unión en su seno desgarrado. Eso no puede ser la Iglesia de Jesucristo!

Terminemos por tanto, con estas palabras de San Agustín:

«¿Podemos dudar en cobijarnos en el seno de esta Iglesia, que por virtud de la Sede apostólica en que reside, y por la larga sucesión de sus pontífices, posee una autoridad tan alta y grande, que todo el universo reconoce á despecho de las negras calumnias de los herejes, siempre condenados y confundidos? Y si toda ciencia, aun la más sencilla y menos importante, tiene, sin embargo, necesidad de un maestro que la enseñe, ¿qué orgullo tan infundado no revela el no querer admitir los libros de los divinos misterios explicados por sus legítimos intérpretes?»

NOTAS ADICIONALES

Reflexiones para los doctores protestantes

Lessing ha establecido contra Gœtze (1) las siguientes tèsis, cuya sola enunciación demuestra la falsedad del sistema protestante: *la sola Biblia*, como regla de fe:

1.ª Demostrar porqué las doctrinas contenidas en los símbolos de fe, deberían necesariamente perderse si se perdiese la Biblia.

2.ª Porqué estas doctrinas se habrían mucho tiempo há perdido, si se hubiera perdido la Biblia.

3.ª Por qué no podríamos nosotros conocer nunca estas doctrinas, si no hubiera sido por la Biblia.

Después continúa así:

1. El contenido de estos símbolos era tenido por los Santos Padres como *regula fidei: regla de fe.*

2. Esta *regula fidei* no ha sido sacada de los escritos del Nuevo Testamento.

3. Esta *regula fidei* existía antes que existiese un solo libro del Nuevo Testamento.

5. Esta *regula fidei*, no solamente contentó á los primeros cristianos, á los del tiempo de los Apóstoles, sino que los cristianos de los cuatro primeros siglos la tuvieron por completamente suficiente.

6. Esta *regula fidei* es la roca sobre la cual está construida la Iglesia de Cristo, no la Escritura.

1—Obras, t. VIII, p. 22.

9. Los logos de la primitiva Iglesia no se atrevían á leer trozos aislados del Nuevo Testamento, al menos sin permiso del sacerdote encargado de su custodia.

10. Fué considerado como un pecado grave por los legos de la primitiva Iglesia, preferir creer en la palabra escrita de un Apóstol mejor que en la palabra viva de su Obispo.

11. Los escritos de los Apóstoles han sido juzgados con arreglo á la *regula fidei*.

12. La religión cristiana, durante los cuatro primeros siglos, no fué nunca demostrada con la ayuda de los escritos del Nuevo Testamento. No se sirvió de ellos más que incidentalmente como pruebas accesorias.

13. Demostrar que los Apóstoles y Evangelistas han compuesto sus escritos con intención de comprender en ellos toda la religión cristiana, es una cosa absolutamente imposible.

14. Probar que el Espíritu Santo ha dispuesto las cosas sin saberlo los escritores, es una cosa todavía mucho más imposible.

16. Jamás los escritos de los Apóstoles han sido tenidos como el comentario auténtico de toda la *Regula fidei*.

17. Precisamente por esta razón la Iglesia primitiva no quería nunca permitir que los herejes apelasen de ellos á la Escritura, ni jamás disputaba con un hereje sobre la base de la Escritura.

II

Del último escrito de Lessing contra Goetze citaremos lo siguiente:

«El señor Pastor pregunta si quedarían hue-

llas en el mundo de lo que Cristo ha hecho y enseñado, si los libros del Nuevo Testamento no hubieran sido escritos ó no hubieran llegado hasta nosotros»... ¡Líbreme el cielo de formarme jamás una tan pequeña idea de Cristo y de su enseñanza, que pueda alguna vez responder *no* á esta pregunta! – ¡Todo lo que por el mundo pasa, deja en él impresas sus huellas..., y solamente vuestra doctrina, divino amigo de los hombres, que vos mandásteis no escribir, sino practicar, si no hubiera sido escrita y sí solamente predicada, no había de haber producido ningun efecto capaz de mostrar de dónde trae su orígen! ¡Vuestras palabras, para ser palabras de vida, necesitaban ser convertidas en letra muerta!... ¡Dios no hubiera podido, por un efecto inmediato de su omnipotencia, preservar de toda falsificación la tradición oral, como decimos que ha preservado la palabra escrita!

Se lee además:

4. No solamente la historia de Jesucristo era conocida antes que los evangelistas la dieran á conocer, sino que también toda la religión cristiana estaba ya establecida antes que ninguno de ellos hubiera empezado á escribir.

5. El *Padre Nuestro* era recitado antes de que se leyera en San Mateo. Jesús le enseñó á sus discípulos.

6. La fórmula del Bautismo estaba ya en uso antes que el mismo San Mateo la hubiera puesto por escrito, porque Jesucristo la había prescripto á sus Apóstoles.

8. Si los primeros cristianos oraban y bautizaban según la prescripción oral y tradicional de Cristo, ¿no hubiera podido ser que se hubie-

ra atenido exclusivamente á esta misma prescripción acerca de todas las demás cosas que son esenciales al cristianismo?

9. O bien, puesto que Cristo había juzgado conveniente hacer de estas cosas el objeto de un precepto oral particular, ¿por qué no hizo lo mismo con todo lo demás que los Apóstoles debían enseñar al mundo, y que el mundo debía creer por su solo testimonio?

11. Cómo si los autores de las Sagradas Escrituras hubieran jamás pretendido consignar en ella todo lo que Jesús ha hecho y dicho. Cómo si no hubieran positivamente manifestado lo contrario para dejar, según parece, á la tradición oral un lugar al lado de sus escritos.

15. O tenemos que renunciar á admitir nada, nada históricamente probado en la religión cristiana, ó tendremos que admitir que hubo en todo tiempo una fórmula auténtica de fe.

20. Que llevaba en sí misma la credibilidad.

21. Que era la piedra de toque incontestable é incontestada de la ortodoxia.

22. Que todos los herejes debían primeramente confesar ántes que se dignase discutir con ellos sobre las cuestiones de fe, sobre la base de la Escritura...

III

«A la autoridad viva de la Iglesia católica, dice Schelling, (1) el protestantismo ha sustituído la autoridad muerta de libros escritos en lengua muerta también; y como ésta no podía por su naturaleza ser obligatoria, resultaba una servi-

1—«Lecciones sobre el mótodo de los Estatutos Académicos, IX lección.

dumbre mucho más indigna, porque sujetaba á los espíritus á símbolos que no tenían para ellos más que un crédito puramente humano.»

« El yugo no sería menos intolerable, dice Gess, (1) si los ignorantes debieran ser entregados á la discreción de los sábios en cuanto á las verdades eternas, de tal suerte, que la fe debería ser reputada verdadera si los sábios la declaraban verdadera, y falsa, si como tal la declaraban.»

Si la autoridad de la Iglesia es un yugo para M. Gess, no menos que los símbolos y las opiniones de los sábios, ¿qué medio nos quedaría para pasar de la duda á la fe? — «El espíritu es el que da testimonio.» — Pero ¿quién atestigua que este testimonio es el del Espíritu Santo y no el del espíritu del hombre? Gess invoca la autoridad de Rothe, el cual dice (2): « El cristiano sabe con evidencia inmediata distinguir entre su espíritu propio y el espíritu de Dios. » (Y sin embargo, no hay un solo texto de la Biblia acerca del cual no estén desacordes los protestantes desde el principio de la reforma). « ¿El cristiano sano de espíritu no sabe acaso distinguir entre la salud y la enfermedad espiritual, como el hombre sano del cuerpo entre la salud y la enfermedad corporal? » (¡Como si este no tuviese á su alcance pruebas muy fáciles de tomar; como si, al contrario, el enfermo, por lo mismo que está enfermo, no se engañase acerca de su estado, y no se creyese con frecuencia restablecido cuando está próximo á expirar!). Dorner, también se refiere á la experiencia íntima, no como tal, sino como experi-

2—Apología, p. 24.
1—*De la Dogmática*, p. 153.

mentada y encontrada de acuerdo con la realidad. Pero por este medio de la experiencia íntima, el profeta de los Mormones podría también justificar todas sus indecentes revelaciones.

No incumbe á M. Dorner imponer restricciones al espíritu que inspira cuando quiere.

Phillippi está en un error cuando dice que para saber con entera seguridad si un escrito es la obra de un órgano infalible de la revelación, es preciso considerar si la garantía exterior de la historia concuerda con la seguridad interior del espíritu. Esto sería hacer necesaria de nuevo la tutela de los sábios.

IV

Por lo que toca á la traducción de la Biblia por Lutero, destinada á ser para el pueblo el manantial de la fe, hé aquí lo que dice un sábio lingüista (1): Es una cosa imperdonable que un gran número se atenga en su enseñanza á la versión tan defectuosa de Lutero, especialmente en la parte del antiguo Testamento, predicando sobre un pretendido pasaje de la Biblia, que no se encuentra en el texto original. En los pasajes proféticos y poéticos del antiguo Testamento, la versión de Lutero es tan defectuosa, que no puede en manera alguna dar el sentido exacto del texto. Es muchas veces incomprensible en las epístolas de San Pablo. (2)

2—De Wette (*Traducción de la Biblia*, 1831). Pero esta misma traducción no la hubiera podido hacer Lutero si no se hubiera valido de la Vulgata». Michaelis, *Introducción á la Sagrada Escritura* I parte, pár. 72.

3—*La sola Biblia*, dicen los protestantes, y sin embargo añaden cosas que cambian el sentido dogmático, v. g. *La fe* justifica, esto es, como á disposición; pero ellos añaden á la Biblia: la *sola* fe justifica. Fué reconvenido Lutero por esta adulteración; pero él contestó: *así lo quiero, así lo mando; sirva de razón mi voluntad.*

Se ha dicho que Lutero sacó á relucir la olvidada Biblia; nada hay que sea más repetido ni más falso, y prueba de ello es que dieciseis traducciones, al menos, de la Biblia en culto alemán y cinco en bajo alemán, habían ya aparecido antes de Lutero, solamente en Alemania, así como diecinueve ediciones de la versión latina. (1)

Geiler de Kaiserberg censuraba ya la lectura inmoderada y sin regla de la Biblia, y Sebastián Brand, dice en su *Vagel de los locos* (1493): « Los libros santos inundan el país. » « Los numerosos grabados de madera con que estaban adornadas la mayor parte de estas ediciones, dice Geffcken (2), dan á conocer que estaban destinadas para uso del pueblo. »

La Biblia de los pobres, tan común en la Edad Media, que servía para la instrucción del pueblo, que por medio de láminas ponía delante de los ojos, y unas enfrente de otras, las figuras del Antiguo Testamento y las realidades del Nuevo, suponía para ser comprendida una enseñanza oral muy completa, así como un conocimiento de la religión y de las sagradas letras que no es muy común en el día de hoy.

Cuando acordándose de esta frase *sancta sanctis*, la Iglesia católica no juzga prudente enviar por cargamentos las biblias entre los salvajes, ni hacer de la Biblia completa el libro de lectura de

Eckio y Homser notaron más de *mil* adultoraciones y todas dogmáticas, en la versión de la Biblia hecha por Lutero. Zwinglio llama á Lutero corruptor y pervertidor de la Escritura; y Bucoro afirma que esa versión está plagada de errores. ¿A qué podrían, pues, atenerse los simplos legos del protestantismo en cuanto á la versión auténtica de la Biblia?

1—Cf. J. Nast, Observaciones sobre la traducción de la Biblia en culto alemán, la cual estaba en uso hacía más de quinientos años en los monasterios de Alemania. Kekroin, historia de la traducción de la Biblia en alemán antes de Lutero.

2—Nathusius.

los niños, que aprenderían en ella lo que no debían saber hasta lo más tarde posible; cuando la Iglesia no permite á los legos la lectura de los Sagrados Libros más que en una traducción aprobada por ella, muestra que sabe adaptarse á este precepto del Señor: *No arrojéis margaritas á puercos.*

«La Biblia, dice un contemporáneo protestante (1), necesita interpretación. El libro de cántico y el catecismo son la palabra de Dios interpretada. El mismo Lutero no se atrevió á dar, á entregar al pueblo la Biblia tal como es, sin interpretación; la interpretó en los prólogos, en los títulos dados á diversos capítulos, y especialmente en la indicación de los pasajes paralelos. El deseo de una interpretación más completa se deja por doquier sentir en sus escritos.

Preguntado por el Apóstol Felipe si comprendía lo que leía, el intendente de la reina Candacia, respondió: ¿Cómo lo he de entender si nadie me lo explica? Esta es la respuesta que debe dar todo hombre que lee la Biblia.»

V

Adolfo Wuttke (2) mina al protestantismo por su base en un ataque que dirige especialmente contra la secta llamada de los *católicos germánicos*:

«Vosotros establecéis la absoluta libertad de conciencia; yo parto de este principio y rechazo todo lo que en la Biblia no está de acuerdo con los conocimientos que he adquirido. Si tengo el derecho de juzgar la Biblia, soy por lo

1—Cf. Hojas históricas y políticas, t. XVI, p. 1.
2 —El catecismo con láminas del siglo XV. Leipzig, 1855.

mismo más sábio que ella, y en todo caso no puede ser la única base de mi fe. La verdadera base de mi fe la llevo ya en mí, cuando me pongo á leer la Biblia, es mi propia razón. ¿Cómo en un sistema que admite el libre examen puede sostenerse que la Biblia es el único manantial de la fe? Vosotros tomáis á la Biblia por punto de partida, como si se comprendiese por sí misma, lo cual no es verdad.

¿Qué es la Biblia? ¿Es la palabra de Dios, en la que no podemos menos de fiarnos, ó es simplemente un resto de la literatura hebrea, muy interesante para el historiador y para el filólogo? ¿Acaso no es más que una colección de mitos y de fábulas inútiles? Supuesto que la Biblia es la palabra de Dios, desde que permitís á cada uno que á su modo la interprete, su autoridad no es más que aparente. Yo la leo como me agrada, y desecho de ella todo lo que me disgusta.

Leída así la Biblia no es más que un juguete, y la fe no tiene otra fuente más que las preconcebidas opiniones de cada lector. ¿Cómo podríais preservar á la Biblia de toda profana interpretación? »

«Un símbolo, añade, es una autoridad exterior que agobia á la libre interpretación. Responderéis que la interpretación es libre, pero que no es de los vuestros el que no encuentra en la Biblia las mismas cosas que vosotros. Entonces la Iglesia romana tiene la misma libertad de conciencia que vosotros. Pero añadís. todo esto está tan claramente enseñado en la Escritura, que todo hombre lo puede comprender.»

A lo cual contestamos:

1.º Si vuestras aserciones están tan clara-

mente expresadas en la Biblia, ¿cómo es que dan lugar á tantas disputas?

2.° ¿Con qué derecho limitáis con la autoridad exterior de un símbolo el libre examen y la libre interpretación, vosotros que permitis establecer que tal cosa es esencial y tal otra accesoria en la enseñanza de la Biblia? ¿Por qué no dejar esta distinción, si debe ser hecha al libre examen de cada uno?»

Esta contradicción inconciliable entre los principios del protestantismo, se ha manifestado especialmente en la controversia literaria de Bunsen con Sthal.

Sthal atribuye á los consistorios y á los consejos superiores protestantes toda la autoridad pontificia, habla de una enseñanza precisa y detenida de la reforma que pone por encima de la libertad individual y general de la comunidad de los fieles, habla de una tradición inmutable, de una institución de la Iglesia, de su poder sobre los fieles, de una verdad revelada divinamente y despues de mucho tiempo establecida, del testimonio de la reforma, de la fidelidad de los predicadores en custodiar el depósito de la verdad revelada, de la fe de los siglos y del respeto á que son acreedores, etc., trata ásperamente á Bunsen, que declara que éstos son principios católicos. Tiene razón cuando dice que no puede concebir al cristianismo como un error con mil cabezas en que el capricho reina sin estorbo; pero se equivoca cuando atribuye al poder político las prerogativas que el católico no atribuye á su Iglesia, sino como á un todo ordenado por Dios en el Espíritu Santo.

Por su parte, Bunsen ataca muy logicamente,

según los principios del protestantismo original la autoridad de los altos consejos protestantes, la cual considera como usurpada y en contradicción con el espíritu de la reforma y reivindica la absoluta soberanía de la comunidad y de los miembros hasta negar la esencia del cristianismo. El primero defiende una buena causa con muy malas razones, el segundo es consecuente en sus principios hasta combatir al mismo cristianismo. Uno y otro son los tipos de la inconciliable contradicción del sistema protestante (1).

1—Jœrg., op. cit., I, p.

II

La Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo

SUMARIO—Gerarquía fundada por Jesucristo—Pedro es el Jefe supremo de ella—La supremacia de Pedro en la Escritura—Perpetuidad del Primado en la Iglesia—Testimonio de la historia—Funciones y poder del Papa—Las notas de la Iglesia ó caracteres distintivos de la verdadera Iglesia de Jesucristo—La Iglesia es una, santa, católica y apostólica—La Iglesia romana es la Iglesia católica—La Iglesia es una y apostólica—El Apostolado en la Iglesia católica romana—La santidad en la Iglesia católica romana—La permanencia del dón de los milagros en la Iglesia católica romana—La ausencia en las confesiones protestantes de los caracteres propios de la Iglesia—Las Iglesias nacionales protestantes—Las misiones protestantes—Doctrina de Lutero respecto á la santidad y al pecado—Consecuencia de esta doctrina—La verdadera y la falsa reforma—La caridad en la Iglesia—Conciliación de todas las contrariedades en la Iglesia católica—Juicio de Macaulay sobre la Iglesia católica—Notas adicionales: Las misiones católicas y las protestantes—Juicio sobre las mismas.

Jesucristo funda la Gerarquía en su Iglesia

Jesucristo no fundó una escuela ó teoría filosófica, consignada en un libro, sino una institución viva del orden espiritual, que llamó *Iglesia*. Ahora bien; al fundar su Iglesia le dió la forma de reino; de manera que la Iglesia es el reino de Dios sobre la tierra, la imágen del reino de los cielos. (1) Le ha sido dado un poder soberano, base y apoyo de su unidad, y en los

1—Joan. XVI. 11; XX. 21

tres órdenes escalonados de obispos, presbíteros y diáconos, una gerarquía. Es decir, una soberanía santa, porque es santo su origen, que es Jesucristo; santa en su objeto, que es la santificación de las almas, (1) y santa en sus medios, que son la palabra, los sacramentos y la disciplina eclesiástica.

La Iglesia, lo mismo que su constitución, son obra del Señor, que con su mano ha trazado para siempre su plan, en lo que tiene de esencial, pues ha dejado lo demás, como era natural, á las exigencias del tiempo y de los hombres.

Jesucristo es el que ha escogido á los Apóstoles, y no los Apóstoles á El. (2) La gerarquía eclesiástica, por consiguiente, no es obra del hombre, ni el simple resultado de un desarrollo histórico, y menos aún de un pacto ó de una usurpación, (3) sino que procede de Dios, como la del antiguo Testamento. (4)

Así como Jesucristo no ha sido enviado por los Apóstoles, sino sólo por su Padre, para que El después enviara á los demás, así como la familia no elige á su jefe, sino que por el contrario, el jefe funda la familia y la da vida; de la misma manera la gran Familia de los creyentes

1—Efes. IV. 12.
2—Joan. XV. 16.
3—Este último es el caso del protestantismo, porque ó bien reconoce como soberano de la Iglesia al soberano territorial (sistema territorial), ó bien le atribuye el poder episcopal como un accesorio del derecho de magestad (sistema episcopal); ó bien, por último, aparenta que este poder le ha sido conferido por el pueblo (sistema colegial); tres sistemas sin fundamento alguno histórico, é inventados únicamente para sostener un *césaro-papismo* de hecho, y establecerle el derecho. En América del Norte, donde el principio protestante ha podido desarrollarse libremente, el predicador ó el pastor no es en realidad más que un delegado de su comunidad soberana, que con frecuencia le limita su misión á un tiempo determinado, y no le deja predicar sino lo que ella quiere y como quiere. *Joerg, Historia del protestantismo*, II. p. 417, etc.
4—Hebr. V. 4; X. 1.

no ha establecido por sí misma sus jefes, sus doctores y sus pastores... (1)

Ahora bien, como en el principio, toda vocación y toda misión procede de Aquel á quien ha sido dado todo poder, de Aquel que es el Señor, que da su espíritu á sus enviados, y cuyo imperio se perpetúa de generación en generación. Los Apóstoles (2) no sólo han ejercido este poder gerárquico, sino que le han transmitido á sus sucesores, que han sido establecidos por el Espíritu Santo para dirigir la Iglesia de Dios, (3) para presidir (4) y enseñar (5) en la Iglesia: no para gobernarla como depositarios del poder temporal, sino para instruirla según la ley de Cristo, su perfecto modelo. Por eso los antiguos Padres de la Iglesia consideran la obediencia á la autoridad eclesiástica, á los obispos, presbíteros y diáconos, como la expresión de la obediencia debida á Dios y á Jesucristo; y los Apóstoles hacen de ella el fundamento y la condición precisa de toda vida eclesiástica verdaderamente pura. (6)

1—De aquí no se sigue, como pretende Thomasius, que la comunidad de los fieles no sea en la Iglesia católica mas que un simple accidente de la gerarquía; no es un accidente del jefe invisible, que es Jesucristo, sino su cuerpo. Por el contrario, Thomasius es el que, poniendo la palabra de Cristo y la fe en él ántes que la Iglesia, hace de ésta un accidente propiamente dicho en la obra de la salvación.

2—Cor., V, 3; Cons. II Cor., II, 10; I Tim., I, 20; I Tesal., IV, 2.

3—Act., XX, 28. 32; I Tim., IV 13. 16.

4—I Tim., V, 17, 20; Hebr., XIII, 7. 17; Tit., II, 15; III, 10, 11; I Petr., V, 1. 5; Apocalip., I, 12; II. 1.

5—II Tim., 1, 13. 14; II Tim., II. 1, 3.

Si pareciere profusión de citas bíblicas, recuérdese que es necesario para convencer á protestantes, que pretenden no admitir más autoridad que la de la Biblia; es conveniente asediarlos con armas de su propio arsenal, para que no tenga disculpa la heregía.

6—Ignac. ad Magnes., c. 4. «No basta llamarse cristiano; os preciso serlo en efecto, y no parecerse á esas personas para las que el obispo no es más que un nombre, puesto que todo lo hacen sin él... Yo no os recomendaría más que una cosa; obrar siempre en unión con el Señor, considerando al obispo como á su representante en vuestras asambleas; á los presbíteros, como formando el senado de los Apóstoles, y á los diáconos, objetos de mi predilección, como dispensadores de los misterios de Jesucristo... Así como Jesucristo nada ha hecho sin su Padre, así tambien vosotros no debéis hacer nada sin el obispo y los presbíteros».

Sin embargo, no por esto está terminada la obra de Dios. Falta aún lo que podemos llamar la clave, la coronación del edificio de la Iglesia, y á la vez el fundamento visible sobre que descansa, y el centro único y común hacia el que gravita la inmensa esfera de la Iglesia, y que hace de ella un todo compacto y perfectamente unido.

Si la Iglesia es un rebaño necesita un pastor principal; si es el cuerpo visible de Jesucristo, necesita también de una cabeza visible; pues claro está que el Señor no ha negado á la Iglesia lo que la esencia misma de ésta exige.

Mientras El permaneció visiblemente entre los suyos, El mismo fué el centro en derredor del cual se agrupaban todos. Habiendo comunicado después á los Apóstoles un poder, el poder episcopal, que debe perpetuarse en la Iglesia hasta el fin del mundo, ha debido elegir, entre los Apóstoles, á alguno para que fuese el fundamento de su Iglesia, fundamento sobre el que todo descansase y con el que todo permaneciese en la más íntima unión y en la más estrecha dependencia. Y en efecto; ha elegido al Apóstol Pedro, que había sido el primero en confesar expresamente la fe en su divinidad. Hé aquí lo que vamos á demostrar.

Pedro es el jefe supremo de la Iglesia

«Tù eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, declara Jesucristo; y á su Iglesia, edificada sobre este fundamento, la ha prometido una duración sin fin, como á la casa que no está construída sobre arena, sino sobre terreno sólido. Y, por si pudiera dudarse de que, al

declarar á Pedro fundamento de su Iglesia, lo hacia jefe supremo de la misma, hace á Pedro único dueño de las llaves del reino de los cielos, con poder para abrir y cerrar, para atar y desatar, de tal manera, que lo que atare y desatare sobre la tierra, será atado y desatado en el cielo.

«Considerad, dice San Juan Crisóstomo, (1)

1—In Mat. XVI, 18 y sig Lo quo los cimientos son para un edificio, es Pedro para el edificio espiritual de la Iglesia; Pedro sostiene la Iglesia. El es también el jefe del cnerpo de la Iglesia, y todos los miembros le están somotidos como al que los dirige y conserva en su vivificante unidad. Por estar asentada sobre un fundamento sólido y presidida por un jefe inmortal, la Iglesia es inquobrantablo, inde trnctible ó imperecedera. Pedro tiene las llaves, es decir, tiene en su mano el poder soberano. Isa., XXII. 22, Apocalip., III. 7.

El protestantismo dice que la piedra sobre la que está edificada la Iglesia, no es el mismo Pedro, sino su fe y su confesión. Olshausen refuta el mismo esta objeción (Comout de la Biblia, I, pág. 515.) «E tas palabras establecen de una manera decisiva el primado de Pedro entre los demás Apóstoles; ha sido precisa toda la cegnedad del espíritu de partido para desconocer lo qne en estas palabras hay de demostrativo, ó para desnaturalizar su sentido.» Schelling Filosofía de la revelación, II. p. 301. R cuérdese además que Jesucristo llamó á Simón *Piedra*, Cefas; de donde en latin le llamamos Petrus. *Pedro.*

Ciertamente la Iglesia, como dice San Gregorio, no está edificada sobre la persona material de Pedro [super ossa et carnem), sino sobre él como confesor [De Incarnat. v. 34] Pedre es el representante de todos los Apóstoles, no tanto por su confesión, como por la virtud de las promesas qne le han sido hechas. Además el Señor, designándole como dotado por el Padre con una gracia privilegiada de la fe, hizo de él el principio de fnerza (Lnc., XXII, 23) para los otros apóstoles que tenían necesidad de ser fortificados. En ciorto sentido representa á los Apóstoles como un rey á su pueblo y como el padre á su familia. Unidos con Pedro, y en comunión con él, los demás Apóstoles han recibido también el poder de atar y desatar, pero no lo han recibido sin él (Mat., XVIII, 18). Pedro, por el contrario, ha sido el único que ha recibido las llaves; posee la plenitud del poder en la Casa de Dios, y con él y como subordinados suyos ejercen sus fnnciones los demás.

«Lo que se dá una vez indefinida y universalmente, es irrevocable: el poder dado á muchos lleva la restricción en su partición: en tanto que el poder dado á uno solo, y en especial y sin excepción, es pleno, y no teniéndole que partir con ningún otro, no tiene más límites que los que le da la regla». Bossnet, Sermon sobre la unidad de la Iglesia.

Cuando San Pablo [Gal., II, 14] censura á San Pedro por su condescendencia con las preocupaciones de los cristianos de origen judío, esta fraternal amonestación dirigida por un apóstol á otro, no implica la negación del primado de San Pedro, sino que, por el contrario significa que la elevada posición de San Pedro hacía perjudicial esta connivencia. [Bossuet, loc. cit. supr.] La misión qne San Pedro recibió con San Juan de ir á Samaria, no está en contradicción sino en conformidad con su primado. Las iglesias de Asia enviaban a él á sus obispos. (Ignat. ad Philadelph, I. c. 10), y los judíos á sus grandes sacerdotes [Josefo Flavio Ascsæol, I, XX, 7]

cómo Jesucristo manifiesta por estas dos promesas, que es el Hijo de Dios. Porque le promete dos cosas, que sólo pueden ser dón de un Dios; una, perdonar los pecados, y otra, hacer á su Iglesia indestructible en medio de tantas tormentas, y hacer ver en un simple pecador una firmeza más sólida aún que la de la piedra, y capaz de resistir á todas las agitaciones del mundo.»

Y lo que había anunciado que debía hacer, lo hizo después de su resurrección; porque después que Simón Pedro confesó tres veces que amaba á su Maestro, éste le confió la misión de apacentar sus corderos y ovejas, es decir, le hizo pastor de todo el rebaño y jefe visible en su lugar, al que por consiguiente todos deben obediencia. (1) Por eso después de haberle concedido tan elevada distinción, el Señor da á ese Apóstol, confiriéndole su nueva dignidad, el significativo nombre de *Piedra*, *Pedro*; (2) y por eso ruega por él para que su fe no desfallezca, y para que fortificado él en la fe, fortifique ó fortalezca á sus hermanos. (3)

Tan clara era la voluntad de Jesucristo al conferir el primado, que por eso Pedro principia á desempeñar sus funciones inmediatamente después de la Ascensión del Señor; completa el número de los Apóstoles (4) y predica al pueblo; hace el primer milagro; (5) se presenta el primero delante delSanhedrín; (6) visita el primero la Iglesia, (7) y es también

1—Juan, XXI, 15.
2—Juan, I, 42.
3—Lucas, XXII, 32.
4—Act., I, 15; II, 14.
5—Ibid., III, 1,
6—Ibid., IV, 1.
7—Ibid., IX, 32.

el primero que lleva á los gentiles el Evangelio á consecuencia de una revelación especial. (1) El preside el Concilio de Jerusalem; (2) anatematiza á Simón Mago, el primer hereje; (3) figura siempre á la cabeza en la lista de los Apóstoles; (4) y es llamado expresamente el primero. (5) El aprueba los escritos de San Pablo; (6) y éste se traslada cerca de él para recibir el sello de la comunión eclesiástica. (7)

Por todas partes en los Evangelios Pedro tiene un lugar aparte; está colocado inmediatamente al lado de Jesús; sirve de intermediario entre el Señor y los demás discípulos, y posee una prerogativa sin igual. Los principales acontecimientos de la vida de Jesús se relacionan todos en cierto modo con él y sólo con él; y á él especialmente le fué llevada la noticia de la resurrección de Jesús y por orden del Señor. (8)

La historia del Nuevo Testamento refiere sus defectos y sus humillaciones con una predilección especial; menciona la fuerza de su fe y de su amor, y la distinción que recibió en recompensa de ellos; pero si tiene cuidado de insistir en la intensidad de su caida, Jesucristo ha consagrado á instruirle y á formarle un especial cuidado, del que ninguno otro ha sido objeto, haciéndole á él solo confidencias importantes, (9) prediciéndole, lo que con nadie más ha hecho, de que género de muerte moriría, es decir, por el martirio, y

1—Ibid., X, 5.
2—Ibid., XV, 7.
3—Ibid., VIII, 20.
4—Marcos, I, 36; Lucas, VI, 14; Act., I, 13.
5—Mateo, X, 20; Cronológicamente es Andrés el que había sido llamado el primero.
6—II Pedro, III, 15.
7—Gal., II, 2. Pablo permaneció primero quince días con Pedro, y después entró en el desempeño de sus funciones.
8—Marc., XVI, 7; I Cor., XV, 5.
9—Marc., V, 37; Mateo, XIII, 1; XVII, 24; Luc.. XXII, 24.

esto inmediatamente después de haberle elevado á la más alta dignidad; pues era preciso que fuese semejante á su maestro hasta en la muerte. (1)

Perpetuidad del primado de Pedro en la Iglesia

Destinado á fundar y conservar la unidad en la Iglesia, (2) el primado concedido á Pedro tiene por atributo necesario la duración y perpetuidad á través de todos los siglos. Su poder, como el de los Apóstoles, le ha sido dado en la Iglesia y para la Iglesia: ó, como dice San Agustín, el poder no le ha sido dado á él personalmente, sino á la Iglesia por él, y por esta razón no ha podido extinguirse á su muerte.

Si el primado de Pedro es el fundamento de la Iglesia, debe durar tanto como la misma Iglesia; Pedro es el depositario del poder de las llaves, y este poder debe permanecer necesariamente en la Iglesia, mientras la Iglesia viva. Pedro es el pastor de todo el rebaño de Cristo, y por consiguiente, su ministerio pastoral debe extenderse á todos los tiempos y á todos los lugares. Por la institución del episcopado, las iglesias particulares se hallaban dotadas de un poderoso principio de unidad, y la Iglesia universal necesitaba también un obispo de los obispos que impidiese el fraccionamiento del cuerpo del Señor; por otra parte, la Iglesia de los tiempos

1—Juan, XXI, 18.

2—Las palabras del Señor y sus oraciones no se referían únicamente á una persona ó á un momento en particular, sino que eran palabras de fundación y de creación, y se aplicaban ante todo á la Iglesia y á su porvenir, que el Señor tenía presente ante sus ojos. Por eso, abarcando con extensa mirada todos los tiempos, rogaba por la unión de los miembros de la Iglesia, á fin de que esta unión fuese para el mundo un testimonio siempre patente de la verdad de su divina misión. [Juan XVII, 21, 22].

posteriores no podía carecer de una ventaja que había sido otorgada á la Iglesia de los tiempos apostólicos.

Después de la fundación de la Iglesia de Roma, de la que Pedro fué jefe, esta cátedra episcopal se hizo á la vez sede del primado, que pasó, después de la muerte de Pedro, á su sucesor el obispo de la Iglesia romana (1).

Por eso San Ignacio de Antioquía llama ya á la Iglesia romana *la primera en el vínculo de la caridad;* « á causa de su notoria supremacia, todas las demás iglesias deben estar de acuerdo con ella. »

« Sobre Pedro, dice San Cipriano, está fundada la unidad de toda la Iglesia; ha trasmitido su primacia á la Iglesia romana, que es la cátedra de Pedro, con la que es preciso que todas las demás iglesias estén conformes en la enseñanza y en su conducta. En su conducta, él ha servido de modelo á los demás obispos, y aún á los herejes de los primeros tiempos.

Desde los tiempos del imperio romano, los Papas son ya los guardianes de toda la Iglesia; en todo el universo ellos exhortan y aconsejan, juzgan y disponen, atan y desatan. Suelen levantarse quejas algunas veces contra el uso que hacen de su poder, se resiste otras, alegando que el Papa ha sido inducido á error; y aún se apela al Papa mejor informado; pero jamás se deja de reconocer su competencia.

Pero hay más; puede decirse que el Pontifica-

1—Rom., XV, 20, 24. Clem. R. Ep. I ad Cor. c. 5. Ignac. ad Rom., c. 4. Euseb., H. E., IV, 25; V, 6. Iren., Adv. Hæres. III, 1, Tertulian., Præscript., c 32. La estancia de San Pedro en Roma, y la fundación de la Iglesia romana por este Apóstol, es un hecho tan demostrado y tan relacionado con toda la historia de la Iglesia que cualquiera que le rechaza como falso, ve á la vez cambiarse toda la historia de la Iglesia primitiva, en un conjunto de ficciones. Cons. Hagemann op. cit. sup., p. 627. Dœllinger, op. cit. sup., pág. 313

do es una exigencia natural de la constitución de la Iglesia. En efecto; el primado del Papa se deduce necesariamente de la sola idea de la Iglesia, y no es más que la representación viva, una y personal del gran principio de autoridad, único capaz de conservar la unidad de la fe, (1) y de dirigir con mano fuerte y segura hácia su objeto soberano, la actividad de todos los órdenes, de todos los miembros de este gran organismo que se llama Iglesia.

«La dignidad que el Señor confiere á Pedro, decía un escritor protestante, (2) no tiene nada de caprichosa ni de personal, sino que descansa sobre una ley vital del reino de Dios. Toda comunidad necesita ser dirigida por una sola persona. La Iglesia está sujeta á esta ley como toda otra asociación humana; desde el momento en que es una sociedad real, una totalidad viviente, es preciso que sea numéricamente una, y que posea un órgano de su unidad.»

La supremacia de Roma en la Iglesia es obra de Dios, y por eso todas las iglesias particulares se han sometido á ella por medio de una libre obediencia. También se ve en ella una mezcla admirable de las cualidades más opuestas: inflexible rigor á la vez que sábia moderación; resolución inquebrantable y rara indulgen-

1—Si no existiese un primado en la Iglesia, las controversias serían interminables, dice Hugo Grotius, como lo son hoy en el protestantismo.

2—Lechler, «La doctrina del santo ministerio», Stuttgart, 1857, p. 130.—Lutero mismo ha tributado homenaje al primado del papa Obras, edit. de Jena. «Sea lo que quiera, yo no quiero saber más sino que la voz de vuestra santidad, es la voz de Cristo que habla por vuestra boca... Yo pongo á Dios por testigo y á todas sus criaturas que jamás he querido, ni ahora quiero, emprender nada contra el poder de la Iglesia romana y de vuestra Santidad, de cualquiera manera que esto sea. Yo confieso libremente que este poder eclesiástico está por encima de todo, que nada hay en el cielo y en la tierra superior á El, porque Jesucristo es el único Señor de todas las cosas.»

cia; gran tenacidad para guardar el secreto de la tradición, y mucha disposición para el verdadero progreso. Ella era, por consiguiente, muy á propósito para regir toda la Iglesia, penetrándola de su espíritu y para perfeccionarla según la ley fundamental de la unidad. (1)

Era necesario que el poder central se fortificase más y más, y que el poder unitivo de los Papas se ejerciese con una energía siempre creciente, á medida que la Iglesia extendía los límites de su imperio y que los pueblos afluían á su seno. Por eso siempre que las tempestades se desencadenaron con furor, amenazando destruir la Iglesia, hasta en sus fundamentos; cuando el orgullo de arriba ó la insubordinación de abajo hicieron inminente el peligro de un cisma, las naciones se dirigieron hacia Roma, ávidas de escuchar la voz de Pedro en la persona del Papa, y que fué siempre la voz de la verdad y del derecho.

Nosotros admiramos la perseverancia de hierro con que la antigua Roma formó su imperio por medio de su política, y del valor de sus ejércitos, y cómo colocada en medio de este imperio se engrandeció con el jugo de las naciones; pero la Roma cristiana nos ofrece un espectáculo grandioso por otro concepto, excediendo á la antigua por el heroismo de su fe, y fundando la Iglesia universal sobre la supremacia de su espiritu eclesiástico y sobre la libre sumisión de los fieles, (2) pues no se impone con la fuerza de los ejércitos.

Si el cristianismo no se ha desarrollado en un

1—Hagemann, op. cit, p. 692.
2—Hagemann, op. cit.

oscuro rincón como una secta, (1) si no se ha cristalizado en sus formas como la religión de los indios, si el vigor de los europeos no se ha debilitado en los placeres y en la esclavitud, como ha sucedido en el Oriente, se debe únicamente á este principio de vida y de unidad, de luz y de pureza; es porque la Iglesia forma un todo compacto bajo la dirección de un jefe, cuya mirada abraza el universo, cuya palabra es escuchada por todos, que es el padre y maestro de toda la cristiandad, y á quien Jesucristo ha comunicado todos sus poderes en la pesona de San Pedro para apacentar, conducir y gobernar la Iglesia universal. (2)

Con motivo de la Encíclica de 1864, la soberanía del Papado ha sido unánimemente reconocida por voces que representan las más opuestas opiniones. «El Papado, dice un diario socialista, (3) es la flor que se abre sobre

1—El cisma de los donatistas en el sigle IV, tenía esta tendencia.

2—¿Es ó no infalible el Papa cuando propone á la Iglesia una definición dogmática ex-cathedra? Unos dicen que sí, otros que no, y algunos, buscando un término medio, dicen que es infalible cuando es órgano de la Iglesia, porque ésta no podría errar. ¿Puede hacerse que el Papa sea otra cosa que el órgano por el que se expresa la conciencia misma de la Iglesia, que el jefe se separe de los miembros de la fe, que los miembros se separen de su jefe, y que la unidad de fe, nota de la divinidad de la Iglesia, deje de existir en ella un solo instante? Puesto que la Iglesia no puede perecer, claro está que la unión del jefe y de los miembros, del Papa y del episcopado no podrá desaparecer jamás; lo que equivale á decir que conforme á la promesa, el Papa será siempre el órgano de la conciencia de la Iglesia Universal, que allí donde esté el Papa estara la Iglesia, y que por su parte el episcopado, en su conjunto, no se separará jamás de la doctrina de su jefe. Por otra parte ¿á qué conceder le un leno poder de decidir en materia de fe, si no ha de estar exento de error? Esto no sería más que una ilusión, un perjuicio para la fe, y una intolerable opresión para las conciencias. Desde el momento que se admite la intervención divina en el gobierne de la Iglesia, no es posible negar la existencia en la misma de una autoridad doctrinal infalible; la infalibilidad doctrinal del Papa no es más que un efecto de esto espíritu que habla, tanto en las decisiones de la Iglesia reunida en concilio, como en los decretos del «Pastor de los pastores», [Theodor Stud, ad Leon, III] En 1870 se declaró dogma de fe, como consta del cap. IV, de la Constituc dogm. acerca de la Iglesia de Cristo, promulgada en la ses. IV, del Conc. Vatic.

3—Cons. «Hojas de Colonia», 1865. II. 10. Tomas Morus decía ya [Resp. ad Luther., c 10]: «No hay enemigo del cristianismo que no aborrezca profundamente á la Santa Sede, y no hay enemigo de Roma que más pronto ó más tarde no sea traider á la religión cristiana.»

el fallo no sólo del cristianismo, sino de toda fe y de todo régimen autoritario, de el que es el prototipo en Europa... La caída del Papado pondría fin al gran combate que se está librando en el seno de todos los Estados civilizados.»

«En medio de la ceguedad universal que ponía al mundo entero de rodillas ante la gloria de los poderosos, de los sábios y de los egoistas, sólo el Papa, dice la *Revista de Berlin*, un anciano desarmado, se ha atrevido á poner el dedo en el mal que aqueja á la sociedad actual, y de aquí la importancia universal de la encíclica del 8 de Diciembre. . La duda religiosa y el despotismo marchan siempre unidos.

«El espíritu humano, á quien la presunción de una ciencia emancipada lleva de incertidumbre en incertidumbre, concluye por no admitir otra cosa que la posesión de los bienes de este mundo en la que se constituye la felicidad del hombre.

De este principio nace la anarquía moral, en medio de la cual el individuo ve siempre su libertad presa de un poderoso usurpador. De esta desgracia preserva Pio IX á su rebaño por el saludable efecto de la autoridad en materia de fe.»

«En cuanto á aquellos, decía San Agustín, (1) que no estando en la unidad y comunión católica, se glorian, sin embargo, con el nombre de cristianos, se ven precisados á atacar la fe y tratar de conducir á los ignorantes por la sola razón, siendo así que la fe es la que el Señor ha venido á prescribir á los pueblos como un remedio. Se ven en la precisión de obrar así, porque comprenden que su autoridad no podría ponerse en parangón con la de la Iglesia católica

1—Ep., CXVIII.

lica. Se esfuerzan en destruir la poderosa autoridad de la Iglesia con el auxilio, ó más bien, con el pretexto de la razón. Esta temeridad es la regla de todos los herejes. Pero el benigno jefe de nuestra fe ha encerrado á la Iglesia en una muralla de autoridad con el consentimiento unánime de los pueblos, con las sillas mismas de los Apóstoles; y con el auxilio de un pequeño número de hombres piadosamente instruídos y verdaderamente espirituales, la ha armado con todo el aparato de una razón invencible. El mejor camino que se puede seguir es encerrar á los débiles en la ciudadela de la fe, y después de haberles puesto en seguridad, combatir por ellos con todas las fuerzas de la razón.»

He aquí el antiguo pretexto de los herejes, puesto al servicio del protestantismo, invocando la razón individual contra la autoridad de la Iglesia.

Funciones y poder del Papa en la Iglesia

Ya hemos podido comprender toda la majestuosa constitución de la Iglesia, á la que ningún reino de este mundo ha servido de modelo, y á cuya perfección no ha podido llegar ciudad alguna de la tierra. La Iglesia es esencialmente una monarquía, puesto que en su seno hay quien reune en su mano la plenitud del poder, quien manda á todos y á quien todos obedecen. La Iglesia es también en cierto sentido una aristocracia, porque al lado del monarca está el episcopado, que comparte con él el gobierno de la Iglesia, y que es de institución divina; (1) este es el senado más numeroso, más

1—Mateo, XXVIII, 18; Act., XX, 23.

venerable y más distinguido por su inteligencia y virtud que jamás se ha visto sobre la tierra.

En cierto sentido es también la Iglesia una democracia, porque en este reino todas las dignidades, por elevadas que sean, hasta la triple corona que adorna la frente del supremo pastor, sacerdote y doctor, son indistintamente asequibles á todos los ciudadanos. De este modo, la Iglesia reune en su constitución los principales rasgos de las tres formas políticas que la historia ha visto formarse hasta ahora en la sociedad civil.

No en balde los más grandes estadistas han admirado en la Iglesia una institución maravillosa, sin igual; porque en efecto, es divina como creación del Divino Redentor, que quiso fundar sobre la tierra una institución tan digna de Dios como de la humanidad. Gracias al primado papal, la Iglesia posee la fuerza de la unidad, (1) por la que abraza á todas las naciones con un lazo indisoluble, y ha logrado ser verdaderamente y por un privilegio excepcional, la Iglesia universal, como lo reclamaba imperiosamente la naturaleza del cristianismo, que es la religión del universo, y la naturaleza del hombre que constituye una humanidad, con un solo Dios y una sola religión, porque una sola es la verdad.

Y para ilustrar el gobierno universal ¿qué cosa más á propósito que la ilustre asamblea de los obispos en la que reside una profunda sabiduría y una experiencia de gran madurez? Así como la igual accesibilidad de las funciones para todos, conserva en la Iglesia una fuente inagotable de renovación, de juventud y de vida. La monarquía de la Iglesia no tiene el carácter de un absolutis-

1—La unidad guarda la unidad, Bossuet, «Sermón sobre la unidad de la Iglesia.

mo que todo lo paraliza absorviéndolo; su aristocracia no lleva consigo el exclusivismo, ni la casta hereditaria privilegiada; (1) y la admisibilidad de todos á todos los cargos, no degenera ni en olocracia ni en anarquía. Por eso, bastante fuerte para sostener en su seno á todos los pueblos, á pesar de la diversidad de sus lenguas, costumbres, cualidades naturales y necesidades, es como una ciudadela inexpugnable, en donde Cristo ha puesto el depósito de su verdad y de su gracia.

No hay obra alguna hecha por la mano del hombre, á la que azotando sin cesar las olas del tiempo, no acaben por minar y arrastrar consigo; la Iglesia resiste, porque el dedo de Dios, para hacerla respetar del tiempo, la ha marcado con su indeleble sello. En vano las fuerzas centrífugas y las tendencias separatistas renacen en ciertas naciones que se forman una Iglesia, segun su gusto particular y sus caprichos; la Iglesia sigue su camino; el mayor número le permanece fiel; avanza lentamente, pero con paso seguro, perdiendo á veces terreno, y recobrándole después hácia su objeto y su fin: la catolicidad absoluta. (2)

Por eso en el mundo no ha existido ni existe institución más grande y admirable que el Pontificado, aun humanamente considerada; pues á su lado todas las creaciones políticas y religiosas son pigmeos más ó menos insignificantes. Y ese augusto Soberano del orden moral y religioso es la figura más colosal que existe sobre la tierra; y, donde quiera que esté,

1—En la Iglesia anglicana la dignidad episcopal es un privilegio de la clase elevada.
2—Dœllinger «La Iglesia y las Iglesias», p. 23.

en las catacumbas, en la cárcel ó en el trono, es la personificación de la más augusta majestad, bendecida y acatada en las cinco partes del mundo, aun cuando la impiedad le ponga en las manos un cetro de caña; pues la conciencia cristiana lo convierte en el cayado de oro del Pastor universal de las almas.

Las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica

Tal es la admirable constitución de la Iglesia, la *Gran Carta* que ha recibido de manos del Señor en los últimos días de su vida terrestre, y que la hace fuerte y capaz de desafiar los asaltos del averno y de todos sus enemigos.

Organizada de este modo esta Iglesia, y sólo ella, lleva las cuatro notas conocidas, y en las que resalta su divinidad, notas ya señaladas en el símbolo de los Apóstoles y en el de Nicea, como decisivas en favor de la Iglesia contra toda herejía ó falsa iglesia, y recitadas en todas las confesiones cristianas: *Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica.*

Estas son las notas de la verdadera Iglesia; (1) porque ¿qué otra cosa son sino las cua-

1—Es evidente que la predicación de la palabra de Dios y la dispensación legítima de los sacramentos no podrían servir de notas distintivas de la verdadera Iglesia. ¿Por qué cómo juzgar de ella y con arreglo á qué medida? Martensen [op cit, sup., 322] cree resolver esta objección, por lo que se refiere á la Iglesia evangélica, diciendo que dirigida por el Espíritu Santo la Iglesia puede independientemente de la sede romana, comprender el sentido del Evangelio y la verdadera significación de los sacramentos, de la misma manera que la Iglesia primitiva, que en sus símbolos ha dado pruebas de su inteligencia espiritual del Evangelio.

Pero ¡cuánto símbolos han inventado de esta manera! ¿Han sido todos ellos impuestos bajo la inspiración del Espíritu Santo? Si no es así, ¿cuáles han sido hechos con la cooperación del Espíritu Santo, y cuáles sin ella? ¿Quién decidirá? El que haga la elección, según la verdadera doctrina la posee ya, y el que posee ya la verdadera doctrina, ¿qué necesidad tiene de que se la enseñe la Iglesia? De la misma manera que la hipótesis de la Iglesia invisible no se sostiene, así también cae por tierra la opinión que pretende que las cuatro notas distintivas no convienen más que á la Iglesia invisible.

lidades esenciales de la misma revelación, manifestándose en el espacio y en el tiempo, y obrando sobre la humanidad? ¿Qué otra cosa son si no la acción prolongada de Jesucristo, que vive perpétuamente en la Iglesia, que la penetra con su espíritu y la da al mundo como el gran sacramento á la vez visible é invisible de la vida? Toda sociedad religiosa, por consiguiente, que carece de una de estas notas, carece de una cualidad necesaria y esencial á la obra de Cristo, y no puede ser la verdadera Iglesia.

Consideremos este punto más detenidamente. El carácter fundamental de la revelación cristiana, es la autoridad de la palabra infalible de Dios, por medio de la cual todos los hombres llegan á la verdad por el camino más corto; su objeto es la unidad de la Iglesia sobre la base de la unidad de la fe y de la comunión eclesiástica. Porque el prototipo de la Iglesia, un solo Dios en tres personas, es uno. (1) Cristo es uno solo con su Padre, y uno el reino de los elegidos con Cristo y el Padre. Los que han sido regenerados en él por la Iglesia, deben ser *uno*, como por su nacimiento corporal son *uno* en Adam; ante el Espíritu de Dios toda la humanidad es también *una*, forma un organismo dotado de unidad, una sociedad de vida y de amor en Dios; la familia de los elegidos, que habita en el nuevo paraíso terrestre, la Iglesia.

La unidad, es tal, por consiguiente, el rasgo fundamental de toda definición de la Iglesia; la Iglesia es el cuerpo del Señor. (2) El Señor vino

1—Juan, V, 19.
2—Col., I, 18, 21; Cer., XII, 12; XX, 27; X, 17; R3m., XII, 5; Ffes., IV, 4, 24; V, 2, 3.

para reunir lo que el pecado y el error habían separado y dispersado. (1) La unidad fué el objeto de la oración que dirigió á su Padre en el momento de ofrecer su gran sacrificio; (2) á su unidad deberá la Iglesia el ser reconocida por el mundo como la verdadera esposa de Cristo; (3) á su unidad en el cuerpo y á su unidad en el espíritu. (4) El Apóstol exhorta á los fieles á la unidad; (5) quiere que tengan unidad de sentimientos y de creencias, y que no haya cisma entre ellos. La misma palabra Iglesia, hace notar San Crisóstomo, (6) quiere decir unidad y unanimidad. En esta unidad, la Iglesia es bella como Dios, la eterna belleza como el reino del cielo, en donde el pecado no tiene cabida; el pecado, que es el único que divide y desune, porque la división moral precede á la separación nacional y efectiva. La unidad siendo la causa de la belleza de la Iglesia, lo es también de su fuerza, y la hace invencible.

¿Cuél es el objeto de la revelación, lo mismo que de toda acción de Dios en el mundo, sino la santificación de los hombres por la verdad? (7) La palabra y la gracia, que vienen del Padre por Cristo, no son para volver á El sin haber fructificado; es preciso que corrijan lo que El ha querido corregir, y que realicen aquello para que han sido enviadas. (8)

El Espíritu Santo, que ha descendido sobre la Iglesia con la plenitud de su gracia, obra

1—Juan, XI, 52.
2—Juan, XVII, 11.
3—Juan, XVII, 21.
4—Efes, IV, 4.
5—1 Cor., 1, 10.
6—Hom. I, 1; in Ep. I ad Cor. Ciprian. De unit. pass. Tertull. Præscript., c. 21.
7—Juan, XVII, 17.
8—Isa, LV, 10, 11.

en ella sin descanso. La santidad es, por consiguiente, una segunda nota distintiva de la Iglesia, de la misma manera que la santidad de la doctrina de Cristo y los milagros de su vida, eran los signos á que El apelaba para probar la divinidad de su misión. (1) Para todos ha descendido á la tierra, y por todos ha muerto. (2) El ha puesto la salvación al alcance de todos los hombres.

La universalidad es el carácter de la religión cristiana, por oposición al judaismo y al paganismo esencialmente particulares. Luego la Iglesia debe también ser verdaderamente universal, católica; no puede estar encerrada en los límites de la nacionalidad, la que ha recibido la promesa (3) de abrazar en su seno á todas las naciones y á todos los países, la que ha sido plantada como una semilla destinada á crecer hasta transformarse en árbol capaz de dar sombra al universo, y de cobijar bajo sus ramas á toda la humanidad. (4)

Es preciso también que haya atravesado todos los tiempos por una duración no interrumpida desde los Apóstoles hasta nosotros, y que permanezca inmutable y siempre la misma hasta el fin de los siglos. De la misma manera que la genealogía de Jesucristo, según la carne, se remota sin interrupción hasta Adam, así también es preciso que en el último día de su peregrinación sobre la tierra, la Iglesia pueda seguir su filiación espiritual hasta su orígen, remontándose por la sucesión de sus padres según el espí-

1—Juan, XIV, 12.
2—Rom., V, 11; Efes. II, 3; I Timoth. II, 4; II, Cor., V, 14.
3—Genés., XII, 3; XXII, 18; XXIII, 18; Act. III, 25; Gal., III, 9; Ps. II, 8; Matth. XXVI, 13; Marc. XIV, 9; Matth. XVIII, 19; Rom. X, 18; Col., I, 6.
4—Matth, XIII, 31.

ritu, hasta el primero de todos, que es Jesucristo.

Rechazar una sola de estas notas distintivas de la Iglesia, es rechazar la misma Iglesia; es destruir el cristianismo, puesto que es quitarle sus elementos esenciales. (1)

La Iglesia romana es la Iglesia católica, una y única

Preguntamos ahora: ¿en dónde se encuentra esta Iglesia una, santa, católica y apostólica? Todas las confesiones se creen la verdadera Iglesia de Cristo; pero ninguna se atreve á apropiarse las notas de la verdadera Iglesia, ni una sola. Se llaman Iglesia reformada, luterana, evangélica, pero sólo la que reconoce por su jefe al Obispo de Roma y vive en comunión con él, se llama la Iglesia católica.

Y no es ella sola la que se da este nombre, sino que sus mismos enemigos jamás se lo han podido negar, y siempre se han visto precisados á llamarla así, por no exponerse á no ser comprendidos. « También, dice San Agustín, (2) el solo nombre de católico me sostiene ya en el seno de la Iglesia, porque es la única que le lleva en medio de todas las diferentes sectas, y esto no puede menos de ser así por alguna importante razón. A pesar del deseo que los herejes tendrían de llamarse

1--De lo que se ha dicho, resulta que estas cuatro notas son visibles en la Iglesia, como lo han sido en Cristo.

2—Lutero, sin embargo, había tenido cuidado de decir [Aviso á todos los cristianos para que se guarden de la rebelión, 1522]: "Especialmente suplico que se deje mi nombre y no se diga «luterano», sino cristiano. Puesto que la doctrina no es mia... Dejemos los nombres de partido y seamos cristianos, del nombre de aquel de quien es la doctrina." Lo que no quería que sucediese, debía, sin embargo, suceder, porque aquella doctrina era su doctrina.

católicos, sin embargo, si llegáis á una ciudad y les preguntáis en dónde está la Iglesia de los católicos, no os indicarán el local en donde ellos se reunen y oran. Sí, herejes y cismáticos, siempre que hablan con personas de creencias distintas de las suyas, no llaman á la Iglesia católica más que Iglesia católica; porque no serían comprendidos si no diesen á la Iglesia el nombre que todo el mundo la da ». (1)

Es cierto que por todas partes está la herejía, como está por todas partes la Iglesia católica; pero ésta es una y la misma en todas partes, y aquélla es diferente y contradictoria. Ya en la antigüedad los donatistas, esta reacción violenta del separatismo nacional contra la universalidad de la Iglesia, trataban de tergiversar el sentido de la nota de la catolicidad para podérsela atribuir á la secta, pero no pudieron alterar la idea generalmente admitida. «Cristiano es mi nombre y católico mi sobrenombre»; esta palabra de Paciano conserva su valor en todos los tiempos.

La fe de la Iglesia, siendo católica, es siempre y por todas partes la misma en todos sus miembros. La historia del protestantismo no es

1— C. Ep. Fundam., c. I, 4. «¿El partido protestante no ha hecho los mayores esfuerzos para llamarnos papistas? Jamás, sin embargo, ha podido conseguirlo. De la misma manera las iglesias focianas no han dejado de llamarse ortodoxas, sin que un solo cristiano extraño al cisma haya consentido jamás en llamarlas así. Si decís, enseñadnos la Iglesia ortodoxa, cada cristiano enseñará la suya. Si decís, enseñadme la Iglesia católica, todos responderán: Hela allí, y todos os enseñarán la misma. Ella sola tiene un nombre, en el que todo el mundo conviene .. Las iglesias separadas se llamarán: reformada, evangélica, apostólica, anglicana, escocesa, ortodoxa, etc. todos son nombres evidentemente falsos y á la voz acusadores, porque son respectivamente nuevos, particulares y hasta ridículos para todo otro agente al partido que se le atribuye.» De Maistre, «Del Papa», libro IV, c. 5.

Un antiguo escritor eclesiástico hace notar [en Eusebio H. C. V, 20], con motivo de Artemon y sus adeptos, que ellos dicen que la Iglesia ha perseverado en la verdadera fe hasta el papa Victor, el décimo tercio papa, y que después se ha separado de ella. Vemos, pues, el mismo argumento en los herejes del siglo III y en los del siglo XVI.

más que la historia de sus perpétuas variaciones y de sus constantes divisiones. Aún sin salir del orden natural, la universalidad es en las ideas fundamentales de la religión y de la moral una garantía de su verdad, mientras que el aislamiento es un signo de error, lo mismo y con más razón, sucede en el orden sobrenatural, la universalidad es su carácter, forma un gran todo, porque todo reino dividido contra sí mismo perecerá. (1)

Ninguna de las sectas separadas de la Iglesia romana se atreve á tomar el nombre de católica, y ninguna es designada con este nombre por las demás. No existe por consiguiente más que una sola Iglesia, que extendida por todos los países y reuniendo á todos los pueblos con el lazo de una misma fe, de un mismo culto y de una gerarquía fuertemente constituída, dice, hablando de sí misma en cien lenguas y en cien dialectos: *Yo soy la Iglesia católica.* Aún no han entrado en su seno todos los pueblos; pero ella ha penetrado ya en todos los pueblos conocidos y extiende más y más el círculo de sus misiones y de sus conquistas, mostrándose por todas partes fecunda, excediendo á todas las sectas juntas en el número de sus confesores, (2) y marchando al objeto que tarde ó temprano ha de alcanzar, y que no es otro sino que el Cristo esté todo en todos. (3)

Ella sola es católica, porque ella sola es una,

1—Matth, XXII, 25;
2—En número redondo la Iglesia católica cuenta mas de trescientos millones de fieles.
3—Ephes, I, 23; IV, 31.

llevando en su seno el principio de su unidad, (1) la autoridad siempre viva de un cuerpo de doctores con su jefe, el romano Pontífice.

Solamente en ella se encuentra la incontestable marca de Dios y de su verdad, la unidad, en la que únicamente el espíritu humano ve satisfechas sus aspiraciones, y por la que la obra de Dios se manifiesta como tal á través de todos los siglos. La historia de la Iglesia católica casi no es otra cosa más que la historia de la lucha sostenida por la Iglesia, para la conservación de esta unidad contra el espíritu de nacionalidad, y contra los elementos del cisma y de la herejía que sin cesar se dirigen á romperla; y en este combate que no acaba nunca, unas veces la Iglesia logra curar de su hostilidad á los enemigos de su unidad, en la que les hace entrar de nuevo, y otras veces se ve obligada, cuando la enfermedad se hace incurable, á separar ella misma las partes gangrenadas, para mejor preservar las partes sanas.

« Los Estados perecerían, dice Pascal, (2) si no se acomodasen algunas veces las leyes á la necesidad. Pero jamás la Iglesia ha tolerado esto, ni ha hecho uso de ello. Son necesarias ó esta transacción ó milagros... No es extraño que se conserve acomodándose ó adaptándose á las circunstancias, pero que la Iglesia haya sido siempre inflexible, y sin embargo se haya conservado, esto es divino. »

1—Según Thomasius, la unidad de creencias es la esencia misma de la Iglesia. Y sin embargo hé aquí lo que dice Ripold [Manual de la historia de la Iglesia moderna, 1867, pág. 328]: «Si se toma por regla la enseñanza teológica protestante del siglo XVI, es preciso confesar que no hay en la actualidad un solo teólogo ortodoxo.»

2—Pensamientos, 11 part. art. 4, 6.

«Jamás Roma se ha doblegado ante las herejías, por poderosas ó amenazadoras que hayan sido; los emperadores de Oriente, los ostrogodos y los visigodos, los borgoñones y los lombardos eran arrianos: habían amenazado y algunas veces dominado á Roma, y Roma permanecía siempre católica. Ella ha terminado por separar de su comunión á la Iglesia griega, sin que la haya detenido la consideración de que este cisma la quitaba la mitad del mundo.»

Una y por consiguiente única, la Iglesia es el modelo divino del cristianismo, el cuerpo del Señor que continúa encarnándose y tomando forma en ella y que la anima con su aliento vivificador.

De que sea una y única se sigue, que debe ser y es exclusiva. Por eso reconoce fuera de sí sectas, confesiones y escuelas; pero no Iglesia. Como no puede perder ni renegar de su prerogativa de esposa de Cristo y de cuerpo del Señor, no puede querer que las sectas sean equiparadas con ella en nada. Es el signo de la verdad, que es única y universal, la misma, siempre y en todas partes.

La Iglesia católica, además de única es apostólica

Esta Iglesia católica, una y única, presenta aún á los ojos de todos un tercer signo de su divinidad, es apostólica. (1)

Fundada por Jesucristo sobre Pedro y los Apóstoles, permanece siempre inmutable, á través de la Historia, para conducir á todos los pueblos de todos los siglos á su Divino Fundador. El es hoy, era ayer, y será en todos los siglos el mismo, (2) y la Iglesia será también la misma por El.

La fe católica es, en el sentido propio de la palabra, la fe de nuestros padres; trayendo su origen de Jesucristo y de los Apóstoles, ha llegado hasta nosotros por un canal tradicional contínuo é incontestable, que forma la sucesión histórica y no interrumpida de doscientos sesenta y un Pontífices romanos desde San Pedro hasta León XIII, entre los cuales se cuentan veintisiete mártires y setenta y siete santos.

El último sacerdote que predicará el Evangelio en el último día del mundo, no será otra cosa que el último eslabón de esta gran ca-

1—Todas las Iglesias apostólicas han perecido, Antioquía, Alejandría y Jerusalem; solo Roma ha quedado. Fides vestra anunciatur in universo mundo, dijo ya el apostol d las gentes escribiendo á los romanos [Rom. I, 8]. ¡Cuán admirable es el cumplimiento de estas palabras, si se piensa que fueron escritas en un tiempo en que la Iglesia de Roma no era aun más que el grano de semilla acabado de arrojar en la tierra! Ellas valen para t dos los tiempos y para los últimos más que para los primeros siglos de la iglesia. Porque mientras en los primeros siglos la iglesia romana tenía á su lado otras iglesias apostólicas con su tradición, su sucesión de obispos y su gran consideración, hoy es la única iglesia apostólica que existe en el mundo; ella, por consiguiente ha heredado todo el prestigio de las otras, que ahora se encuentra reconcentrado en ella. Esto es un hecho que dá en qué pensar. Hagemann, op. cit., p. 693.

2—Hebr., XIII, 8.

dena, que partiendo desde la eternidad, atraviesa todos los tiempos, Jesucristo tiene en su mano el primer anillo y el último debe unirse al primero al fin del mundo, volviendo todo á Aquel de quien todo ha salido.

El sacerdote católico enseña por delegación de Aquél que dijo: Id y enseñad á todas las naciones; y esta orden, lo mismo que el Espíritu que ha inspirado á los doce Apóstoles, se perpetúa en la línea de sus sucesores, pasando de un obispo á otro hasta el fin del mundo.

« ¡Qué consuelo para los hijos de Dios! ¡Qué convicción de la verdad, cuando ven que desde el actual Pontífice, que tan dignamente ocupa hoy la primera Silla de la Iglesia, se remonta sin interrupción hasta San Pedro, nombrado por Jesucristo príncipe de los Apóstoles, y desde el cual, prosiguiendo por los Pontífices que han servido bajo la ley, se llega hasta Aaron y hasta Moisés, y de allí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué série, qué tradición, qué maravilloso encadenamiento! ¿Si nuestro espíritu naturalmente indeciso, y hecho por sus incertidumbres juguete de sus propios razonamientos, necesita, en las cuestiones en que se ventila su salvación, ser fijado y determinado por alguna autoridad cierta, qué mayor autoridad que la de la Iglesia católica, que reune en sí misma toda la autoridad de los pasados siglos, y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen?

« De este modo la sociedad que Jesucristo, esperado durante los siglos pasados, ha fundado al fin sobre la piedra, y en la que San Pedro y sus sucesores deben presidir por orden

suya, se justifica á sí misma por su propia consecuencia, y lleva en su eterna duración el carácter de la mano de Dios... Cuatro ó cinco hechos auténticos y más claros que la luz del sol, hacen ver que nuestra religión es tan antigua como el mundo. Ellos, por consiguiente, nos demuestran que no tiene otro autor sino Aquél que ha fundado el universo, y que teniéndolo todo en su mano, ha sido el único que ha podido principiar y dirigir una obra que abraza á todos los siglos.» (1)

Puesto que la Iglesia es visible, tenemos en esta serie, igualmente visible, la prenda y la expresión del espíritu apostólico invisible que la sostiene y vivifica, y de su verdad y de su gracia. Lo que Tertuliano decía en el siglo III á los que se gloriaban de poseer la dectrina apostólica con más pureza que la Iglesia, eso mismo se puede repetir siempre á toda herejía. «Y bien, mostradnos el orígen de vuestra Iglesia, hacednos ver la sucesión de vuestros obispos, de manera que os remonteis hasta los Apóstoles ó hasta algunos de los hombres apostólicos que han perseverado hasta el fin en la comunión de los Apóstoles. Hacednos ver también cómo vuestra doctrina ha permanecido conforme con la de los Apóstoles. ¿Esperaba la verdad, á que los marcionitas y valentinianos viniesen á descubrirla? Como si el Apóstol no hubiese ya predicho las herejías que habían de venir, cuando escribía á los fieles de la verdadera Iglesia: Si viniese un ángel del cielo á anunciaros otro Evangelio distinto del que yo os he anunciado, que sea anatematizado. (2)

1—Bos-uet Discurs. sob. la Hi-t. Univ., II, part. al fin.
2—La pretensión que tiene la Reforma de haber purificado la Iglesia, es falsa, puesto que no puede defenderse de haber alterado el dogma.

Siendo la Iglesia apostólica, el Apostolado vive siempre en ella, y el Espíritu que ha inspirado y glorificado á los Apóstoles, continúa también inspirándola y fortificándola. Su historia es realmente la historia del Apostolado. Fiel en seguir los mandatos del Señor, y confiada en la promesa que la ha hecho de permanecer con ella, no ha cesado desde la primera predicación de San Pedro de llevar el Evangelio á las naciones con un interés que rivaliza con el de los Apóstoles, y con un éxito atestiguado por la historia del mundo.

Esos centenares de pueblos que han aparecido sobre la tierra en el curso de los siglos, han oído todos la predicación de la Iglesia católica, y han visto aparecer en medio de ella santos varones, que sin poder alguno, según el mundo, pero fuertes de espíritu y con la fuerza sobrenatural que resplandecía en ellos, venían con la valerosa fe de un San Pedro, el ardiente celo de un San Pablo, la autoridad de un Santiago, y la caridad de San Juan, y con el sudor de su frente arrojaron la semilla de la fe, que después regaron y fecundaron con su sangre.

Por ellos el imperio de los romanos fué transformado en el reino divino de la Iglesia, y el fundamento que la unión fraternal de los fundadores de Roma había asentado, se transformó en la piedra fundamental, sobre la que la unión apostólica, Pedro y Pablo, fundaron este imperio, que no ha de tener fin. Cuando carcomidos los últimos cimientos que sostenían al imperio romano, crugieron y se rompieron por fin; cuando numerosas bandas errantes se precipitaron cual devastadoras olas sobre las ruinas de un mundo que se desmoronaba, entonces la Igle-

sia envió sus misioneros; apenas se habían calmado las agitadas olas de la invasión, cuando en seguida llegaron el monge San Agustín entre los anglo-sajones; un San Fridolino, un San Colombano y un San Galo entre los alemanes; los Santos Valentín, Severo, Ruperto, Emerano y Corviniano, entre los bethes y los bávaros; San Kiliano entre los francos, y San Willebrod entre los frisones; San Bonifacio evangelizó á los germanos; San Sturm en Fulda y San Burkard en Wurtzburgo, continuaron su obra; SanLudgerio convirtió á los sajones; San Cirilo y San Metodio á los búlgaros y moravos; San Ascario ú Oscar, fué el Apóstol del Norte, penetrando hasta en la Irlanda y la Groenlandia; San Adalberto de Magdeburgo, San Adalberto de Praga y San Othon de Bamberg, conquistaron para Jesucristo los eslavos y venedas, los prusianos y los pomeranios. No hay un país que no tenga su Apóstol que festejar, y casi todos estos Apóstoles han comprado á costa de su sangre la conversión de su pueblo.

Cuando á últimos de los siglos XIII y XIV, los pueblos bárbaros del Norte, los prusianos, curlandeses y lituanios, humillaron sus cabezas al yugo de la cruz, y los últimos restos del paganismo fueron subyugados, bien pronto, gracias al descubrimiento del camino marítimo de las Indias Orientales, y especialmente de la América, un nuevo mundo salió del seno de las olas. Y desde entonces, es decir, desde los tiempos de Montesino, de Las Casas, y de San Francisco Javier, nunca han faltado Apóstoles en este país por más que en él hayan muerto á centenares, devorados por los ardores de un clima abrasador, atravesados por las flechas de

los salvajes, ó martirizados por medio de largos y crueles sufrimientos. Las filas del Apostolado se llenan sin cesar con una voz recluta, que llevan consigo la palabra nueva de Cristo y de su amor, y á quienes acompaña su bendición.

La América compensó con exceso las pérdidas que la apostasía hizo sufrir en Europa á la Iglesia en el siglo XVI. El Apostolado mismo recibe toda la virtud de la idea especialmente católica de la virginidad y de los consejos evangélicos. Ella sola le da el Espíritu de sacrificio y la fuerza necesaria para combatir al mundo, le hace humilde y obediente, adicto hasta la muerte y firme en su renuncia al mundo. Ella sola explica los sacrificios que reclama la vocación de Apóstol, y comunica la fuerza para soportarles con caridad heróica para con Dios y con las almas, cuya expresión es la perfección evangélica.

La santidad en la Iglesia católica romana

Réstanos examinar una última nota de la verdadera Iglesia cristiana, tal como se manifiesta en la Iglesia católica romana, *la santidad*, es decir, el heroismo del amor divino y humano, como también las gracias sobrenaturales efectivas que Cristo concede á los suyos para manifestar lo que son á los ojos del mundo. Si alguno hace la voluntad del Padre, conoce que la doctrina es de Dios. (1)

Cuando Jesucristo estaba en la tierra, todos, amigos y enemigos, publicanos y fariseos, se inclinaban con respeto ante El, subyugados

1—Juan, VII, 19.

por la inefable aureola de majestad y por el brillo sobrenatural de santidad que rodeaba su divina persona: pues de la misma manera es preciso que su gloria, puesto que lo ha prometido, (1) brille entre los suyos, al menos entre aquellos en quienes el amor de Dios, su virtud y su gracia tienen cierta intensidad; y el resplandor de santidad y de inocencia con que brillan los imitadores de Cristo, será el perpétuo ornamento é imperecedero adorno de la verdadera Iglesia. (2) Así como el Señor apelaba á sus milagros como á testimonios irrecusables de la divinidad desu misión, es preciso también que sus discípulos le den testimonio con sus obras. (3) « La verdadera religión, dice Pascal, (4) debe tener por nota el obligar á amar á Dios. Esto es justo; y sin embargo, ninguna otra religión más que la nuestra lo ha mandado. Ella debe también haber conocido la concupiscencia del hombre y la impotencia en que se encuentra para adquirir por sí sola la virtud, y debe haberle proporcionado los remedios de los que el principal es la oración. Nuestra religión ha hecho todo esto, y ninguna otra ha pedido jamás á Dios amarle y seguirle. »

Hay más aún: su doctrina debe ser aplicada á la vida, la práctica debe seguir á su palabra y la virtud de la gracia que el Señor derrama sobre él debe producir efectos manifiestos. (5) Una Iglesia que produce santos, dice Bossuet, lleva el sello visible de su orígen divino. La santidad no es una concepción fantástica, una

1—Juan, XVII, 22, 23
2—Ephes, I. 17; VII, 78; Tit., II, 4.
3—Juan, XIV, 12; Marc. XVI, 17.
4—Pensamientos, II part., art. 4.
5—Matth, XXII, 38.

ficción sin verdad real fuera del espíritu que la produce, algo que varía según los individuos, los pueblos y los siglos; sino que lleva consigo un carácter de realidad objetiva que anuncia por todas partes su presencia y no deja subsistir duda alguna. El corazón humano, por degradado que esté, conserva siempre el conocimiento del amor heróico hácia Dios y hácia los hombres.

El sentimiento de lo sobrenatural se despierta aún en el alma corrompida por el pecado, siempre que tiene la dicha de encontrar en el camino de la vida un hombre dotado de santidad. Ya había Platón vislumbrado el ideal del justo y había trazado un bosquejo de él, y sin embargo, cuán grande fué la sorpresa de los paganos de la época más corrompida, á la vista de la caridad que los cristianos tenían los unos para los otros: ¡Ved como se aman! Todos los bárbaros, hasta los más groseros, desde los hunnos y los normandos, hasta los indios de la América Septentrional, han sentido el irresistible poder de la santidad. Los más incrédulos y los más extraviados en sus creencias, no han podido menos de decir al ver á un San Francisco Javier, á un San Vicente de Paul, á una Santa Isabel, á una Santa Teresa, etc.: «Puesto que sois así, sed de los nuestros.»

Por más que un santo oculte su nobleza bajo el pobre hábito de la humildad, su heróica caridad le vende y el buen olor de sus virtudes se extiende entre los hombres, de la misma manera que el olor penetrante de un perfume se escapa siempre por muy cerrado que esté el vaso que le contiene. ¿Quién más humilde que

el Divino Salvador? Y sin embargo, Pilatos sabe distinguir en Él al justo. La Iglesia en el juicio que ha dado sobre sus santos, ha sido siempre precedida de antemano por los pueblos, y en la mayor parte de los tiempos se ha limitado á ratificar la sentencia pronunciada ya por el sentido popular; ¡tan buen juez es este en materia de santidad!

El Señor ha dado aún á su Iglesia otra nota visible, destinada á demostrar, que es su cuerpo místico en el que continúa viviendo por su gracia hasta el fin de los tiempos. Durante su vida mortal, Él mismo daba sus milagros por prueba de su misión divina, y el don sobrenatural de los milagros es aún el signo por el que la Iglesia debe ser reconocida por su Iglesia; y este signo se legó en la hora suprema de la separación, como una herencia durable (1).

Los milagros, tales son los frutos de la cepa teándrica, y por eso ellos fructifican de una manera digna del trono de donde proceden. No sin razón el Señor unió inmediatamente al mandato de anunciar el Evangelio la promesa expresa del don de los milagros. Debía á su Iglasia esta carta de crédito, esta demostración palpable de la presencia del Espíritu Santo y de la virtud de lo alto, esta prenda de una confianza indefectible (2). «Y partieron y predicaron por todas partes con la cooperación del Señor, que confirmaba su palabra con los milagros que la acompañaban» (3). Toda la historia de los Apóstoles (4) no es otra cosa que la historia del cumplimiento constante de esta promesa.

1—Cons. I Cor., XII 7; XIV, 22.
2—Gal., III, 2, 5; I Thess., I, 5
3—Marc. XVI, 20.
4—Por ejemplo: los milagros de San Pedro, de San Pablo y de otros. Cons. I Cor., XII, 28; I Cor., I, 7.

Pero la historia de los Apóstoles, ¿qué otra cosa es que la historia de la Iglesia en su principio y en los primeros pasos dados por el camino de su propagación entre todos los pueblos? Los Santos Padres, no menos que los Apóstoles, alegan sin cesar las maravillas hechas en la Iglesia por Cristo para la confirmación de la fe. No hay apariencia de que este poder haya cesado á la llegada de San Pablo á Roma, que es donde termina el relato de San Lúcas; ¿quién, por consiguiente, señalará el límite más allá del cual Dios ha debido no hacer más milagros y el Espíritu Santo suspender la efusión de sus dones?

Cuando un alma creyente ora, ¿no está persuadida de que Dios la escuchará cuando pide lo que ha de servir á su salvación? ¿Debería hacer un milagro? ¿No es la misión de la Iglesia continuar la redención del género humano, cautivo del pecado, obra que, realizada en principio por el Cristo y terminada por la Iglesia, de poner de nuevo al hombre en posesión de su estado primitivo, restablecer su unión con Dios, y someter de nuevo la naturaleza al espíritu? De este modo, con relación al orden ordinario de las cosas de esta vida, el milagro es indudablemente un hecho sobrenatural, exigido por este orden superior de cosas, y que se ve aparecer en la historia de la Iglesia.

Pero toda la grandeza y sublimidad de la Iglesia católica resalta en todo su esplendor, cuando se la compara con las sectas disidentes, ramas que van secándose á medida que se separan del arbol magestuoso.

Ausencia en las confesiones protestantes de los caracteres propios de la Iglesia

Si dirigimos una rápida ojeada sobre las confesiones separadas de la Iglesia romana, notaremos fácilmente que no las conviene ninguna de las notas citadas. El protestantismo ha renunciado desde hace mucho tiempo á la pretensión de atribuírselas, cuando ha declarado que sólo pertenecen á la Iglesia invisible. (1)

No teniendo Iglesia, trata de ocultar bajo el oropel de sus frases el inmenso cáos en que ha caído, y de consolarse ó más bien engañarse, afirmando que la Iglesia invisible posee plena y gloriosamente lo que falta á la Iglesia visible. (2)

Ante todo, lo que falta á estas confesiones, es la nota de la unidad.

La historia del protestantismo no es más que la *historia de sus variaciones* y de sus divisiones, en las que se pulveriza más y más. Era imposible que no fuese así, porque *lo que es permitido á Valentino, lo es tambien á los valentinianos, y el derecho que Marción se ha arrogado, le tienen también los marcionitas.* Tal es el signo inseparable de la herejía, señalado ya por Tertuliano en el siglo III. Sustituyendo al principio de autoridad, hecho para figurar en el gran día de la historia y para unirlo todo, el del subjetivismo absoluto, las sectas separadas han sembrado desde su orígen la división y desmembramiento, y la semilla ha germinado y fructificado en proporción á su malicia.

1—Thomasius, loc. sup. cit., p. 446.
2—Cons. Dœllinger, «La Iglesia y las iglesias, pág. 27.

Por eso el protestantismo ha cesado de vivir como confesión. « Bajo este punto de vista las sectas separadas se han visto arrastradas por una rápida pendiente. Los bizantinos habían principiado por decir: Reconocemos patriarcas, que gobiernan cada uno una porción de la Iglesia, pero no Papa, jefe de los patriarcas. Después vino el anglicanismo, que dijo: Ni Papas ni patriarcas, sino únicamente obispos. Por su parte, los protestantes del continente, declararon que no querían obispos, sino sólo sacerdotes, y por encima de ellos los príncipes seculares. Más tarde aún se formaron nuevas sectas protestantes en Inglaterra, las cuales dijeron que no tenían necesidad de sacerdotes, y si únicamente de predicadores. Por último, aparecieron los *amigos*, los quákeros, con otras sectas religiosas, y dijeron que también los predicadores eran malos, y que cada uno era su propio profeta, su doctor y su sacerdote. Este es el último paso dado hasta ahora en este camino; pero ya se piensa en ir más allá en los Estados Unidos.» (1)

En donde no hay unidad, es imposible la catolicidad. A este sistema de división erigido en sistema, se agrega otro. Por más que el Cristo haya proclamado desde el principio formalmente la distinción de la Iglesia y del Estado (2) no por eso el cesaro-papismo ha dejado de ser la pretensión y tentación de los podero-

1—Dœllinger, op. cit. sup. p. 31.

2—Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Cons. Act. V. 29. Se debe obedecer á Dios antes que á los hombres. La distinción de la Iglesia y del Estado está basada en la diferencia de su origen, de su fin, de sus medios y de su manifestación en el espacio y el tiempo. La Iglesia, obra de la gracia, es de institución inmediatamente divina; su fin es la salvación eterna de las almas; sus medios son espirituales, y al mismo tiempo sensibles; su esfera de acción es universal, y no conoce límites ni en el tiempo ni en el espacio.

sos: quieren, con la misma mano con que manejan la espada, definir el dogma, á ejemplo de los Césares de Bizancio; ambicionan el poder absoluto, y comprenden que este no existe si no se encadenan las conciencias á la vez que se sujetan los cuerpos. La separación por el egoismo nacional, tal era desde el principio el grave riesgo de una Iglesia universal, que no hubiese sido mas que una confederación de iglesias de todos los paises, é independientes entre sí.

Para neutralizar tan poderosos elementos de disolución, era necesario en la Iglesia un poder único, central y fuerte, que tuviese sus raíces en el corazón mismo de la Iglesia, de manera que fuesen inseparables de ella; era preciso un primado universal, un Papado, para asegurar la duración de la Iglesia. De este modo el protestantismo ha caído en el sistema anterior al cristianismo, de las religiones nacionales, en cuyo sistema las fronteras de un país son también las fronteras de la religión, y ha elevado, por consiguiente, entre el *judío* y *el griego*, el muro de separación que Cristo había venido á derribar.

La expresión de Iglesia nacional, implica contradicción. Por su naturaleza, la Iglesia se eleva por encima de todas las naciones. Dejar la Iglesia para fundar una Iglesia nacional, es conmover el cristianismo hasta en sus últimos fundamentos. Si toda la Iglesia estuviese dividida en Iglesias nacionales, es decir, reducida al mismo estado que el protestantismo, otro tanto sucedería con el cristianismo como ya lo ha hecho notar Leibnitz; no sería ya, como las instituciones civiles y políticas de la Grecia y Roma, mas que un objeto de investigaciones arqueológicas, materia á propósito para inútiles

teorías y vanas especulaciones, buena para ocupar algunos cerebros místicos, algo que el torrente del tiempo arrastraría y de lo que los poderes políticos dispondrían á su antojo.

Una Iglesia territorial no inspira respeto alguno, ningún amor, ni piedad; el poder de los príncipes y el orgullo nacional son los únicos que la sostienen. El gobierno la proteje, porque obtiene por esta Iglesia siempre tan complaciente para los de arriba como inflexible con los de abajo, un notable crecimiento de poder; pero el pueblo la desprecia á pesar de la protección del poder, ó más bien por esta misma protección.

La verdadera Iglesia de Cristo es apostólica; el protestantismo nó lo es en ninguna de sus confesiones, ni puede serlo. Ninguna de las sectas separadas trae su orígen desde los apóstoles; ninguna de ellas ha sido edificada sobre el fundamento asentado por Cristo, sobre los Apóstoles. Ninguna hay que se remonte por una série contínua hasta los Apóstoles, á menos que la reforma no quiera adoptar para su genealogía, la série de las mil sectas contradictorias que desde Corinto no han cesado de hacer la guerra contra la Iglesia.

Estas palabras de San Jerónimo, no han cesado de ser verdaderas: «¿Por qué vienes tú, después de cuatrocientos años, á enseñarnos, como si nada hubiésemos sabido hasta ahora? El mundo era cristiano hasta este día antes de haberte oído. Voy á manifestarte en breves palabras mi modo de pensar. Estamos decididos á permanecer en la Iglesia que fundaron los Apóstoles y que dura aún. Sin embargo, si oyes hablar de cristianos que toman aún los nombres de marcionitas, valentinianos, moncianos, etc., has de sa-

ber que no tienen nada común con la Iglesia del Cristo. Por el solo hecho de haberse constituido más tarde, demuestra que son de los que San Pablo ha predicho. Si demuestran su doctrina por la Escritura no hay razón para que por eso sean tan arrogantes, porque el diablo ha hecho demostraciones por la Escritura; lo que importa, no es leer la Escritura, sino comprenderla. En último resultado, también se os podría demostrar por la Escritura que los que tienen zapatos ó dos vestidos no pertenecen á la Iglesia» (1).

No es, por consiguiente, de Cristo de quien el protestantismo tiene su misión; Cristo no ha enviado más que á los Apóstoles y èstos á sus sucesores regulares. Lutero sentía mucho esta falta de misión. Mientras que en 1522 negaba que, para fundar su nueva sociedad religiosa, le fuese necesario una misión especial y personal, poco después sostuvo, contra Carlostadio, que no se debía predicar sin ser llamado, y declaró tener por embusteros y demonios á todos los que suponían descender del cielo en línea recta y haber sido llamados por Dios inmediatamente.

Por último, confiesa que la misión legítima pertenece á los Apóstoles y á sus legítimos sucesores los obispos, y que así será hasta el fin. «El que quiera, por consiguiente, poner en circulación alguna novedad, debe ante todo ser llamado por Dios y probar su vocación con verdaderos milagros. «Puesto que te prevales de una revelación particular, dice en otra parte (2), muéstrame un milagro, porque tú te das testi-

1—«Las sectas, dice Martensen (ep. cit., p. 325), han perdido el hilo del desarrollo histórico que las permitia ponerse en relación con los Apóstoles.»
2—En Walch., IX, 197; XIX, 8 37; VI, 8.

monio á tí mismo y la Escritura me impide creerte, siendo tú solo á testificar en tu favor. Dios confirma siempre con milagros una misión extraordinaria.»

Puesto que el protestantismo no ha recibido su misión de Jesucristo, no goza, por consiguiente, del beneficio de su presencia, que sólo ha prometido á sus enviados. En tanto que la Iglesia católica jamás ha cesado de ser fecunda en apóstoles desde el primer siglo hasta nuestros días, y que cada siglo ve entrar nuevas naciones en el seno de la Iglesia, en tanto que los misioneros católicos imponen por su adhesión á la causa de Dios y del prójimo, respeto y admiración, aún á sus más declarados enemigos. ¿Qué espectáculo nos presentan por su parte todas las confesiones separadas? La Iglesia griega, petrificada más y más después de su separación, es como una cosa muerta en manos del poder político, y en su extrema debilidad no es sostenida más que por su ódio á la verdadera Iglesia; en cuanto á las conquistas, si se exceptúan las que se realizan por el brazo secular y por la fuerza bruta, como en Rusia, hace ya mucho tiempo que ni aún piensa en ellas.

Por lo que se refiere al protestantismo, un siglo se ha pasado antes que conociese que las misiones entre los paganos formaban por necesidad parte de las obras esenciales de la Iglesia de Jesucristo. Los sectarios de Lutero se han excusado diciendo que tenían por convertir muchos idólatras cerca de ellos en los países católicos, lo cual equivale á confesar que ponían todo su empeño en hacer lo que hacían ya los herejes, de quienes Tertuliano decía: « ¿Qué diremos de su predicación? ellos no quieren convertir á los

paganos, sino pervertir á nuestros fieles; cifran toda su gloria en derribar á los que están levantados, en vez de levantar á los que están caídos. Esto no me extraña; no pueden elevarse sino sobre las ruínas de la verdad, y por eso tratan de destruir nuestra Iglesia para edificar la suya. » (1)

Avergonzado al fin de la actividad desplegada en todo el universo por la Iglesia católica en lo más récio de la lucha religiosa, y envidioso de verla propagar sus creencias en Asia y América, hé aquí al protestantismo que piensa también en enviar misiones.

Tiene diez veces más recursos pecuniarios que la Iglesia; hace partir á sus enviados bajo la protección de una flota dueña de todos los mares del globo, y sin embargo, todo este gran aparato y esta abundancia de recursos, dan muy pocos frutos. Esta es la prueba de que el Espíritu de Dios no está más que allí donde está la Iglesia, y de que la fe es un dón de Dios. (2)

Nosotros distinguiremos aún la verdadera Iglesia de las falsas, por los frutos que dan. La razón de esto es clara. El Señor envía á sus Apóstoles « como corderos en medio de los lobos, sin báculo, sin dinero, sin calzado, y con un solo vestido», (3) y «con orden de no saludar á nadie en el camino»; (4) es decir, de marchar penetrados del espíritu de abnegación y sacrificio. De este modo, y sólo de este modo, su predicación debía ser bendita por El.

1—De Præscript., c. 42. Sobre las misiones protestantes, véase Jœrg., op. cit. sup. II, p. 440.
2—Véanse las notas adicionales.
3—Luc. X, 8; Mat., X, 10.
4—Marc., VI, 8.

Así es como han marchado los misioneros católicos, desde San Pedro hasta San Francisco Javier, sin familia y sin otra riqueza que la cruz en la mano. Basta dirigir una mirada sobre las misiones protestantes, para convencerse de que están animadas de otro espíritu, como lo expondremos más adelante.

Las sectas carecen de la nota de santidad

He aquí el caracter en que resalta de una manera extraordinaria la grandeza y sublimidad de la Iglesia católica comparada con las sectas protestantes. Rogamos la más séria reflexión en esta materia

Las sectas separadas no tienen la nota de la santidad. ¿Son santos los protestantes? ¿Tienen ellos la doctrina que produce los santos?

La doctrina luterana del esclavo albedrío (1); la de la incapacidad en que Lutero dice que se encuentra el hombre para hacer el bien; su afirmación de que la fe es la única virtud (2) y la incredulidad el único pecado (3), bastarían para

1—«La voluntad del hombre es un caballo. Si es Dios quien le monta, va á donde y como Dios quiere; si es el diablo, va también como el diablo quiere. Todo se hace por la voluntad invariable de Dios, que no deja libertad alguna al hombre. Dios obra en nosotros lo mismo el mal que el bien; salva sin tener cuenta del mérito y condena sin considerar el desmérito.» (De servo arbitrio.) Walch. t. XVIII, p. 20, 50. Cons. Dœllinger, «La Reforma», III, p. 24

2—«Nosotros somos todos santos, y maldito sea el que no se glorie de ser un santo. Desde el momento en que creeis en las palabras del Señor, sois tan santos como San Pedro y los demás santos.» (Walch., XII, 1803.) «Nosotros los creyentes nos llamamos santos, porque el Cristo se ha santificado para nosotros y nos ha comunicado su santidad; de modo que entre un hombre y otro no hay diferencia alguna para la santidad.» (Walch., V 726.) Dœllinger, p. 131.

3—«No hay más pecado en el mundo que la incredulidad.» Walch., XIII, 1840. Pecca fortiter, sed crede fortius. «Nosotros pecamos necesariamente mientras estamos en esta vida; pero el Cordero de Dios quita los pecados del mundo, y el pecado no puede separarnos de Él, aunque cometiésemos al día mil adulterios y otros tantos homicidios.» Luter., Epist. ad Hac. Aurifabr. Cons. De Captiv. Babyl., t. II, p. 284.—«Cuanto más infame seas, más de buen grado te concederá Dios su gracia.» (Edit. de Leipzig, XII, p. 128.] Cons. Dœllinger [op. cit. sup., t. I, pág. 116.] Esto es abominable.

paralizar toda tendencia hácia la perfección cristiana, aun cuando no la hubiese reprobado formalmente (1) y no hubiese declarado expresamente que las buenas obras son inútiles y hasta perjudiciales para la salvación.

El protestantismo ha suprimido por completo las tres virtudes exclusiva y eminentemente cristianas, las tres más hermosas flores de la vida sobrenatural: la humildad, la virginidad y el sacrificio.

Rechazando toda autoridad superior y proclamando la independencia universal, ha hecho imposible la humildad para la humanidad: sus máximas sobre el matrimonio y la virginidad son tales, que un honesto pagano no las hubiera admitido. (2) No sólo autoriza la viola-

1—«Falseó lo que dijo San Pablo [Rom., III, 28], añadiendo á la palabra *fé* la palabra *sola*.[Véanse otras torgiversaciones de textos en Dœllinger, «La Reforma», III, p. 179.]—«Las buenas obras no contribuyen á la santificacion ni á la salvación; de otro modo sería preciso decir que el Cristo había muerto inútilmente, y podríamos gloriarnos nosotros, diciendo que Dios no es bastante poderoso para salvarnos sin nuestra cooperacion.» Cons. Dœllinger [op., cit. t. I. d. 91]. «En la fe todas las acciones son iguales y desaparece toda diferencia entre ellas.» [Walch, X. 1570]. «El diable es el que ha inventado enseñar la necesidad de las buenas obras.» [Walch, III 1193.] «No podria darse escándalo mayor, mas peligroso y pestilencial que el de mi vida exteriormente buena llena de buenas obras y de prácticas espirituales. Esto seria abrir la puerta por completo y el gran camino de la condenación.» [Walch, XI, 349.] Dœllinger [op. cit. p. 128].

«Lutero se negaba en absoluto á reconocer el enlace intimo, indisoluble y necesario que existe entre la fe y las buenas obras, entre la conviccion religiosa y la conducta práctica, y ponia un abismo entre la piedad religiosa y la moral.» Schenkel, «El cristianismo y la Iglesia en su relación con la civilización», II. 6. Wiesbaden, 1868. p. 157. «No se puede negar; la ortodoxia de Lutero falta en lo concerniente á la moral.»

2—Cons. Dœllinger, op. cit., p. 224. Según él el atractivo del sexo es de un poder irresistible. Thiersch («La vida de la familia en el Cristianismo», p. 15) dice: «El Cristo debia nacer de una virgen pura; pasó por los otros estados de la vida y les ha santificado, dando el modelo de ellos; pero no ha dado el modelo de la vida conyugal. Sus primeros discípulos siguieron casi todas sus huellas. En el Apocalipsis de San Juan, la virginidad es propuesta, quizas simplemente como un modelo, pero como un modelo de la más perfecta pureza, y por consiguiente, como un objeto digno de ser admirado é imitado. No se hubiera debido olvidar nunca que hay hombres, cuya vocación es vivir en un celibato sin mancha, y que son capaces de él. ¿Y por qué esta disposición no se habia de manifestar por un deseo que tuviese por objeto, no el matrimonio, sino el estado de virginidad, el sacrificio? El célibe, como lo demuestra la experiencia, sufre mejor la persecución y puede dedicarse mejor al servicio

ción del voto de virginidad, sino que la aconseja y hasta hace de ella un deber. (1) Con esta encarnizada guerra que ha hecho á la virginidad, ha pronunciado el decreto de muerte de su pretendida reforma; porque nosotros conocemos el árbol por sus frutos, y la verdadera Iglesia por las vírgenes que produce para su celestial esposo. «Esta generación de vírgenes, dice San Agustín, (2) no procede de una fecundidad corporal; no es el fruto de la carne y de la sangre. ¿Queréis saber quién es su madre? Es la Iglesia. Sólo esta virgen santa que se muestra la casta desposada de Cristo, su celestial esposo, tiene el poder de producir vírgenes. Las vírgenes de cuerpo y de espíritu son hijas de la que es absolutamente virgen, según el espíritu.»

Las consecuencias morales de semejantes doctrinas no se hicieron esperar mucho tiempo. Los mismos reformadores nos han hecho la pintura de ellas. (3) Lutero decía: «Las gentes vienen á

del Señor que la persona unida con los lazos del matrimonio. La unión con Jesucristo es generalmente más íntima en el celibato que en el matrimonio. Existen almas en quienes el amor de Jesucristo extingue todas las pasiones de la tierra. Hay una gracia de continencia que poseía San Pablo y se puede ver que él prefería este estado al del matrimonio, aunque éste fuese irreprensible. Esto es lo que Lutero y sus sectarios han desconocido. En todo el antiguo protestantismo no se ha creído en la posibilidad de un celibato casto.. Este es un error, del que ya era tiempo de salir.»

1—De los votos y de la vida espiritual en los claustros, Walch, XIX p. 797. San Juan Crisóstomo, por el contrario, en su libro «de la Virginidad», principia por este pensamiento: Los judíos desprecian la virginidad; ¿deberemos extrañarnos? Ellos han llenado de ultrajes al Cristo nacido de una Virgen. Los gentiles la admiran y respetan, pero solo florece en la Iglesia de Dios».

2—De Virgin.. c. 11.

3— Los papistas afirman que nada bueno ha salido de nuestras doctrinas, y esto es desgraciadamente cierto; porque los desórdenes de todo género son más frecuentes, y mayores ahora que en otro tiempo.» Walch.. V. 114. «Yo siento menos la avaricia del pueblo, su lujuria y su obcenidad, vicios hoy crecientes, que el desprecio del Evangelio. Poco falta para que nuestra Alemania, después de haber visto la luz del Evangelio, no parezca poseída del diablo... El temor de Dios ha desaparecido, y por todas partes se ve un diluvio de todos los vicios. Walch., I. 2451, I. 382]: «Todas las cosas están trastornadas en la actualidad: en vez de la piedad, reina la frivolidad: en vez de la dulzura, el robo y la sacrílega violencia; en vez de la limosna, la rapacidad; en

oir predicar el Evangelio, como si fuesen discípulos suyos, pero bajo esta apariencia no buscan otra cosa sino el engordar; su único señor es su vientre y su propio interés», (1) y los siglos posteriores han demostrado cuán verdadero era lo que él decía. Con motivo de la conversión de un eclesiástico anglicano á la Iglesia católica, decía el arzobispo protestante de Cantorbery en una circular: (2)

«No es más que uno de los muchos que han dado este paso, y que le han dado en medio de sacrificios. Yo he reflexionado sobre las causas que han producido tal resultado, en hombres instruidos, piadosos é inteligentes.»

Y De Maistre escribía esta declaración: «Tenemos una lista de hombres distinguidos por su rango, dignidad y talento, que, desafiando todas las preocupaciones de secta y de educación, han tributado homenaje á la verdad, y han entrado de nuevo en el seno de la Iglesia. Que traten ellos de formar una lista semejante de

vez del ayuno, la voracidad y la orgía; en vez de las fiestas sagradas, el trabajo incesante y embrutecedor; en vez de la santa castidad, la obcenidad desvergonzada; en vez de los sacerdotes, los predicantes impostores é infieles. El mal es general.»

Thierch confiesa también esta depravación de las costumbres. «Toda la juventud» dice un contemporáneo de Lutero, Sarcerius [Véase Dœllinger, II, página 236]. «está hoy tan entregada á la lujuria, que los niños de hoy podrían dar lecciones de esta materia á los viejos de otros tiempos.» La Escocia y la Suecia, las dos protestantes tienen las costumbres más corrompidas de Europa, según afirma un escritor protestante.» Laing. Sweden, p. 108, 141. Cons. Harpole Locki, «Historia de la civilización en Europa», t. I. p. 305.

«De germen vivificador que antes era, la fe evangélica se ha trasformado en planta cultivada, pero seca: en vez de vivir y crecer en el corazon y de dar frutos, ha servido de materia á las investigaciones de la razón. La conciencia ha concluido por descubrir que si la moral estaba protegida y cultivada por la ortodoxia, podía también sostenerse sin necesidad de apoyarse en principios sobrenaturales El racionalismo se ha formado sobre las ruinas de la ortodoxia. De aquí el lastimoso estado en que hoy ha caido nuestra Iglesia.» Reyschlag. «¿Qué necesidad tenemos de predicantes?» 1864, p. 46.

1—Walch, VII, 1846: «Toman el Evangelio por una doctrina gastronómica que ensoña á emboriagarse y á saciarse de comer. Este es el modo de ver actual de todo el mundo, tanto de arriba como de abajo.

2—Kreuzzeitung., 1853, N.º 135.

todos los que han abandonado la Iglesia católica. ¿Qué hallarán? » (1)

Lo que Dœllinger dice de la iglesia anglicana, (2) demuestra cuánto el cisma de esta iglesia ha hecho disminuir en ella la profundidad del sentimiento religioso, y ha debilitado la fuerza de la vida cristiana. « Lo que especialmente hace recomendable á la Iglesia del Estado, es su modestia, que no se atribuye autoridad alguna un poco elevada, que no molesta las conciencias con sus advertencias, no traspasa los límites de una moralidad general, vaga, cómoda, que no llega hasta la conciencia, y que apenas toca al dogma. Ella se resigna á no tomar en la vida otro lugar que el que la deja el lucro y goce de la riqueza y las costumbres de unos hombres que no adoran más que las comodidades de la vida. »

«No puede, según la expresión de un escritor inglés, ni formar los grandes santos, ni convertir los grandes pecadores. » « No se creía en la posibilidad para el hombre de llegar á la santidad, » es H. Thiersch el que hace esta confesión; (3) « se había llegado á tomar lo que se hacía por la medida de lo que se podía hacer; se dejaba desaparecer el ideal de los cristianos, que se llama la perfección. Los reformadores, creyendo dar toda la fuerza á la fe, no se la han dado. Que vuestra confianza en Jesucristo llegue hasta creer que os dará la victoria sobre vuestros enemigos, y la fuerza para adquirir la

1—Cons. Rosenthal, Retratos de convertidos del siglo XIX; Schaffouse., Hurter; Rœss., Los convertidos después de la Reforma.

«De todas las diferentes formas en que se ha cristalizado el dogmatismo protestante, no hay una sola que sea capaz de atraer á sí nada de lo que está fuera de sus propios límites. Todo lo que el catolicismo pierde lo gana el racionalismo.» Es un protestante el que habla así, Hartpol Lecky, Historia de la civilización en Europa, tom. I, p. 134.

2—La Iglesia y las iglesias, p. 194.

3—La vida de la familia en la religión cristiana, Francfort, 1857, p. 18.

verdadera santidad. Toda la debilidad del antiguo protestantismo se manifiesta en la incertidumbre de sus ideas sobre la santidad, y esta excesiva debilidad extiende su deplorable influencia en todos los sentidos.» ¿Qué hubiera sido del mundo si á esta falsa reforma, que principió en todas las partes en que se manifestó, por derribar el signo del Hijo del hombre, la cruz, no hubiese opuesto la Iglesia su propia reforma, que según la expresión de un escritor protestante, (1) «lo renovó todo en el corto período de la vida de un hombre, desde el Vaticano hasta la última ermita de los Apeninos?»

La verdadera y la falsa reforma

Frente á esta degradación moral, á esta debilidad universal de caracteres, fruto de las doctrinas de esta pretendida reforma, que declara la gracia incapaz de elevar á la naturaleza humana á las expléndidas cimas de la perfección y de la santidad, vemos aparecer las serenas y sublimes figuras de un San Carlos Borromeo, de un San Francisco de Sáles, de un San Vicente de Paul, de un San Juan de la Cruz, de un San Pedro de Alcántara, de un San Juan de Dios, de un San Camilo de Lellis, de un Cayetano de Thiene, de un San Ignacio, de un San Francisco Javier, de un San Felipe de Neri, de una Santa Magdalena de Pazzis, de una Santa Teresa, y de la innumerable multitud de sus imitadores y discípulos, personas todas consagradas y santificadas por una caridad y un amor heróicos hácia el Cristo y hácia las almas.

Al amor de Dios con que se inflama su cora-

1—Macaulay, Edimburgh Review, 1843.

zón, los santos unen siempre el amor del prójimo, especialmente de los pobres y de los humildes de toda especie; éste es el signo por el que se reconoce á los discípulos de Jesús. Sólo la Iglesia católica ha comprendido y observado estas palabras del Señor: ¡Bienaventurados los pobres! Desde que Jesucristro llevó el vestido de la pobreza, la Iglesia la estima en un precio infinito; porque el Hombre-Dios la ha consagrado y hecho venerable. Sólo la Iglesia ha comprendido y practicado el culto de la pobreza; ha considerado al pobre como un miembro precioso del cuerpo de Jesucristo, y ha hecho de él el objeto de su veneración; ha servido al Cristo sin cansarse, en sus miembros pacientes; con el voto de pobreza y de despojo voluntario, ha creado para el servicio de los pobres y de los enfermos esas numerosas asociaciones que la incredulidad admira, sin poderlas comprender, y de cuya utilidad el mismo protestantismo da testimonio, puesto que se ha decidido á imitarlas, aunque mal, en estos últimos años, con su institución de las diaconisas y con la obra de la misión interior.

«Los pueblos separados de la comunión romana no imitan más que de una manera imperfecta la práctica cristiana del amor al prójimo, dice el mismo Voltaire, (1) y más recientemente una nueva autoridad ha testificado una vez más el mismo hecho.

«Por lo que se refiere al catolicismo, dice B. A. Huber (2), podemos afirmar, porque lo hemos visto y porque lo sabemos de buen origen, que las obras de misericordia cristiana se

1—Sobre las costumbres, tom. III, p. 139.
2—Misión del interior, 1864, p. 117.

practican en él con un espíritu de devoción y sacrificio, con una munificencia, una riqueza, una profusión y una inteligente caridad, á la que por nuestra parte no llegamos nosotros ni con mucho.»

No queremos decir que haya muerto en el protestantismo todo espíritu de beneficencia. (1) Sin embargo, que no se olvide la gran diferencia que existe entre un rico comerciante, que cada año toma algunas libras de lo que le es supérfluo para entregarlas á las sociedades bíblicas ó á las asociaciones de pobres, y una hermana de caridad, que se entrega á sí misma y se entrega y consagra toda ella á una larga vida de sacrificios y de abnegación.

«Quizá, dice Voltaire, no hay nada más grande sobre la tierra que el sacrificio que un sexo delicado hace de su belleza, de su juventud, y con frecuencia de un ilustre nacimiento, para ir á los hospitales á aliviar las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para nuestro orgullo y tan irritante para nuestra molicie.»

Y Huber hace notar que se trata de un trabajo enteramente libre y personal, y sin otro móvil que la caridad; porque esos millares de hermanas y esos numerosos hermanos que se dedican al servicio de los pobres y de los enfermos con un amor incomparable en la obediencia, la pobreza y la castidad, están ligados á este género de vida por votos, y los votos son cosas esencialmente libres. Todo el que quiera observar sin

1—Lutero, sin embargo, se queja ya de la creciente avaricia de sus fieles. «Como si los vicios se hubiesen transformado en virtudes, la avaricia ha llegado hoy hasta el punto, que no se ve un príncipe, un conde, un noble, un ciudadano ni un aldeano que no sea avaro.—Bajo el Papado, las gentes eran más compasivas y daban voluntariamente; pero hoy, bajo el Evangelio nadie da.» [Walch, XIII, 1572, 1582].

prevención estas obras de caridad, no podrá ménos de opinar como nosotros, cuando afirmamos que la sola vista del hábito que llevan estas hermanas produce ya en el enfermo, lo mismo que al espectador imparcial, una impresión que calma y produce bien. Nuestra caridad protestante no tiene nada que se parezca á esto; no hacemos la décima parte de lo que se hace en los paises católicos... Nuestras observaciones nos han hecho ver en todas partes una efusión de caridad cristiana y evangélica, que nada deja que desear.» (1)

Nótese de paso que el ódio á las comunidades religiosas profesado por el protestantismo ha sido inoculado al liberalismo, los que se mancomunan para perseguirlas y calumniarlas, como se ve en la actual campaña contra las mismas á manera de conspiración universal; pero no prevalecerán, porque son de institución divina.

« En cuanto á obras de caridad y de sacrificios, la Reforma protestante carece de ellas; es una tabla rasa, dice el publicista protestante Tholuck, dando cuenta del libro de Wichner, *La Misión interior*.

Nadie negará, dice otro, (2) que la situación de

1—Obras, t. IX, p. 47.

El amor que se sacrifica no es más que el amor de un corazón que no se ha entregado al mundo, ni á una mujer y que no está dividido. [I Cor., VII 33]. El triple voto de la vida religiosa no es otra cosa que la expresión del amor divino bajo la forma más sublime que puede tener en la tierra, y tal es el suelo fecundo en donde crece esta admirable flor de la caridad, que es el honor del cristianismo. Lutero declaraba que estaba pronto á visitar á los pestíferos si se les presentaba ocasión para ello [Discurso de mesa, Francfort 1567, p. 641], y cuando la peste de Génova, en 1542, entre todos los predicantes, uno solo hubo, Pedro Blanchet, que llevase los consuelos de la religión á los enfermos. «Si sucediese algún mal á Blanchet, escribía Calvino, temo verme precisado á correr el mismo riesgo.» Cuando en 1543, murió Blanchet, todos los predicantes, incluso Calvino, declararon que Dios no les había dado valor para visitar el hospital de los atacados de la peste. Calvino hizo que el Estado le encargase una misión en pais extranjero.

2—Gaceta general de Augsburgo, núm. 170, 1849.

nuestra Iglesia y el poco celo de sus ministros, son en gran parte la causa del mal estado de nuestros asuntos religiosos y de nuestras obras de caridad. Nuestra Iglesia protestante no ama al pueblo como le amaba la antigua Iglesia; no se interesa en sus sufrimientos y necesidades, y por eso el pueblo se aleja de ella. Sólo por la misión interior la Iglesia podrá regenerarse y entrar de nuevo en el camino de su propia vocación... Nuestra Iglesia no es más que una Iglesia de profesores y de ministros; es preciso que sea una Iglesia del pueblo, y esto es para ella una cuestión de vida ó muerte».

Verdaderamente, si Jesucristo volviese hoy á la tierra, hallaría muchas almas santas en las naciones católicas, vería muchos obreros en el campo de la misericordia, muchos imitadores de su amor para con los pobres, y muchas personas animadas de su espíritu. El cruel desprecio del pobre, tal como se ve, por ejemplo, en Inglaterra, país de la Alta-Iglesia, en donde el aspecto del desgraciado ofende la vista de las gentes de posición, en donde el pobre ha perdido por completo el sentimiento de su dignidad de hombre, en donde hasta la Iglesia está para él cerrada, como para un leproso ó un pária, (1) en donde contínuamente se encuentra amenazado de morir de hambre, y muere, en efecto, á centenares, (2) aquel desprecio es completamente desconocido en los países católicos.

1—En vez de decir *escuela de pobres*, los ingleses dicen *escuela de perdidos* ó de harapientos, [Ragel Schools]: esto es una señal de lo mucho que aprecian el dinero y del poco caso que hacen de la pobreza. (Gac. gonor. de Augsb.]

2—Cobbet, Carta sobre la reforma en Inglaterra carta XVI. Según B. A. Huber [op. cit., p. 71], en los últimos seis años de la decena pasada, murieron de hambre, sólo en la ciudad de Londres, 3.292 personas.

La Iglesia católica ofrece todos los días los misterios del Dios hecho hombre, que se entregó él mismo como una gran limosna al mundo pobre y perdido; la Iglesia católica, impregnando todos los días á sus hijos y á sus hijas con la sangre del amor eterno, hace realmente de ellos una gran familia, de la que Dios es el padre, y Jesucristo el hijo primogénito; hace de todos un solo cuerpo y una sola alma; la Iglesia católica, en fin, ha recibido de Jesucristo la misión de enseñarnos á amar á Dios ante todo; por eso también ha comprendido y practicado el segundo mandamiento, que es semejante al primero, que prescribe el amor al prójimo, y que toma del primero su verdad y su fuerza.

A este altar, en donde ofrece cada día los misterios, á este banquete del Cordero hace llegar á las almas elegidas, almas virginales que se han ofrecido al Cordero libremente y por amor, y allí estas almas renuevan todos los días su santa alianza con el Divino esposo, no pidiéndole otro testimonio de su favor que poder ofrecerse en sacrificio con él y como él por la salvación de sus hermanos. « Como un terreno

«Nosotros no tenemos clero», dice Kay [Social condition of the people, I, p. 502] «que tenga valor para penetrar sin disgusto en los horrorosos antros do la miseria, con quien el pobre pueda conversar sin temor y sin embarazo, á quien pueda contar sus sufrimientos, seguro de ser comprendido y de exitar en él interés y compasión. El eclesiástico anglicano es un hombre, á quien su posición y su género de vida alejan tanto del pobre, que éste comprende instintivamente que un hombre así no puede tener conocimiento de sus necesidades. Por eso los obreros de Lancashire acostumbran á decir que en Inglaterra no hay religión más que para los ricos.»

Cons. Edimburgh Rev. Quaterly p. 445. En esta última revista se confiesa que la barbarie actual de las clases pobres excede á la que se ha conocido de la antigüedad. Kay [op. cit.] hace relatos que erizan los cabellos. [Cons. Nicholls, History of the Englisch poor Law, II, p. 108]. Entre los católicos reina siempre la antigua limosna, que es un dón inspirado por la caridad y la compasión. Los protestantes no conocen más que la cuota, palabra sin entrañas como la secta.

fértil alimenta con sus jugos las raíces de las plantas, dice San Crisóstomo, así una vida santa alimenta á la virginidad con las buenas obras; si; la raíz y el fruto de la virginidad es una vida crucificada. »

Por eso cada día á la llama del sacrificio se enciende de nuevo el sublime y santo amor del sacrificio; porque el amor es sacrificio y se alimenta con el sacrificio. Este santo amor del sacrificio, no sólo ha fundado hospitales para los pobres y abandonados, sino que se ha encerrado con los cautivos en los lugares infestados, y se ha hecho con Sandobal y San Pedro Claver *el esclavo de los esclavos para siempre.* ¿En dónde se ha hallado un infortunado, por miserable, abandonado y repugnante que haya sido, en cuya oscura vivienda no haya penetrado este santo amor del sacrificio, para estrecharle entre sus brazos, para besar sus heridas, y cerca de cuyo pobre lecho no se haya arrodillado la caridad, como una dócil y caritativa sirvienta, para lavar sus pies? Ella, la caridad, se desliza suavemente á la puerta de los ricos, se hace mendiga por el amor de Dios, y lo que recibe se lo da á los que tienen hambre. Ella se hace niño con los niños, para arrastrar los corazones á Jesús Salvador, se hace ignorante con los ignorantes; débil con los débiles; llora con los que lloran; en una palabra, se hace toda para todos, para ganarlos para Jesucristo, como enseña el Apóstol.

Descendiendo voluntariamente á las profundidades de la pobreza y de la abnegación para imitar á Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecer á todos sus hermanos, las Hijas é Hijos de la caridad han dado á la pobreza

y á la miseria una consagración celestial; han ennoblecido la pobreza y han elevado al pobre á la dignidad de hermano primogénito de Jesucristo (1).

La Iglesia católica es la gran Iglesia de Jesucristo en todo su esplendor

Tal es la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. Una como Dios, como la verdad de Dios, como Jesucristo, en quien sólo se encuentra la salvación, la vida, la resurrección; una é invariable en medio del movimiento y de las vicisitudes del tiempo, como el mismo Dios, que ni cambia ni pasa. Es santa como Dios, es santa en el cielo, como Jesucristo, que la ha santificado en la verdad; como el Espíritu Santo, que ha descendido sobre ella con sus dones, y que no se ha separado de ella; santa á pesar de las faltas, defectos y pecados de muchos de sus miembros, que la contristan; á pesar de los escándalos que deplora y á los que resiste con la fuerza de Jesucristo, que vive en ella, y cuya presencia es para ella, no obstante las debilidades humanas, una fuente inagotable de santidad y rejuvenecimiento.

Ella es católica como Dios, que quiere la salvación de todos los hombres; como el Cristo que es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y que ha muerto para todos; ella habla todas las lenguas, habita entre todas las

1—Meditad seriamente que si los honores del siglo os elevan por encima de los pobres, el carácter de Jesucristo, que ellos tienen el honor de llevar, les eleva por encima de vosotros. Honrad, sirviéndoles, la misteriosa conducta de la Divina Providencia, que les dá los primeros puestos en la Iglesia, con tal prerogativa que los ricos no son admitidos más que para servirlos.» Bossuet, «Sermón sobre la eminente dignidad de los pobres.»

naciones, y es poderosa bajo todas las latitudes. Es apostólica, porque el Señor la ha enviado cuando envió á sus Apóstoles, y porque al fundar la Iglesia de la antigua alianza, la prefiguró y fundó anticipadamente. Ella, por consiguiente, es verdaderamente la Iglesia de nuestros padres y de nuestros abuelos, y su historia se remonta tan allá en el pasado, como la revelación de Dios en el mundo.

Sí; todo lo que el mundo ha poseido siempre de la verdad divina, desde el principio hasta nosotros, y todo lo que aún se encuentra de verdad y de virtud en las diferentes sectas, se conserva por la dulce y poderosa influencia de la Iglesia.

«Nosotros, que estamos fuera del edificio, dice Marheinake, y que no hemos penetrado en él más que como historiadores, para contemplar su poderosa arquitectura desde los cimientos hasta los caballetes de los tejados, y para examinar todas sus articulaciones y detalles, confesamos no haber visto jamás un monumento doctrinal ya en filosofía, ya en las ciencias, que descanse sobre una base tan sólidamente asentada, cuya estructura muestre tanto arte, lógica y genio, que esté tan bien terminado hasta en sus menores detalles, y en el que el espíritu humano (?) haya desplegado hasta tal punto su fuerza y capacidad.»

«Yo no sé, dice Lessing, que exista nada en el mundo en donde se haya ejercitado y mostrado tanto la penetración del hombre, como en el antiguo sistema religioso. No es más que un remiendo de galopines y semifilósofos, lo que se ha querido que sustituya á la antigua religión.»

Como, léjos de encerrarse en un orgulloso desden hácia el mundo, la Iglesia, por el contrario, conoce que su misión es someterse y penetrarse de su espíritu, admite todo lo que es propio de la verdadera naturaleza humana, para consagrarlo, ennoblecerlo y santificarlo.

No ha puesto la naturaleza una idea en el espíritu del hombre, un deseo en su corazón, una aspiración en su alma, á los que la Iglesia no haya señalado su fin propio y no haya asegurado su desarrollo, su ejercicio y su objeto legítimo. El genio encuentra allí espacio para desplegar sus alas y tender su vuelo hacia la verdad; el alma piadosa y tranquila que se contenta con amar en la paz y el silencio, encuentra también allí con qué satisfacerse. El hombre de mundo como el monje, el sabio como el artista, el rey como el humilde artesano, para todos tiene la Iglesia un puesto en su banquete; ella ama la vida activa, sin rechazar la vida contemplativa; todo lo conserva y perfecciona, y no deja que nada degenere.

Pero precisamente porque es la verdadera Iglesia y la depósitaria de la verdad, es y debe ser el blanco de las hostilidades de todos los que son extraños á la verdad, ó que no han conservado más que fragmentos de ella. Aquellos para quienes la fe es el todo y la razón nada, la acusan de racionalismo, porque reconoce á la razón sus derechos ántes, con y después de la fe; mientras que otros la declaran enemiga de la razón, porque sostiene el carácter sobrenatural de los misterios que están por encima de la razón.

Porque atribuye á la gracia del Redentor todo el bien de que el hombre es capaz, la acusan

algunos de enervar la fuerza moral, y otros la tachan de pelagianismo, porque enseña que la salvación, que es obra de Dios, se realiza, sin embargo, bajo la condición del libre concurso del hombre. Porque no rehusa su autorización á la vida interior, á la tranquila contemplación, á un estado de vida más conforme con la perfección evangèlica, hay quienes la acusan de favorecer el misticismo, el fanatismo y la inercia (1), y porque prescribe á la vida cristiana leyes, reglas y principios determinados, afirman otros que degenera en un formalismo muerto, en una regularidad puramente exterior y vacía.

No tolera que el Cristo y su ley se adapten á los caprichos de los poderosos, á las opiniones del día, á las pasiones de los hombres, y por eso se la acusa de ser tenaz y de no saber conformarse con los tiempos. No quita jamás todo consuelo; permite, aùn al mayor pecador, si se arrepiente, esperar su perdón, y por eso se la acusa de relajación y excesiva tolerancia. Como, sabiendo que es católica, trata de abrazar todos los reinos y de penetrar en todas las situaciones y en todos los estados de la vida humana, ella, que es la sal de la tierra y cuya misión es preservarlo todo de la corrupción, pasa por amar la dominación y ser enemiga del Estado.

Por otra parte, como continúa la predicación del Apóstol y dice: «Temed á Dios, honrad al gobernante, como condena la violencia y la violación del derecho, es acusada también de servilismo. Si admite el desarrollo y el progreso, entonces el cisma griego, desde el seno de su inmo-

1—El protestantismo desconoce la vida perfecta, y de aquí resulta el que ó la condena extinguiendo de este modo en muchas almas el atractivo del reposo en Dios, ó hace de ella una regla general y cae de este modo en el fanatismo y en el misticismo como los quákeros.

vilidad petrificada, dice que los fundamentos de la fe han sido destruídos; y si sostiene las bases inquebrantables de la fe contra la variabilidad del protestantismo, clama entonces éste contra su estacionamiento.

¿Qué prueban todas estas acusaciones contradictorias? Nada, sino que la Iglesia está por encima de todas estas contrariedades y que es la conciliación viviente en el seno de la verdad eterna.

Y ¿qué diremos de ese diluvio de *libelos infamatorios* contra la Iglesia y sus instituciones? Qué Dios perdone á sus infames autores; y en cambio les pedimos mediten estas notables y conocidas palabras, tomadas del célebre escritor protestante Macaulay:

« No hay ni ha habido jamás sobre la tierra una obra tan digna de atención y examen como la Iglesia católica romana. La historia de esta Iglesia forma el lazo de unión entre los dos grandes períodos de la civilización, la antigüedad y la edad moderna. La Europa no posee otra institución más que esta que nos haga remontar con ella hasta los tiempos en que se elevaba en el Panteón el humo de los sacrificios ofrecidos á los ídolos, y en que las girafas y los tigres saltaban en el Coliseo. Las más orgullosas dinastías reales son de ayer, si se las compara con la dinastía de los pontífices romanos. Si queremos seguir esta sucesión de papas, nos llevará sin interrupción desde el papa que coronó á Napoleón en el siglo XIX, hasta el que consagró á Pipino en el siglo VIII, y la gran dinastía apostólica se extiende aún mucho más allá que la de Pipino. La república de Venecia, que en antigüedad seguía inmediatamente al papado,

era moderna relativamente á él; la república de Venecia no existe y el papado existe; pero no en el estado de decadencia y de ruina, sino, por el contrario, lleno de vida y de grandeza, en tanto que todos los Estados de aquella edad han desaparecido en el polvo hace mucho tiempo.

«La Iglesia católica envía aún sus misioneros á todos los países de la tierra, con el mismo celo con que envió en otro tiempo á los que con Agustín llegaron á Inglaterra á las costas del condado de Kent, y se presenta siempre ante los reyes enemigos con la misma entereza con que León se presentó delante de Atila. El número de sus adeptos es hoy más considerable que lo fué jamás. Sus recientes conquistas han compensado con largueza sus pérdidas pasadas. Desde el Missouri hasta el cabo de Hornos, su soberanía espiritual se extiende sobre inmensas regiones, que ántes de un siglo tendrán más habitantes que los que tiene Europa.

«No vemos aparecer signo alguno que anuncie que se acerca el fin de su larga dominación. Ella ha visto nacer á todos los gobiernos y á todas las comuniones eclesiásticas que hoy existen, y no nos atreveríamos á afirmar que no esté destinada á verlos morir.

«En verdad que esta Iglesia es la obra maestra de la sabiduría humana. En el siglo XVII, el papado se ha visto de tal modo humillado, que en el año 1799, especialmente, los más perspicaces observadores de las cosas humanas creyeron que había llegado la última hora de la Iglesia romana. Aún no habían terminado los funerales de Pio VI, cuando ya se había operado una inmensa reacción que desde hace más de medio siglo no ha cesado de ir creciendo sin

cesar. Los días de la anarquía habían pasado. Salió del cáos un nuevo órden de cosas con nuevas dinastías, nuevas leyes y nuevos códigos. En medio de todo esto, la vieja religión celebraba la fiesta de su renacimiento.

«Se dice en una leyenda árabe, que la gran pirámide de Gizech fué construída por reyes antidiluvianos, y que es la única obra de los hombres que ha resistido al furor de las olas. Esta es la imágen del papado. Había sido cubierto por la gran inundación; pero habiendo permanecido firmes sus cimientos, cuando las olas se han retirado ha reaparecido sola en pié, en medio de las ruínas de un mundo que había perecido.

«Ya no existen la república de Holanda, ni el Sacro imperio germánico; el gran consejo de Venecia, la antigua liga Helvética, la casa de Borbón; los parlamentos con la nobleza de Francia no existen ya tampoco, pero la imperecedera Iglesia romana existe siempre.»

NOTAS ADICIONALES

I

El profesor Leo se expresa así sobre la manera con que los polemistas protestantes desfiguran á la Iglesia católica:

« Mi adversario habla de una Iglesia católica romana, en la que la autoridad del papa pesa más que la autoridad de Jesucristo, mientras que yo no conozco más que una, en la que la autoridad del papa tiene por único fin servir la luz de Cristo. Habla de una Iglesia católica romana, en la que se prosternan ante las imágenes, y no ante el único Médico, mientras que yo no conozco más que una, en la que se venera en todos los santos la cruz de Jesucristo que han llevado con valor y paciencia por la salvación de los cristianos y para la mayor gloria de la Iglesia. Habla de una Iglesia católica romana, en la que se prefiere librarse de los pecados por medios humanos, mejor que por la sangre de Jesucristo, con verdadera penitencia del corazón, mientras que yo sólo conozco una que exige la confesión como testimonio de una verdadera penitencia; pero que considera inútil todo medio exterior, si no está acompañado de la fe y de la caridad... Cuando mi adversario cree ó finge creer que la Iglesia romana no quiere oir hablar del Evangelio, se engaña por completo; por el contrario, la Iglesia está convencida, *bona fide*, de la perfecta conformidad de su doctrina con el Evangelio... La Iglesia católica romana que yo conozco es completamente distinta de la que mi adversario se figura.»

II

«El sistema protestante, dice Lotze, (1) quita á la Iglesia el carácter de catolicidad, y la priva de su importancia universal. Debilitada de este modo, la Iglesia no ha podido menos de confundirse con el Estado, y esto la ha hecho perder mucho á los ojos de los pueblos. Establecida con un jefe único, con una enseñanza invariable y sólidamente conservada con la uniformidad de sus cultos y de sus ritos, la Iglesia católica domina á todas las naciones á pesar de su diversidad, y se muestra á sus miembros como una grande organización con existencia propia é independiente. Si el cristianismo protestante hubiese podido conservar igual unidad de símbolo, de culto divino y de legislación eclesiástica, si hubiese evitado su división en tantas iglesias nacionales y particulares, no hubiese causado tan grave perjuicio al sentimiento religioso, hoy casi extinguido en él. Pero el protestantismo jamàs ha poseído esta unidad, y por eso ha pasado á ser juguete de los príncipes y de los políticos. Esta falta de unidad doctrinal, el sentimiento que los fieles tienen al verse entregados á merced de las opiniones individuales de tal ó cual pastor, la vista de los cambios introducidos en la fe al antojo de la política, todo esto hace que la Iglesia sea considerada como un mero instrumento en manos del Estado, y la quita toda su autoridad sobre las almas. En este caso la Iglesia es el Estado, y éste no tiene imperio alguno sobre las almas.»

1—Microcosmo, III, p. 377.

La misma confesión hace Schenkel cuando dice:

«¡Cuánto mejor y más bella es la situación de la Iglesia católica romana! Jamás ha sido considerada como un instrumento del reino y de la administración en poder de los gobernantes. Su existencia independiente aleja de ella toda sospecha de esta especie; jamás, por otra parte, ha descendido á una indigna servidumbre.

En cuanto á la Iglesia protestante, desgraciadamente se ha mostrado con frecuencia favorable al despotismo de los príncipes, y no se ha avergonzado de ir á buscar en la Biblia modelos de despotismo. Ocupada exclusivamente en inculcar á los súbditos sus deberes de sumisión á los príncipes, la cátedra protestante jamás ha pensado en hablar á los príncipes de sus deberes para con sus súbditos. ¿Qué debe pensar el pueblo al ver que sus pastores nunca se encuentran bajo la palabra de la libertad popular, y están constantemente al lado del poder político?»

Misiones católicas y protestantes

«¡Qué notable contraste, dice C. de Gœrtz, (1) ofrece el misionero protestante comparado con el sacerdote católico! Mientras que el uno vive á su placer en el seno de una familia, con caballos y carruajes para su servicio y con todo lo que puede hacerle cómodos y hasta agradables los trabajos del Apostolado, el ótro, no satisfecho con las privaciones que por sí mismo le

1—Viaje alrededor del mundo. Como Marschall ha tratado con extensión este asunto que nos ocupa en su precioso libro de las Misiones protestantes, nos contentaremos con indicar aquí algunos hechos no referidos en esta obra y tomarles especialmente de fuentes alemanas.

impone su estado, renuncia voluntariamente á todos los placeres de la vida, y á todo lo que la hace cómoda y segura para penetrar valerosamente hasta el corazón de las regiones paganas, casi sin otra perspectiva que la corona del martirio. Hay en esto un fenómeno que es preciso estar ciego para no verle.»

Werner (1) halló en Chefú cinco misioneros americanos casados. A consecuencia de la guerra civil que asolaba su país, no se les había pagado con regularidad su asignación (seis mil francos por cada hijo que les nacía). Entonces vendieron su casa de misión de Shanghay, y con el capital realizado de este modo, hacían por su propia cuenta un negocio lucrativo.

Como uno de los misioneros de Nueva Zelanda, que todos son ricos, y de los que algunos poseen inmensas fortunas, exhórtase á la paciencia á un jefe de tribu, éste le respondió: «Mientras nosotros miramos al cielo y oramos, vosotros miráis hácia la tierra y nos arrebatáis nuestros bienes.»

En vista de tal estado de cosas no es extraño que Delitzsch (2) haya hecho esta confesión: «Las conquistas del protestantismo en las Indias Orientales, no son nada si se las compara con las de la Iglesia católica romana.»

Por su parte el superintendente general Hoffman (3), no teme pronunciar estas palabras: «Se diría que en el dominio de las misiones, lo mismo que en la historia de Europa, la Iglesia católica está destinada, por su ardiente proseli-

1—Expedición prusiana á la China, al Japón y á Siam de 1860 á 1862, II p. 199.
2—Simeon, Schaffhouse, II, p. 177.
3—Magasin des missions de Bâles.

tismo y por su unión compacta á vencer la resistencia que los pueblos salvajes presentan al Evangelio y á abrir el camino á la predicación de la palabra pura de Dios.»

«La posición de un misionero protestante en Turquía, decía un corresponsal de la *Gaceta general de Ausburgo* del 7 de Noviembre de 1862, dista mucho de ser tan penosa como se figuran tantas piadosas señoras. Más de un pastor de aldea, tan estudioso como mal retribuido, vería con envidia á su compañero de misiones que percibe dos ó tres mil dollars de asignación, vive en la mejor casa de la ciudad, se sienta á una mesa delicadamente servida y posee un corral lleno de pavos y capones.

«Los apóstoles de la sociedad inglesa de las misiones son tratados mejor aún. No os podéis formar una idea de la buena vida que tienen. Sus dotaciones llegan á mil libras esterlinas; no se privan de ninguno de los placeres de la vida; van á caza; beben los mejores vinos; en una palabra, nadan en la abundancia de todos los bienes y placeres terrenales, trabajan poco y sólo para ellos.

«Dos de estos señores, israelitas convertidos, durante diez años de apostolado en la ciudad de Bagdag, que tiene veinte mil hijos de Jacob, y seis mil cristianos orientales, habían ganado un alma para la Iglesia evangélica, una sola, un judío criado suyo. Los misioneros, con el vaso de Sherry en la mano, no cesan de quejarse de la dureza del pueblo, afirmando que el tiempo de las predicaciones al aire libre y en las calles ha pasado ya, y que si alguno desea hacerse protestante, conviene que vaya desde luego á ofrecerle sus homenajes. Para un misionero, la

condición importante es que sea casado. Si su mujer se muere, es preciso volverse á casar sin dilación... Los misioneros americanos obtienen de la sociedad un ajuar y un menaje completo, sin contar muchos útiles regalados, á veces tan considerables, que se ha visto á un M. Parson hacer su entrada en Siwas con cincuenta y dos mulos bien cargados.»

¿No será esta una de las razones por qué el protestantismo ódia tanto el celibato católico?

La dotación de un misionero inglés en la India es de siete á doce mil francos; (1) mientras la de un obispo católico es de 1.200!

Ida Pleiffer (2) escribe desde Celebes:

«La vida de los misioneros holandeses, tal como yo la he visto aquí, me satisface más que la de los misioneros americanos é ingleses de las Indias, la China y la Persia... No viven con el lujo y opulencia que los misioneros ingleses y americanos. ¿Cuánto no cuestan á la caja de las misiones los incesantes viajes de las mujeres é hijos de los misioneros?

El Magasin des Missions, dice:

«¿Cuál sería la suerte de Inglaterra en el caso de una ruptura con la América, si antes no hubiese hallado otro mercado para comprar los algodones que necesita? Estas consideraciones son las que han hecho conocer, no sólo á los fabricantes y capitalistas de Inglaterra, sino también á sus hombres de Estado, la urgente necesidad de buscar en Africa lo que sólo la América ha dado hasta ahora, el indispensable algodón. Este es el motivo por qué el gobierno de la Gran Bretaña ha dado tanto impulso y fomento

1—Report fort the Committee *of The prop.*
2—Mi segundo viaje en derredor del mundo.

á las misiones en el Yoruba y á los viajes de Livingstone.»

Los miembros de la expedición prusiana á la China, se han visto precisados á reconocer el éxito de las misiones católicas, á la vez que la pobreza de los resultados obtenidos por las misiones protestantes.

Y he aquí una de las razones; el personal de las misiones protestantes se compone en gran parte de mozos caldereros ó cocineros, á quienes faltan los primeros elementos de la educación y de la cultura intelectual, (1) de zapateros de viejo ó de sastres inspirados que se han dedicado al oficio de predicadores evangélicos, porque no servían ó eran demasiado holgazanes para ofrecer cualquiera otro. (2)

«Zapateros y sastres que han dejado la lezna y la aguja en Europa, predican á su manera el Evangelio en Africa á los hijos de Can.» (3)

«Los misioneros católicos, dice Gœrtz (4) haciendo por completo el sacrificio de su persona, penetran hasta el corazón de las regiones paganas, se asimilan con el pueblo al que quieren evangelizar, y trabajan para formar un nucleo de conversión. Cuando yo veía por otra parte algún misionero evangélico instalado cómodamente con mujer é hijos, con casa elegante, caballos y carruaje, en las inmediaciones de una colonia europea, me avergonzaba.»

Y es del protestantismo que sale la eterna calumnia de que los ministros católicos solo trabajan por dinero.

Bower confiesa que la posición brillante de

1—Schweizer, El Oriente, 2.ª edición, p. 65.
2—Kretschmar, Africa meridional, etc. p. 289.
3—Meier, Viaje al Sur del Africa, p. 289.
4—Op. cit., II, p. 243, 46.

los misioneros protestantes los aleja demasiado del pueblo para que puedan ejercer sobre él influencia alguna. Graul (1) cree que se podría disminuir en la mitad de su bienestar material, sin perjudicar á sus trabajos apostólicos.

El *Madras Times* dice:

«Nos encontramos con que la iglesia católica hace inmensos progresos entre los paganos. Si buscamos la causa de ello, vemos que los sacerdotes católicos son generalmente hombres dotados de gran energía y penetrados de una ardiente convicción; por eso hacen conversiones tan numerosas y duraderas. Estos sacerdotes abandonan pocas veces sus misiones para ir á las ciudades próximas, y sus nombres no figuran ordinariamente en la lista de los pasajeros que vuelven á su patria.»

El *Glasgow Daily Herald* inserta una carta escrita desde Pekín por un protestante. Dice así:

« Yo lo aseguro: querer propagar la religión protestante evangélica en la China es intentar un imposible. Cada una de las cuatro iglesias de los jesuitas en Pekin posee más convertidos católicos que convertidos protestantes hay en toda la China. La primera razón de nuestro mal éxito es la incapacidad de la mayor parte de los enviados como misioneros, y la segunda, el detestable sistema que siguen para trabajar.

« Se ha esperado mucho de las biblias traducidas en mal chino, y de los trataditos distribuidos con profusión entre el pueblo. La distribución de los libritos es para los misioneros un modo cómodo de hacer su trabajo cuotidiano, y la propagación de la Biblia no es, segun la opi-

1—Graul, Viaje á las Indias orientales. III, página 160.

nión de cuantas personas instruidas he hallado, ni más ni ménos que una farsa.

El famoso Gützlaff, misionero en la China, á la vez que agente británico, dejó á su mujer cerca de diez y ocho mil libras esterlinas. (1) C. Vogel ha hecho notables revelaciones relativas á sí mismo y á todas las misiones protestantes de la China.» «El misionero, dice *La Prensa Libre* (Londres), se ha confundido de tal modo en estos últimos tiempos con el comerciante, que los habitantes de los países en que se establece, deben dudar si son nuestras biblias ó nuestros tejidos, nuestro cristianismo ó nuestro algodón, lo que forma el objeto principal de nuestra importación.»

Sobre el éxito de los misioneros protestantes en las islas Sandwich, de donde los católicos han sido arrojados por la violencia, el diario protestante *El Westland* escribe lo siguiente:

«Los que se glorian de llevarles la doctrina de la caridad les han robado, con pretexto de hacerles practicar los preceptos del cristianismo. De aquí procede el que las islas Sandwich no sean en la actualidad más que horribles guaridas de ladrones, y que se las pueda comparar con una casa de prostitución...

«La predicación del Evangelio no es en verdad la causa de esto, pero basta observar la conducta de los misioneros para penetrar el secreto de este triste estado de cosas.

«Varios misioneros tuvieron que ser enviados á su país por su conducta escandalosa.»

«Las gentes de color, dice el médico Kretzschmar (2), se vienen cerca de las estaciones

1—Profes., Nouman en la Gaceta General.
2—El Sur del Africa, Reseña.

para vivir más cómodamente, y se hacen cristianas para entregarse sin reparo á su incorregible inclinación á la pereza. Después de quince años de permanencia en la colonia no he podido observar la menor mejora moral entre las gentes de color, ni en su estado social. Antes eran perezosos y ladrones, pero hoy son además insolentes é hipócritas.»

Referia lord Ellenborough que un misionero americano de las Indias le habia confesado con franqueza que no hacian prosélito alguno á menos que con el cristianismo le proporcionasen una posición cualquiera.

« Preguntaba, dice Rodt (1), á un hombre porque se habia hecho cristiano, y me respondió sin dudar—por dinero.—¿Cuántos se han hecho cristianos?—Tanto en esta aldea como en las inmediatas unas cien familias. Habiéndole vuelto á preguntar hasta dos y tres veces: ¿por qué os habéis hecho cristianos? Obtuve siempre la misma respuesta.... ¿Y vos, pregunté á otro, por qué os habéis hecho cristiano? Y respondió: porque otros también se han hecho. »

Rodt concluye por hacer esta desesperada confesión: « Jamás esperé que pudiese convertirse una cuarta parte de mis oyentes, ni pensé que pudiese ganar uno siquiera de cada diez. Contaba con que uno, dos ó tres al menos de los que me habian escuchado, abrazarian el cristianismo, pero me he engañado. »

« La primera misión enviada á Nueva Zelanda, dice Lang, (2) dean de la Iglesia escocesa en Nueva Gales del Sur, fué arrojada de allí por

1—Vide de R. de Rodt por el Dr. C. W. Buterwech. Elberfeld.
2—Véase Du Petit-Thoua.s, Viaje en derredor del mundo.

adulterio, y la segunda por embriaguez y otros crímenes más graves. Los mejores y vastos dominios de Nueva Zelanda pertenecen á los misioneros y á sus hijos, y los desgraciados indígenas son engañados y robados por hombres que debían ser sus protectores naturales.»

« Todo cuanto se ve en una rica alquería ó en una buena especiería inglesa, dice A. Carlé. (1) pastor protestante, se presentó de repente á nuestra vista. Los niños de sonrosadas mejillas, salían de todos los rincones y la robustez de sus padres, demostraban hasta la evidencia que la vida del misionero evangélico no tiene nada de penosa. He visitado también muchas misiones católico-romanas y debo confesar, que en ellas se sigue un règimen distinto que en las misiones evangelicas. Los misioneros católicos están llenos de caridad y bondad para con los salvajes, y son honestos y caritativos para con sus hermanos de Europa. Han hecho entrar en el seno de su Iglesia á casi toda la población indiana, en tanto que los misioneros anglicanos, á pesar de sus inmensos recursos y de la protección de la metrópoli, no convierten á nadie.» (2)

El mismo resultado han obtenido en Nueva Holanda.

« Los papistas alcanzarán necesariamente la victoria», dice un misionero protestante. Y se consuela diciendo: « Pero es preciso que las naciones hayan sido antes oprimidas por el yugo de hierro del papismo, (expresión sectaria), para que lleguen á gustar la libertad del Evangelio.»

« La historia de las misiones alemanas, dice

1—Véase Rœhr, Biblioteca de los predicadores.
2—Calver Missionsblatt.

Nippold, (1) con motivo de las revelaciones de Langham, en las que un partido infautado por el amor propio, se gloriaba de hallar un medio de propagarse y organizarse, sin que haya logrado otra cosa que mostrar su impotencia, ha terminado moralmente. Los misioneros protestantes no pueden hacer nada para la propagación del cristianismo entre los paganos. »

Declaraciones del Comisario Wissmann

Desde el regreso en 1890 del Comisario en el Africa Oriental señor von Wissmann, se entabló una polémica en la prensa sobre la actividad y eficacia de las misiones católicas y protestantes en aquella parte del mundo. El señor von Wissmann ha tenido ocasión bastante para conocer en el Africa los resultados de las misiones cristianas. Al volver á Alemania, declaró abiertamente, á pesar de su cualidad de protestante, que entre los negros sólo los misioneros católicos alcanzaban resultados beneficiosos y útiles, y que los protestantes se quedaban sin influencia entre aquellos naturales y sin hacer prosélitos. Estas declaraciones hechas por un hombre de merecida fama y respetado por todos, atrajeron la atención de los protestantes y también su cólera, máxime cuando el amigo y compañero del señor von Wissmann, el comandante Liebert, también protestante, en un discurso que pronunció en el *Reichstag* sobre colonias africanas de Alemania, y sobre las mi-

1—Manual de historia eclesiástica moderna.

siones que él mismo había visto por sus propios ojos, se expresó en los siguientes términos:

«La misión protestante alemana del Africa Oriental no ha podido tocar aún resultado alguno. Ha trabajado mucho en varios puntos, mas hasta ahora inútilmente. La misión católica trabaja en aquellos países desde hace veinticinco años, y á la verdad se llevan allí la palma los *Fréres Algeriens* en el interior y los Hermanos de la Congregación del Espíritu Santo en las costas. Estos Hermanos son alemanes en su mayoría. He tratado mucho con los misioneros, y con los mismos Hermanos, y tengo la impresión más favorable de su propaganda, muy particularmente de la que lleva á cabo la Casa-Misión de Bagamoyo, que es un instituto modelo sin duda de ninguna clase. He visto allí á cien muchachos y á cien niñas negras, que se ocupan en trabajar y que reciben educación cristiana. Los misioneros los dirigen muy sábiamente, puesto que no sacan al negro de su nivel, sino que cuidan sólo de educarle, haciéndole apto para el trabajo, bajo moderadas proporciones, de manera que todo responde á su peculiar manera de vivir y al provecho general de todos.

Esta Casa-Misión ha arreglado últimamente una especie de jardín ó huerto en el que se cultivan los productos tropicales como el tabaco, el algodón, el cacao, la vainilla, el indigo, etc., demostrándose allá lo que podría dar la tierra si de este ensayo en pequeño, se pasase á establecer el cultivo de aquellas plantas en grande escala.»

Si las manifestaciones del comandante Liebert incomodaron mucho á los miembros de los Círculos protestantes de Alemania, imagine-

se qué coraje despertarían las declaraciones de Wissmann. Este en una conversación que tuvo con un redactor del periódico *Allgemeinen Zeitung* (Diario universal), en Munich, dijo que las misiones protestantes inglesas y alemanas están desempeñando en el Africa un papel político desautorizado y perjudicial; sus esfuerzos mezclados de intrigas no pueden en modo alguno igualarse con el celo y la constancia de los misioneros católicos, incansables y prontos siempre á sacrificarse en bien de aquellas gentes, los cuales mantienen allí la influencia cristiana, la cultura y la moralidad.

Los misioneros católicos, añadió, son las columnas fundamentales de la civilización en Africa, á pesar de que las misiones protestantes hacen muy penosa su obra y aún la impiden, siendo perdidas las grandes sumas que los protestantes dan todos los años para las misiones, puesto que éstas de ningún provecho sirven y causan además, daño, con la agitación política que promueven. Bajo tales circunstancias, claro es que las misiones católicas, han de producir mejores resultados para la cristiandad, que las misiones protestantes.

El *Reichsbote* (Mensajero del Imperio), órgano de los pastores protestantes ortodoxos, impresionado por el juicio recto y duro del militar conocedor del Africa, añadió noblemente á sus declaraciones, sin duda á despecho suyo, lo que le había comunicado un miembro del Estado Mayor General de Wissmann, quien le corroboró que las misiones católicas gozan de mayor influjo entre los negros que las protestantes, porque su propaganda es mejor comprendida, se amoldan á los sentimientos y costumbres de

los idólatras, y en los actos del culto se dirigen á su vista y á su oído, mientras que los protestantes han de valerse exclusivamente de la palabra en la predicación y en la enseñanza.

Tales son los juicios que tres distintas personas, decididamente protestantes las tres, muy conocedoras del Africa, han formulado sobre las misiones establecidas en aquellas partes del mundo.

II

Las palabras de las Sagradas Escrituras, «por sus frutos serán conocidos,» deben tenerse presentes al juzgar á los misioneros.

Fiel á la misión que le dió el Salvador, de anunciar el Evangelio á todos los pueblos, la Iglesia católica en todos los siglos ha enviado sus apóstoles á todas las partes del mundo, para que enseñasen á las gentes sumidas en las tinieblas del paganismo, la luz de la verdad cristiana. Los triunfos que ha obtenido los proclama con elocuencia la historia de la misma Iglesia.

El Sr. von Wissmann dirigió además al *Post* los siguientes párrafos: «La misión católica merece el primer puesto antes de la protestante, el cual ha ganado por el largo tiempo que lleva de existencia, por sus grandes éxitos y por su conducta.

«La disciplina de la Iglesia católica es para mí el factor principal de los triunfos que ha alcanzado en aquellas regiones. La circunstancia de que los misioneros católicos sean enviados á propagar el Evangelio por toda su vida, hasta que ésta acabe con la muerte, siendo rarísimos los casos de regreso á la patria por enfermedad

y el hecho de su celibato y de que el culto de la Iglesia romana impresione más vivamente á los salvajes que las desnudas formas de la religión protestante, son otros tantos fundamentos que explican los grandes resultados obtenidos por las misiones católicas.

«Quien conozca el Africa ó cualquier otra comarca salvaje, convendrá conmigo en que no ha de esperarse de aquellas gentes, en tan bajo nivel de cultura, una cabal inteligencia de la religión cristiana, y que el camino atinado que han de seguir los misioneros es mejorarles en su condición general y por semejante senda conducirles al conocimiento de la religión. Tales derroteros han tomado los misioneros católicos, mientras que los protestantes para elevar el grado de cultura de aquellos naturales han sentado el principio contrario.

« Otro punto de la mayor importancia en las misiones romanas se halla en la trata de esclavos. Es en primer lugar una obra buena y civilizadora la de impedir que sean arrancados de sus casas y de sus padres niños desvalidos, y que después las misiones cuiden de formar, de educar estos débiles séres para que puedan ser útiles al mundo.

« No conozco ninguna misión protestante en el Africa Oriental que posea elementos apropiados para realizar esta obra, la que ni siquiera ha dado resultados en aquellas que dan dinero á los padres para que les confíen y les den á sus hijos. No he puesto dificultad ni impedimento alguno á los misioneros protestantes en su camino, antes por el contrario, les he procurado todo el apoyo que podía darles, según lo justifican las cartas de gratitud que he recibido

de misioneros ingleses y alemanes. Entiendo, empero, que estas misiones han de adoptar una línea de conducta más acertada, y de buena gana quisiera que fuesen mejor invertidas las considerables sumas que se destinan á las misiones inglesas, que en verdad no se hallan en proporción con los resultados que en ellas se obtienen, todo lo cual sostengo aquí y sostendré en cualquiera otra parte. »

La superioridad y la mejor conducta de las misiones católicas las ha hecho públicas el señor von Wissmann; pero solo desde un punto de vista histórico externo juzgó el importantísimo extremo de la eficacia de las misiones católicas, que declara igualmente hallarse relacionado con la disciplina y el culto de la Iglesia verdadera. Si el mayor von Wissmann hubiese conocido la vida interna de la Iglesia católica, habría visto lo que en sus órdenes significan, lo que en ellas valen y lo que en ellas pueden los votos de castidad, de pobreza y de obediencia; habria comprendido aun mejor la obra de las misiones y también mucho mejor se hubiera explicado el porqué las misiones protestantes alcanzan resultados muy inferiores á los que logran los sacerdotes y religiosos católicos.

Por fin, he aquí un paralelo curioso y admirable:

San Francisco Javier, apóstol de las Indias y del Japón, recorrió en diez años más de 33,000 leguas y bautizó á 1.200,000 infieles.

El P. Francisco Lainez, convirtió en las Indias 50.000 idólatras y el P. Nóbili 100.000.

El P. Sanvitores, en las islas Marianas, conquistó para Cristo más de 50.000.

San Luis Beltrán bautizó á 100.000 indios en lo que es hoy República de Colombia.

San Francisco Solano en un solo día convirtió á 9.000 salvajes del Perú.

San Pedro Claver, apóstol de los negros, de quienes se hizo esclavo voluntario, convirtió á 400.000 de estos infelices.

El Padre Mendoza convirtió á 95 mil indios.

El Padre Boraza hizo cristianos á 110.000 caníbales ó comedores de carne humana.

El Padre Vieira civilizó y redujo á poblaciones á 100.000 indios del Amazonas.

Fr. Toribio de Motolinia (nombre que en nahuatl significa pobreza y que le pusieron los indios en atención á la suma pobreza que observaba), abrió las puertas del cielo á 400.000 indios mejicanos.

. . . . . .

«En China, segun datos que acaba de publicar un diario protestante inglés, en una estadística que hace, 200 misioneros protestantes lograron convertir en 50 años á *cinco individuos*.

En Armenia, con treinta años de trabajo y millón y medio de dollars de gastos, lograron medio convertir á *dos*.

En Jerusalem convirtieron otros *dos* en cincuenta años.

En Bengala, empero, hicieron prodigios los *misioneros* protestantes, pues en un año conquistaron *sesenta y seis* adeptos, pero ese mismo año y allí mismo se les desertaron *sesenta y cinco* convertidos.»

Esto es hasta ridículo ante las conquistas de los misioneros católicos.

En cuanto á las misiones protestantes en los países católicos, no se proponen otra cosa, según

declaración del metodista episcopal Mac-Cave, sino reclutar á los católicos que no cumplen con su deber, esto es, como dice él mismo, los católicos que no se confiesan, ni oyen misa, etc.

Por lo demás, y bajo la responsabilidad de su autor, transcribimos las palabras del célebre anglicano Lord Fitz William, Lettres D'Atticus, III. «El pasar de la Iglesia católica á una secta se verifica con *mucha frecuencia* por el camino de los vicios; pero el paso de una secta á la Iglesia tiene lugar *siempre* por el camino de las virtudes.» Por eso observaba otro lord protestante que las pérdidas de la Iglesia son para ella una *purificación;* por eso no las lamenta, aunque se compadezca de su suerte.

III

Controversia Apologética

SUMARIO—El Pontificado ante la historia—Los crímenes de los Borgia—La fábula de la Papisa Juana—Prejuicios y calumnias protestantes contra la Iglesia católica—La moralidad de los reformadores protestantes—La tolerancia de religión con una palabra sobre la inquisición—La titulada *Liga de Cristianos* y carácter de su propaganda—El plato de lentejas con ocasión de la prosperidad de la raza sajona—El triunfo permanente de la Iglesia católica.

Notas adicionales: La influencia civilizadora de la Iglesia católica—La propaganda protestante-liberal por medio de folletos calumniosos.

El Pontificado en la historia

Es el Pontificado la institución más odiada y calumniada por el protestantismo, porque es el fundamento indefectible de la Iglesia de Jesucristo; si se les oyera, se creería que es la institución más perjudicial y hasta infame.

Y sin embargo en la *Introducción á la historia del Papado* de Ranke se advierte, que hoy día son precisamente los escritores protestantes los que restauran en la historia el magestuoso edificio de la Iglesia y del Papado, mutilados y desfigurados por historiadores sin conciencia; y á tal punto llega esa restauración imparcial, que cualquier escritor católico que quisiese escribir una acabada y hasta calurosa apología de ambas instituciones, no tendría que hacer más que, una vez vencida la dificultad de escoger entre la multitud de textos, copiar páginas enteras de las historias de Muller, Baumer, Gregorovio, Leo,

Voigt, Hurter y otros de reconocida fama, para salir airosísimo de su empresa, con el sello de la mayor imparcialidad, dejando esas dos divinas creaciones á cubierto de todo ataque racional y serio. »

Así pues, como un ensayo, vamos á trasladar algunos fragmentos sacados, de entre millares que pudieramos citar, de obras de escritores independientes en que se ensalza hasta con entusiasmo al Pontificado y se consignan y ponderan los muchos y admirables beneficios, que así en el orden moral como material, en el social como en el político, les deben los pueblos modernos y la civilización.

Si Macaulay ha declarado en sus *Estudios Históricos* que el Pontificado es la más admirable de las instituciones que han existido, por ser superior á todas las obras políticas, siendo hoy tan grande y venerada como lo ha sido en la antigüedad, y que puede muy bien ver el fin de todas ellas; el *Quarterly Review* hablando de la obra de Ranke ha hecho las siguientes declaraciones, que puede aceptar como propias, con ligeras modificaciones, cualquier escritor católico.

«Hay que rendir, dice, el más sincero homenaje á la más grande de las instituciones, el Papado, que es también la más antigua de todas. Apesar de la uniformidad de miras que presidió durante siglos al gobierno pontificio, y de la rápida sucesión de ancianos sacerdotes (260) que fueron sucesivamente á morir en aquel sagrado trono, ofrece su historia más que la de ningún otro gobierno, interés poderosísimo, inesperadas peripecias y un colorido extraño, debido especialmente á las ideas dominantes en cada siglo.

Admírase el notabilísimo empleo de la fuerza intelectual de que ha hecho uso cada uno de aquellos ancianos, dominando al mundo en los mismos momentos en que se derrumbaba el coloso romano y se sucedían las invasiones de bárbaros indómitos. Este solo hecho bastaría para hacer del Pontificado la institución más benemérita de la civilización de los pueblos...

Pero ¿dónde está el Tito Livio, el Polibio, el Tácito de su historia maravillosa? Quién ha descrito los destinos modernos de Roma pontificia? «La enemistad y el ódio, únicos que se han encargado de escribir esa historia, no han profundizado, ni ilustrado nada.» Y sin embargo, es tan grande y maravillosa esa figura colosal de los siglos, que sola é inerme, en la persona de un anciano, sacerdote y rey, ha luchado por la civilización contra todos los embates de la fuerza bruta, llenando de admiración á la humanidad.

¡Qué hermosa soberanía la que osaron fundar sobre el pensamiento los Inocencios y los Gregorios! Ella pagaba en servicios á la humanidad lo que en independencia le arrebataba (?). Si se imponía á los hombres era para iluminarlos, no para envilecerlos...

Respetadme, someteos, obedeced, decía; en cambio, yo os daré orden, ciencia, unión, fraternidad, organización, progreso, y hasta, en cuanto es posible en determinadas épocas, tranquilidad y paz; y nadie podía dar esas cosas sino ese sacerdote puesto por la Providencia en la ciudad eterna y mantenido por ella contra todos los embates del idólatra, del bárbaro y de las mismas facciones internas para servir de faro y de áncora de salvación...

Nada de miras estrechas, nada de personal, nada de bárbaro en aquella dominación soberana, que ensanchaba los límites del mundo romano, enviando apóstoles, en vez de legiones, á las comarcas más apartadas; mientras oponía una barrera á la invasión del islamismo, contrabalanceaba por medio de un poder intelectual y moral el poder brutal y sanguinario de los cetros de hierro y de las corazas de bronce. Mientras con una mano luchaba con la media luna, ahogaba con la otra los restos del paganismo enérgico del septentrión; y por un prodigio enorme que rayaba en maravilloso, ese sacerdote que se titula Vicario de Jesucristo, reunía en torno de un punto central, lleno de vida, las fuerzas morales é intelectuales del linage humano. Sin él, todo hubiera sido el cáos; y los déspotas de la fuerza bruta coronada, salidos de la barbarie orgullosa y triunfante, que habían derribado el imperio romano, hubiesen postrado para siempre la civilización de los pueblos.

Era despótica (?), pero á la manera del sol que hace girar en torno suyo el globo terrestre. Cuando la barbarie y la ferocidad universal tendían á desorganizarlo todo, ella lo hacía revivir todo. ¿Decís que insultaba las diademas de los reyes y los derechos de las naciones; que ponía su planta sobre la frente de los monarcas, y que nada existía sin su permiso? Enhorabuena; más esa dominación presuntuosa (?) era un beneficio inmenso, pues salvó á la sociedad... La fuerza del espíritu obligaba á inclinarse ante ella á la fuerza bruta. Su triunfo es, en verdad, el más sublime de cuantos ha logrado la inteligencia sobre la materia.» (1)

(1) Ranke, Historia del Papado. Introducción.

Es cuanto queda dicho una elocuente apología del Papado; pero ¿no es verdad que se nota al protestante, á pesar de tener vistas tan elevadas sobre la sublime institución del Pontificado? ¡Qué era despótica, que atropellaba las coronas! Cuando no hacía más que defender con energía á los pueblos oprimidos por soberanos perjuros y despóticos, que no tenían más ley que su voluntad, que la satisfacción de sus vicios y ambiciones!..... Y ¿no parece un sueño ó una visión esa maravillosa personalidad de un sacerdote anciano y débil, hacerse casi siempre superior á todas las dificultades y permanecer inmóbil en medio de continuos embates y tempestades, en perpetua lucha contra la fuerza bruta, vencido y desterrado, pero al fin... siempre triunfante con honor y para gloria de la fuerza moral é intelectual y, por consiguiente, para honra de la civilización?

Si oprimidos muchas veces por las intrigas y las facciones; ¿qué extraño es ver en esa série de más de 250 pontífices, algunos, muy pocos de entre ellos, víctimas de algún defecto ó falta, que en ellos queda exagerada por su dignidad? Pero es indigno que haya escritores de tan estrecho y ruin criterio que pongan en esas exepciones la misión grande, benéfica y gloriosa de los Papas. Siete ú ocho pontífices reprensibles por faltas que fueron mayores en un Alejandro *Magno*, un Carlo *Magno*, un Luis el *Grande*, un Enrique el *Grande*, sin que la posteridad deje de considerarlos *Grandes* á pesar de esos defectos, que han sido menores en los Papas más dignos de represión!

Eso es una injusticia incalificable; porque no hay dinastía que tenga los siglos de duración del Pontificado, ni en la que su inmensa mayoría, por no decir la casi totalidad, han sido irreprensibles y personajes excepcionales en su propia época.

No podrá negarse al Papado la sublimidad y grandeza de la misión que ha desempeñado, y que su triunfo ha sido el más sublime de cuantos ha logrado la inteligencia sobre la materia.

Es raquitismo sectario juzgar al Pontificado por detalles despreciables ante una série de grandes triunfos y beneficios á la humanidad.

II

Pero continuemos apoyando en historiadores notables ó imparciales la vista general que queremos dar acerca del verdadero caracter y de la misión civilizadora del Pontificado. Extractemos desde luego á M. Guizot tomando distintos pasajes de su *Historia de la civilización en Europa*.

«No creo pecar de exageración afirmando que la Iglesia fué la que salvó la civilización. La Iglesia con sus instituciones, sus magistrados, su poder, fué la que se defendió vigorosamente contra la disolución interior del Imperio y contra la barbarie; la que conquistó á los bárbaros; la que fué instrumento, principio y lazo de la civilización entre el mundo romano y el germánico... Fué de una ventaja inmensa la presencia de una influencia, de una fuerza moral en medio del diluvio de la fuerza material que vino á desbordarse sobre la sociedad antigua. A no haber existido la Iglesia católica, dirijida

por el Papado, el mundo entero hubiera sido entregado á la fuerza material... y al mismo tiempo la Iglesia daba principio á lo que debía ser un gran bien para las humanas sociedades, á saber: la separación del poder espiritual del temporal con el Sumo Pontificado universal é independiente.

No pocas veces se ha dado al cuerpo de magistrados eclesiásticos el nombre de casta. Tal denominación es sumamente inexacta, y no puede en manera alguna aplicarse á la Iglesia... El celibato de los sacerdotes ha impedido que el clero lo fuera, convirtiéndolo por vez primera desde toda la antigüedad en una *clase verdaderamente popular*. No solamente no se encuentra el sistema de castas en la Iglesia, sino que, por el contrario, ésta mantuvo constantemente el principio de que los hombres todos, cualesquiera que fuese su origen, pudiesen ser elegidos igualmente para todos sus cargos, para todas sus dignidades... La Iglesia sacaba una fuerza inmensa de su respeto á la legalidad, á los superiores legítimos y á la igualdad social. Era la sociedad más popular, más asequible, aquella cuya puerta estaba más abierta á todos los ingenios, á todas las nobles ambiciones de la humana naturaleza, y más que de sus riquezas sacaba de esta condición popular todo su inmenso poder.

Penetrad en el interior del gobierno eclesiástico, y lo encontraréis obrando de una manera distinta de lo que *parecen* indicar algunos de sus principios. (No se olvide que es un protestante el que habla.) Niega el derecho de examen, pretende negar su libertad á la razón, (ya hemos examinado este principio, que es y hu-

biese sido la disolución del cristianismo), y sin embargo es la libertad la que en ella domina. ¿Cuáles son sino, sus instituciones, sus medios de acción? Los concilios provinciales, nacionales y ecuménicos, una no interrumpida correspondencia, la contínua publicación de cartas y encíclicas, de amonestaciones, de escritos de todo género. Jamás gobierno alguno procedió, tanto como el Pontificio, por la discusión y por la deliberación común.

Mientras el poder temporal era una insoportable tiranía, la Iglesia que se cree infinitamente superior á este poder, era con frecuencia *invitada por los pueblos* á intervenir en su defensa. Cuando el Papa declaraba á algún Soberano desposeído de sus derechos, y desligados á sus súbditos del juramento de fidelidad, esta intervención, sujeta sin duda á graves abusos, era con frecuencia y en determinados casos, *legítima* y *saludable*. En general cuando falta á los hombres la libertad, es la religión la que se encarga de restablecerla.»

Véase sin embargo, como apesar del espíritu sectario del autor, declara legítima y saludable la intervención del Papado en el orden político de la edad media, y por más que apunte la posibilidad de abusos, y ¿en qué obra de hombres no la habría? cierra la boca á los adversarios declarando su alto grado de legitimidad, *pues era invitado por los pueblos á intervenir en su defensa*; y es sabido que la salvación del pueblo es el supremo título de legitimidad. Y sin embargo esto que hizo del Pontificado la salvación de los pueblos y de la civilización y dió el triunfo á la fuerza moral sobre la material, que es el más sublime

y maravilloso, ha servido para denigrar al Papado de parte de escritores vulgares, cuyo ódio sectario les impide ver la grandeza saludable de esa intervención en los destinos de la sociedad humana, que él solo pudo salvar.

Pero añade Mr. Guizot: « la Iglesia obraba á su vez con más eficacia todavia en pró del mejoramiento del orden social. No cabe duda que luchó obstinadamente y con tezón contra los grandes excesos de aquel órden, como por ejemplo, contra la esclavitud..... Que trabajó igualmente para la supresión de una multitud de prácticas bárbaras, para el perfeccionamiento de la legislación criminal y civil. Esforzóse, en suma, por todos los medios que tuvo á mano, en reprimir en la sociedad el recurso á la violencia, las guerras públicas y privadas. Mas, en cuanto á la moralidad privada y pública, la Iglesia ha ejercido sobre la moral de los pueblos la más grande y benéfica influencia, evitando el peligro de las interpretaciones caprichosas por una regla infalible, en la que se fundaba para anatematizar á los infractores, aunque fuesen testas coronadas. En este ramo, la conciencia universal le rinde el más completo homenaje.» (1)

«La Iglesia, dice á su vez Emilio Girardín, es la que ha creado el gobierno representativo y quien ha decretado las dos terceras partes de las leyes civiles de que nos servimos... en una palabra, debemos á la Iglesia católica las dos terceras partes de las instituciones de que tanto nos envanecemos, y la inmensa mayoría de nuestros abogados, tan dispuestos á levantar su voz contra ella, ignora probablemente que deben al

1.—«Historia sobre la civilización de Europa». Passim.

tercer Concilio de Letran (1315) el código de procedimiento civil de que se sirven en el foro. » (1)

Esto dice ese eminente publicista liberal; pero queremos añadir en favor de la Iglesia y el Papado otros dos autores imparciales, Gregorovio y Sismondi, protestante éste y racionalista el primero: «Como concepción ideal, observa el autor de la *Historia de Roma*, el mundo de la edad media fué un sistema cósmico perfecto, cuya armonía, unidad y pensamiento filosófico nos imponen la necesidad de admirarlo y de convenir en que la sociedad no ha sabido hasta ahora sustituir aquel sistema, que ya pasó, una constitución igualmente armónica.

El mundo de los tiempos medios se parecía á una esfera perfecta, cuyos dos opuestos polos ocupaban el Emperador y el Papa. Los principios por los cuales se gobernaba en aquel tiempo la sociedad, habían tomado, por decirlo así, forma corpórea en aquellos dos personages, creaciones históricas (recuérdese que lleva la palabra un racionalista) de perdurable renombre, y que es muy dudoso que vuelvan á existir jamás. Eran como á semejanza de dos demiurgos, de dos espíritus, uno de la luz y otro del poder, puestos en el mundo cada cual dentro de su particular esfera, á fin de impulsar su progreso y gobernarlo; creaciones entrambas del pensamiento civil del cristianismo, jamás extinguido, apesar de las perturbaciones suscitadas contra él por las necesidades terrenas, representando el uno el órden político y el órden religioso el otro. »

1—Es conocida la magistral obra de M. Troplong acerca de los beneficios que en la legislación debe la sociedad moderna á la Iglesia.

Y lejos de servir esta alianza para la opresión de los pueblos, el mismo autor declara que: «las libertades políticas y civiles hallaron en el Pontificado el aliado más fiel y poderoso en la dilatada lucha que tuvieron que sostener con la *prepotencia cesárea*, y le fueron deudores de la victoria, que puso digno remate á aquella lucha, y gracias á la cual alcanzaron las Repúblicas italianas un esplendoroso florecimiento y la Península una segunda civilizaóión y una segunda vida de imperecedero recuerdo. »

Otra prueba de que el Pontificado propendió siempre á las libertades políticas y civiles de las naciones, que ella formó, lo declara Sismondi: «Hasta entonces, esto es, hasta el tiempo de la Reforma, los Papas contrajeron una especie de alianza con los pueblos contra los soberanos despóticos. Todas sus conquistas fueron hechas sobre los Reyes, *únicos por quienes se vieron amenazados.* Su grandeza y sus medios de resistencia estaban basados en el poder de la inteligencia, completamente opuesto al de la fuerza bruta... Los Pontífices dieron nacimiento, dirigieron y llamaron con frecuencia en su auxilio á la opinión pública; fueron los protectores de las artes, de las letras y de la filosofía; permitieron á los filósofos y á los literatos moverse en una ancha y libre esfera; favorecieron el espíritu de la libertad y se constituyeron en escudo de las repúblicas, aunque pregonando siempre el respeto al orden y á la verdad sin los cuales la libertad ni es digna, ni próspera.» (1)

Ahora bien; sin necesidad de multiplicar, como podríamos hacerlo, testimonios semejantes

(1) Sismondi. «Las Repúblicas italianas».

de autores imparciales y eminentes ¿no debemos deducir de lo expuesto que el Pontificado es la institución más grande y maravillosa de la historia y al mismo tiempo la más benéfica para la civilización de los pueblos; tan grande, que no puede ser emulada por ninguna otra en cuanto al respeto del orden, de la libertad, de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad y del imperio de la fuerza intelectual y moral sobre la fuerza bruta? ¿Qué caso, por tanto, debe hacerse de esos declamadores y calumniadores vulgares sobre tan benéfica y magestuosa institución, como lo es el Papado?

Lamentar su fanatismo sectario, consolándonos con la justicia que le hacen autores eminentes é imparciales, á quienes es justo atenerse, despreciando las calumnias, que ya dejan de producir efecto en los espíritus rectos é ilustrados. Y, aunque ya hemos dicho algo sobre la significación de los defectos de algunos Papas, queremos añadir una palabra sobre los crímenes imputados á los Borgia por lo porfiado y atroz de la calumnia.

Los Crímenes de los Borgia

«El error que precede á la verdad no es mas que la ignorancia, el error que la sigue no es mas que el odio». (Valery, Estudios morales). De estas palabras se sirve como lema M. Carlos Barthelémy en su monumental colección de *Errores y mentiras históricas*, y que nosotros recordamos al tratarse de *los mentidos* «crímenes de los Borgia» tan explotados por los protestantes vulgares contra la Iglesia católica.

Que se mentasen cuando la crítica histórica

no los había desacreditado, era mera ignorancia, por ser un error que precedía á la verdad, no dilucidada aún; pero cuando se persiste en el error después de hecha la luz de la verdad histórica, no se explica sino por el ódio: el ódio sectario del protestantismo.

Pero es un hecho extraño y que merece el más serio exámen: los amigos son los acusadores de la familia Borgia y los enemigos sus defensores. Respecto de los Borgia, cuyo solo nombre parece sudar sangre, pues tan arraigado está él prejuicio, son los hitsoriadores protestantes los que se han encargado de rehabilitar su memoria, y el asunto es tanto más interesante cuanto que entre los Borgia un papa famoso, es tambien el más recriminado, Alejandro VI; y es á el á quien un prejuicio vulgar é inveterado cubre sobre todo de infamia.

Desde luego parecía imposible que el siglo XV hubiese soportado durante once años un papa tan depravado, tan odiosamente infame, cual se representa á Alejando VI. La rehabilitación sin embargo se ha verificado por grados y Voltaire fué el primero en abrir la duda con este pasaje verdaderamente luminoso, cuando reprocha al historiador Guichardin el haber *engañado á la Europa* sobre la muerte trágica de Alejandro VI en particular, y de *haberse dejado llevar demasiado por su odio* al papa. Pero quien fué hasta el fondo del asunto es desde luego el historiador protestante Roscoë quien llegó á rehabilitar plenamente al Pontífice tan indignamente calumniado. Además, remontando á los orígenes se reconoce al momento que todos las acusaciones emanan de escritores notoriamente enemigos de Alejandro VI, que muchas de las

acusaciones se contradicen entre sí y que sus autores están muy lejos de ser imparciales.

Más, rehabilitado Alejandro VI, queda César Borgia el famoso hijo de Alejandro, cargado tambien de muchos crímenes, con la complicidad del padre. Pero el trabajo muy imparcial de un enemigo de los Papas y de la soberanía temporal, M. La Rochelle ha probado claramente que César Borgia se hizo amar de los pueblos que había librado de sus tiranos y al mismo tiempo nos revela el móvil que había presidido á las calumnias acumuladas contra Alejandro VI por los historiadores de su tiempo: eran escritores á sueldo de todos esos pequeños tiranos que no podían sufrir sin dolor desvanecerse sus pensiones y gages; ya que César Borgia redujo á la impotencia á todos esos tiranuelos.

En efecto; con la ausencia de los Papas en Aviñón, el mayor número de los señores feudales de los Estados Pontificios se habían convertido en tiranos arbitrarios, que además esquilmaban á sus pueblos con exacciones para satisfacer las contínuas guerras civiles que se hacian entre sí, y los castillos señoriales eran verdaderas guaridas de déspotas arbitrarios; pero Alejandro VI con mano enérgica procuró someterlos, puso orden en sus Estados, trajo la abundancia á los pueblos é hizo florecer la administración de justicia. Más, como en esta empresa le sirvió mucho César por su habilidad y energía, de aquí las calumnias é iras contra éste. Si el Pontífice se valió de César, no lo hizo por nepotismo, sino porque no podía fiarse de vasallos traidores, que con frecuencia se conjuraban contra la justiciera y recta administración de Alejandro.

Rehabilitados Alejandro y César, lo mismo

ha sucedido con la asaz famosa Lucrecia Borgia, de quien se hizo la Mesalina del siglo XVI y se ha cubierto de infamias en un drama tejido de horrores.

Pues bien; de los estudios críticos resulta que Alejandro VI fué un digno Pontífice y un gran rey; César Borgia, el defensor de las libertades de Italia, y Lucrecia, una dama de puras costumbres. Es la más hermosa conquista de la crítica histórica contemporánea.

Mas, como es imposible hacer la exposición de las pruebas de rehabilitación, nos contentaremos con citar los principales autores y los menos sospechables de parcialidad—Roscoë, *Vida de León X;* Favé, *Estudios críticos sobre la Historia de Alejandro VI;* la *Revista de Dublin*, artículo intitulado *History in fiction.* Se puede añadir á estos tres estudios notables, además de Rohrbacher, *Historia Universal;* Dándolo, *Roma y los Papas;* Audin, *Historia de León X;* y entre otros la, excelente *Historia popular de los Papas*, por M. Chantrel.

En verdad, aún hoy día, debido á la conspiración de calumnias, de que fueron víctimas los Borgias, se oye á algunos autores decir que debe haber algo de verdad en tantas acusaciones de crímenes, infamias y escándalos. Sin duda, se dice, los sectarios del siglo XVI y los sofistas del siglo XVIII no han titubeado ante la mentira y ante las más audaces é inverosímiles acusaciones; pero ¿cómo admitir que historiadores como Guichardini, como Paulo Jove y un familiar del mismo Papa, como Burchard, que murió obispo de Cittá di Castello, Machiavello y Tomasi, hayan acumulado hasta este punto las calumnias?

Ante todo, respecto del Papa Alejandro VI, se podría responder, como se hace vulgarmente, que en ello nada habría que comprometiese la fe, pues Jesucristo no ha prometido que sus Vicarios serían impecables, sino infalibles en su enseñanza á la Iglesia.

Además, para rechazar las calumnias bastaría observar que no se puede jurídicamente insistir sobre ellas, desde luego que otros autores graves las rechazan. Sin embargo puede hacerse mucho más demostrando que no merecen crédito los mistificadores y los escritos que constituyen como el arsenal de donde los enemigos de los Borgia y de Alejandro VI han sacado sus armas.

Machiavello puede ser descartado desde luego; este autor que pasó la mayor parte de su vida conspirando, es el autor del libro *Del Príncipe* que se ha convertido en manual de los ambiciosos y tiranos. Su admiración por César Borgia, á quien odiaba, constituiría una acusación contra este personage, si nos pudiéramos fiar de la buena fe de Machiavello. Resulta además de su narración que Cèsar Borgia no obraba en muchas circunstancias sino bajo el golpe de una imperiosa necesidad, y cosa notable, no es en Machiavelo donde se encuentran las calumnias monstruosas con que se ha querido deshonrar la memoria de Alejandro VI.

En cuanto á Guichardini, para tener una idea de su buena fe y de su imparcialidad cuando se trata de los Papas, baste recordar que representa desde el principio de su *Historia* á San Gregorio VII como el amante de la Condesa Matilde y que trata de bastardos á los hijos legítimos que tuvo el Papa Inocencio VIII antes

de entrar en las órdenes sagradas, que es el caso de Alejandro VI.

La mala fe de Guichardini es tal, que el incrédulo Bayle dice en su *Diccionario filosófico*: «Guichardini merece el desprecio y se hace culpable de la falta de los gacetilleros» y que el mismo Voltaire lo acusa de impostura. Pero sobre la obra de Guichardini no necesitamos de otro juicio que el suyo; poco tiempo antes de morir, dictando á un notario sus últimas voluntades: «Que se queme mi *Historia de Italia*» le dijo; su obra estaba solamente manuscrita.

Pablo Jove no merece más crédito; pues era un escritor venal y apasionado, al confesar él mismo *que tenía* «dos plumas, una de oro y otra de hierro para tratar á los príncipes según los favores ó las desgracias que de ellos recibía.» Y según Vossius, tenía una especie de banca que llenaba con la promesa de una antigua genealogía y una gloria inmortal á todos los faquines que le pagaban bien su trabajo, y deshonraba á todos los que se negaban á comprar sus mentiras.»

Tomasso Tomasi, dice Favé, parece haberse propuesto dos fines: uno hacer la corte á la duquesa de Florencia, princesa de la familia de la Rovére, denigrando á Alejandro VI; el otro, de hacer de César Borgia un tipo de monstruosidad, que dejase muy lejos la imaginación más desvergonzada.»

Pero, se dirá, ¿no merece crédito Burchard, maestro de ceremonias, autor de un *Diarium* de Alejandro VI?

Burchard había muerto oscuro y algunos eruditos apenas sospechaban que hubiese escrito, cuando después de dos siglos de su muerte, en

1636, un calvinista francés ofreció al librero Leibnitz en Hanover, unas hojas sueltas, escritas unas en francés, otras en italiano y algunas en latín, quien creyó descubrir fragmentos del *Diario* de Burchard, y los publicó en su *Historia Secreta*, declarando no haber podido confrontarlas con el texto.

Once años más tarde, en 1707, La Croze encontró el *Diario* en la Biblioteca de Berlín, publicado por Juan Eccard, en 1723, aunque difiere en puntos importantes del publicado por Leibnitz.

« ¿Cuál es la versión auténtica, pregunta con razón, M. Chantrel, y qué autoridad puede atribuirse á un diario escrito contra un Papa, cuando se considera que ha sido encontrado por protestantes, en bibliotecas protestantes y editado por protestantes? »

Que Burchard haya recogido notas, es admisible; pero que la obra entera ó más bien las anécdotas escandalosas y criminales, á las que se ha atribuído su nombre, sean propias y auténticas, porque revelan falsedad y estupidez, no son admisibles.

« Es en esta obra póstuma de un folletinero rebuscador de inmundicias, que no estaba destinado á ver la luz, que muchos de los historiadores y romanceros han ido á sacar, para pintar á Alejandro VI, las relaciones que nos han presentado como documentos oficiales, como advierte el historiador Audin; aunque existan algunas perlas, que recuerdan el original, pero que se ha tenido el cuidado de retirar, »

Tal es el arsenal que ha proporcionado las principales armas á los que difaman á los Borgias.

Como dice muy bien la *Revista de Dublin:* «Las acusaciones de inmoralidad contra Alejandro VI recuerdan las que se han hecho á los Gregorio VII, los Bonifacio VIII, á los Sixto IV; es fácil ver que provienen de un espíritu de venganza y de enemistad de partido; quedan refutadas por su misma inverosimilitud, por su atrocidad y por la ausencia de *todo testimonio imparcial.* Los únicos hechos admitidos sin reserva son los que se refieren á la defensa del patrimonio de la Santa Sede por la fuerza de las armas bajo la dirección de César Borgia; pero ninguno de los que reconocen la legitimidad y la importancia de esta defensa pueden atacar por ello á Alejandro.

Así, pues, la causa de Alejandro VI difiere de la de algunos de sus predecesores y sucesores, simplemente en el grado de la calumnia; pero apenas puede dudarse que haya alguna diferencia si se atiende á las circunstancias de los tiempos y á la importancia de las cuestiones que excitaban contra él el resentimiento de los príncipes contemporáneos, cuyos historiadores han envenenado las fuentes de la historia con mentiras premeditadas. Una vez que se consideran estas circunstancias, se ve que la situación de Alejandro VI no es distinta de la de los Sixtos, Julios, Bonifacios, Inocencios y Gregorios, á quienes ha vindicado la historia por medio de autores tan notables como Ranke, Voigt, de Macaulay, Bancroft, Roscoë, Gregorovio, protestantes todos é historiadores de gran mérito; y así se ha verificado lo que decía el conde de Maistre: «Los Papas no tienen necesidad más que de la verdad para triunfar.»

En resúmen, y aunque no podemos hacer una

vindicación completa al hablar incidentalmente de Alejandro VI, se ha demostrado que ninguno de los crímenes é inmoralidades, aún la de haber tenido hijos bastardos, está fundada en testimonio *imparcial*, sino también que autores imparciales han probado la falsedad de las mismas, rehabilitando la memoria de los Borgia.

Los que deseen mayores explicaciones no tienen más que acudir á las fuentes que hemos mencionado; y que por sí solas bastan para que, por lo menos, se dude de la verdad de las imputaciones hechas al Papa y á los Borgia.

La Papisa Juana

Porque no faltan todavía personas cándidas que creen en la leyenda de *Juana la Papisa*, vamos á demostrar que no pasa de ser una fábula sostenida por los protestantes para denigrar al Papado, por más que sea necesario no tener vergüenza para echar mano de falsedades tan notorias. Así pues, para acabar con esta fábula no hay más que recurrir á la historia cronológica de los Papas.

He aquí el génesis de esa leyenda. Por de pronto, un silencio absoluto durante cerca de tres siglos desde el año 885, época presunta de la exaltación de Juana al trono Pontificio hasta los cronistas del siglo XII en que aparece la fábula. Además estos primeros cronistas, más bien parecen descartar un rumor popular, que consignar un hecho real: «*Papissa Joanna non numeratur*». Ningún detalle se da entonces todavía; los datos aparecen en el aire. Transcurre un siglo, y la leyenda se ostenta en

pleno esclarecimiento. En esta época de sencillez y falta de crítica, el relato de una aventura en que una mujer elocuente y filósofa se eleva á la más alta dignidad eclesiástica no excita sospecha de ningún género y hasta halaga en cierto modo las tendencias galantes de la imaginación popular.

Si se hubiese pensado desde un principio en confrontar la novela de la pretendida Papisa con la cronología de los Papas, bien pronto se hubiera aclarado la cuestión, pues *falta en absoluto* el espacio para colocar el supuesto Pontificado de Juana. En este terreno no hay necesidad de recurrir á testimonios posteriores en tres ó cuatro siglos del acontecimiento, sino referirse tan solo á testimonios contemporáneos, que son los únicos legítimos é irrecusables por la crítica.

Se dice, pues, que Juana ocupó la Sede Pontificia desde el año 855 al 857; pero no hay medio alguno de poner de acuerdo los hechos con esta hipótesis; puesto que según las crónicas contemporáneas Benedicto III sucedió inmediatamente á León IV, muerto el 17 de Julio de 855.

Como las leyendas tienen con frecuencia por punto de partida hechos mal interpretados, y encierran de ordinario un símbolo ó una censura, se ha investigado como es natural, el sentido legendario de la fábula de la Papisa Juana. No han faltado interpretaciones, y creemos más probable la de Baronio, quien cree que el nombre de Papisa pudo darse á Juan VIII por razón de su debilidad para con el cismático Focio, y que esta denominación con el transcurso del tiempo dió lugar á un menosprecio, cuya consecuencia fué el que se duplicase la persona de este Papa.

Por lo demás, el caracter fabuloso de la historia de la Papisa Juana es independiente de toda interpretación; y para no hablar de los escritores católicos que así lo han proclamado unánimemente. los protestantes más eminentes Blondel, Leibnitz, Gabler, Mosheim, Gieseler y Neander, así también lo han reconocido y resueltamente afirmado.

«Esta fábula, dice Guilleux, ya no es hoy más que un tema vulgar para uso de algunos traficantes literarios y de aficionados á anécdotas verdes.»

Sin embargo, hemos querido ocuparnos de este ridículo asunto por la importancia que le ha dado la propaganda protestante, lo que demuestra su pobreza; aunque dicho sea de paso, ha servido para constatar definitivamente la verdad, como ha sucedido con todas las cuestiones promovidas por el protestantismo contra la Iglesia. Además, es vergonzosó que, después de difinitivamente dilucidada esta leyenda por la crítica más imparcial (la de los adversarios), se la continúe de mala fe ó por supina ignorancia propagando, pues hasta se ha llegado á colocar esta fábula en primera línea, con los mentados crímenes de los Borgia, en la novela pornográfica titulada: «Los secretos del Vaticano.» Mas, por aquí podrá juzgarse, así de la buena fe de los propagandistas protestantes, como del valor de sus historietas exprofeso escritas para denigrar á la Iglesia y á los Pontífices. (1)

1—Como muestra de la dignidad, altura y veracidad de la propaganda protestante entre nosotros, trasladamos el siguiento artículo, salido en el numero 12 do «El Atalaya»:—*El Romanismo ante la Historia*.—«La historia es terriblemente fatal al catolicismo. La conducta cínica y desvergonzada de los representantes de ese sistema quo ha imperado por tantos siglos en casi todos

Prejuicios y calumnias protestantes contra la Iglesia

Aunque no podemos hacer una exposición de las doctrinas católicas impugnadas por el protestantismo, por que esto aumentaría con demasia las dimensiones de este opúsculo, queremos sin embargo deshacer algunos prejuicios y calumnias más de moda contra la Iglesia católica. En verdad, demostrado ya que la regla de fé cristiana es la autoridad infalible de la Iglesia,

los pueblos de la tierra, la manifiesta inmoralidad y bajeza de los que farsaicamente pretenden ser ministros del Omnipotente Dios, los fatales errores de las doctrinas del romanismo, han hecho que la historia haya demostrado ante la faz del mundo la sombría realidad de esa abominable religión.

Sí, la historia nos enseña claramente que el catolicismo no es ni puede ser jamás la encarnación de la moral cristiana, la fuente de la sublime verdad, sino que es un sistema implantado por ruines hombres cuyas miras han sido siempre la dominación y humillación completa de la humanidad.

No es la gente de sotana por cierto, la que ha esparcido la semilla de paz y concordia por los ámbitos de la tierra; no son los secuaces y sostenedores ultra del papado, los mensajeros del divino evangelio que legó Cristo á los hombres, porque donde quiera que se presentan, llevan consigo la corrupción á los hogares (¿!).

Nadie crea que el escribir las ignominias del Papado (sic) nos causa satisfacción; de ninguna manera. Profundo pesar y dolor nos cuesta, ver á tantos millares de incautos enlazados en las redes del romanismo para servir de pasto á los groseros apetitos de los individuos de esa raza de víboras. Creemos nuestro deber dar la voz de alerta á los infelices que no recelando de los errores de esa religión se entregan por completo á ella creyéndola santa y justa.

Reconocemos la necesidad de abolir esa esclavitud, de romper las cadenas con que nuestros enemigos pretenden subyugarnos y por eso es que los combatimos en la seguridad de salir con el tiempo, victoriosos en la demanda.

Empezando por los papas y acabando por el último fraile, la historia nos demuestra de esos hombres. (salvo raras excepciones), toda la vileza ó inmundicia de sus corazones; no hay necesidad de relatar muchos hechos, de exponer muchas pruebas para llegar al más completo convencimiento de la verdad de nuestros asertos.

El célebre reinado de aquella mujer que disfrazada de hombre llegó á sentarse en el solio pontifical bajo el nombre de papa Juan VIII y que fué descubierta en momentos bien críticos para ella, es una elocuente prueba de la pureza de los reyes del romanismo.

El cardenal Rodrigo Borgia, que vivía públicamente con la dama romana Rosa Vannozza y que á la muerte de Inocencio VIII compró por crecidísimas sumas de dinero los votos de los demás cardenales para ser pontífice, su horrible gobierno en donde imperaba el puñal y el veneno, las intrigas y las calumnias, es otro ejemplo para los que sostienen el dogma de la santidad é infalibilidad de los papas. (¡Qué tragaderas tiene este señor para admitir fábulas!)

según la promesa de Jesucristo, el católico está seguro de antemano que su enseñanza es la verdad; mas, para habilitar al creyente á fin de que pueda responder á ciertas objeciones mas vulgares, vamos á tomarlas en consideración. Son las siguientes:

1.° Que la Iglesia católica afirma ser la única que puede dar la salvación, condenando á todos los protestantes y no-católicos.

2.° Que los católicos están obligados á aceptar todas las fábulas y necedades que al *infalible* Papa se le antoje prescribirles.

3.° Que se puede comprar el perdón de los pecados y de los vicios por medio de las indulgencias.

4.° Que en la Iglesia católica se practica un ceremonial y un culto ridículo y hasta supersticioso como el de las almas del Purgatorio.

5.° Que la confesión es una invención de los sacerdotes.

6.° Que la Iglesia y los católicos abrigan inclinaciones hostiles á la Biblia.

7.° Que el culto católico es idolátrico porque los fieles *adoran* á los santos.

La inquisición, esa mancha eterna que los defensores del catolicismo quisieran hacer desaparecer para siempre, pero que está grabada con letras de fuego ante la humanidad, nos demuestra categóricamente los medios que los frailos usaban para adueñarse moral y materialmente de los pueblos que imprudentemente adoptaban sus doctrinas como cosa divina.

¡Meditad y estudiad la historia del romanismo y comprenderéis que no hablamos de odio á ese sistema, sino que tratamos de hacer conocer á todos los hombres el peligro que los cerca, para que puedan, antes que sus energías se agoten, pelear contra ese enemigo que se llama Religión Católica, Apostólica Romana, y al cual lanzamos desde las columnas de «El Atalaya» un anatema!. — *Guillermo Ingold.*»

En verdad no sabemos que admirar más, si la osadía ó la ignorancia. Pero, no tenemos necesidad de refutar tales mecpias, cuando el autor llega hasta reiterar la fábula de Juana la Papisa y los crímenes de los Borgia. Por lo demás, compare el lector estas impertinencias con las declaraciones hechas por historiadores protestantes que saben respetarse y respetar á sus lectores, como Guizot, Sismondi, Rauko y otros arriba citados.

8.° Que en la época de la Reforma existían en la Iglesia muchos abusos.

Vamos, pues, á demostrar que estas y otras ideas preconcebidas y propaladas por el protestantismo no son más que preocupaciones y calumnias, que á fuerza de tanto repetirlas, llegan á ser creídas por muchos de buena fé.

* * *

I. Dícese que: *la Iglesia católica sostiene que fuera de ella no hay salvación; y esto en el sentido de condenar á todos los protestantes y á cuantos no son católicos.* ¿Cómo es posible que tantos millones de personas se condenen por no ser católicos?

El conocido publicista de Segur, responde: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, significa buenamente que uno está obligado, bajo pena de pecado grave, á creer y á practicar la verdadera Religión *cuando se halla en el caso de hacerlo.* Significa esto que «pecas, y por consiguiente, pierdes tu alma, si rechazas voluntariamente la verdad cuando se te presenta». ¿Hay en esto algo de extraordinario? ¿Hay motivo para declamar contra la intolerancia, contra la crueldad de la Iglesia?

« Un protestante, no se condena por el mero hecho de ser protestante, si es sin culpa suya. Si se halla de buena fe en el error, es decir, si no ha podido por una ó por otra razón conocer y abrazar la fe católica, si ha vivido según lo que él creía ser la verdadera ley de Dios, alcanzando, mediante una contrición perfecta, el perdón de los pecados mortales, en caso, que los hubiera cometido: entónces, sin duda, tiene derecho á

la felicidad del cielo, cómo si hubiese sido católico.»

El célebre Weninger, dice en su conocida obra *Catolicismo, Protestantismo, é Infidelidad:*

« La iglesia católica enseña y ha enseñado siempre, que ella sola es la verdadera Iglesia de Cristo, y por consiguiente, que fuera de su seno no hay salvación. Si la Iglesia enseñase, lo que nunca hará, que puede uno salvarse fuera de su comunión, cesaria ya de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

« Si estuviéseis vosotros plenamente persuadidos de que el protestantismo es la verdadera Iglesia de Cristo, diriais lo mismo que nosotros; y cualquiera Religión que no lo diga, con esto solo ya conviene en que no es divinamente instituida para la salvación del género humano.....

Pero, si se tratase de personas, que han nacido en paises protestantes, y han sido válidamente bautizadas, y que por falta de instrucción y oportunidad, jamás han podido conocer que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Cristo, si no han cometido ningún pecado mortal, ó si después de cometido han alcanzado el perdón por medio de la contrición perfecta, unida al sincero deseo de hacer lo que Dios de ellos exigiere, estos se salvan por el camino *ordinario*, cómo miembros de la Iglesia Católica, en cuyo grémio entraron por medio del bautismo, y de cuya comunión solo exteriormente han vivido separados por un error inculpable.

Según la doctrina católica no hay más que un bautismo, el cuál es siempre válido, ya sea administrado por un cristiano, ya por un judio, un infiél, un pagano, con tal que observe el rito

establecido por Cristo con intención de hacer lo que el mismo Cristo ha instituido: todo hombre bautizado de esta suerte, en el momento de su bautismo, se hace miembro de la Iglesia Católica.

Verdad es, que los protestantes son generalmente bautizados, cuando son recibidos en el seno de la Iglesia Católica; pero esto se hace por que, fuera de la Iglesia Católica, el bautismo es con frecuencia administrado inválidamente. Más en ningún caso tenemos intención de administrar un segundo bautismo; que conferimos condicionalmente á fin de dar al convertido una plena seguridad de que está verdaderamente bautizado. El bautismo jamás es renovado, cuando no hay duda alguna sobre la validez del primer bautismo..... Más, no olvideis que todo se verifica en favor de aquellos, que tienen una ignorancia invencible de la verdadera Iglesia.

De ninguna manera puede lo expuesto aplicarse á aquella clase de personas, y temo que son en gran número, que tienen ocasión de conocer la verdad, y voluntariamente la deshechan; cierran sus ojos contra la luz, ahogan los remordimientos de la conciencia, y, lo que puede suceder, determinan resueltamente morir, fuera de la Iglesia Católica.»

Por lo demás, el Dr. Martin, Obispo de Paderborn, dice: «El error religioso inculpable no es imputado ni aún como falta leve, y mucho menos como pecado que traiga consigo la condenación eterna.» Luego es grande el número de los no-católicos que se salvan por vivir en buena fe, sobre todo si han nacido en paises donde no domina la religión católica.

Todos los demás libros religiosos aprobados

por la Iglesia Católica, cualquiera que sea su idioma ó nación, han enseñado siempre y enseñan en la actualidad exactamente lo mismo; por consiguiente queda refutada la calumnia arriba mencionada.

* * *

II. Dícese que: *Los católicos están obligados á aceptar todas las fábulas y sandeces que AL INFALIBLE PAPA se le antoje prescribirles.*

A tan tonta calumnia contestamos: Si consideramos al Papa como persona privada, puede errar, como pudiera hacerlo cualquier otro hombre; pero cuando ordena ó prescribe algo como Papa y jefe de la Iglesia, no puede errar, y por tanto no puede enseñar fábulas ni sandeces.

¿Donde se halla esto escrito?

En el Evangélio de San Lúcas: (1) «Yo he rogado por tí (Pedro) para que no falte tu fé; y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.»

Weninger dice muy bien: « Se propala neciamente que los Católicos están obligados por su fé á creer, como infalible, todo lo que el Papa dice. Esta idea es falsa, es una preocupación del todo infundada.

La genuina doctrina católica enseña, que la Iglesia juntamente con el Papa, en materias pertenecientes á la fe y á las costumbres es infalible, y solamente, cuando con solemnidad define algún artículo. Cuando escribe ó habla, como Doctor particular, es falible; pero cuando como Cabeza de toda la Iglesia, define un artícu-

1—Luc. XXII. 32.

lo de la fe, entonces es infalible. Esta doctrina está basada en la solemne promesa, que Jesucristo hizo á San Pedro. «Yo he rogado por tí, para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma en ella á tus hermanos:» (1) Además de otras promesas semejantes, hechas á San Pedro, como Cabeza de la Iglesia, y por él á sus Sucesores, según hemos expuesto en la segunda parte.

¿Pero, por qué tiene la Iglesia Católica un Papa y éste infalible? Aunque hemos expuesto ya este asunto, queremos confirmarlo con la autoridad de Deharbe en su «Explicación del Catecismo Católico»:

«Si debia conservarse en la Iglesia de Cristo la unidad y la unión, es decir, si todos los fieles habian de formar un solo cuerpo, y todas las comuniones cristianas una sola gran comunión ó Iglesia, necesariamente debia haber una cabeza, un vínculo común para todas las comuniones desparramadas sobre la tierra; de lo contrario habria tantas iglesias distintas, cuantas comuniones cristianas; pero no existiria ninguna de la cual hubiera podido decirse que era la única Iglesia de Cristo.

Si por otra parte era necesario que no surgiesen innumerables divisiones y discordias en esta ùnica comunión ó Iglesia, fuerza era instituir un Juez supremo, á quien todos tubiesen que someterse. . . En ninguna parte del mundo existe sociedad de hombres que carezca de cabeza visible. La familia tiene su padre, el ejército su general, y un Estado su Jefe. Y aunque estamos convencidos de que Dios como regente del mundo conserva incesan-

1—Luc. XXII, 32.

mente su mano extendida sobre nosotros y dirige los humanos destinos, no podríamos menos que tachar de insensato al que sostuviese que un buque podria sin timonel llegar á felíz puerto, un ejército conseguir la victoria sin jefe, una nación subsistir y prosperar sin gobernantes.

Del mismo modo, si Cristo como cabeza invisible dirige la barquilla de su Iglesia, no lo hace sin la mano de un timonel escogido; si lleva los suyos á la victoria, no lo hace sin gefe probado; y si conserva, ensancha y gobierna su reino, no lo hace sin representante visible... Asi, en primer lugar, Jesús hizo á Pedro la solemne promesa de que, sobre él como sobre una roca inconmovible, edificaria su invencible Iglesia; y en segundo lugar, Jesùs prometió á Pedro las llaves del reino de los cielos. Mas, entregar á alguien las llaves, por ejemplo de una ciudad, equivale en las lenguas del Oriente á conferir el poder supremo, á dar el gobierno de la ciudad...

Y lo que Jesús prometió á Pedro, eso le dió antes de su vuelta al Padre. Dijo: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas,» es decir, apacienta todo mi rebaño, gobierna como Pastor supremo á la Cristiandad entera...

Si la Iglesia habia de subsistir tal cual la fundara Cristo, necesariamente tenía que subsistir también la roca sobre que fué edificada y el cargo de Pastor Supremo que él mismo instituyó para gobernarla. Si era necesaria una cabeza visible, cuando la Iglesia era tan reducida y existian pocas ó ningunas doctrinas erróneas, tanto más necesaria lo fué después, cuando la Iglesia se ensanchó, y los errores y las divisiones aumentaron.

Compárese ahora con la exposición que pre-

cede EL TEXTO DEL DOGMA DE LA INFALIBILIDAD DEL PAPA definido en el Concilio Ecuménico Vaticano.

«Enseñamos y definimos, *sacro approbante Concilio*, que es un dogma divinamente revelado, que el Pontifice Romano, cuando habla *ex-Cathedra*, es decir, cuando desempeñando el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la fe ó las costumbres, debe ser acatada por la Iglesia universal, goza plenamente, mediante la asistencia divina que le ha sido prometida en la persona del bienaventurado Pedro, de esa infalibilidad con que el Divino Redentor ha querido que estuviese munida su Iglesia, al definir su doctrina, respecto de la fé ó de las costumbres, y por consiguiente que tales definiciones del Romano Pontifice son irreformables por si mismas, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia.»

Pregúntase: ¿Puede el Papa crear doctrinas del todo nuevas? A esto contesta el Concilio: «A los sucesores de Pedro no ha sido prometido el Espíritu Santo para que según su revelación publicasen una nueva doctrina, sinó para que con su asistencia guardasen santamente y expusiesen con fidelidad las revelaciones trasmitidas por los apóstoles, es decir, el depósito de la fé.» (1)

(1) Para comprender mejor este dogma, recuérdese que Jesucristo ha comunicado á su Iglesia la prerrogativa de la *infalibilidad*, es decir, «un privilegio en virtud del cual no pueda engañarse ni engañarnos, en lo que se refiere á la fe y á la moral.»

Efectivamente, Jesucristo dijo á sus Apóstoles: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, id pués y enseñad á todas las gentes que observen todo lo que yo os he mandado; que yo estoy todos los dias con vosotros hasta la consumación de los siglos ó *el fin del mundo*» (Mat., 28.)

Se vé por estas palabras que la Iglesia continúa la divina misión de Jesucristo de enseñar á los hombres y que está asistida por Él en esa enseñanza:

III. Dícese: Que el perdon de los pecados y vicios *se compra con* INDULGENCIAS.

Es esta una de las calumnias más vulgares y malevolentes dél protestantismo. Sin embargo, por caridad daremos las siguientes explicaciones, sirviéndonos del notable escritor Gaume en su conocida obra, «Catecismo de perceverancia».

«La teología llama indulgencia á la remisión de la pena temporal que nos toca sufrir después de perdonadas la culpa y la pena eterna; remisión que se concede separadamente del sacramento de la Penitencia por la aplicación de los méritos de Jesucristo y de los Santos.

Para comprender la naturaleza de las indulgencias y el efecto que ellas producen, conviene recordar: 1.° que todo pecado deberá ser penado en esta ó en la otra vida; 2.° que después de la remisión hecha en el sacramento de la Penitencia, ya del pecado venial, ya del mortal y de la pena eterna que él merece, toca ordinariamente sufrir otra pena temporal, por ser raro que el penitente tenga las disposiciones perfectas de contrición y caridad capaces de escluir toda afición al pecado, y de justificarnos plenamente á los ojos de Dios.

Que al perdonar el pecado y la pena eterna,

es así que Jesucristo es infalible: luego tambien la Iglesia. El mismo en otra parte prometió á sus Apóstolos que les enviaria el Espíritu Santo para que les enseñase toda verdad, y para que permaneciese con ellos eternamente (Juan, cap. XIV y XVI): luego la Iglesia asistida por el Espíritu Santo no puede errar. El divino Salvador dijo tambien que el que no oyere á la Iglesia fuese tenido por gentil y publicano (Mat., 18, 17:) luego la Iglesia debe ser infalible porque si no lo fuera no estaríamos obligados á obedecer á Jesucristo, que nos manda creer lo que nos enseñara.

Por otro lado, tres inconvenientes resultarian de que la Iglesia pudiera errar: 1o. Jesucristo no seria Dios, porque faltaria á su promesa de estar siempre con los Apóstolos hasta el fin del mundo. 2o. La Iglesia no seria representante de Dios, porque enseñaria el error que es contrario á Dios. 3o. Los hombres no estarian seguros de su fe, ni de la bondad de muchas de sus acciones, puesto que la Iglesia podia engañarse al enseñar los dogmas y la moral. Luego la Iglesia es infalible, porque de otro modo, ni existiria, ni cumpliria su objeto de salvar á los hombres.

Dios no siempre perdona la pena temporal merecida por él, es una verdad incontestable, vista la conducta del mismo Dios respecto de los más ilustres penitentes. Los israelitas quedan absueltos de sus murmuraciones y David lo queda asimismo de su doble delito (2 Reg. 11), sin embargo leemos en las sagradas Escrituras, que unos y otro tienen que sufrir por estas faltas perdonadas ciertas penas temporales (ib.) Adán sucumbe, Dios le perdona su delito y la pena eterna que ha merecido, pero no lo exime de la pena temporal debida á su pecado, y lo sujeta á la dura obligación de comer el pan con el sudor de su frente y á la triste necesidad de padecer y morir, (1 Mos. 3).

En esta conducta, empero, debe reconocerse la inteligente solicitud de nuestro Padre celestial, para que el pecador, según la expresión de San Agustin, eche de ver la magnitud de la falta que ha cometido, y del castigo á que se ha hecho acreedor; permitiendo Dios que el hombre esté sujeto á ciertas penas temporales, aún después que le ha sido perdonada la eternidad de suplicios merecidos por sus delitos.

La fe enseña que la Iglesia recibió de Nuestro Señor Jesucristo el poder de mitigar estas penas temporales. Constándonos que el padre en su familia y el soberano en su reino disfrutan de la prerrogativa de poder otorgar gracias, ¿por qué no disfrutará de ella la Iglesia, que es nuestra madre y nuestra reina, respecto á los que somos sus hijos? Además, es indudable que el divino Salvador autorizó á la Iglesia para conceder indulgencias cuando dijo á San Pedro: «A tí daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el

cielo y lo que atares en la tierra, lo será tambien en el cielo.»

Esta promesa es general y no admite cortapisas; por tanto, podemos deducir de ella el siguiente argumento: La Iglesia recibió de Jesucristo, en persona de San Pedro su jefe, el poder de abrir el cielo á los pecadores penitentes; luego ella tiene la facultad para levantar todos los obstáculos que impidan entrar en el mismo; y como las penas temporales que nos toca sufrir, después de remitida la pena eterna, son otros tantos obstáculos para entrar en el cielo, á donde no se llega sin haber antes satisfecho hasta el último óbolo á la justicia divina, claro es que la Iglesia recibió la potestad de remitir tales penas, y eso es lo que hace por medio de las indulgencias. En suma: si la Iglesia tiene poder para perdonar los pecados, con mayor razón la tiene para perdonar la pena debida á los mismos pecados.

En los Actos de los Apóstoles vemos otra prueba de que la Iglesia recibió de Jesucristo facultad de conceder indulgencias. Instruidos por el mismo Jesucristo, ellos hicieron uso de semejante poder, según vemos por San Pablo. Este infatigable obrero acababa de predicar el Evangélio en Corinto y de plantear allí una floreciente Iglesia, pero llevado por su celo á otra provincia, recibe la noticia de que uno de sus neófitos ha cometido un gran delito. Inmediamente contesta á la iglesia de Corinto que separa de su seno á aquel culpable; más cuando aquella le responde que ya se ha arrepentido, entonces movido á compasión, escribe una segunda carta diciendo que accede á usar de indulgencia con la oveja descarriada, bien que arre-

pentida, por temor que un exceso de tristeza no la conduzca á desesperar, y añade: si uso de indulgencia, hágolo por vosotros, y en calidad de representante de Jesuristo.

Se vé, pués, que San Pablo estaba en la convicción de que el Hijo de Dios habia dado á sus Apóstoles, y de consiguiente á su Iglesia, la facultad de otorgar merced á los pecadores en consideración á los méritos y preces de sus hermanos inocentes, es decir, el poder de dár indulgencias.

Ahora bien; en cuanto á lo que afirman los protestantes de que se compra con las indulgencias el perdón de los pecados, el citado Weninger responde á esta calumnia de una manera contundente: «La indulgencia nada tiene que ver con la remisión de los pecados; porque no es mas que un perdon de la pena temporal, debida por los pecados ya perdonados. Por tanto la indulgencia presupone el arrepentimiento, el perdon de los pecados, la gracia de Dios, y un corazón desprendido de todo apego voluntario al pecado.

En efecto, una indulgencia y la dispensa para pecar, son dos cosas tan contradictorias, como la luz y las tineblas, y es una horrible impostura decir que la Iglesia Católica enseña tal opinion. Bien pudiera retorcer el argumento contra vosotros; pues la doctrina primitiva protestante de la fe salvadora, esto es, que la fe sola nos salva, sin buenas obras, sin arrepentimiento, á pesar de todos los pecados imaginables, es ciertamente un permiso para pecar, del cual es una ilación la siguiente escandalosa máxima de Lutero: «Pecad con firmeza, pero creed con más firmeza aún.»

* * *

IV. Dícese: «Que en la Iglesia católica existe un culto y un ceremonial ridículo y hasta supersticioso, como el de las almas del Purgatorio.

Respondemos con Boone: «El hombre necesita de manifestaciones externas y visibles para elevarse á Dios... El culto del verdadero Dios estuvo en todo tiempo acompañado de ceremonias religiosas. ¡Cuántas ceremonias no prescribia la ley de Moisés! ¿Y acaso Jesucristo en los sacramentos no ha ligado su gracia interior á ceremonias externas ó á signos visibles?....

Mucho tiempo ha que los propestantes se quejan de la desnudez de su culto, y en los tiempos modernos en muchos paises protestantes se han vuelto á introducir muchas ceremonias católicas, contra las cuales tanto se declamara anteriormente.»

Y Weninger agrega: «Muchos Americanos y grán número de Ingleses van á Roma para asistir á las sublimes ceremonias de la Semana Santa y á otras magníficas festividades religiosas de entre año. Si alguna de nuestras ceremonias parece á alguno ridícula ó absurda, es absolutamente por que no entienden su significado. Antes de juzgar ó criticar, debieran informarse ó instruirse; pués es indigno de un hombre inteligente el rechazar ó ridiculizar lo que no entiende.» Y sin embargo, nada más expléndido que el culto católico.

Que el Purgatario *es un culto inventado para sugestionar á los fieles y explotarlos*, dicen los protestantes en su estilo acostumbrado.

Sin embargo había mucho tiempo que estaba admitida la creencia del purgatorio, no para

explotación de cándidos sino de triste, aunque consoladora expiación de ultratumba.

Aun antes de la venida de Jesucristo, en el Antiguo Testamento, el esforzado caudillo Macabeo mandó ofrecer sacrificios por los muertos en la batalla; porque esperaba que los que habían muerto en la piedad podrían aún alcanzar grande favor. *Es, pues, santo*, dice la Sagrada Escritura á continuación, *y saludable el pensamiento de rogar por los muertos para que sean libres de sus pecados.* (1)

Las Escrituras del Nuevo Testamento aseguran igualmente que es fuerza purgar en la otra vida las más ligeras culpas y deudas, hasta el último óbolo. (2)

Recuérdense los tiernos cuadros que San Agustín pinta en sus *Confesiones* al ocurrir la muerte de sù santa Madre; cómo Evodio le acompañó en los funerales, cantaron el salmo que la Iglesia acostumbraba en tan tristes casos y ofrecieron por ella el tremendo sacrificio. Pero, qué? si no hay cosa más averiguada por la arqueología y la historia que la antigua creencia en el dogma de la existencia del Purgatorio! lo cual pide la lógica como necesario, y es el consuelo de los arrepentidos moribundos.

Si; es lo más lógico; pues constituye el término medio entre los extremos: no todos son santos ó condenados al bajar á la tumba; la mayoría no son ni una ni otra cosa, para quienes no habría más que cielo ó infierno. ¿Adonde pues, irían sino hubiese un lugar de expiación para las faltas leves ó para las penas temporales no cumplidas después de perdonado el pecado mortal?

1—II Mach. XII. 46.
2—Math. V. 26.—I Cor. III, 15.

Los protestantes dicen que se inventó en el siglo IV, desde cuando constaba comunmente en los escritos de los Santos Padres. Más la erudición y la ciencia, los verdaderos descubrimientos de la arqueología han sacado á luz multitud de lozas sepulcrales y otros momentos, por los cuales irrefragablemente se ve que la existencia del Purgatorio, demostrada en las Sagradas Escrituras, era también creencia explícita de los primitivos cristianos. Y ¿cómo nó si el culto fúnebre por los antepasados es tan querido y natural al género humano y al corazón del hombre? El catolicismo en esto, como en todo, es la expresión más alta de los grandes y puros sentimientos de la humanidad.

* * *

V. Dícese: QUE LA CONFESIÓN ES UNA INVENCIÓN DE LOS SACERDOTES.

El citado Deharbe prueba: «Que ya el Antiguo Testamento prescribia una especie de confesión. En efecto, en el cap. V. (v. 5, 6 y 7) del Libro de los Números, leemos que: «Habló el Señor á Moisés, diciendo: Di á los hijos de Israel: Hombre, ó mujer, cuando cometieren alguno de los pecados, en que suelen incurrir los hombres, y por negligencia traspasaren el mandamiento del Señor y deliquieren, confesarán su pecado.»

.....La misma naturaleza de las cosas, por otra parte, exige que el culpable confiese su pecado. Y asi el padre perdona á sus hijos sus faltas y omisiones, cuando las han reconocido y confesado. Es una máxima de la sabiduria divina, aceptada por todos, que «El que ocul-

ta sus maldades no será bien dirigido, mas quien las confesare y abandonare, alcanzará misericordia.» (Prov., cap. XXVIII, v. 13).

A su vez, Weninger, expone: « La confesión y la obligación de confesarse son tan antiguas como las palabras de Jesucristo: «Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonaréis los pecados, perdonados les son, y á los que se los retuviereis, les son retenidos, (Juan XX, 22 y 23).» ¿Cómo hubieran podido los Apóstoles llenar el deber de perdonar ó de retener los pecados, si los primitivos cristianos no hubiesen estado obligados á confesarlos? No sabían los Apóstoles todas las cosas, y por consiguiente no habrían podido ejercer la facultad de perdonar ó de retener los pecados, si los fieles no se los hubieran confesado. Y si insistís en que la confesión es una invención de los sacerdotes, debéis citar la data, en que tal invención fué introducida, y decir el nombre del inventor. Esto, jamás lo podréis hacer. Los Padres más antiguos de la Iglesia hablan de la confesión como de una institución que existe desde el principio del cristianismo.

Tertuliano, que vivió en el segundo siglo de nuestra era, habla de la confesión tan claramente como nosotros lo hacemos al presente. Así dice: « Pienso que hay algunos que huyen de la confesión con peligro de sí mismos, ó la difieren de día en día, estando más impresionados de la vergüenza que del deseo de curación, siendo parecidos á aquellos enfermos que, detenidos por la vergüenza, no declaran al médico su dolencia y perecen. (*De Pœnit.*, IX y X). »

San Irineo, San Cipriano, Orígenes y otros

muchos de los antiguos Padres hablan de la confesión con la misma expresión y claridad. San Clemente, contemporáneo del Apóstol San Juan, exhorta con urgencia á los fieles «á confesar sus pecados á los sacerdotes á fin de reconciliarse con Dios por medio de la absolución.»

Los mismos Hechos de los Apóstoles refieren (Cap. XIX, v. 18): «Muchos de los que habían creído, venían confesando y denunciando sus hechos.» — San Ireneo, á principios del siglo segundo, refiere de pecadores que se habían convertido á consecuencia de su confesión; mientras que otros, que por el contrario, á causa de falsa vergüenza no confesaron su culpa, habían desesperado.

San Cipriano, del siglo tercero, aconseja á sus fieles la confesión de los más ocultos pecados, y los alienta con el ejemplo de aquellos, «que después de haber abrigado por un instante el pensamiento punible de sacrificar á los ídolos para evadir la pena de muerte, con sencillez y penetrados de dolor se acercaban á los Sacerdotes del Señor, les abrían su conciencia, deponían á sus pies el peso que la gravaba, y pedían el santo remedio para ser sanados.»

En el siglo cuarto, San Paciano, con mucha insistencia previene contra el grave pecado que comete el que después de haber ocultado sus culpas en la confesión por vergüenza y respeto humano, no teme sin embargo, acercarse á la mesa del Señor con el corazón manchado. («Amonestaciones para la confesión»).

En el mismo siglo, San Ambrosio habló reiteradamente á sus fieles, sobre la necesidad de la confesión, y él mismo es un modelo para todos los confesores. Respecto de la penitencia y

confesión públicas, decretó que sólo se hiciesen cuando fuese necesario, por haber dado el pecador, público escándalo». Su gran discípulo, San Agustín, amonesta á algunos así llamados *espíritus fuertes*, con las palabras siguientes: « Es menester hacer penitencia según las prescripciones de la Iglesia. No digáis pues: «Yo hago penitencia en mi corazón.» ¿Acaso ha dicho en vano Jesucristo á sus Apóstoles, es decir, á sus Sacerdotes: « Lo que desataréis sobre la tierra será también desatado en el cielo? ¿Acaso ha sido en vano confiado á la Iglesia el poder de las llaves? Vosotros destruís las palabras de Jesucristo» (sermón 392).

Mucho más numerosos son los testimonios de los siglos subsiguientes, que en obsequio á la brevedad excusamos citar aquí, pues se trata de una práctica tan universal, como moralizadora.

Muy oportuna nos parece la siguiente observación de Weninger: « Si la confesión fuese una invención de los Sacerdotes, no se hubieran impuesto á sí mismos una obligación tan repugnante al orgullo humano, sino que la habrían cargado solamente sobre los seglares: sin embargo, la ley es general, ligando á los Sacerdotes, Obispos y al Papa, tanto como á los seglares. Todos están igualmente obligados á confesar sus pecados. Si la confesión no descendiese de los Apóstoles, esta innovación, semejante á todas las herejías, hubiera dejado en la historia trazas muy marcadas; un grito universal se habria levantado contra el novador, que intentara por primera vez obligar á todo cristiano, incluyendo al mismo Papa, á confesar sus pecados, los más ocultos.»

VI. Dícese: Que los católicos abrigan sentimientos hostiles hácia la Biblia.

Segur contesta que: «Muy lejos de prohibirla lectura de las Sagradas Escrituras, la Iglesia Católica desea ardientemente que los fieles alimenten sus almas con perseverantes meditaciones sobre el contenido de las mismas; pero también el ejemplo de los protestantes le ha enseñado que la lectura de la Biblia puede, en ciertos casos, ser peligrosa. Por lo tanto, ha tomado sencillas y sábias medidas precaucionales que no impiden la lectura de la Biblia, sinó que por el contrario, están destinadas á obviar las dificultades y los peligros. Manda, por ejemplo, que sólo pueda hacerse uso de determinadas traducciones de los libros Sagrados, traducciones que han sido revisadas con cuidado y autorizadas por la autoridad eclesiástica, á fin de que no tomen como libro sagrado, una Biblia falsificada, como muchas de las ediciones protestantes.

De este modo los fieles saben con certidumbre que lo que leen, es la palabra de Dios y no la humana palabra de algún traductor ignorante ó infiel. La simple obediencia á esta disposición, basta para hacer reconocer su gran sabiduría; pues ella, no sólo es buena y sábia: es además necesaria. Es, así mismo, una prueba, de que la Iglesia dedica mucho mayor cuidado á la santa Palabra de Dios, que aquellos audaces innovadores, que, so pretexto de hacerla más accesible á todos, no han hecho sinó arrastrarla por el fango y profanarla de la manera más vergonzosa. Sólo la Iglesia Católica, tributa á la Biblia verdadero respeto; porque sólo ella sabe usarla debidamente.

Para los protestantes, las Sagradas Escrituras son la única fuente y norma, en materia de

fe; pero surge un sinnúmero de cuestiones que echan completamente por tierra su sistema

Hélas aquí, según las expusimos arriba, con el sábio Hettinger: «¿De dónde has sacado la Biblia? — ¿Ese libro, que lleva el nombre de Sagradas Escrituras, contiene en realidad los Libros Sagrados escritos por los Apóstoles, bajo la inspiración y dirección del Espíritu Santo? —¿Y aunque así fuese, cómo sabes tú que ese libro contiene toda la doctrina de Cristo?— Y aún suponiendo que la contuviese, ¿quién te ha dicho que las Sagradas Escrituras están completas y no adulteradas? — Y aunque lo estuviesen, ¿quién te da la seguridad de que el sentido que tú encuentras en la Biblia es el verdadero sentido bíblico? Tú interrogas á la Biblia; pero ella es letra muerta y no te contesta; necesita, pues, de la palabra oral, viva, que la anima y le da vida. »

Hasta dónde llegan los protestantes con su Biblia como única regla de fe, después de haber rechazado el infalible ministerio de enseñanza de la Iglesia, nos lo demuestran las siguientes líneas de Barthe: «*Lutero* confeccionó una traducción de la *Biblia*, y *Zwinglio*, después de revisarla, declara que altera y corrompe la palabra divina. *Calvino*, á su vez, prepara otra traducción, y *Dumoulin*, aunque calvinista, encuentra que Calvino violenta el texto, altera el orden, y aún agrega pasajes. *Zwinglio* hace una traducción propia, y he ahí que los Luteranos le dirigen los mismos reproches que él dirigiera á Lutero. *Oekolampadio* y los Doctores de Basel también elaboraron una traducción; *Beza*, sin embargo, declaró que era en muchos puntos impía. Beza, entónces, editó una traduc-

ción más, que, á su turno, fué tachada de impiedad por los Doctores de Basel. Los predicadores de Genf las rechazaron todas por viciosas, y emprendieron una nueva traducción más: Jacobo I, en la reunión religiosa de Hampton-court, declaró que esta traducción era la peor de todas y la más infiel.» (*Verdades rel.*, cap. II.)

Cuán falsa sea la idea de que el protestantismo con Lutero fuese el primero que sacara á luz la Biblia, lo hemos demostrado más arriba. Luego, los protestantes, calumnian á la Iglesia declarándola hostil á la lectura de la Biblia.

* * *

VII. Dícese: Que el culto católico rendido á los santos es idólatra.

Contestamos con Goffine que: «En primer lugar, los honores que tributamos á los santos, en manera alguna amenguan los homenajes debidos á Dios; porque á los santos no rendimos culto divino, ó de *latria*. Sólo á Dios honramos y suplicamos como á nuestro Supremo Señor, mientras que á los santos sólo los honramos como á sus fieles servidores y amigos, con culto de *dulia*. A Dios lo honramos por sí mismo ó por las infinitas perfecciones que tiene en sí; á los santos, por los dones y gracias que han recibido del Señor.

En segundo lugar, honramos y apreciamos en los santos á Dios mismo, que en ellos se ha mostrado tan poderoso y misericordioso. El venerar á los santos, no puede, pues, menoscabar la honra de Dios, por el contrario la aumenta.» Sabemos, pues, lo que hacemos.

Pregúntase: *Si es permitido pedir á los Santos intercesión.*

«Ciertamente que lo es; puesto que es permitido pedir oraciones á hombres piadosos que aún están en vida, como Dios lo aconsejara á los amigos de Job (Job, 42, v. 8) y como lo hiciera San Pablo (1 Tess. 5,25.) ¿qué razón habría para que no fuese lícito pedir su intercesión á los santos que rodean el trono del Señor y que ven su rostro? Por lo mismo ha enseñado siempre la Iglesia católica, que es sobre manera saludable, pedir á los Santos su intercesión, y encarecidamente aconseja á sus fieles que lo hagan. Si mientras vivían sobre la tierra podían los Santos obtener alguna gracia de Dios, con tanta más razón lo podrán ahora en el cielo, puesto que la muerte no desata los vínculos que nos ligan á ellos por la santa solidaridad moral, la comunión de los santos.

«Y en cuanto á *si es lícito ó no honrar las imágenes de los Santos, la Santa Cruz*, etc., contestamos que: Si no es pecado honrar las estátuas y retratos de los Héroes y de los ilustres personajes, ¿por qué no ha de ser permitido venerar las imágenes de Cristo y de sus Santos? Todos los pueblos consideran que la honra ó deshonra de que es objeto una imagen, recae sobre aquel á quien ella representa...»

A las imposturas de escritores protestantes que acusan á los católicos de que adoran á la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, que confían más en Ella que en Jesucristo, que con la doctrina de la Inmaculada Concepción sostienen, que María, lo mismo que Jesús, fué concebida por obra del Espíritu Santo; contestamos con Weninger: «Nuestra doctrina es hoy día la

misma que se enseñaba en el principio de la Iglesia, y se ha enseñado siempre. Sostenemos hoy todavía lo que San Epifanio escribia contra los herejes del siglo IV: *Nosotros honramos á María*, decía este Padre, *más adoramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo* (Haeres 79). Así mismo, sostenemos, que todo el poder que la intercesión de la Santísima Vírgen posee para con Dios, se deriva de los méritos de Jesucristo; de manera que sus oraciones, así como las de los otros Santos tienen toda su eficacia de Él y por Él.

Y en cuanto al dogma de la Inmaculada Concepción, Pio IX ha proclamado solemnemente la antigua, muy conocida, doctrina católica definiendo que era una verdad revelada, que María había sido concebida sin incurrir en el pecado original, esto es, que en ningún momento había sido manchada por el pecado de nuestros primeros padres. Estas palabras son muy claras, y no dan lugar á mala interpretación.

Por lo tanto nosotros los católicos, sostenemos que María fué exenta del pecado original, porque no era conveniente que el Hijo de Dios tuviese por Madre á quien hubiese incurrido en la maldición del pecado, y hubiese sido esclava del capital enemigo de Dios. Y esta doctrina está perfectamente de acuerdo con la recta razón... Ah, no hay duda, protestantes! Lutero os ha separado de María Santísima, á pesar de haber Jesús recomendado á Ella á todos sus hermanos en la persona de S. Juan. Volved á vuestra Madre; ella es la Madre de Dios; su mano compasiva os conducirá á Jesús, y por Jesús al Eterno Padre. »

Todos los libros que tratan de religión, apro-

bados por la Iglesia Católica, sostienen idéntica doctrina y lo contrario, es calumnia protestante.

* * *

VIII. Pero en tiempo de la reforma, se dice, había muchos abusos en la Iglesia Católica, los que legitimaron la rebelión de Lutero.

Deharbe contesta: « La Iglesia sólo merecería el reproche, si ella hubiese autorizado y fomentado esos abusos, que están muy lejos de ser tan graves como se pretende. Mas esto nunca ha sucedido; por el contrario, ella siempre los ha condenado, abominado, rechazado y tratado de cortarlos con todos los medios que estaban á su alcance. Para cerciorarse de esto hasta la evidencia, basta leer las resoluciones del Concilio Tridentino, relativas á las mejoras de la disciplina eclesiástica. Para extirpar los males existentes, no se necesitaba la mano de reformadores intrusos, que hubieran hecho bien comenzando por reformar sus propias costumbres: tales hombres no podian sino inferir á la Iglesia heridas aún más profundas y dolorosas, escandalizando á los pueblos.

«Si por fin la Iglesia, por el hecho de tropezar con abusos y escándalos, hubiera dejado de ser santa y por consiguiente verdadera, ¿cómo es que Cristo compara su Iglesia á un campo en que crece el trigo y la zizaña, y á una red que, echada en la mar, allega todo género de peces, buenos y malos? (Mateo XIII, 25, 26, 47, 48).

¿Dónde se encontraba entonces en tiempo de los Apóstoles la verdadera Iglesia, puesto que á la sazón había escándalos, grandes escándalos,

disensiones, discordias, tibieza y otros graves delitos? (I. Cor. V, 1 y 11, 16-30). »

Aún los superiores eclesiásticos de los tiempos apostólicos, no estaban exentos de tacha, como lo demuestra el Apocalipsis, donde se lee entre otras cosas: «Y escribe al ángel (es decir al Obispo) de la Iglesia de Sardis:... Yo, el Señor, conozco tus obras, que tienes nombre, que vives, y estas muerto » Si la ausencia de todo abuso, de toda violación de la fe ó de la disciplina por parte de los fieles, fuese una condición necesaria de la Iglesia de Cristo, de lo expuesto, resultaría, que ya en el tiempo de los Apóstoles, habría dejado de existir, y hoy no existiría en parte alguna, puesto que las mismas comunidades protestantes, no pueden negar que en su seno ocurren muchos males é inmoralidades.»

La moralidad de la Reforma y de los reformadores

Mucho se han exagerado los abusos y vicios en la Iglesia; pero ¿cuánto podríamos decir en cambio de las costumbres y morolidad de los pretendidos reformadores y sus adeptos?

El reformador Lutero, ha descrito con gran exactitud el resultado de su reforma, en cuanto se refiere á la moral; he aquí sus propias palabras:

«Soy de opinión que los que ingresan al *Evangélio* (1), son peores de lo que eran antes de dar este paso. Desgraciadamente dia á dia nos apercibimos de que la gente, bajo el *Evangelio,* abriga mayores y más tenaces ódios y envidias,

(1) Nombre que Lutero daba á su pretendida reforma.

y se entrega á la avaricia, al hurto y á la sisa *más que antes*, bajo el Papado.» (1)

En otra parte agrega: «Leed los libros de los papistas, escuchad sus sermones, y hallaréis que el único argumento en que insisten; que lo único que nos echan en cara con persistencia, es que ningún bien ha producido nuestra doctrina; porque tan pronto como apareció nuestro *Evangelio* y se hizo escuchar, estalló el cisma en la Iglesia y surgieron las sectas,—y la honestidad y la disciplina y la educación, se vinieron abajo, y cada cual quiso ser libre como los pájaros y hacer lo que se le antojase, según su humor y capricho, como si no hubiese ni leyes, ni derecho, ni orden, *como por desgracia es demasiado cierto que sucede.*»

«El desenfreno de todas las clases sociales en todo linaje de vicios, pecados y abominaciones, *es hoy más grande que antes*, cuando la gente y especialmente la plebe se veía hasta cierto punto contenida por el temor y la fuerza, mientras que ahora, cual caballo desbocado, se lanza y hace cuanto le da la gana, sin reparo alguno». (2) Lo que, sin embargo, es una consecuencia del principio del libre examen, según lo demostramos en otro lugar.

En la explicación del libro V de Moisés, agrega Lutero: «Nuestros *evangélicos* han de ser siete veces peores de lo que lo eran antes; porque desde que hemos aprendido el *Evangelio* (es decir que para salvarse basta la fe, sin las obras) robamos, mentimos, engañamos, nos hartamos, nos emborrachamos y nos damos á todos los vicios. Se nos ha arrojado fuera un

1—Obras de Lutero. Ed. Walch. XIII, 2193, 2195.
2—Walch, V, 114.

diablo, y se nos han entrado en su lugar siete peores, como puede verse en los príncipes, señores, nobles, ciudadanos y campesinos.»

En el año de 1533, llegó Lutero hasta decir: «Merced á esta doctrina, el mundo empeora de día en día y se hace más incrédulo y desvergonzado. Los demonios se les entran ahora á los hombres en legiones, por manera que bajo la clara luz del *Evangelio* se vuelven más codiciosos, más impúdicos y peores que lo que fueran bajo el Papado: pues es cosa manifiesta entre campesinos, ciudadanos y nobles, y en todas las clases, desde los más grandes hasta los más pequeños, cuán vergonzosa y desordenada es la vida que llevan, entregados á la codicia, á la borrachera, á la disolución, y sumergidos en la inmundicia de todos los vicios.» (1)

Muchísimas y muy extensas citas de análogo tenor podría agregar aquí, tomándolas de los escritos de los reformadores y de sus contemporáneos; pero, bastará consultar el tomo I de la obra de Döllinger, titulada *La Reforma*. Pues bien; todas esas citas, ofrecen una clara y evidente prueba de que la pretendida Reforma no trajo consigo una mejora, sino una depravación de costumbres.

* * *

Veamos ahora CUÁL FUÉ EL CARACTER DE LOS REFORMADORES.

El simple sentido común nos dice, que un instrumento escogido, en manos de la Divinidad, para efectuar grandes cosas en su nombre, se distinguiría de los demás hombres por la su-

1—V. Boost. *Historia de la Reforma*, T. III, p. 204.

perioridad y excelencia de su caracter. Quien tenga verdadera vocación para reformar, para perfeccionar á otros, debe ser él mismo un ejemplo vivo de virtud y perfección.

Ahora bien, ¿qué cuadro nos presenta el caracter de los Reformadores? Nadie puede pintarlo mejor que ellos mismos; y en efecto, se han auto-fotografiado en sus escritos.

En primer lugar, en cuanto á Lutero, el jefe de los Reformadores, su carta á Melancton, de 13 de Junio de 1521, contiene las siguientes líneas: « Aquí lo paso sentado sin hacer nada, desgraciadamente orando poco y suspirando aún menos, pues me consume el fuego violento de mi indómita carne. Yo, que debiera arder con la llama del Espíritu Santo, no soy sino carne, antojos, desidia, holgazanería y somnolencia. No sé si, porque vosotros no oráis por mi, Dios se ha apartado de mí... » (1)

Para justificar su conducta, enseñó Lutero que la voluntad del hombre carece absolutamente de libertad, y es incapaz de hacer el bien y hasta que las obras buenas son inútiles sino escandalosas (2)

Las opiniones de Lutero sobre el matrimonio y la virginidad son tan desvergonzadas, que la pluma se resiste á transmitirlas.

Cuando estalló, en 1525, la guerra de los paisanos ¡cuán grata fué á Lutero esta rebelión, que por medio del pueblo debía realizar rápidamente lo que los príncipes, sus amigos, efectuaban con lentitud y timidez!

Pero la rebelión asumió proporciones más formidables que las que Lutero mismo hubiera de-

1—V. Boost, «Historia de la Reforma», III, p. 64.
2—Véase lo expuesto en las páginas 117 etc. y especialmente en las notas.

seado. Por lo tanto, el Reformador cambió de frente y se expresó como sigue: «Atravesamos una época tan extraordinaria, que los príncipes ganan el cielo con más facilidad, vertiendo la sangre de los paisanos y matándolos, que por medio de la oración; no deben por consiguiente tener compasión ni dar cuartel, sino seguir la matanza, y mientras se les mueva el pulso, exterminar á los campesinos á manera de perros rabiosos, pues todos ellos están condenados en cuerpo y alma, y son presa del demonio.» (1)

He aquí el hombre que pretendió reformar la Iglesia, declarando que las buenas obras era el escándalo más corruptor!

Los vicios y los crímenes, jamás pueden ser los medios de que se valga la Divinidad para enseñar la verdad á los hombres, ni es posible que los hombres de corazón depravado y de pervertida inteligencia, sean los mediadores entre Dios y la humanidad. Y sin embargo, el cisma anglicano es engendro de las desordenadas pasiones de Enrique VIII, «el más injusto, el más vil y el más sanguinario de los tiranos que hayan asolado la Inglaterra», según se expresa el protestante Cobbet. (2)

En los primeros años de su reinado, escribió un libro refutando á Lutero, y mereció del Papa el título de «Defensor de la Fe», de que hasta la fecha hacen gala sus sucesores; pero tan pronto como encontró en el Pontífice Romano un obstáculo á sus excesos, se convirtió en el mayor enemigo de la Iglesia y separó á todo su reino de la comunión católica. El hecho que motivó este cambio de conducta y de religión fueron sus

1—Boost, loc. cit. 110, y Ed. Walch, XVI, 58.
2—Historia de la Reforma de Inglaterra, c. 6.

relaciones ilícitas con Ana Bolena, dama de la Reina Catalina de Aragón, su legítima esposa. Ana aspiraba á la corona, y Enrique VIII no vió más medio que obtener de Roma la anulación de su matrimonio con Catalina. El Pontífice Julio II, resistió las pretensiones del Rey; éste, sin embargo, se casó con Ana Bolena, engañando al efecto, á uno de sus capellanes, el Dr. Lee, á quien manifestó que el Papa se había pronunciado en su favor y que tenía el acta en su gabinete. (1)

Lutero mismo, ha declarado que « antes de aprobar el divorcio de Catalina, permitiría más bien al Rey casarse con una segunda reina, y á ejemplo de los patriarcas y de los reyes tener á un mismo tiempo varias esposas ó reinas.» (2) La pasión por Ana Bolena no impidió que más tarde la hiciera decapitar y se casara al día siguiente con Juana Seymour. (3) Después de la muerte de Juana se casó con Ana de Cleves, de quien se divorció fundándose en que.... no era bastante hermosa! La cuarta mujer de Enrique, fué Catalina Howard, quien después de algunos meses fué acusada de no haber sido virgen en el momento de casarse, y sin oirla ni seguirle juicio en forma, fué condenada y ejecutada en 1542. (4) La sexta mujer, Catalina Parr, fué la única que le sobrevivió, pues supo apaciguar á su real consorte reconociéndole su infalibilidad en puntos de doctrina. El cuadro rigurosamente histórico que precede nos presenta un Reformador de iglesia y cos-

1—Lingard, p. 278.
2—Luth, ep. Waise, 1717.
3—Cobbet, c. 2.
4—Lingard, t. 6, p. 454 y siguientes.

tumbres, que fué adúltero al casarse con Ana Bolena, y aún incestuoso según Walch, (1) por ser padre de Ana y haber tenido relaciones con su hermana María; que ajustició y quemó á los que no reconocían su infabilidad; que manchó su memoria y sus manos con la sangre de Tomás Morus, espejo de su siglo, (2) y de Juan Fisher, modelo del episcopado; (3) que hizo asesinar bárbaramente á los Priores de los monasterios (4) y confiscar sus bienes para sí y sus herederos; (5) y que por fin murió exclamando: «todo lo hemos perdido, la Iglesia, el Reino, el honor, la conciencia y el cielo». ¡Y este era el corifeo de los que en Inglaterra pretendieron reformar la Iglesia católica!

Zwinglio (6) al principio de su carrera de reformador, de acuerdo con algunos nuevos partidarios, dirigió al obispo de Constanza y á la Liga «una súplica y solicitud amistosa», á fin de que permitiese la propaganda del nuevo Evangelio y se aboliese el celibato de los sacerdotes. «Vuestra honorabilidad conoce la deshonesta y escandalosa vida que nosotros (no queremos hablar sinó de nosotros) hemos llevado.... y hasta qué punto esto nos ha relajado y corrompido. Lamentamos nuestra desgracia, porqué, á la vez que el Señor no se ha dignado concedernos el don de la pureza, los hombres nos tratan tan cruelmente que llegan á infamarnos á causa de debilidades que son comunes á todos, como si lo que á todos es lícito

1—P. 507 y siguientes.
2—Lingard, *Biog. Univ.* Sander.
3—Lingard, Fuller, *Biog Univ.*
4—Lingard, t 6, p. 313 y siguientes.
5—Cobbet, *Hist. de la Reforma* c. 5.
6—Zwinglio fué sacerdote apóstata y figura entre los reformadores de la Suiza.

no lo fuera para nosotros. *Tened compasión de nosotros*, vuestros leales y fieles servidores, y autorizadnos para casarnos... » (1)

Zwinglio, hablando de si mismo, manifestaba que «si se dijese que pecó por orgullo, por glotonería, y por impureza, creedlo sin vacilar, porque estoy sujeto á estos vicios y á otros muchos.» (2)

Respecto de Calvino (3), el calvinista Galiffe, en su obra titulada: *Datos genealógicos*, que apareció en la misma Ginebra escribe lo siguiente: «Este hombre, tan infame por sus crímenes, que enarboló la bandera de la más salvaje intolerancia, de la más ciega superstición y de las doctrinas más impías, apóstol que infundia terror, pués nada escapaba á sus secretas investigaciones, y que en el transcurso de dos años, desde 1558 hasta 1559, hizo ejecutar cuatro cientas catorce sentencias de muerte, entre ellas la del médico Servet. » (4)

«Calvino, dice Volmar su primer partidario, es violento y perverso. ¡Tanto mejor! Es el hombre que necesitamos para adelantar nuestros negocios.»

En fin, aunque muchas otras pruebas análogas podríamos aducir, baste decir que el historiador protestante Cobbet formula el resúmen de sus estudios sobre los jefes de la Reforma en los términos siguientes: « Jamás vió el mundo reunidos en un mismo siglo tanto hombre perverso como Lutero, Zwinglio, Calvino, etc. El único punto de doctrina en que estaban acordes, era la *inutilidad de las bue-*

1—Obras de Zwinglio, tomo 1.
2—Cartas de Zwinglio.
3—Sacerdote apóstata, también reformador de Suiza.
4—Galiffe, *Datos genealógicos*. tomo III, p. 21.

nas obras, y su vida ofrece una relevante prueba de la sinceridad con que practicaban ese principio, que justifica todo vicio y depravación.» (1)

Y ¡tales hombres se atrevieron á reformar la Iglesia católica y tacharla de inmoral y corrompida!...

* * *

Pero, aún suponiendo que fueron unos santos ¿con qué derecho, fundó Lutero y demás reformadores, *una Iglesia nueva y enteramente distinta?* Una de dos; ó en aquel tiempo existía la verdadera Iglesia de Jesucristo ó no existia. Si existia ¿cómo se atreve Lutero á establecer una Iglesia nueva y del todo diferente? Si no existia resultan desmentidas todas las divinas promesas de que Jesucristo y el Espíritu de verdad permanecerian con ella *todos los dias* hasta la consumación de los siglos, y que las puertas del infierno jamás prevalecerian contra ella.

El mismo Lutero sintió la fuerza de este argumento; y como aterrado de la posición que habia asumido contra la antigua Iglesia Romana, escribe textualmente lo que sigue:

«Hay un argumento que es por demás difícil arrancárselo y destruírselo á los papistas, y *que aún á nosotros nos cuesta soltarlo y refutarlo.* Es menester concederles, lo que ahora les concedo: hablando en verdad, existe en el Papismo la palabra de Dios, el Apostolado, y de ellos hemos tomado las Sagradas Escrituras, el bautismo, los sacramentos y el púlpito. A no ser así, ¿qué sabríamos nosotros de todo esto?

1—«Historia de la Reforma Protestante», C. VII, número 200.

Por lo mismo, *la fe*, *la Iglesia cristiana*, *Cristo y el Espíritu Santo tienen que estar con ellos.* ¿Con qué objeto predico entonces contra ellos, como el discípulo contra sus maestros? Asaltan á mi ánimo estos graves pensamientos: ahora veo que estoy en el error. ¡Ojalá que nunca hubiera dado el primer paso ni predicado una sola palabra! ¿Quién puede, en efecto, ponerse en pugna con la Iglesia, cuya fe profesamos, diciendo: Creo en una Santa Iglesia Cristiana?

Y como encuentro á esta Iglesia en el Papismo, debo obedecerla; pues si la condeno, incurriré yo mismo en el mayor de los anatemas, y me veré rechazado y condenado por Dios. Difícil es sostenerse y predicar contra semejante anatema.» (1)

Tolerancia de Religión

Como el protestantismo y demás adversarios de la Iglesia nos hablan contínuamente de tolerancia, queremos ocuparnos con alguna detención de este asunto, aunque contentándonos con presentarlo bajo un punto de vista meramente filosófico. De este modo fijaremos el verdadero sentido de la palabra *tolerancia* de que tanto se abusa, y que tan adrede se ha querido confundir, y veremos en qué concepto es compatible con nuestra libertad de pensar, con la sana razón y con la recta filosofía.

La *tolerancia*, dice Bonald, es de las palabras que más se han sostenido entre las vicisitudes que en la época presente han sufrido aquellas, así como las sociedades; y se hace necesario

1 — Obras de Lutero, Ed. Walch. VIII. 479.

esplicar los motivos por los cuales se ha sostenido.

La *tolerancia* es grata á las almas sensibles, por las ideas de paz y de indulgencia que ofrece; pero gusta también á los hombres débiles ó corrompidos, que reclaman para su conducta la *tolerancia*, que otros reclaman para sus opiniones. Esta tolerancia, pues, única plaza que ha conservado de sus conquistas la filosofía del siglo XVIII había prometido, para cuando reinase sin obstáculo, la felicidad del género humano: más solo ha logrado substituir á la caridad cristiana la humanidad filantrópica, y esta humanidad ha sido para ella objeto de años de declamaciones no muy humanas ni tolerantes.

Vamos, pues, á investigar si esta tolerancia que acusa á la religión católica de esencialmente intolerante, tiene el sentido que se le atribuye, y si alguna vez se le ha dado el verdadero sentido.

La tolerancia es absoluta ó condicional, ó sea provisional. Absoluta es sinónima de *indiferencia*, y esta es la que combatimos. La condicional ó provisional equivale á *sufrimiento*, á *caridad recíproca* y á *respeto mutuo social* y también á *urbanidad;* y esta es la que la educación y sabiduría aconsejan y la religión prescribe, pués la falta de inteligencia recíproca ha sido muchas veces origen de disputas muy poco caritativas y respetuosas.

Esta tolerancia condicional, ó respetuosa debe ejercerse con respecto al error, y aún con respecto á la verdad. Consiste en aguardar el momento favorable al triunfo pacífico de la verdad, y en disimular el error, mientras que no pueda destituirse sin exponerse á males mayo-

res que los que se quieren evitar. La tolerancia *absoluta*, ó sea la indiferencia, no conviene ni á la verdad ni al error, que no pueden nunca ser indiferentes al ser inteligente, *obligado* por su naturaleza á investigar en todo la verdad, distinguiéndola del error para abrazar la una y desechar el otro.

La tolerancia absoluta, como la entienden los sofistas, no convendría sino á lo que no es falso ni verdadero, ó lo que es igual, indiferente en sí mismo. Más, como puede asegurarse que nada hay indiferente en los principios morales, religiosos y de la ciencia del hombre y de la sociedad; síguese que la tolerancia filosófica no es de un uso muy extenso; y que hubiera sido muy razonable el definir la tolerancia, antes de declamar con tanta acritud contra la intolerancia.

De aquí se sigue también una consecuencia no menos inesperada que rigurosa, y es que á medida que los hombres se ilustran, las cuestiones se ilustran tambien, y se deciden aquellas más ó menos importantes, cuya opinión parecía antes indiferente á nuestra ignorancia. Así que, á medida que las luces progresan en la sociedad, ha de haber menos tolerancia absoluta ó indiferencia sobre las opiniones, pôrque perfeccionándose la inteligencia en la investigación de lo verdadero ó de lo falso, se ha de decidir por la verdad precisamente, y ha de ser menos tolerante con el error. El hombre mas ilustrado ha de ser el menos indiferente sobre las opiniones. El estado de duda en ciertas materias es un estado completo de ignorancia, asi como en otras la gran ciencia consiste en saber dudar.

Proclama la incredulidad, la tolerancia absoluta en las opiniones morales y religiosas, y sin

embargo no la hallamos en ninguna especie ni en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias, ni en las artes.

El hombre, en cuanto al cuerpo, está sometido á ciertas leyes contra las que no tolera la naturaleza infracción alguna: todo está determinado, nada es indiferente en el orden natural, y perecemos si faltamos á las leyes de la templanza sobre los placeres y aún sobre las necesidades. Las leyes humanas son otras tantas declaraciones públicas de intolerancia, prescriban ó prohiban, nada dejan al capricho, arreglando todas nuestras acciones civiles bajo penas,de las que la menos severa es la nulidad de los actos que hacemos sin consultarlas. Su precaución se extiende hasta nuestras últimas intenciones, las que no respetan sino en cuanto están acordes con su voluntad; y después de haber vivido bajo su dominio, es preciso, por decirlo asi, morir en su intolerancia.

Las costumbres son aún más intolerantes que las leyes,y lo que estas no pueden alcanzar, lo someten las costumbres á su jurisdicción. Verdad es que no castigan con suplicios, pero manchan con el vituperio, ridiculizando cuanto se separa de lo que ellas han arreglado como honesto, decoroso, ó conveniente, mandando algunas veces cosas irregulares, y aún ilegítimas, pués, á menudo las costumbres están en contradicción con las leyes, y el hombre se halla colocado entre dos intolerancias igualmente temibles, la de las leyes y la de las costumbres.

Para este legislador arbitrario nada es indiferente, ni aún lo que parece inútil. La autoridad de las costumbres se estiende hasta el modo de

vestirse, saludar y arreglar las formas de los cumplimientos más pueriles.

¿Qué puede haber en el mundo de más intolerante que las ciencias? ¿Qué otra cosa son los libros y las cátedras de instrucción sinó cursos públicos de intolerancia? La crítica no *tolera* en ellas un principio atrevido, una consecuencia mal deducida, una demostración viciosa, una cita inexacta, una fecha falsa, ni un hecho controvertido. Por medio de los periódicos se publican las sentencias de su tribunal en el orbe literario, y se manifiestan las faltas de los autores.

Las artes ¿son otra cosa que un campo de batalla en el que la intolerancia del buen gusto combate contra un gusto falso ó corrompido? No le basta á una obra ser bien ideada, pues no se *tolera* si es mal escrita; ni le basta que instruya, es preciso que guste; y aun cuando su destino sea únicamente recrear la imaginación del lector, se exige que divierta según ciertas reglas establecidas por el gusto, sancionadas por el ejemplo de los modelos, y cuya observancia es más difícil y la práctica más rara, á medida que es más profundo su conocimiento. (1)

Y no obstante ¿qué cosa más indiferente en la apariencia para la sociedad que un mal drama ó algunos errores gramaticales ó literarios? Y si alguna tolerancia pudiese esperarse de los

1—En el juicio de las piezas dramáticas es en donde la crítica se manifiesta regularmente más intolerante. En el teatro es donde lleno de angustias y dolores comparece personalmente un autor como un reo, para ser juzgado en audiencia pública; y si á beneficios de algunas circunstancias felices de manejos diestros, logra adormecer la severidad de los espectadores en una pieza mediana, arrancando algunos aplausos del momento; vuelto el público á su intolerancia ordinaria, lo hace espiar un éxito arrancado por la sorpresa, castigando con un eterno olvido la satisfacción de algunos instantes.

hombres, ¿no deberían, reservando toda su severidad para los escritos peligrosos, respetar toda producción inocente, aunque débil, como una confianza que el autor les ha hecho de la medianía de su talento, ó como una desgracia, cuyo primer motor ha sido el deseo de agradar al público?

Obsérvese también que los escritores que con más vehemencia han reclamado la tolerancia sobre todas las materias, son cabalmente los que más se han excedido en intolerancia.

Así la crítica en manos de Voltaire no ha perdonado ni aún á los buenos ingenios del siglo y ha tomado á menudo hácia los contemporáneos el carácter de libelo infamatorio, y hasta el tono injurioso y grosero del populacho más vil. ¿No ha sido este escritor y los demás de su escuela los que han difundido el gusto y dado el modelo de ese tono burlón, que desflorando el vicio desconcierta la virtud, y que en el fondo no prueba sino una igual indiferencia por uno y otra?

No solo en las artes de ingenio ejercen los hombres unos sobre otros una continua censura; pues las artes más frívolas no están sujetas menos que las otras á este tribunal, y hasta en las artes puramente mecánicas los que las ejercen suponen en sus trabajos una importancia ridícula, juzgándose recíprocamente cegados por el interés, é ilustrados por la envidia.

* * *

Es preciso, no obstante, confesar esta intolerancia que ejercemos unos contra otros sobre nuestras opiniones, sobre nuestras acciones, so-

bre nuestras producciones, y que es el origen de tantos juicios falsos ó temerarios, de tantos odios y discordias; esta intolerancia procede de un principio natural al hombre, y aún puede decirse que está en el orden; porque siendo la perfección el estado natural, al que debe tender y le está *mandado*, el hombre es y debe ser intolerante en lo que se separe en todos los géneros de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, que conciba ó imagine tal.

Es intolerante en todo, porque en todo hay de verdadero ó de falso, bueno ó malo, orden y desorden, buena y mala moral, buena y mala filosofía, buena y mala política, buena y mala literatura, oratoria, poética, etc.; bueno y malo tanto en las leyes como en las artes, en las costumbres como en las maneras, en los procedimientos como en las opiniones, en la teoría como en la práctica.

Cuanto más penetrado se halla el hombre de ciertas verdades, conoce mejor en donde se hallan la belleza y la bondad, y más le repugna lo que es opuesto á estos principios.

Verdad es que el hombre desecha á menudo como falso lo que es verdadero, ó aprueba como verdadero, lo que es falso, tomando lo bueno por lo malo, y al contrario; pero aún en este extravío obedece al principio universal del ser inteligente, y tan sólo se engaña en su aplicación. Yerra por preocupación de juicio, pero nunca por la determinación de la voluntad; á no ser que por maldad propague el error y el vicio.

Sin embargo, estos mismos hombres tan intolerantes sobre todo otro objeto, reclaman una tolerancia *absoluta* sobre las opiniones ó creencias religiosas. Suponen, pues, que no hay en

la religión considerada en general y en todas sus diferencias, nada de verdadero ni falso, ó que si lo hay en la religión como en las demás cosas, el hombre no tiene medio alguno de distinguirlo; ó, finalmente, que la religión sea falsa ó verdadera, es igualmente indiferente para el hombre.

Y como la tolerancia absoluta no puede, como hemos ya observado, aplicarse sino á lo que es indiferente, la tolerancia filosófica de todas las opiniones religiosas ha conducido á una indiferencia absoluta, de todas las religiones: estado el peor de todos, y el más próximo al ateismo; y es digno de observarse que esta tolerancia absoluta ha pasado á la práctica de las costumbres y desórdenes que otras veces habrían provocado la severidad del poder público ó doméstico, en nuestros días se toleran con un disimulo que degenera en indiferencia.

Ahora bien; la suposición de que todas las religiones ó todas las sectas cristianas son indiferentes, no puede sostenerse en buena filosofía.

En efecto, ¿cómo suponer que no haya nada de verdadero ni falso en religiones opuestas entre sí, cuando en todas partes son la relación verdadera ó falsa de Dios con el hombre, y de éste con sus semejantes, la razón del poder, la regla del deber, la sanción de las leyes, la base de la sociedad; cuando hay verdadero ó falso en todo cuanto los hombres ejercitan su razón ó sus pasiones; verdadero ó falso en todo, hasta en los objetos más frívolos de nuestros conocimientos y de nuestros placeres? Si hay, pues, verdadero y falso, orden y desorden, bueno ó malo, en las diferentes religiones

consideradas en general ¿puede suponerse en sana filosofía que Dios, que es la misma inteligencia, no los distinga, ó que Dios, que es la suprema verdad pueda permanecer indiferente á la una ó á la otra? ¿Y si las distingue, si prefiere la una á la otra, ¿puede pensarse que haya rehusado á los hombres, séres inteligentes, capaces también de conocer y escojer, de amar ó de aborrecer, todo medio de distinguir lo bueno de lo malo en las relaciones que tienen con él? ¿Y á qué fin les hubiera dado este ardor desmedido de aprender, y les hubiera permitido el descubrir las relaciones que tienen aún con las cosas insensibles? Y si existe algo de verdadero y falso, de bueno y de malo, en las diversas religiones, como en todo otro objeto de nuestros conocimientos, si el hombre puede distinguirlo ¿cómo suponer que pueda permanecer indiferente á la verdad y al error, cuando no puede ser indiferente con nada, porque en él la indiferencia es el carácter más señalado de la estupidez?

Pero, si todo es indiferente en las opiniones religiosas de los hombres, si no las hay de verdaderas y de falsas, si la opinión de los que creen en un solo Dios, la de los que creen en una multitud de ellos, y las de los que no creen absolutamente en Dios, son igualmente indiferentes, igualmente establecidas (pues no se puede sin inconsecuencia excluir de la tolerancia absoluta una opinión cualquiera que sea) todo es indiferente también en las prácticas de los diversos cultos; y todo lo que emana de un principio cualquiera religioso, es igualmente bueno ó igualmente malo. Entonces es preciso sostener que es igual entre sí el ofrecer á la Divinidad

una *hostia* inocente, ó inmolarle víctimas humanas; el sacrificar como los chinos, los niños recién nacidos al *espíritu del rio*, ó ponerles como los cristianos, bajo la protección del bautismo; negar á Jesucristo ó creer en su divinidad; el autorizar la esclavitud ó proscribirla. Entonces la poligamia con todos sus desórdenes, es tan buena en sí misma como la unidad de esposa con toda su dignidad y sus ventajas; y la facultad del divorcio, condenada aún por los legisladores que la proponen, no es más imperfecta que la indisolubilidad del lazo conyugal, á la que no puede objetarse sino un exceso de perfección.

Y no obstante, tal es para el entendimiento humano la necesidad de ser consecuente, aún en la opinión más inconsecuente, que los partidarios de la intolerancia se han visto forzados á sostener é insinuar la indiferencia de todos los actos religiosos, ó autorizados por las diferentes religiones; y cuando estos actos han parecido tan bárbaros ó extravagantes, han acusado de ello á la religión en general, esto es, á todas las religiones indistintamente, atribuyendo de este modo á la religión cristiana horrores que ella desaprueba y ha hecho desaparecer en todos los países en donde se ha extendido. (1)

1—Verdad es que en los pueblos cristianos se ha ejercitado muchas veces la intolerancia de opiniones en controversias que sólo parecen sútiles ó indiferentes. En estas cuestiones en que se ha querido ridiculizar la palabra *escolástica*, es en donde los sofistas, que no penetran el fondo de las cosas, han triunfado sin dejar de hacer ver que nada de semejante se agitaba entre los gentiles. Pero es justo observar que en los pueblos cuya religión habla solamente á los sentidos y no á la razón, no puede haber disputas de cuestiones intelectuales, del mismo modo que entre los niños ó artesanos no puede haber disputas de metafísica; y que en los pueblos ilustrados cuya religión es toda espiritual, las opiniones de esto género han debido adquirir una grande importancia porque de las opiniones proceden los dogmas que conducen a los actos, y que si la moral arregla bien ó mal la conducta de los individuos, los dogmas solos constituyen la bondad moral de los pueblos: principio de filosofía política que los gobiernos han perdido de vista demasiado.

Más esta tolerancia absoluta que el liberalismo incrédulo reclama sobre las opiniones religiosas, ¿ha existido nunca en la religión ni aún en la filosofía? Es preciso observar que toda nueva opinión es esencialmente intolerante por el solo motivo que es nueva, y que repele las opiniones antiguas.

Cuando Lutero se separó de la Iglesia romana acusó á los fieles hasta de idólatras y groseros, llamándoles *papistas*, *diablos*, *perros* y *cochinos*. Los sofistas del último siglo y los del presente han prodigado á los cristianos entre los cuales vivieron y viven, y con quienes tuvieron y tienen todas las relaciones que dan una patria y habitación comunes, los epítetos de *fanáticos*, de *supersticiosos*, de *retrógrados*, de *hipócritas* y de *tontos*.

Hablando de buena fe, es esto tolerancia? Para los hombres ilustrados y por consiguiente, sensibles, hay cosa mas intolerante que las injurias? Para dar ejemplo de esta tolerancia que se pide, Lutero y los sofistas debían haber hablado así á sus adversarios: «Vuestras opiniones son sábias y verdaderas, pero no nos convienen, y por esto publicamos otras diferentes.»

Esto, aunque no hubiese sido muy razonable, hubiera sido perfectamente tolerante; pues de cualquier modo que se tome, y por moderación que se emplee para decir á algunos hombres que se engañan, y que han caído en errores groseros, ó en vergonzosas supersticiones, es decirles en substancia que son tontos y fanáticos. El solo pensamiento que un semejante nuestro permanece en el error, es ya un acto interior de intolerancia: mucho más lo será cuando se ma-

nifiesta este pensamiento acompañado de actos y de injurias.

La cuestión de la tolerancia ha sido casi siempre presentada con el apoyo de un juego de palabras. Se ha reclamado la *libertad de pensar*, lo cuál es un absurdo mayor que si se hubiese reclamado la libertad de la circulación de la sangre. En efecto, ni el tirano mas caprichoso, ni el monarca más absoluto pueden atentar en contra de la una ni de la otra de estas dos libertades; y el mismo Dios que deja á los hombres que piensen de él lo que les parezca, no podria impedir la *libertad de pensar* sin desnaturalizar al hombre, y quitar á sus determinaciones la libertad de merecer ó desmerecer.

Más, lo que los sofistas llaman libertad de pensar es la libertad de pensar á voces, esto es, de publicar sus ideas por medio de los discursos ó de la imprenta, y por consiguiente de combatir las opiniones de los demás; siendo así que hablar y escribir son acciones, y aún las más importantes de todas en una nación civilizada. La libertad de pensar, pués no es la de obrar, y ¿como podria exijirse de un gobierno una tolerancia absoluta de la libertad de obrar, sin hacer inútiles todos los cuidados de la administración para mantener la paz y el buen órden, ó más bién sin desquiciar la sociedad?

* * *

Añadiremos una reflexión importante. Una falsa opinión debe ser tolerante, pues sino ¿qué derecho tendrá para condenar las demás opiniones? Mas, los que las profesan son regularmente celosos é intolerantes. Así es, que la re-

ligión de Mahoma es tolerante, y los mahometanos han sido muy intolerantes. Al contrario, si la verdad no es un ente de razón, una opinión verdadera debe ser esencialmente intolerante de los errores que se oponen á ella, pero los que la profesan deben ser tolerantes con tanta mayor razón, cuanto más seguros están que tarde ó temprano triunfará la verdad. Mas, cuando una opinión empieza en la sociedad, ya sea falsa ó verdadera, lejos de pedir ni conceder la tolerancia, se esfuerza por extenderse, aspirando á la dominación. De aquí el espíritu de proselitismo común á todas las opiniones religiosas, políticas, literarias, filosóficas, etc. La guerra empieza, pues, entre la nueva doctrina y las doctrinas antiguas, que están en posesión del imperio, y va avanzando, por decirlo así, con las armas en la mano. Si esta doctrina es verdadera se extiende y se consolida mas bien con la persecución que por la tolerancia. (1)

Si es errónea va ganando terreno hasta un cierto punto, y algunas veces por la contradicción; pero no se detiene y declina hasta llegar á ser muy dominante en la sociedad; mas, una vez conseguido el imperio incesantemente se convierte en retroceso, que oprime su debilidad y manifiesta su impotencia. Entonces suspira por la tolerancia, y quiere componerse con la verdad, y como los litigantes de mala fe intentan un recurso, una composición amistosa, que puede ser definitiva entre los hombres, pero nunca entre principios como estos.

1—Así sucedió en nuestra religión augusta. La sangre del Divino Redentor que la fundó fué la primera semilla que no tardó en llonar la tierra de hombres que creyeron en él y fueron salvados. La persecución y la barbarie de los perseguidores extendió más y más el cristianismo en los siglos más florecientes de la religión; y la sangre de los mártires continuó á ser, según la ya sabida expresión de Tertuliano, un semillero de cristianos.

La doctrina enemiga de todo poder religioso que se ha llamado *filosofismo* y después anticlericalismo, ha sido tanto en sus principios como en sus progresos enteramente intolerante. Usaba *palabras magníficas* para hablar el lenguaje de la Escritura, y prodigaba la injuria y la mofa á sus adversarios, y cuando se vió en el trono de Europa como opinión dominante, no pudo, como otro Faetonte sin abrasar el mundo, soltar las riendas de estas pasiones fogosas, que la religión trataba con tanta facilidad.

El mundo civilizado estaría más adelantado, y sería más feliz, si tanto ingenio é intrigas, como se han empleado para establecer la tolerancia absoluta de todas las opiniones, que en su caso no es otra cosa que la indiferencia para todas las verdades, se hubiera hecho servir para preparar los entendimientos á una misma creencia, único medio de conciliar los corazones.

Pero si los hombres no han tenido aun el pensamiento de esta unión tan deseable, los acontecimientos más poderosos que los hombres, en virtud de las leyes generales; tienen la tendencia á reducir al orden, que es la unidad, dando cada dia pruebas de la necesidad de ello; y así como la diversidad de opiniones religiosas y la división que esta diversidad produce, han sido la causa primitiva de la incredulidad y diversidad de creencias, la unidad de opiniones, producirá tarde ó temprano el grande y último efecto de la civilización universal, que es el culto de un solo Dios, según una misma religión para toda la humanidad.

Pedir á seres inteligentes, *que no viven solamente de pan*, sinó de la investigación y del conocimiento de la verdad, la indiferencia abso-

luta de las opiniones, sean las que fueren, es pedir imposibles y prescribir el reposo absoluto de la materia, que no existe sino por el movimiento.

Pero, si la tolerancia absoluta, ó sea la indiferencia, es absurda y es culpable entre opiniones verdaderas y falsas, y por consiguiente, necesariamente exclusivas las unas de las otras, la tolerancia condicional, esto es, el *respeto mútuo* debe existir entre hombres que de buena fe profesan opiniones distintas. Pues de lo contrario, hasta seria imposible la sociabilidad, se fomentarían los ódios y las persecuciones entre conciudadanos, con detrimento de la tranquilidad y recíproca benevolencia, como lo demuestra el *culturcampf internacional* inspirado por la intransigencia del anticlericalismo protestante liberal con sus diatribas y folletos difamatorios y sus excitaciones á incomodar é insultar peregrinos pacíficos, apedrear é incendiar templos y conventos, negando el más simple respeto y consideración á sus adversarios, que en nada los molestan al trabajar por sus ideales con los medios más cultos y pacíficos.

Y ¿qué mayor intransigencia por parte de los liberales, que valerse de esas leyes de persecución, que ponen fuera del derecho común á las comunidades religiosas, leyes de excepción y de confiscación, propias de epocas retrógradas?

La necesidad de este disimulo y respeto mútuo, si tuviese precisión de ser probada, lo sería con las razones mas decisivas, y está sobre todo apoyada en el ejemplo del Maestro de todos los hombres, en moral y en religión; debiendo en esto observarse la diferencia de la tolerancia filosófica á la tolerancia cristiana.

Ahora deseamos probar que hechos indubitables demuestran la falsedad histórica de la tésis que atribuye á los protestantes el establecimiento de la tolerancia civil en materias religiosas, pues no es difícil probar el fundamento doctrinal de la intolerancia protestante.

He aquí donde está el vicio radical del sistema. La Iglesia católica enseña que por institución de Jesucristo, ella es la única que posee la verdad religiosa absoluta, y que no es posible errar creyendo sus dogmas y adoptando su moral; resérvase por tanto, el derecho de decidir acerca del sentido de los lugares dogmáticos y teológicos de la sagrada Escritura, y prohibe la interpretación privada de estos lugares

Según esto, la Iglesia católica obró lógicamente entregando al brazo secular á aquellos de sus súbditos que se oponian obstinadamente á sus enseñanzas, pues tiene anterioridad y autoridad dogmáticas. Pero el protestantismo rechaza el principio de autoridad y entrega en manos del libre examen y al audaz arbitrio de la exégesis personal el texto mismo de la Biblia, cuya soberanía proclama y á la cual considera como fundamento de su fé. Niega el sentido que le han dado hombres de eminente santidad y profunda ciencia, muchos siglos antes del nacimiento de las herejías luteranas y calvinistas, y reconoce en cada uno de los fieles el derecho de discernir si la enseñanza de los ministros se conforma con la Sagrada Escritura; pero al mismo tiempo confiere al poder y magistrados civiles el derecho contrario de decidir en último recurso en materias de fé; como lo practicaron los soberanos de Alemania, Inglaterra, Suecia, Noruega

y demás naciones protestantes de Europa. Esto constituía un repugnante *césaro-papismo* y una flagrante contradicción de principios: el individuo tiene el derecho del libre examen y sin embargo el gobierno puede imponer la religión.

Por eso, no es de maravillarse que el solo comprobar este vicio interno del protestantismo haya conducido al eminente Papin á la Religión católica. Sorprendido por la oposición inconciliable que media entre la teoría del libre examen y la intolerancia práctica de los protestantes, este gran hombre, cuya alma era recta y sincera, se hizo á sí mismo el siguiente razonamiento:

«Si es legítimo el principio de autoridad, al cual se atienen los protestantes para oprimir á los católicos, este principio condena el nacimiento del protestantismo, porque los protestantes negaron la sumisión á la Iglesia católica establecida; si es legítimo el principio del libre examen, que abrazaron desde su origen, este principio basta para condenar los procedimientos autoritarios que han inventado para corregir los excesos; aunque, en verdad, se había tomado un camino que conducía á los mayores excesos de la impiedad.»

Más no se juzgue á los protestantes de otro tiempo por lo que son los de hoy día: al cabo de dos siglos, el racionalismo causó grandes estragos en sus filas, y la indiferencia ha venido á sustituirse poco á poco á su antiguo fanatismo, como sucede en las potencias europeas adictas al protestantismo; por más que á veces aparezca algún *Kulturcampf* á lo Bismarck.

Es cierto que el principio del libre examen les ha conducido á este término, que se deduce lógicamente de sus doctrinas; en este sentido

el protestantismo ha sido indirectamente causa, ó, hablando con mas claridad, una de las causas del establecimiento de la tolerancia religiosa. Pero adviértase que esta conclusión solo se ha seguido gradualmente y en proporción á la decadencia cada vez mayor de la fe cristiana en el protestantismo.

En suma; la tolerancia en el sentido que ahora se da á esta palabra, es, por lo menos en parte, el fruto de la descomposición doctrinal de la gran herejía del siglo XVI, el protestantismo.

* * *

Por lo demás, es injusto tachar de *intolerantes* á los católicos, porque usan del derecho de rechazar en principio toda doctrina que no esté conforme con la religión revelada y garantida por Jesucristo y su Iglesia. Pues esta tacha es absurda: 1.º porque, si la religión revelada es la única verdadera, como la verdad no es más que una, la razón natural dicta que otra religión, cualquiera que sea, debe ser falsa, lo que es muy legítimo en la región de los principios, por más que esto no implique la negación de la tolerancia personal del mútuo respeto.

2.º porque es una inconsecuencia proclamar el pretendido derecho de libertad de pensamiento hasta para negar la palabra de Dios y después quejarse de que los católicos usen de ese derecho para creer en la enseñanza de la Iglesia garantida por Jesucristo como infalible.

Pero, la *Inquisición*, replican los protestantes, ¿no prueba el fanatismo é intolerancia de los católicos y de su Iglesia?

Ante todo, esta objeción es ya hoy día una ver-

dadera vulgaridad. La Inquisición como institución y tribunal eclesiástico, es el derecho que tiene la Iglesia de juzgar acerca de la ortodoxia de las doctrinas; pues ella tiene la misión de enseñar la verdad y destruir el error: *Id y enseñad á todas las gentes, etc.;* el modo puede variar según las épocas; pero la misión es idéntica en todos los siglos. Y ¿qué hay en esto de intolerancia, á no ser que se confunda con la indiferencia religiosa?

Si en España abusó algunas veces el poder civil de esta institución contra los judaizantes y los herejes, fué su crueldad reprobada por los Pontífices Sixto IV, León X y Alejandro VI; aunque tenía su explicación en razones políticas, más bien que religiosas.

Y además, hoy día, invocar la Inquisición es un mero espantajo para alarmar á gentes simples, puesto que si fué posible en otra época y sólo en España, amenazada por moros, judíos y herejes, en los tiempos presentes ya es imposible una institución semejante.

Sin embargo, más inexplicable que la Inquisición española fué *el reinado del terror* en Francia, organizado por una revolución que proclamaba los principios de libertad, igualdad y fraternidad y preconizaba los derechos del hombre y del ciudadano, para ahogarlos después en sangre con el patíbulo y la guillotina, y hoy día con las persecuciones religiosas.

Debe notarse además: 1.° que mucho se han exagerado las crueldades de la Inquisición española, como lo demuestran sus propios adversarios: 2.° que en los *autos de fe* jamás intervino la Iglesia, sino el poder civil: 3.° que por aquellas épocas, como lo reconoce el mismo

Voltaire, en todaspartes fueron crueles con sus adversarios, y más que en España. No sólo las naciones protestantes cubrieron de persecuciones y de cadalsos su suelo, sino que la misma revolución francesa, que tan alto proclamaba la tolerancia y la humanidad, hizo más víctimas con la guillotina en sólo un año que la Inquisición durante los siglos que existió.

4.º Por fin, que los españoles, que abusaron de la Inquisición, aunque mucho menos que los soberanos protestantes en sus persecuciones á título de libre exámen, no representaban ni á la Iglesia católica ni á los católicos del mundo, para que seamos responsables de aquellos hechos, á las veces crueles y tan comunes entre los protestantes.

5.º En todo caso debería invocarse el ejemplo de la Inquisición Suprema de Roma, que á nadie llevó al cadalso por motivos de religión, y más bien se distinguió por su suavidad y por haber absuelto á los que á ella apelaban de las sentencias de la Inquisición de España, con gran resistencia de los soberanos españoles.

La Liga de Cristianos

Queremos ocuparnos de esta Liga, porque es una nueva aparición entre nosotros; aunque, dada la exposición que arriba dejamos hecha acerca del protestantismo, creemos que cualquier individuo, por poco instruido que sea, podrá juzgar, bajo el aspecto religioso, del valor y significado de la denominada *Liga de cristianos*, que lleva este aditamento, *para la emancipación de la América latina del yugo papal.*

He aquí, como si no existiesen bastantes, una

secta más entre las innumerables, que usurpan el nombre de cristianas. Dicen los de esa Liga que admiten la Biblia (según el texto de la Iglesia Metodista episcopal), como única regla y fuente de la fe cristiana, lo que nada tiene de nuevo en el sistema protestante; pero su misión especial es nada menos que *¡¡emancipar á la América latina del yugo papal!!*

Desde luego, se ve que constituyen una liga de cristianos que tienen vergüenza de declararse protestantes, ya que son éstos los que llaman *yugo papal*, ó papismo, á la autoridad del Papa, sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo, ignorando que el yugo papal no es sino *el yugo de Jesucristo*, pues eso representa la Iglesia cristiana, fundada sobre la autoridad del Papa, como garantía contra los falsos profetas y falsos doctores, como ya lo hemos demostrado.

Así, pués, ¿qué clase de cristianos son estos que se proponen apartar á los hombres de la Iglesia de Jesucristo y emanciparlos de su yugo, que es suave y liviano, como declara el Salvador? Volvemos á repetirlo: separarse de la Iglesia católica es salir de la verdadera Iglesia, que reconoce al Papa como Jefe visible de la misma, según la institución de Jesucristo, como lo demuestra la misma Biblia y toda la historia del cristianismo.

Pero, he aquí que podemos preguntarles ¿quiénes sois vosotros para emancipar á la América latina de la profesión de la religión católica, pues acaso pretendéis ser los flamantes apóstoles de Jesucristo, suscitados en estos últimos tiempos? ¿Y quiénes sois para sustituiros al Papa, y hacernos creer en vuestra ciencia infalible para interpretar la Biblia, de manera que nos

garanta lo que llamáis el *puro Evangelio y el verdadero cristianismo*, pues que os atribuis arrogantes la autoridad que negáis al Papa?

¿No veis que, por lo menos, es una pretención ridícula de vuestra parte? En lugar de un Papa, que es la continuación viviente del Apostol Pedro, á quien Jesucristo dió las llaves, esto es, la autoridad suprema en la Iglesia ¿cómo queréis que carezcamos de sentido cristiano para aceptar á todos los autores y corifeos de sectas, á título de que ellos son los que enseñan el puro Evangelio y el verdadero cristianismo, de tantas y tan múltiples maneras expuesto, que constituye una verdadera Babel cristiana?

Más vale ser francos: creer ó no creer; pero venirnos á decir que el cristianismo y la Iglesia de Jesucristo está en vuestras manos, convertida en ese sistema del examen privado de la Biblia, conjunto de sectas innumerables, que ya no saben lo que profesan ó tienen de cristianismo, porque cada uno se ha arrogado el derecho de declarar puro cristianismo lo que mejor le place, según su propia inspiración! Hoy dia esto es ya asaz ridículo. El que no quiera creer en el Papa ¿cómo va á creer en vosotros, predicadores sin misión y sin títulos?

Vosotros los que constituís la «Liga de cristianos» invocáis ese nombre en ódio á la Iglesia católica, que no conocéis sino por un conjunto de prejuicios vulgares; pero si queréis ser verdaderos cristianos procurad estudiar esa maravillosa Iglesia católica, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, que ha marchado al frente de la civilización con una gloria y majestad que constituyen el orgullo de la historia; y no os

convirtais ridículamente en pontífices sin misión de la religión de Jesucristo; pues ¿acaso os podéis persuadir vosotros mismos que sois los sucesores legítimos de aquellos á quienes dijo Jesucristo: « Id y enseñad á todas las gentes á observar lo que os he mandado... El que á vosotros oye, á mi me oye ».—Por mas santos, perfectos é ilustrados que seáis, carecéis de misión legítima para que creamos en vosotros.

Por Dios! tratemos con mas seriedad y buena fe estas cuestiones tan importantes! Queréis ser cristianos y profesar la verdadera doctrina de Cristo? Escuchad á la Iglesia; porque nadie os lo puede enseñar sino esa Iglesia que recibió de Jesucristo la misión de enseñarla á todas las gentes, y con la que prometió estar hasta la consumación de los siglos: así lo demuestran la Biblia y la historia.

Pero es una triste y ridícula pretensión el presentaros ante un pueblo católico, que sabe mejor que vosotros lo que es cristianismo, y en son de misioneros y varones apostólicos, y á la manera de los pretendidos reformadores protestantes,declaráis que, no los Papas, sino vosotros, sois los que tenéis la misión de enseñarnos el puro Evangelio. Mirad, que además de causar hilaridad, dáis suma compasión!

¿Cómo podéis pretender que os veneremos y acatemos como pontífices y heraldos de una nueva Iglesia? Según decís, venis á restablecer la verdadera Iglesia de Jesucristo, el verdadero Evangelio, la fé pura de la Biblia. Pero ¿qué sabéis de todo esto y con qué autoridad lo declaráis, si negando la autoridad y misión de

la Iglesia, os quedáis con el libre exámen bíblico, que no puede producir más que la duda, la diversidad de sectas y por fin la disolución en el excepticismo y en la incredulidad?

Mas ¿qué podríamos esperar de esa novel falange de cristianos? ¿Cómo podrán ellos ponerse de acuerdo en lo que han de creer y enseñar, si no lo han podido los que podríamos llamar próceres del protestantismo? En efecto; pocos años hace, ante el peligro de disolución creciente en el seno de la Reforma protestante, se constituyó la *Alianza Evangélica* destinada á sostener el protestantismo, como cuerpo de enseñanza, por un compromiso ó convenio, al menos sobre las verdades necesarias. Celebró cuatro asambleas, que casi podrían llamarse ecuménicas, en Lóndres, París, Berlín y Ginebra.

Ahora bien; la disolución del protestantismo se hizo más patente; de asamblea en asamblea la profesión de fe era diferente y los artículos dogmáticos más reducidos. En Ginebra la profesión de fé, que era desde luego de nueve artículos, se redujo á cuatro.

En París ya no tuvo más que tres: la divinidad de Jesucristo se enuncia allí tímidamente; pero la Trinidad, el pecado original, la expiación son suprimidas, por más que un gran número reclame en nombre de la Biblia y la historia cristiana.

En la última, en fin, porque muchos se adhieren á la *Vida de Jesús* por Renan, la divinidad de Jesucristo desaparece de la fórmula y la *Alianza Evangélica* se disuelve, dando el más insigne escándalo al mundo cristiano.

La Liga de cristianos sin embargo, proclama la divinidad de Jesucristo; pero, ¿cómo puede

compararse con la *Alianza Evangélica* en importancia y significación para sostener la causa perdida del protestantismo?

Pues bien; una pretendida religión cristiana que llega á dar semejante espectáculo ¿es todavía una religión, un sistema religioso ó más bien un sistema próximo á su tumba? A qué viene, pues la Liga de cristianos, proponiendo sustituir la gran Iglesia Católica, tan jóven y enérgica como el día de su nacimiento, al decir de Gladstone, por un sistema religioso próximo á descender á la tumba?

Si; el protestantismo es un sistema destinado á perecer desde su origen en el racionalismo por su propio principio del exámen privado; si pudo vivir algún tiempo fué adoptando, sin pensarlo quizás, el principio católico de autoridad eclesiástica, ya sea admitiendo una creencia *oficial*, una religión *tradicional* ó la Iglesia *hereditaria*, segun los países

Es así como ha podido vivir artificialmente y de prestado; pero cuando el protestantismo, con aplauso del racionalismo contemporáneo, volvió al principio de la Biblia interpretada con la sola luz de la razón particular, despreció toda creencia oficial, tradicional ó hereditaria; al ensayar la reconstrucción del inmenso edificio del cristianismo, solo palpó tinieblas; y después de una crísis, más ó menos larga, de ansiedad religiosa y de dudas crueles, fué á parar á la indiferencia, al excepticismo y á la incredulidad, desorientado y desengañado de su pretendida empresa de reconstruir el cristianismo: hé aquí la verdadera tumba del protestantismo. No es un prejuicio de católicos; sus más ilustres adeptos convie-

nen en ello; sus ministros más perspicaces, confiesan que se acerca al sepulcro y que casi está ya sepultado por un racionalismo disolvente.

Uno de ellos, Mr, de Gasparin, ha podido intitular su obra: *La agonía del protestantismo*, y declara, entre otras reflexiones muy sensatas, que «Se notan en el protestantismo tantos síntomas de muerte, que no puede dejar de creerse que ha llegado al término de desarrollo en que la decadencia ha comenzado y en el que terminará, finirá. La hora de su muerte ha sonado.»

En Norte-América, el doctor Ewer, ministro episcopal, usa de un lenguaje igualmente lúgubre y ha tomado por tema de sus conferencias religiosas predicadas en New-York: *El fracaso* (no-éxito) *del protestantismo*, y demuestra con pruebas irrefragables, para apoyar su aserto, que «por do quiera que el protestantismo ha tomado pie, se ha seguido la incredulidad más radical, porque, dice, su principio fundamental no es otra cosa que el racionalismo aplicado á la Biblia.» Y esta es una verdad que ya sabíamos todos, y es el gérmen de muerte con que nació la pretendida Reforma protestante.

En Alemania, el pastor Dr. Brückner en sus conferencias predicadas en Leipzic, ha demostrado y proclamado *la decadencia del protestantismo* en términos tan enérgicos como el R. Ewer en América ó Mr. de Gasparín en Francia.

Y tal es la evidencia de esta descomposición que Mr. Schérer en sus *Miscelaneas de crítica religiosa* ha podido decir: «*Los días del protestantismo, como sistema positivo, como institución*, ESTÀN CONTADOS». Mientras en *El Cristianismo* Mr. Doumargue constata que «la des-

organización del protestantismo marcha á pasos avanzados», y Mr. Monnier en *El Protestante* confiesa que ya no existe Iglesia protestante, ya que la fe protestante se divide en una colección de *fées*, y la idea de reformar la Reforma progresa contínuamente; solo vive por intereses políticos.

¿A qué, pues, venirnos á proponer un sistema religioso que se disuelve y se está muriendo como tal? ¡Lástima que pierda tan inútilmente su tiempo la Liga de Cristianos!

En verdad; el destino del protestantismo es disolverse en la incredulidad racionalista ó enviar sus restos fatigados al seno de la gran Iglesia católica, siempre antigua, siempre nueva y vigorosa, y cuyos progresos en la época presente son maravillosos, como lo demostraremos más adelante. No hay término medio: los protestantes irán al catolicismo total ó al racionalismo absoluto.

Sin embargo, los síntomas más claros de vuelta al catolicismo se manifiestan por todas partes. Ni Inglaterra, ni Suiza, ni Alemania, ni los Estados Unidos de Norte América permanecerán protestantes: la corriente católica es notable y los grandes estudios de crítica religiosa, que hoy se hacen, los llevará á convencerse de que la Iglesia católica es, como la Iglesia primitiva, la verdadera Iglesia de Jesucristo.

La misma propaganda protestante está alarmada y convencida de que el catolicismo gana con los progresos de la crítica religiosa. Los protestantes arrastran un cadáver, que por antítesis llaman el *puro Evangelio* y *el verdadero cristianismo*, alarde evidentemente insostenible, desde que la propia regla de fé del protestan-

tismo, cual es el libre examen de la Biblia, llega, como la *Alianza Evangèlica*, á negar los dogmas más fundamentales del Evangelio y del cristianismo, tales como la Trinidad y la divinidad de Jesucristo; y eso está muy lejos de ser el *puro* Evangelio y muy próximo á ser el cristianismo *cero*. Pero ellos tambien lo ven y confiesan con el citado Scherer: *los dias del protestantismo están contados.*

La decadencia de la raza latina y la prosperidad de la sajona

Tan pobre de razones es la propaganda protestante, que ha inventado en su favor una razón metálica ó económica, de que se ha hecho éco la Liga de cristianos. (1) Quiere comprar á los

1—He aquí un documento notable por su andacia, de propaganda protestante, que tomamos de «El Atalaya», órgano de la Liga de Cristianos, del N.º 12. Montevideo, aunque ya difunto.

«*La Liga de cristianos, para la emancipación de la América Latina del yugo papal, á los primeros magistrados de las Repúblicas Latino-Americanas.*— Exmo. Señor.—Vuestra encumbrada posición, y el consejo de los hombres esclarecidos que os rodean, os habilitan para la formación de un juicio correcto sobre la marcha de la humanidad y las fuerzas que favorecen el engrandecimiento, ó contribuyen al malestar ó decadencia de los pueblos.

A nosotros, orgullosos de las glorias tradicionales de la raza latina, y celosos de que no se pierdan irremediablemente, nos duele en lo íntimo el hecho admitido—porque es innegable—de la decadencia de esa raza.

Excusadnos la tarea dolorosa de enunciar las evidencias de ese hecho deplorable.

¿Cuál es la explicación que surge de la historia; y cuál el remedio que indica la experiencia de los pueblos durante tres siglos?

Medite Vuestra Excelencia en el engrandecimiento asombroso y la preponderancia decisiva de la Prusia entre el elemento germánico: haga un estudio comparativo de la respectiva condición de los cantones de la Suiza: pregúntese ¿cómo es que los vastos territorios de Arizona Nevada, Colorado, California, Tejas, Luisiana, Florida, Puerto Rico y Filipinas, están hoy día en posesión de gentes que no saben ni aun pronunciar esos nombres?

¿Cómo es que la España, valerosa y noble, no posee un palmo de tierra en el mundo occidental que descubrió y conquistó?

¿Cual es el secreto del creciente y lastimoso desprestigio de la una vez soberbia Francia?

Contestar que es cuestión de sangre y otras condiciones físicas, sería un injustificable insulto á nuestros antepasados, y desconocer la historia.

La causa es otra, es patente y es de carácter moral.

La mayoría de la raza latina está bajo la influencia de las degradantes supersticiones (*sic*) de la llamada Religión Católica-Apostólica-Romana.

pueblos católicos por un plato de lentejas. Mirad, nos dice, la prosperidad de las naciones protestantes ante la decadencia de las naciones latinas, que son católicas, como Francia, España, Italia etc».

Y no ven que este argumento, además de falso, es indigno y propio de mercaderes. En verdad ningún hombre sensato dejaría de seguir en la senda de la virtud, aunque gima en la pobreza, al ver á los sibaritas y epicureos nadando en la opulencia y mofándose de la moral y de la virtud.

Y ¿qué dirémos del valor de este argumento, si lo trasladamos al siglo X y IX, que fueron de decadencia para la cristiandad, mientras el islamismo gozaba de una brillante prosperidad? Entonces, si se hubiesen juzgado las cosas con se-

Esta audaz herejía (siempre con miras mas bien políticas que ospirituales) estrangula el individualismo por la esclavitud que mantiene el confesonario y á la vez fomonta sin ombargo un malestar social quo busca remediarso en el estallido do revoluciones sin cesar renovadas, quo han ensangrentado el suolo y hecho casi despreciable el nombre de la América Latina! (¡Que asombrosa erudición!)

Vuestro ilustrado criterio hallará la explicación de esta absorvente paradoja—la muerte del individualismo y la conspiración crónica.

Os sometemos respetuosamente la siguiente proposición en garantía de cuya verdad está la historia de los tres siglos últimos:

La primera nación latino americana que se desligue completamente de la influencia clerical romana y abrace de buena fe las puras doctrinas del Evangelio de Cristo, se colocará en el camino de la hejemonia entre las repúblicas hermanas.

¿Será la nación que vos presidís? ¡Imperecedera sería su gloria! (Con qué facilidad se conceden hejemonías! ¿Con hacerse protestante la tendrá el Uruguay?)

Pero, si los pueblos latino-americanos se empecinan en alontar en su seno esos *cives nati consúmere fruges*—los agentes y esbirros del Pontífico romano,—entonces tan cierto como es que las mismas causas producen los mismos efectos, nos espera la culminación y desenlace fatal que ya roe las entrañas de Francia y España.

Dios os ilumine y ayude para cooperar en la extirpación del germen mortífero del cuerpo político que habeis sido llamado á gobernar.

Recibid, señor Presidente, las seguridades de la alta consideración de—La «*Liga de Cristianos, para la emancipación de la América Latina del yugo papal.*»—Montevideo, Octubre de 1901.

Exmo. Señor Presidente de la República de..... »

He aquí un modelo de panfleto difamatorio, tan calumnioso como audaz, aunque altamente ridículo; pero en sustancia, se trata del plato de lentejas.

mejante criterio, debió decirse: «haceos mahometanos y renegad del cristianismo, pués es evidente por su prosperidad, la superioridad de la religión mahometana.» Por fortuna no existian todavía los propagandistas protestantes, que reputan muy lícito traficar con la conciencia por un plato de lentejas; sino la cristiandad se hace mahometana, aunque pocos siglos después se hubiera encontrado con la decadencia de la medialuna. ¡Hay prosperidades momentaneas, que llevan en sí el cáncer de la corrupción!

Las naciones protestantes son prósperas. Sin discutir ahora las proporciones y orígen de esa prosperidad, podemos afirmar que lo serían más aún, si no fuesen protestantes. Afortunadamente no pasarán dos siglos, quizás, y dejarán de serlo: véase, sino cómo en su seno hace hermosas conquistas el catolicismo, como lo demuestran las estadísticas religiosas.

Creemos que la raza sajona, con su espansión por el mundo, prepara la fusión de las razas, como adelanta en su conversión, y entonces llegará el dia profetizado en que en el mundo no habrá mas que *una sola grey* y *un solo pastor*: la Iglesia universal con la civilizacion universal.

La raza sajona además, debe á la Iglesia católica el haber nacido á la civilización cristiana: la constitución de la *Carta Magna,* nació del catolicismo; y á pesar de la separación, ha seguido aquel noble impulso, sostenido por la tenacidad de la raza.

En cuanto á que la raza latina está en decadencia, puede responderse que solo se trata de una de las múltiples crísis por que ha pasado esta gran raza. Más sin admitir ni negar la propiedad de la palabra decadencia, que bien po-

dría equivaler á transición hácia un gran porvenir ¿podría en todo caso cometerse la injusticia de atribuirla á la Iglesia católica? ¡Como! ¿No es notoria su apostasía más ó menos formal, y ésta progresiva, á contar especialmente desde la época de la revolución francesa cuyo crímen, al decir de Royer-Collard, es el haber sido irreligiosa?

Además ¿no son conocidas las reclamaciones periódicas de los Pontífices contra las persecuciones materiales ó legales á sus doctrinas é instituciones; y que en las naciones latinas el catolicismo es religión de Estado casi de puro nombre, puesto que se le despoja de toda influencia oficial, especialmente en la educación de la juventud, pues al hacerla *laica* ó *neutra*, se ha convertido más bien en gérmen de incredulidad y apostasía?

II

Además, el paralelo es contraproducente. Si las naciones latinas han decaído, no es culpable la Iglesia; pues han decaído á medida que apostatan ó desdeñan la influencia de la religión católica. El paralelo sería racional y justiciero si se hiciese entre las épocas en que la Iglesia ha ejercido ó no su influencia en esas naciones. Así, si han decaído durante las épocas de rebelión y apostasía, su prosperidad y gloria son en cambio, incomparables cuando la Iglesia influía y predominaba en ellas.

En efecto, ¿cuándo fué más grande y poderosa España? Cuando ejercía el protectorado de la Iglesia en el mundo y era por excelencia la nación *católica*. En el siglo XVI su poderío era tal, que formaba, con sus colonias y dominios en las

cuatro partes del mundo, un imperio mucho más vasto que el Romano en los días de su mayor grandeza. Bien puede decirse que apenas se movia una hoja en Europa y en América sin la voluntad del monarca español, director supremo de la política internacional y ante quien se inclinaba Alemania, temblaba Inglaterra y se enfrenaba la fiera pujanza de los sultanes turcos y berberiscos. No menor gloria quizás llegó á conseguir el pequeño Portugal, convertido en gigante por sus conquistas, mereciendo sus reyes el dictado de *fidelísimos*, como ni es necesario mentar la grandeza é influencia universal de Francia, la nación *cristianísima*, cuyos anales se titularon *Gesta Dei per Francos*.

Y este apogeo de grandeza y prosperidad, se verificó cuando más alto rayaba en esas naciones el espíritu católico. Así como Italia era la envidia del mundo, por su arte, su literatura y civilización bajo la inspiración é influencia inmediata de los Papas. Mas ¿cuándo empezó su decadencia relativa? Todo el mundo lo sabe, y lo constata la historia; cuando empezó á declinar la influencia más ó menos directa del catolicismo, sustituída gradualmente por el filosofismo y la incredulidad, incitando á los gobiernos á perseguir á la Iglesia casi de una manera permanente y con cortos intervalos, además del ejercicio de un Patronato que, si antes llegó á ser un auxilio munífico á la acción é influencia político-social de la Iglesia, se convirtió en tiranía más ó menos dorada y disimulada; peor quizás que la persecución declarada y abierta.

Si, pues, la decadencia ha comenzado y continuado con la influencia de la incredulidad racionalista y liberal convertida en persecución al

catolicismo ¿cuál es por tanto, la consecuencia? Que la época más próspera y brillante para esas naciones ha sido la del imperio político-social del catolicismo, disminuyendo esa prosperidad y brillo á medida que se aminoraba la influencia de la Iglesia. Es falso, por tanto, históricamente, que el catolicismo sea la causa de la decadencia de los pueblos, pues se verifica lo contrario, como ya lo advertía en su tiempo el célebre Machiavello.

Por lo demás, no queremos entrar á examinar otras razones y otros aspectos de esta cuestión, para no repetir lo que hemos dicho en otro lugar al examinar *El Legado del Siglo XIX*.

Pero, no terminaremos sin declarar que atraviesa el mundo una crisis de disolución, que pronto lo empujará hácia la unidad y el internacionalismo, en la que se verá á los pueblos protestantes volviendo al seno de la Iglesia y renunciando al espíritu de incredulidad los latinos. Entonces sonará la hora del triunfo universal de la Iglesia y de la civilización cristiana, hasta en el extremo Oriente, y la tierra toda entera adorará á su Redentor y la humanidad á su divino Restaurador.

Cuando el catolicismo pudo superar la más tremenda de las pruebas, cual fué el Renacimiento pagano, dice Mr. de Vogüé, es imposible que sucumba, ó mejor dicho, es imposible que no supere cualquiera otra prueba, por más que parezca insuperable. Atraviesa hoy una época de crítica incrédula y de racionalismo filosófico; pues bien; saldrá victoriosa y triunfante la Iglesia, porque ésta sufre con ventaja el examen de la razón, y cuanto más se la sondea, más grandeza se descubre en el catoli-

cismo, al decir de Rousseau; ó como ya advertía de Maistre, si la crítica científica ha de acabar con todos los sistemas falsos, como el ácido disuelve todos los metales, menos el oro, que es el sistema católico.

III

Por fin se usa de un sofisma más alhagador y especioso: el protestantismo, se dice, trajo á los pueblos la libertad de conciencia, mientras el catolicismo representa su negación. Pues bien; lo que trajo el protestantismo fué la licencia y la disolución de las creencias, equivalente á indiferentismo é incredulidad; la descomposición moral y religiosa por la multiplicidad de sectas.

Una nación dividida en múltiples sectas diferentes lleva en sí el gérmen de debilidad y descomposición; puesto que cualquiera que sea el grandor y la fuerza de un pueblo, semejante gérmen lo corroe moralmente como un cáncer, que será fatal un día ú otro; mientras la nación sería más grande, más fuerte y más segura del porvenir, si está unida moralmente.

Mas ¿cómo responder á los que dicen que precisamente el católico no es libre en su conciencia, porque está sometido á una ley, cuál es el dogma y la disciplina de la Iglesia, y sometido también á un guía, el Papa?

Desde luego, debe advertirse que no es lo mismo libertad de conciencia, que no tener conciencia, la que es inexplicable, sin una ley. ¿Carece acaso el hombre de libertad de conciencia, porque está sometido á la inexorable ley moral, que obliga á hacer el bien y evitar el mal; ya que libertad no es lo mismo que licencia para

hacer indistintamente el bien ó el mal, según se nos antoje? Pero, en cuanto á la ley religiosa, recuérdese que el católico no obedece esta ley, ni sigue la guía de la autoridad pontificia, sino *porque lo quiere*, convencido de su misión divina. Todo está aquí; y esto no puede ser más libre, pues que no sufre coacción alguna material. Es como la ley de Cristo· *si quieres salvarte, observa los mandamientos*. Existe, pues, la libertad, aunque bajo la sanción correspondiente del uso que de ella se haga: esto es lo que constituye la responsabilidad moral; porque estamos obligados á aceptar la verdad donde quiera que se encuentre, así como á repeler el error.

Libremente, por tanto, acepta reglas para su conciencia y libremente acata la autoridad del Papa, por lo mismo que es una autoridad moral, sin poder material para imponerse á los creyentes. No hay institución más libre, ni que mejor garanta la libertad de la conciencia respecto del error y del mal y contra toda coacción ó imposición material. Y sino ¿cuántos que fueron católicos por el bautismo, son hoy librepensadores, sin que por ello hayan sufrido dificultad alguna? Ni ¿cómo podría llamarse *yugo papal*, según frase protestante, la autoridad del Papa, que todo católico acepta voluntariamente y solo en virtud de sus convicciones? No reina sino en la conciencia y por la conciencia, cuando la conciencia quiere escucharlo, cumpliendo con su deber.

Queremos desmentir tambien un ridiculo y pobre sofisma, cual es afirmar que los católicos no pueden ser patriotas ni verdaderos ciudadanos de su pais, porque son súbditos del Papa en reli-

gión; (1) pues esto no pasa de una vulgar simpleza. La religión no tiene patria, como no la tiene la ciencia, ni el arte. ¿Sería inglés por seguir las doctrinas filosóficas de Hebert Spencer; ó francés por admitir el sistema Pasteur?... Entonces nuestros conciudadanos evangelistas serían yankees, porque su centro directivo está en Estados Unidos de N. América.

El Papa, por tanto, en cuanto representa la soberanía religiosa, no es un soberano extranjero para las naciones y sus individuos; porque no es acatado como soberano temporal para los asuntos nacionales y administrativos; sino como soberano espiritual para los intereses morales y religiosos de la conciencia libre de los hombres, la que no tiene nacionalidad, porque es verdaderamente internacional respecto á toda la humanidad. Cuando, pues, decimos que somos *católico-romanos,* lo somos en religión : en cuanto á la patria somos *uruguayos*, *argentinos* ó *paragua. yos*, aunque católicos por nuestro credo religioso

El triunfo permanente de la Iglesia Católica

Hay pusilánimes que temen por la suerte del catolicismo, y sus enemigos no titubean en reiterarle el antiguo anuncio de muerte. El catolicismo se va; se muere! Pero después de XIX siglos de pruebas y prenuncios, ya debemos estar curados de espanto, amén de contar con la promesa divina: «No temáis; Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

La Iglesia católica viene luchando y vencien-

1—Otra cosa sería tratándose de la Masonoría universal de las retrologías. La Masonería es un verdadero Estado en olEstado, pues so ocupa en sus tenidas secretas de los asuntos políticos-civiles de la sociedad; mientras respecto dela Iglesia su fin es distinto del Estado.

do continuamente. Todos los poderes humanos la persiguen y se coaligan para destruirla; pero de esas pruebas sale más brillante y de esas persecuciones resulta siempre más fecunda.

Según la estadística menos favorable á la Iglesia católica, pues es formada en Alemania por estadistas protestantes, nada amigos ni favorecedores de ella, resulta que su aumento de siglo en siglo es el siguiente, consolador y brillante:

Siglo	I	500.000
»	II	2.000.000
»	III	5.000.000
»	IV	10.000.000
»	V	15.000.000
»	VI	20.000.000
»	VII	25.000.000
»	VIII	30.000.000
»	IX	40.000.000
»	X	56.000.000
»	XI	70.000.000
»	XII	80.000.000
»	XIII	85.000.000
»	XIV	90.000.000
»	XV	100.000.000
»	XVI	125.000.000
»	XVII	185.000.000
»	XVIII	250.000.000
»	XIX	305.000.000

Nótese en este movimiento: 1°, que ha sido siempre creciente, sin que una sola vez haya sucedido que en un siglo haya menos que en el siglo anterior: 2.°, que en los siglos en que ha sido mayor la persecusión, y en los que ha habido mayores defecciones, como son los últimos

cuatro, el aumento ha sido mayor y las reposiciones más abundantes.

* * *

Mas, como el protestantismo afirma que el catolicismo pierde terreno vamos á indicar la expansión maravillosa de la Iglesia católica en el mundo actual.

El eminente publicista Tocqueville, que ha examinado como pocos las instituciones históricas, ha pronunciado estas notables palabras: «Tengo una admiración profunda, más grande de lo que podría expresarlo por esa admirable potencia moral, la más grande que se ha contemplade jamás, que se llama la Iglesia católica».

Y en verdad, por más que hagan y digan sus adversarios, demuestra la estadística que en efecto, es la más grande potencia moral que exista en el mundo, en medio de las naciones conmovidas y agitadas; de manera que ella viene á ser también la gran esperanza de salvación para los pueblos modernos: pues como siempre, la victoria que vence al mundo es nuestra fe; la Religión del Cristo. (1)

Tiembla la Europa y el mundo civilizado ante las numerosas fuerzas militares de mar y tierra de los diversos estados, capaces de hacer desaparecer en un momento con sus millones de soldados y las horribles máquinas mortíferas, un sinnúmero de criaturas humanas y destruir pueblos enteros. Estas fuerzas colosales están distribuídas entre diversas naciones, las que, lejos de aspirar á la pacífica unión de los pueblos, parecen preparadas á inferirse un recípro-

1—Reiteramos íntegramente la mayor parte de nuestra Pastoral de 1900.

co ataque, contribuyendo con esta bélica actitud á empobrecerlos y debilitarlos.

La sed de conquistas en unas, el miedo de ser devoradas en otras, el patriótico deseo de justa defensa y tambien el anhelo de conservar lo bien ó mal adquirido en muchas de ellas, hacen prolongar á todas una existencia fatigosa, vacilante entre el valor y el desfallecimiento, consumándose las fuerzas económicas y los hombres por temor á los sucesos futuros.

Esta relativa debilidad moral, que puede ser el origen de la decadencia en el orden político y social, depende de la incertidumbre de ideas en todos fomentada. Los gobiernos y las clases directoras, no se elevan más allá del amor de la patria humana, idolatrada, sin basarse en los principios del cristianismo; y mientras más se alejan de los ideales cristianos, tanto más se aproximan á la anarquía, hasta conducir las naciones modernas á un terrible abismo.

En medio de este agitado océano existe sin embargo, una navecilla que no zozobra y que una visible mano constantemente guía hacia su puerto. Existe entre las naciones agitadas por oleage impetuoso una fuerza moral, un conjunto de fuerzas más robustas y resistentes que las corazas metálicas de las naves de guerra; un hábil ejército provisto de armas más penetrantes que pasan hasta el alma y, venciendo los obstáculos, llegan hasta los secretos senos del corazón. Esta fuerza de que hablamos es la Iglesia católica, *esa admirable potencia moral, la más grande que se haya visto jamás*, al decir del citado publicista.

Nos proponemos pues, dar á conocer brevemente el valor de esa fuerza y potencia moral

admirable, su ideal, su naturaleza y cohesión con las energías subordinadas esparcidas sobre la faz de la tierra; porque ella es la vida de la humanidad, y al decir de Guizot, ha marchado siempre al frente de la civilización enganchando su carro las fuerzas intelectuales y morales del mundo.

La Iglesia es un poder moral inquebrantable por que el ideal que ilumina la vasta sociedad es uno, fijo é invariable, basado en una doctrina teórica y práctica, la doctrina de la fé y de la moral, el Evangelio, que salva á la naturaleza humana, cuando sigue esta voluntaria y constantemente la estrella de esa revelación, que mientras ilumina el entendimiento, sostiene la virtud del corazón para nuestra salvación presente y futura.

Puede decirse que para el catolicismo el ideal en el individuo y en la sociedad es *el deber de civilizarse*, entendiendo por civilización el perfeccionamiento armónico y progresivo de las facultades físicas, morales é intelectuales del hombre, ya que ese es el precepto esencial de Jesucristo: *sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial,»* ideal sublime que jamás agotará el hombre, por que es divino é infinito; es el *sursum corda* de la humanidad.

Mientras la luz que ilumina á la sociedad incrédula es débil, opaca y variable; pues demasíadas pruebas de esta deficiencia ha dado ya la historia de la filosofía, por no poder ofrecer al hombre otra guía ni otro vigor que el de la naturaleza caída; luz y energía expuestas al viento de todas las pasiones y utopias. Por eso no existe en el mapa pueblo civilizado que no lo haya sido inmediata ó mediatamente por la Iglesia católica.

Así, no estará demás repetir cemo el gran historiador y publicista Mr. Taine ha declarado esta necesidad de la influencia moral y social del cristianismo, fundándose en la experiencia de diez y nueve siglos: «Hoy día, dice, después de dieciocho siglos el cristianismo es el órgano espiritual, el gran par de alas indispensable para elevar al hombre por encima de sí mismo y de sus limitados horizontes... Siempre y por todas partes desde diecinueve centurias, tan pronto como esas alas desfallecen ó se las rompe, *las costumbres públicas y privadas se degradan.*

«Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ningún código, ninguna administración, ningúna clase de gobierno, es suficiente para suplirlo en este servicio. Solamente él y nadie mas puede detenernos en nuestra pendiente natural para sujetar el deslizamiento insensible por el cual incesantemente y con todo su peso original retrograda nuestra raza hácia la decadencia.»

Hé aquí una hermosa lección de filosofía de la historia, que ningún estadista moderno debiera olvidar: nadie puede suplir al cristianismo para impedir la degradación de las costumbres públicas y privadas y detener la decadencia de nuestra raza; y ya se sabe que la más completa y alta expresión del cristianismo es la Iglesia católica, como confesaba el filósofo Cousin.

II

Examinemos ahora la naturaleza de la fuerza moral del catolicismo, esto es, la virtud y ener-

gía de la sociedad que se llama Iglesia católica; virtud y energía que resultan de su constitución práctica dada por Jesucristo. Ante todo, hablemos de su organización, sin que sea necesario advertir que el protestantismo no puede considerarse como fuerza moral *organizada*, á causa de su propio principio individualista.

En efecto, á la autoridad suprema de la Iglesia no falta nada de aquello que le es necesario para la vida de la entera asociación: pues tiene en el Pontificado el primado de honor y de jurisdicción; poder universal en la sociedad universal.

Es la autoridad más amplia en lo que respecta á la consecución de su fin sobrenatural, sea en cuanto á la esfera de los asuntos espirituales como á la duración del mismo poder, esto es, hasta el fin del mundo; y en cuando á la universalidad de las personas que le están sometidas son *todas las gentes*; por donde se tendrá una idea exacta de la potestad suprema de la Iglesia.

Por lo que respecta al procedimiento de esta autoridad, es el Pontífice el sumo é infalible Maestro de todos los creyentes, el sacerdote y ministro del culto religioso, provisto de la suma autoridad legislativa, judicial y coercitiva; autoridad independiente de todos los príncipes de la tierra, antes bien á cada uno superior por la nobleza y universalidad de su misión, que le hace el verdadero *Rex Regum, et Dominus Dominantium;* pues ninguno como él tiene jurisdicción sobre toda la haz de la tierra en su soberanía espiritual, verdadera primera potencia moral del mundo.

Pero obsérvese también cómo es una sola esta autoridad universal, suma é indivisible, sin

que exista en el mundo otra igual ni seme jante.

Así, el Pontífice firma: *Ego, Leo, Catholicæ Ecclesiæ Episcopus:—Yo, León, Obispo de la Iglesia Católica.* Esta autoridad convoca, preside, da fuerza de ley á los concilios ó asambleas universales, esto es, á la reunión de sus hermanos, los Obispos, sucesores de los Apóstoles. A él se unen todos ellos, con todos sus sacerdotes y todos los fieles, aún los más humildes; así que su potestad es ordinaria é inmediata sobre toda la tierra, enviando hombres y ejércitos escogidos para manifestar la verdad y llevar la civilización cristiana hasta los últimos confines del universo, ora la autoridad civil les preste su apoyo, ya los persiga y les dé muerte.

La acción eficaz que resulta de esta coordinación de fuerzas compactas y estrechamente unidas en pro de la humanidad, es tal y tan poderosa en su acción, que nadie puede dejar de reconocerlo; y en verdad, que no podía concebirse obra tan admirable, si no tuviera á Jesucristo por autor.

A esta admirable ordenación divina, debe añadirse la acción de la Santa Sede que, uniformándose á ella é imitándola, constituye en las diversas épocas, gerarquías y corporaciones subordinadas, como las Sagradas Congregaciones de Roma para los asuntos generales, y los grados jurisdiccionales, patriarcados, metropolitas, arzobispados, y en fin, la maravillosa institución de las Ordenes religiosas regulares; de manera que, como con otros tantos brazos reune la cristiandad, vigila sobre la fe, coadyu-

va al ministerio y suministra personal á las misiones en los pueblos de conquista moral.

Y por ésta organización se vé cómo la vida se trasmite de la cabeza á los miembros de la Iglesia, y por ellos la misma cabeza adquiere mayor vigor, bastando aquí recordar la imponente acción y los maravillosos resultados de la actividad de las Ordenes religiosas, cuya sola historia constituye el más hermoso florón de la fuerza moral del catolicismo en el mundo, y á las que tanto honran con su ódio y persecuciones los enemigos de la Iglesia.

III

Si de lo expuesto se vé con claridad la energía de las fuerzas católicas, unidas extrechamente á su cabeza, el Papa, útil será examinar prácticamente la misma cosa, considerando la acción de las mismas fuerzas en cuanto de hecho se difunde bajo el influjo del Pontificado.

Así como la estadística de las fuerzas militares sirve para dar una espantosa idea de los peligros que corre el mundo civilizado y de los daños y perjuicios que de un momento á otro puede sufrir; de igual modo pueden apreciarse las fuerzas de que dispone la Iglesia católica, y de su acción actual, concebir las esperanzas de un porvenir más hálagüeño, y cada vez más próspero; pues no ceja ni disminuye ante las más terribles persecuciones de la fuerza bruta, como lo ha demostrado en todos los siglos y especialmente en los cuatro últimos.

En los reducidos limites de un artículo no puede encerrarse una estadística detallada, co-

mo podria hacerse conforme á los recientes trabajos de este género, publicados en los últimos años. Nos contentaremos con apuntar algunos datos que sirvan para darnos una idea clara del movimiento universal de la admirable organización de la Iglesia.

El mundo entero bajo este punto de vista, está dividido en Diócesis de varios grados y de diversos ritos, que llegan á un *millar*; y en Vicariatos y Prefecturas Apostólicas, que suman unos ciento treinta y cinco centros jurisdiccionales, dependientes directamente de la Santa Sede.

Para mostrar la gran fecundidad del movimiento católico en nuestros tiempos, debe notarse que doscientas veintiseis de las mencionadas diócesis, vicariatos y prefecturas han sido fundados en el presente pontificado.

Por lo demás, entre fundaciones antiguas y modernas, un millar y ciento treinta y cinco son los grandes centros gerárquicos, como otras tantas *provincias* de naciones de esta inmensa sociedad universal; y afortunadamente ningún punto del orbe se sustrae hoy á esta acción benéfica.

Las diócesis y vicariatos se dividen en tantos *distrietos* cuantas son las parroquias y misiones. Italia tiene 20.000 parroquias en cifra redonda, 55.000 iglesias públicas, 76.000 sacerdotes y 11.000 aspirantes al sacerdocio. Cada una de las diócesis tiene su respectivo seminario.

España cuenta 17.825 parroquias, 32.000 sacerdotes, con sus respectivos seminarios en cada diócesis.

Portugal 2.353 parroquias y 6.800 sacerdotes.

Francia, incluso las sucursales y capellanías,

tiene 41.120 parroquias con el doble de sacerdotes.

Bélgica, entre parroquias y sucursales, unas 3.000 y cerca de 6.000 sacerdotes.

En Holanda, unos 3.000 sacerdotes sirven serca de 1.000 parróquias.

En Rusia y Polonia enuméranse 5.590 parroquias y 11.023 sacerdotes.

En Grecia, en los Paises Balcánicos, en la Siria y en la Palestina 1.457 iglesias y 2.109 sacerdotos.

Alemania y Suiza tienen unos 20.000 sacerdotes con 10.672 parroquias.

Austria-Hungría cuenta unas 15.600 parroquias con cerca de 30.000 sacerdotes, y gran número de seminarios.

En el reino Británico Unido existen 2.600 iglesias parroquiales y de misiones asistidas por párrocos y misioneros en número de unos 8.500.

América presenta ya un contingente grande á las fuerzas católicas. La región setentrional británica dispone de 2.700 iglesias y capillas, y de 2.716 sacerdotes, con 19 seminarios. Los Estados Unidos tienen cerca de 11.000 Iglesias y capillas con 10.649 sacerdotes, y 70 seminarios. América del Sud y las Antillas poseen unos 5.772 distritos parroquiales y 8.262 sacerdotes.

Tambien Australia y Polinesia dan su tributo á esa imponente estadística. Estas poseen, centros parroquiales 1.880, con 1.000 sacerdotes.

Las Indias Orientales tienen cerca de 4.000 entre iglesias y residencias de misioneros, con 1.200 sacerdotes europeos é indígenas, y 16 seminarios. En la Indochina, unas 3000 iglesias y residencias de misiones, con 800 sacerdotes europeos é indígenas, auxiliados por numerosí-

simos catequistas. Casi 4.000 son las iglesias y residencias de misioneros del inmenso imperio chino, asistidas por unos 1.000 sacerdotes indígenas y europeos, y 49 seminarios, debiéndose añadir la Corea y el Japón, con 772 iglesias regidas por 149 sacerdotes, asistidos por centenares de catequistas; institución escogida y poderosa, que es de gran auxilio para las misiones.

En el Africa por fin, la Iglesia católica dispone ya de 1.000 iglesias y capillas, con más de 1.000 sacerdotes.

De lo expuesto resulta que el catolicismo ha extendido ya sobre toda la faz de la tierra una red, la red de San Pedro, que cuenta con 154.172 distritos, asistidos por 369.608 sacerdotes, numeración aproximativa, toda vez que en varias regiones las estadísticas ó son insuficientes, en lo que respecta á los districtos, como sucede en muchas partes de la América Meridional, de las cuales poco se puede decir con precisión, aunque se sabe que domina y está organizada la Iglesia católica.

En verdad, estos elementos solo representan el funcionamiento esencial de las parroquias; pero al movimiento religioso pertenecen los establecimientos religiosos, los centros de educación y la acción enérgica y admirable de las Ordenes religiosas, cuyo personal en solo Francia es de 160.000. No habiendo hecho aun sobre estas particularidades una estadística exacta, no es posible esclarecer esta múltiple y oportuna forma de acción. Mas, para dar una idea de este movimiento en países donde es más adecuada la acción de las fuerzas católicas, diremos una palabra respecto á los Estados Unidos y al Cana-

dá en donde esta acción se desarrolla más libremente que en otras partes.

Escuelas católicas hánse erigido en los Estados Unidos de la Unión más de *cinco mil,* frecuentadas por casi medio millón de alumnos. Los institutos de caridad, vastísimos muchos de ellos, especialmente orfanotrofios, hospitales y establecimientos de educación ascienden á 648. Hablar de las órdenes religiosas que allí prosperan no es fácil: no hay diócesis, de las 86 en que están repartidos estos Estados, en que no existan de 4 á 5 hasta 20 y 30 de estos cuerpos morales, muchos de ellos nacidos en las mismas diócesis ó llevados de las inmediatas, á mas de las antiguas y grandes Ordenes esparcidas por aquellas regiones.

De igual modo, en el Canadá y otros puntos de la América setentrional británica se enumeran unas 600 escuelas con cerca de seiscientos mil alumnos, 132 institutos de caridad y 18 seminarios, establecimientos todos en su mayor prosperidad. Para dar una idea de los Institutos religiosos de enseñanza baste recordar que solo los Hermanos de las Escuelas Cristianas cuentan en todo el mundo 600.000 alumnos y 500.000 los salesianos, que son de ayer.

Ahora bien, de todas estas fuerzas, perpétua es la acción, constante la energía, desmesurados los efectos, perfecta la sumisión y obediencia al Jefe de la Iglesia. ¿No es, en verdad, admirable esta potencia moral organizada, ni existe institución alguna en el mundo que se le pueda asemejar en su influencia civilizadora?

Pero, al poderoso ejército de pastores y de auxiliares, siempre movilizados y en acción continua, deben añadirse en el período moderno

las sociedades y asociaciones del laicato católico. Los lazos de unión de éstas son cada día más apretados, los adeptos más numerosos y su acción más frecuente. De ellas pudiera decirse que son la vanguardia de la cristiandad, el apostolado seglar, organización moderna de feliz iniciativa y de hermoso porvenir.

Antes la difusión de la fe y su conservación obrábase casi enteramente por el Clero y por las Ordenes religiosas, que pueden decirse el ejército permanente del Cristianismo. Ahora, sus mismos adversarios, en fuerza de incesantes vejámenes, han excitado la actividad y energía de los seglares católicos, quienes se han arrojado con denuedo en el movimiento universal. No puede pretenderse hacer la estadística de las asoçiaciones católicas; son todavía recientes, aún cuando con paso progresivo van fijando su pisada en todas las regiones del mundo.

La bandera es una sola, uno solo el generalísimo, el Romano Pontífice, y solo uno su mando.

Si la acción se desarrolla constantemente en el mismo sentido, sus efectos serán colosales para la propagación y defensa de la fe y de la civilización sobre la tierra, en gracia à la grandeza y poder del Pontificado, coloso de diecinueve siglos, inconmovible ante los esfuerzos perpétuos del averno, que no prevalecerá.

Y qué porvenir halagüeño y consolador, sobre todo si se considera que las heregías y los cismas se han terminado: que en la iglesia directora existe *una sola alma y un solo corazón*, y, por lo tanto ¿qué maravilla que la poderosísima unión de las fuerzas católicas proclame: *una sola grey y un solo pastor, unum ovile et unus pastor*, según la depre-

cación profética del Cristo, y constituya así una potencia invencible, sóla capaz de posesionarse de todo el universo para gloria de la civilización y de la humanidad, que entrará entonces en posesión de la religión verdadera, *la mas religiosa de las religiones*, según expresión del mismo Renan.

IV

Conviene que demos ahora una idea del progreso admirable de la Iglesia católica en el siglo que terminó, á pesar de las casi continuas persecuciones en todas partes del mundo, persecuciones que por divina providencia aumentan la energía del catolicismo. Nos basarémos en una estadística bastante exacta del P. Ballus, benedictino de Maredson.

Según ella, había en Inglaterra y Escocia á principios del siglo pasado, sólo unos 120.000 católicos; ahora son 2.000.000 bajo 3 Arzobispos, 18 Obispos y 2.785 sacerdotes.

En Holanda sólo una quinta parte de la población eran católicos, ahora son *dos* quintos (1.604.179); el doble de antes.

En Alemania ha subido el número de 6 millones á 18 millones (18.671.299).

En la Suiza, de 542.000 á 1.183.828.

En Escandinavia, de 200 á 8.000. En los estado Balcánicos, de 270.000 á 640.000.

En Turquia Asiática, de 400.000 á 658.000.

En Persia, de 3.000 á 10.000.

Norte Africa de 15.000 á 500.000.

En Rusia hay 10.000.000 de católicos no obstante las bárbaras persecuciones de aquel Gobierno.

En el Africa Central, Sud, Este y Oeste no habia ningún católico en el año 1.800; ahora son casi 2.000.000. Se agrupan estos al rededor de 30 misiones gobernadas por 280 misioneros.

En Asia, en el Extremo Oriente, el número de católicos, ascendió de 1.000.000 á 6.000.000.

En Oceanía y en las Colonias holandesas é inglesas, tampoco había católicos en 1800; hoy se cuentan 1.500.000.

En Canadá se multiplicaron de 137 á 2.000.000 y en los Estados Unidos de 36.000 á 10 000.000.

Todos estos números se refieren tan solo á aquellos paises, donde el aumento de los católicos es *proporcionalmente superior* al aumento de los habitantes en general. En los demás países de Europa, como Italia, España, Francia, Austria y tambien en Sud-América, el aumento de los católicos ha tenido igual proporción con el aumento de la población.

En todo el mundo existen unos *trescientos millones* de católicos; y si es verdad que hay también algunos *millones* de protestantes, éstos no representan una potencia moral organizada, pues están divididos en unas *mil* sectas, con nombre conocido, enumerándose en solo Inglaterra unas tres cientas diez; lo que demuestra que no existe protestantismo, esto es, un cuerpo de doctrina, sino simples sectarios protestantes: falta de unidad, falta de verdad.

En todas las épocas han existido herejías, que, después de pasado el interés de sostenerlas, desaparecen; solo la Iglesia católica es indefectible y tan antigua como el cristianismo, al decir del protestante Gladstone, siempre aumenta y nunca pasa, siendo siempre la misma, como la

verdad, y tan universal como la humanidad, según observa el mismo publicista.

Otro triunfo y progreso admirable del catolicismo lo constituye el prodigioso aumento del apostolado universal, la obra civilizadora por excelencia, la Propagación de la Fé; así, á principios de este siglo contaba apenas 300 misioneros; hoy existe un ejército de 70.000, contando además de los sacerdotes, las Religiosas, los Hermanos y Catequistas, habiendo conquistado á la fe católica más de *veinte millones* de prosélitos.

Así pues, aunque todavía hay mucho que trabajar hasta que el reino de Jesucristo sea propagado en todo el mundo; con todo, los católicos podemos estar muy contentos con el resultado obtenido, que es espléndido, á pesar de tantas persecuciones y obstáculos, quedando demostrado en cuanto á vitalidad y energía, que ningún proselitismo es mas eficaz que el de la Iglesia católica.

Y aunque es verdad que en la China acaba de sufrir pérdidas, ellas serán recuperadas con creces; la sangre de los mártires siempre ha sido semilla de cristianos.

Hemos crecido pués, y crecido en medio de las persecuciones, lo que demuestra la energía invencible de esta santa Religión. Y sobre todo, ¡cuán eficazmente desvanece esta elocuente estadística los sueños ridículos de los que vaticinan el próximo fin de la gran Iglesia Católica!

Es cierto que existen muchas rémoras y decadencias sociales, morales é intelectuales, que representan la degeneración original de nuestra raza hácia el mal y el error; pero estas no son derrotas del catolicismo, como no lo son de la

verdad y del bien; y por consiguiente no pueden considerarse como triunfos sobre el catolicismo y su Iglesia. Para que esto sucediera, era necesario que pudiera ser sustituido por las consquistas de instituciones aceptables para la civilización; pero ya sabemos que son los triunfos accidentales del mal y del error; tan enemigos del catolicismo como de la civilización de los pueblos: el materialismo positivista, el socialismo y la anarquia, que solo prosperan con la incredulidad, enemiga de Dios y de los hombres. Mas, el catolicismo vence al fin todos los obstáculos, como lo demuestra una historia de diecinueve siglos, historia que ninguna otra institución puede alegar en su favor.

V

Vamos á terminar esta consoladora revista con las reflecciones muy sensatas é imparciales del famoso diario protestante de Alemania el *Hamburger Nachrihten*, hechas en su sección política con ocasión de la apertura de la Puerta Santa, en la que demuestra que la Iglesia católica debe estar satisfecha de los progresos realizados en el siglo XIX; siendo hoy mas fuerte de lo que fué desde los tiempos de la célebre Reforma.

«Casi nonagenario, Leon XIII pudo abrir el Año santo de la Iglesia católica. Hace la impresión de un hecho maravilloso, ver con magestuosa energía á este débil anciano, fugado á penas á la muerte hacia pocos meses, que ha sabido encantar á millares y millares de gentes reunidos todos al rededor suyo en San Pedro, y como ha sabido persuadirles de la importán-

cia de tal acto. El encanto que debia producir este espectáculo en el ánimo de los fieles, puede imaginarlo también uno que no sea católico.

El presentimiento de que también en el siglo venidero, la institución cosmopolita de la Iglesia romana habrá de presentarse cual peñasco inmóvil y firme, que en vano azotan las olas al levantarse y sucumbir de las instituciones del hombre, encuentra una nueva confirmación en la triunfal ceremonia que logró realizar el venerando Pontífice.

En efecto, la Iglesia católica tiene motivo de contemplar con satisfacción al espirante siglo XIX. ¡Cuántas veces se ha opinado que en nuestra edad de las ciencias puras y sin hipótesis, habría de fundirse por necesidad absoluta un sistema fundado únicamente sobre antiguas creencias dogmáticas! Hoy sabemos que no sucedió así, y no hay duda, que la soñada victoria radical de la ciencia moderna dejó de realizarse.

El materialismo desconsolador, que, quizás demasiado ha logrado su fin, ó por lo menos la vulgarización del conocimiento científico, se ve en la impotencia de proporcionar satisfacción durable á la gran masa. No puede negarse que ha habido una vuelta á las antiguas creencias en proporciones nunca presentidas; más aún: lo que la Iglesia católica ha perdido en influencia sobre los intereses materiales, lo recuperó abundantemente por la cultura de los intereses morales.

Desde los tiempos de la guerra de treinta años el catolicismo no fué nunca una fuerza política tan poderosa como lo es en nuestros días.

Una comparación con el estado de las cosas

desde cien años atrás, cuando bajo los auspicios del siglo de la ilustración parecía quebrantada la fuerza espiritual del catolicismo y derrotada su influencia política por la gran Revolución, es harto capaz para infundir valor y aliento en los secuaces de esta antigua organización religiosa.

El principio del siglo XIX trajo á Alemania el fin del Santo Imperio romano-germánico y fué el entierro de los principados espirituales. Hoy, en el nuevo imperio, aunque bajo formas nuevas, el catolicismo es acaso más fuerte de lo que fué desde los tiempos de la Reforma.

En Austria el catolicismo ocupa su tradicional sitio, que siempre ha tenido bajo la casa de Habsburg, salvo unas interrupciones.

Un síntoma anticatólico de nuestros tiempos, la famosa moción contra Roma, el grito *Los von Rom*, (separémonos de Roma), en que unas naturalezas sanguíneas habian puesto tantas esperanzas, no ha sido más que un latigazo al agua: las cosas siguen como antes y Austria se queda católica.

Pero con una satisfacción muy especial puede alegrarse la Iglesia católica de los resultados de la propaganda fuera de Europa.

Las misiones se han desarrollado como nunca en los tiempos anteriores.

Sobre todo, la propagación del catolicismo en los Estados Unidos de Norte América representa un fruto muy importante del siglo que va á acabar...

Cualesquiera que sean las ideas que uno tenga del catolicismo, *su posición superior y su poderosa influencia son factores importantísimos, y hay que contar con ellos*».

Gran maravilla, en efecto, es la Iglesia católica. La magestad moral del Papado se ha engrandecido á pesar del eclipse anormal y momentaneo de su poder temporal. Así la mano del Rey de la Iglesia que es Rey de las almas, se hace sentir con más evidencia; puesto que es en el seno de la dibilidad más evidente que ostenta la potencia espiritual más admirable, la más extendida, la más enérgica, la más obedecida — la única obedecida — porque no tiene sanción material. Es la continuación del perpétuo milagro histórico, que la vida de la Iglesia ha realizado; de cada uno de sus combates saca una victoria; de cada una de sus humillaciones una gloria y de cada una de sus persecuciones un progreso. Así fué y así será.

Y en verdad; nunca jamás ha sido el Papa más fuerte, ni la Iglesia tan unida; en ninguna época ha hecho mayores progresos que en la presente; mientras al lado de ella, roídas por las sectas que hormiguean y paralizadas por una anarquía de ideas que nada contendrá en adelante, varias religiones rivales ni siquiera pueden ya pretender que se las repute cristianas.

No conocemos nada más elocuente que estos contrastes, que sirven como de sombra y realce á la obra de Dios y la hacen tanto más admirable. Entre tanto, en todas las esferas, los hombres más grandes, antes alejados de Cristo, han inclinado su genio ante él, confesado su divinidad y seguido á su Iglesia. Lamoricière, Ampere y Biot, Chateaubriand y Lacordaire, Tocqueville y Leplay, Littré, Agustín Thierry, Stobben, Newmann, Manning, al lado de los Cauchy, de los Dumas, de los Pasteur, de los Quatre-Fages y otros, que siempre fueron cristianos, com-

pensan magníficamente á la Iglesia por unas pocas apostasías y presagian un siglo en que la ciencia, de nuevo bautizada, oiga decir como Clodoveo: « ¡Altiva infiel, quema lo que has adorado, y adora lo que has desconocido!»

Notas Adicionales

Vindicación de la Iglesia ante la sociedad moderna

Hemos demostrado que la Iglesia progresa á pesar de los fatídicos prenuncios de sus adversarios; pero ahora deseamos probar que no se puede impugnar á la Iglesia por retrazada y enemiga de la civilización y de las luces, como pregonan el protestantismo y el anticlericalismo, aunque reiteremos lo dicho en otra ocasión.

El siglo XVIII, de volteriana impiedad, había hecho aplaudir, como una verdad histórica, que la Iglesia era, y había sido, una institución enemiga de las luces, de la civilización y del progreso humano, como aún hoy día lo repiten adversarios inconscientes del virus volteriano que los tiraniza.

Mas ¿cómo podrá compadecerse con la ilustración moderna, tan infundada y calumniosa afirmación, cuando consta todo lo contrario por la historia, y con tal evidencia, que ya no se necesita ser católico para proclamarlo así y muy alto?

No podemos en este momento abrir el libro de la historia para que se vea en sus páginas confirmada esta declaración, como lo hemos hecho en múltiples ocasiones; mas para rechazar las afirmaciones de escritores sin autoridad; vamos á ci-

tar publicistas, cuya competencia nadie puede negar y cuya imparcialidad, al menos en este punto, es superior á toda excepción, por no militar en el seno de la Iglesia.

Sea el primero, el ilustre estadista Mr. Gladstone, quien á pesar de ser protestante ha hecho esta declaración, tan imparcial como justiciera: «La Iglesia ha marchado siempre y con gloria á la cabeza de la civilización.» Vamos á citar sus palabras, para dar de ellas traslado, como una contestación categórica, á los que, sin la competencia ni la ciencia de tan eminente publicista, pregonan que la Iglesia es la causa del retroceso y la desgracia de la humanidad: «Después de los tres primeros siglos de las grandes persecuciones, dice, la Iglesia ha marchado á la cabeza de la civilización, enganchando á su carroza, como á corceles de carro triunfal, las principales fuerzas intelectuales y morales del mundo. Su arte, el primero del universo; su génio el génio por excelencia; su grandeza, su gloria, esplendor y magestad han sido, sinó absolutamente, casi en su totalidad, aquellas de que puede enorgullecerse la historia.»

Y para que no fuera á creerse que esto sucediera solamente en el pasado, siendo hoy una institución carcomida y en ruinas, como afirman inteligencias miopes, añade: «Y esta maravillosa Iglesia, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy despues de diecinueve siglos, tan jóven, tan vigorosa y tan fecunda, como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra», esto es, el de su nacimiento.

Y como si esto no bastara, otro historiador eminente, Mr. Guizot, cuya competencia está demostrada en su *Historia de la civilización*

europea, y aunque también protestante, declara que ni los mismos católicos han sabido juzgar en toda su grandeza lo que la Iglesia ha hecho por la civilización de los pueblos: «La influencia de la Iglesia, dice, en la civilización moderna es muy grande; más grande de lo que creen no sólo sus adversarios, sino tambien sus más fervientes adeptos; pues distraídos en la polémica, no han sabido justipreciarla en toda su extensión y grandeza.»

Tan hermosa confesión, si es un merecido y justiciero honor para la Iglesia, constituye un doble reproche, primero para sus adversarios; pero más grande aun para los católicos, que no han hecho lo bastante para saber apreciar toda la grandeza de los beneficios que debe la civilización á la Iglesia católica, ni hacen lo suficiente para salir por el honor de la institucion más bienhechora de los pueblos y naciones.

Y como, gracias á Dios, abundan los pensadores distinguidos que, aun en el campo racionalista, saben hacer justicia á la Iglesia, queremos citar otro historiador y escritor eminente, espíritu positivista, pero de una amplitud, de una imparcialidad, de una serenidad é ilustración de criterio, que le han valido el respeto de todos los hombres pensadores; es Mr. Taine, quien, después de expresarse de la manera que hemos visto más arriba acerca de la eficacia incomparable del cristianismo en la moralidad de las naciones y de las personas, hace el más enérgico de los reproches á los expulsadores y calumniadores de las comunidades religiosas, al querer substituirlas con una administración laica: «Es retrogradar, dice, hacia los bajos fondos, proscribir y hasta aplastar con vejaciones y exacciones los servicios caritativos, gratuitos y

religiosos de esas asociaciones, que conservan y mantienen todavía lo que hay de honestidad, de pudor y de dulzura en la humanidad.»

II

Y para que todos los testimonios en favor de la Iglesia, además de competentes, sean imparciales, añadiremos el de otro publicista protestante, Mr. Gladden, director de la *Revista Histórica*, donde dice: «Ante la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procaz que deshonra á la literatura y á la sociedad moderna, que encuentra formidables auxiliares en los progresos de la demagogía y en la teoría de la libertad ilimitada de imprenta, nosotros estamos dispuestos *á ver en la Iglesia católica la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización que amenaza borrar el respeto de la pureza de costumbres y hasta las más sencillas nociones de providad y de honor*».

Y en verdad, no podía un protestante hacer un elogio más grande de la Iglesia católica al declarar que es «*la única* fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias», mientras adversarios vulgares la califican de institución inmoral; sin saber lo que afirman, si no es que quieren calumniar á sabiendas. ¡Hasta cuándo la calumnia soez y vulgar ha de resistir á la verdad histórica, defendida por los mas grandes génios contemporáneos!

Y ¿qué decir de la misión de la Iglesia en la solución del gran problema social, que hoy atormenta á la sociedad contemporánea? Queremos que dé la respuesta el reputado economista

A. Leroy Beaulieu, que pertenece á la escuela liberal. Después de declarar que, si cree imposible prácticamente una legislación obrera internacional, juzga necesario, sin embargo, que en la reglamentación de la cuestión social, los gobiernos deben estar animados de un mismo espíritu y obedecer á una inspiración común. « Ahora bien, observa, esta inspiración común nadie puede comunicársela mejor que la Iglesia. Las diversas sectas cristianas no tienen un credo, ni un criterio común y uniforme; mientras la Iglesia ha sido y es aún, el agente magno de unificación del mundo moderno. El Pontificado es el único poder verdaderamente cosmopolita; y solo él por medio de la religión puede, sin inquietudes y sin amenazas para nadie, á fuer de poder moral, realizar el *internacionalismo pacífico y eficaz*, al que tiende la civilización moderna por la fraternidad universal. »

Y el publicista Mr. de Vogüé, tambien liberal, añade: « Sea que la crísis social se agrave sin resultado, sea que se resuelva en catástrofes, tras las cuales solo queden quimeras impotentes sobre escombros, llegará el momento en que el mundo obrero, á pesar de sus arraigadas prevenciones, advierta que en el Vaticano hay un árbitro para fallar en sus conflictos, un abogado para defender su causa y un arquitecto para ayudar á reconstruir las ciudades arruinadas. »

Por fin, deseamos completar esta lista de apologistas independientes en favor de la Iglesia con el gran publicista y estadista Mr. Thiers, quien declaraba en una ocasión solemne: «Si yo tubiera en mis manos el beneficio de la fe, lo esparciria á manos llenas sobre la sociedad. Está tan

próxima á undirse, que no encuentro salvación para ella sinó en la Iglesia, á la que he combatido cuando no la conocía en todo su grandor.» Y añadía: «A esta religión es necesario protejerla; pero esto no es bastante, es necesario hacerla florecer para salvación de la sociedad moderna. (¡Qué contraste con los votos de nuestros anticlericales que sólo desean arruinarla!)

Esta declaración no necesita comentarios, y es la respuesta mas autorizada que podria darse á los hombres superficiales, que, ante el desquicio social producido por la incredulidad, lo atribuyen á la Iglesia, y proclaman que es necesario eliminar al catolicismo de las sociedades modernas, porque es el cáncer que las corroe, según su fraseología decadente y sectaria.

Mas, deseamos coronar esta série de testimonios ilustres con otro texto del citado publicista, libre pensador, miembro de la Academia francesa, Mr. de Vogüé, quien en el epílogo de la obra reciente «Los Papas y la civilización», dice: «Si suponemos á un filósofo meditando acerca del destino del Pontificado y buscando las mejores sendas para la mísera humanidad, concebirá una doble confianza en el porvenir del Papado y en los buenos efectos de este porvenir para la humanidad. Porque en efecto, si ha encanecido en el estudio de la historia y en la observación del siglo en que la suerte le ha arrojado, si ha visto de cerca lo imprevisto de los acontecimientos, la falsedad de las previsiones, el espantoso desorden de la razón abandonada á sus solas fuerzas, la incapacidad de los hombres para decidir sus verdaderos intereses, el egoismo é ineptitud de la mayor parte de los encargados del público bienestar, la dolorosa impotencia de

los buenos para remediar la incurable miseria del mayor número; este filósofo saldrá con una convicción más arraigada aún, y apreciará mejor entonces la necesidad del Regulador de la civilización, que vigila tantos siglos há desde la activa soledad del Vaticano. » ¡ Y los anticlericales afirman que el Papa es el gran conspirador contra la civilización !

III

Ahora bien, si el programa y el propósito de la incredulidad, organizada en lo que se llama anticlericalismo, y que, aun cuando se titula propaganda liberal, constituye, al decir del liberal Leroy-Beaulieu, la vergüenza del liberalismo; ha sido y es combatir á la Iglesia con el pretexto de defender los más grandes intereses de la humanidad, ¿cómo desconocer la necesidad de oponer á esa especie de apostolado sectario el apostolado seglar católico, ya que para los verdaderos intereses de la civilización, del progreso y de la moralidad social, la influencia de la Iglesia es suprema, benéfica y sin émulo, por confesión de publicistas tan distinguidos como imparciales?

Está definida, por tanto, la misión del apostolado seglar, y es tal su legitimidad, que hasta tiene la aprobación del libre pensamiento en sus más ilustres representantes; quienes aunque no han llegado á profesar la divinidad de la religión, no pueden dejar de admirar á la Iglesia por la grandeza de los beneficios hechos á la humanidad.

Si no son creyentes, son sinceros admiradores de su benemérita y civilizadora influen-

cia. Y, como ya lo hemos demostrado, son ellos los que declaran que no es una pretensión sectaria, como lo afirman los anticlericales, proclamar que la Iglesia es la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias y de acabar con esa inmoralidad espantosa, que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres; que sin cristianismo no hay civilización, ni puede existir la moralidad pública y privada, á no ser por un resto de cristianismo y de una atmósfera cristiana, con imperio inconsciente, que continúa influyendo en los mismos espíritus no-creyentes, que se llaman liberales.

Ya lo hemos visto: en esa misión civilizadora y humanitaria, el cristianismo no tiene émulo ni puede ser sustituído por nada y por nadie; ni por la razón filosófica ó científica, como pretende el racionalismo; ni por la cultura artística y literaria, como pretenden los progresistas; por ningún código, ninguna clase de administración y ningún género de gobierno, como lo pretenden los estadistas del positivismo; ni por la moral independiente, con que el liberalismo anticristiano pretende sustituir al Evangelio.

Y si, después de diecinueve siglos, la Iglesia conserva la juventud vigorosa y fecunda del día de su nacimiento, ¿cómo no ha de poder afrontar, serena y segura de su augusta misión, las contingencias del porvenir, marchando gloriosa á la cabeza de la civilización, y realizar el internacionalismo pacífico y eficaz á que tiende la sociedad moderna, ya que el Pontificado es el único poder moral verdaderamente cosmopolita y el agente magno de unificación del mundo moderno?

Es, por lo tanto, un deber y un honor para el

apostolado seglar, constituirse en defensor y propagador de una institución que forma el orgullo de la historia por sus beneficios á la humanidad.

Y de seguro, que saldrá airoso en sus trabajos y esfuerzos al sostener y esparcir la influencia de esa gran Iglesia, que ha sabido uncir á su carro triunfal, las principales fuerzas morales é intelectuales del mundo, para gloria y pró de los más caros y altos intereses de las naciones y de los pueblos. Por eso decía el racionalista Youffroy, respecto de la Iglesia: «Es una gran religión; y la reconozco en esta señal: en que tiene una solución para todos los grandes problemas, que interesan á la humanidad.»

De intento, no hemos querido hacer cita alguna en favor de la Iglesia, tomándola de autores católicos, aunque eminentes, como de Maistre, Chateaubriand, Montalembert y otros, pues no lo necesitamos para vindicar á la Iglesia; y, por que era necesario, al levantar las calumnias de retrógrada é inmoral contra la misma, apelar á publicistas, cuya autoridad y competencia aplasten y anonaden semejantes calumnias, basta nombrar á un Guizot, un Gladstone, un Thiers y un Taine, para saber que es una vulgaridad desprestigiada, afirmar que la Iglesia es enemiga de las luces, de la civilización y del progreso, pues esos colosos de la historia declaran lo contrario, á pesar de no ser católicos.

El triunfo de la Iglesia no puede ser más espléndido; ya que su apología la hacen sus propios adversarios.

Y sin embargo ¿cuánto no hay que trabajar para disipar ese oscurantismo irreligioso, resultado de la vergonzosa propaganda del anticleri-

calismo? Mirad, sino, esas turbas de descreídos que se cubren con el manto liberal; es tal su fanatismo intransigente, que hablarles de Iglesia, basta para cambiar de semblante y ponerse como unas fúrias infernales; pues creen los desgraciados que Iglesia es sinónimo de todos los males y desgracias que han podido acontecer, y á tal punto llegan, que apenas ven un sacerdote, á manera de poseídos por *un ódio inextinguible*, se conturban y retuercen, y hacen ademanes de obcesos, profieren insultos y palabrotas indecentes, amenazando tragarse al pobre sacerdote, y le dicen ave negra, farsante, explotador y otras lindezas del mismo jaez, pues su fanatismo liberal les ha hecho perder la menor noción de buena educación y urbanidad.

Y ¿qué decir de los que no son turba multa del liberalismo, sino liberales decentes, cuando se trata de las órdenes religiosas? También ellos tienen su dósis de fanatismo intransigente, y aplauden las leyes y decretos contra la libertad de los institutos religiosos, y niegan sus inmensos beneficios, porque son realizados bajo la inspiración del catolicismo. Y en verdad, que es vergonzoso para la civilización, que esos pobres religiosos tengan que vivir perpétuamente perseguidos por los que son sus conciudadanos, al grito mentiroso de libertad, igualdad y fraternidad. Pero, no importa; pues con relación á las órdenes religiosas se verifica, como lo nota el cardenal Sancha, y lo constata la historia y la estadística, que el resultado de las persecuciones brutales ó legales, ha sido su inmedito aumento y progreso.

Con la persecución se las conoce mejor y se las aprecia más, y por tanto viene la reacción y su

triunfo; ya que no puede ser eterno el imperio de los prejuicios y de los intolerantes enemigos de la libertad para todos. Y esto es lo que sucede con la Iglesia y todas sus instituciones: al ser perseguida, pasado el primer momento, se la cubre con las simpatías que merece toda víctima; y como es tan odioso perseguir en nombre de la libertad, ésta recobra sus fueros y los perseguidores quedan cubiertos de ignominia y de vergüenza.

Hoy se oye decir: ¡viva la libertad y mueran los frailes! mañana se dirá: ¡viva la libertad para todos y no haya proscritos ni desheredados! Hoy se dice: ¡viva la civilización y muera la Iglesia; y mañana se dirá: ¡viva la Iglesia, que ha marchado siempre á la cabeza de la civilización! A las iras de la persecución, seguirán los honores del triunfo.

La Propaganda protestante - liberal - masónica contra el catolicismo

El anticlericalismo, patrocinado por la liga protestante-liberal y la Masonería, ha emprendido la difamación de la Iglesia y nos ha inundado de folletos calumniosos y difamatorios, con frecuencia pornográficos, además de las manifestaciones hóstiles de todas clases contra la Iglesia y los católicos, con una furia y una intolerancia inauditas y destempladas, que no condicen, por cierto, con el régimen democrático y los alardes con que el liberalismo proclama la libertad para todos.

Esa propaganda, en verdad, tiene que ser contraproducente, apenas se reflexione; pues, ¿qué causa justa y civilizadora puede hacer uso de líbelos infamatorios? Así, por ejemplo, hemos cons-

tatado los innumerables beneficios del Pontificado y de la Iglesia en pro de la humanidad y de la civilización, beneficios que han sido confesados por historiadores eminentes é imparciales por militar en el campo racionalista. Y sin embargo, ¿no se propalan en esos libelos las calumnias é insultos más soeces contra los Papas y contra el Clero, haciéndolos aparecer como lo más infame que exista sobre la tierra? ¿No calumnian y ridiculizan el culto y los dogmas sublimes de nuestra santa religión de la manera más libertina y procaz? Pero, gracias á Dios, lo hacen de una manera tan desatinada, insolente y bochornosa, que sólo puede engañar á corrompidos ó á tontos. Son tan burdas las cosas que dicen y tan descaradamente calumniosas, que basta el sentido común para rechazarlas.

Además, es sabido que esa es la táctica adoptada contra la Iglesia y sus instituciones por el anticlericalismo; y queremos reiterar aquí lo que el eminente catedrático de la Sociedad de Ciencias Políticas, el liberal Leroy-Bealieu, dice, sobre la índole del anticlericalismo, que ha invadido nuestra República de una manera alarmante para la libertad, y hasta para la tranquilidad y buena educacion social, pues hace alarde de una intolerancia y de un ódio sectario tan insolente, que son imposibles las buenas relaciones sociales entre ciudadanos de distintas creencias.

Empieza Leroy-Beaulieu por declarar que el anticlericalismo es un partido ó secta que inspira á los espíritus libres *grande repugnancia;* que es un partido completamente *negativo*, que nada crea y sólo se propone destruir; partido formado de ódios inveterados, de prejui-

cios sectarios y de autoritarismo jacobino. Vive de esos prejuicios, fomenta los ódios implacables y se propone la destrucción de todas las instituciones del catolicismo, que tacha de clericalismo, negando la libertad en todos los terrenos á su adversario. El todo, añade, cubierto de *un barniz engañador de liberalismo y adornado de un pedantesco disfraz científico.* Así se le ve cubrir sus abominaciones con el calificativo de *liberal* y la invocación de la libertad, pretendiendo apoyar sus planes destructores de toda religión en nombre de la ciencia, mientras no tiene más que un barniz engañador de liberalismo y toda su ciencia no es más que un pedantesco disfraz científico.

Para el anticlericalismo, *clerical,* ha llegado á ser sinónimo de católico y toda persona fiel á la gran Iglesia es un adversario secreto ó declarado de la libertad, que debe ser tenido por sospechoso, y hasta alejado de la sociedad, como enemigo del progreso y de la civilización.

En vez de un instrumento de emancipación, el anticlericalismo amenaza de este modo con mostrarse, para una porción notable de la sociedad, como *un agente de discordia y de opresión.* Aún más; muchos de sus fervientes, arrastrados por un celo fanático, llegan á atacar más allá del Clero y de la Iglesia, á todo vestigio de la idea cristiana y sentimiento religioso, á la nación misma de Dios, como á supersticiones peligrosas é inmorales que el Estado debe esforzarse en desarraigar. El anticlericalismo, añade, viene de este modo á estar animado de un espíritu de secta, intolerante de las creencias de los demás y deseoso á su vez de emplear contra ellos la autoridad pública y el ascendiente

del poder. Y así fomenta las persecuciones contra las instituciones del catolicismo, que desea suprimir abusando de las leyes, como si no tuviesen igual derecho á la libertad, que el anticlericalismo parece querer monopolizar en su solo provecho.

Por eso advierte Leroy-Beaulieu, con mucha razón, que los liberales que respetan aún la libertad y las creencias de los demás, están obligados á rechazar ese anticlericalismo sectario, infiel á las ideas de tolerancia, con las que pretende cubrirse, porque en vez de un defensor de la libertad, no tienen más remedio que ver en él un adversario de la más preciosa de las libertades, la religiosa.

Si no forma un partido, es el lazo habitual de la concentración de antipatías y de enemistades comunes, más bien que de comunes ambiciones. Radicales, socialistas, incrédulos y protestantes, se unen en el ódio contra la sotana y en el terror pueril por la cofia de la Hermana de Caridad.

Cándidos adeptos nos presentan á este anticlericalismo pretencioso y vulgar á la vez, arma favorita de los políticos en apuros, como el emancipador próximo de la inteligencia y el fundador de la libertad futura, como la única y la mejor garantía del porvenir de la civilización y de la patria. Pero los hechos y los actos nos han mostrado lo que valen en su boca esas promesas.

Al verlo manos á la obra, el anticlericalismo militante, recurre de buena gana á los *métodos de propaganda ó de polémica, en que se apela á los prejuicios y á las pasiones de la muchedumbre, no retrocediendo ante las insinuacio-*

nes calumniosas y las leyendas embusteras, aumentando desmedidamente la fuerza ó la fortuna de adversarios reales ó imaginarios, reclamando para ellos nada menos que la confiscación y la proscripción. Con los mismos terrores infantiles ó simulados, buscan en los acontecimientos causas ocultas, señalando por todos lados la mano de espectros misteriosos, viendo por todos lados el cuello blanco del jesuita.

Nos anuncia la paz religiosa por la neutralidad del Estado, y, con el pretexto de establecer la paz, nos precipita en las querellas religiosas. *En sus rebeliones contra la antigua fe, asume una intolerancia cortante y un autoritarismo arrogante, dogmatizando con altanería, como si desde el pórtico de los templos de la ciencia, hablara verdaderamente en nombre de la razón infalible.*

¿Cómo es de extrañar que este anticlericlalismo sectario lleve á todas partes, hasta en política, el espíritu de secta intransigente y que reclame con una ignorante infatuación la dispersión de las congregaciones religiosas, el cierre de sus escuelas y noviciados? Ese anticlericalismo sectario es, pues, *el bochorno de los espíritus verdaderamente libres.* ¿Acaso por emprenderla contra los católicos ó contra religiosos de capucha blanca ó negra, la intolerancia sería menos culpable, ó juzgaríamos equitativo el rehusar al clero de la mayoría la libertad y la igualdad de los derechos, que nos hacemos un deber en reclamar para las minorías religiosas?

Leroy-Beaulieu termina su estudio con esta sensata consideración, por más que sea de un liberal: «La igualdad de derechos para todos, sin distinción de religión ó de origen, de clase ó de

partido, tal es la única manera que puede garantir la libertad y devolver la paz á los pueblos. Es duro verse obligado á recordar esta verdad en la aurora del siglo XX; no es por medidas de proscripción ó por leyes de excepción contra tal ó cual categoría de ciudadanos que se asegura la paz y prosperidad de los pueblos. En la época actual, no se puede buscar la paz y unidad nacional, ni en la unidad de la raza ó del origen, ni en la uniformidad religiosa, ni en el monopolio de la enseñanza. Bajo cualquier forma que se presenten y de cualquier sofisma en que se apoyen, semejantes pretensiones no son más que un anticuado y peligroso anacronismo.

En la época moderna, no puede encontrarse la paz y unidad nacionales más que en la libertad religiosa y la igualdad ante la ley, en el respeto de los derechos de todos y de cada uno, en una ámplia tolerancia mútua, que inspire á todos los ciudadanos un igual amor por la patria común, para que se sientan todos igualmente amados por ella é igualmente á gusto en ella, y que debiéndole la misma libertad y los mismos derechos, puedan todos tener para ella la misma ternura y la misma abnegación. Luchar, pues, en todas partes contra el espíritu de intolerancia, contra la manía del esclusivismo y del furor de las proscripciones; trabajar para la pacificación religiosa, al mismo tiempo que para la pacificación social, ayudar al acercamiento de los hombres, como al acercamiento de las clases, es hoy la mejor, sino la única manera, de salvar la libertad y de asegurar por la solidaridad nacional, la pacificación y grandeza de las naciones.»

Ahora bien; ¿podía el liberal Leroy-Beaulieu,

pintar de una manera más exacta al anticlericalismo, que ha invadido con su consigna universal las naciones latinas, incluso esta República, y de una manera furiosa?

Es la práctica de la intolerancia más rabiosa y grosera contra los católicos, la Iglesia y sus instituciones, mientras proclaman la libertad más absoluta para todas las opiniones y creencias: es una disminución inaudita del criterio recto y justiciero que exige la tolerancia mútua y el mútuo respeto entre los ciudadanos que profesan diversas creencias. Es el partido más vergonzoso que existe, proponiéndose perseguir á los adversarios perpétuamente y en todos los terrenos, mientras proclama hipócritamente el hermoso lema de libertad, igualdad y fraternidad, convertido en instrumento de opresión, de tirania y proscripción, negando el derecho común á los adversarios y convirtiendo la fraternidad en un *ódio inextinguible* respecto á la Iglesia y á los católicos.

II

Para demostrar que el anticlericalismo protestante-liberal, recurre de buena gana, como advierte Leroy-Beaulieu, á los métodos de propaganda en que se apela á los prejuicios, no retrocediendo ante las insinuaciones calumniosas y las leyendas embusteras para excitar las pasiones de las muchedumbres contra la Iglesia y sus instituciones, bastaría mencionar los folletos publicados por la llamada « Asociación de propaganda liberal », pues no respiran otra cosa que prejuicios sectarios contra los Papas, la Iglesia y sus más santas instituciones, valién-

dose en efecto, de insinuaciones calumniosas y de leyendas embusteras, sino de cosecha propia, de contrabando europeo.

Pero, queremos particularizarnos, respecto al sacramento de la Confesión sobre el que han esparcido las más pérfidas calumnias, aunque de una manera tan exagerada y desvergonzada, que debe producir efecto contrario en todo espíritu recto y reflexivo.

Es la confesión, ó sacramento de la penitencia, la institución moralizadora por excelencia, para el hombre inclinado al mal. Y no podía ser de otro modo, pues fué instituida por Jesucristo de la manera más categórica: «Recibid el Espíritu Santo, dijo á los Apóstoles: aquellos á quienes les perdonareis sus pecados, les serán perdonados, y aquellos á quienes los retuviereis, les serán retenidos.» Confería, por tanto, Jesucristo, á los ministros de su Iglesia, la facultad de absolver ó retener los pecados; y así se practicó en la Iglesia desde su origen, conservando aún esa práctica las iglesias cismáticas de Oriente.

Y, aunque este asunto merecería una exposición más extensa, sólo haremos algunas reflexiones, además de lo que dejamos dicho en otra parte.

El sacramento de la penitencia es tan eficaz para prevenir la inmoralidad y fomentar todas las virtudes en el pueblo cristiano, que el incrédulo Ronsseau, la considera, en este punto, *superior á todas las legislaciones*; hasta Voltaire, ha dicho que es una *institución excelente*, y el filósofo racionalista Reynal, ha declarado que esta institución, no podrá ser suplida *por más fórmulas sociales que se inventen y ensayen.*

Y ¿cómo no recordar lo que de ella decía Napoleón Bonaparte? «La confesión es un remedio imprescindible para la pobre humanidad y bien demuestra ser institución de Dios, reparador del alma. Por la confesión perseveramos en el bien, conocemos mejor el mal, huímos de él y nos unimos á Dios: esto es innegable.»

Y el célebre revolucionario Cerutti, amigo íntimo de Mirabeau, hacía este elogio: «Inspirar horror ó arrepentimiento del crimen, poner un freno á la maldad, dar un apoyo á la inocencia, reparar las depradaciones del robo, estrechar más y más los vínculos de la caridad, mantener el amor de la concordia, de la subordinación, de la justicia, de todas las virtudes, desarraigar del corazón los hábitos de los desórdenes morales y de los vicios; *ocupar el lugar de Dios y ser de este modo para el bien de los hombres el juez de la conciencia, el censor de las pasiones,* según la ley divina; ved, ahí, lo que hace que el ministerio del confesor sea uno de los más própios para mantener *la pureza de las costumbres,* y, por lo mismo, uno de los más conformes al interés público.» (Nonotte, Diccionario, art. confesión.) He ahí, las grandes explotaciones atribuídas por la impiedad al confesionario!

Y ¿no bastaría reflexionar que todos los santos lo frecuentaban, mientras las gentes perdidas lo ódian?

Pero, la táctica indigna con que han pretendido demostrar la inmoralidad de la Iglesia y de la confesión, cosa que ni ellos creen, consiste en hacer aspavientos, ante los tratados y programas de examen de conciencia, sobre los pecados contra la honestidad y castidad.

Todo el mundo sabe, incluso los protestan-

tes y anticlericales, que el fin y propósito de esos tratados y exámenes es perseguir los pecados de incontinencia é inmoralidad, hasta en el mismo pensamiento; y este celo en favor de la pureza de las costumbres, ha dado pretexto para acusar farsáicamente á la Iglesia de fautora de inmoralidad, por el hecho de ocuparse de tales cosas.

Pero, esta acusación es, además de hipócrita, ridícula: así, existe entre otros, un notable tratado del eminente mèdico Descuret, titulado *Medicina de las pasiones*, ocupándose de éstas, bajo múltiples aspectos, en cuánto pueden curarse ó sofocarse con tratamiento material, moral y religioso; más, á nadie se le ha ocurrido tachar de inmoral ese tratado, al exponer las pasiones humanas, como la incontinencia, la borrachera, el suicidio, etcétera, en todos sus pormenores, para mejor atacar las pasiones.

Y es de notar, que esta propaganda calumniosa entre nosotros, es importación europea, sin más originalidad que extremar los dicterios contra la Iglesia y la confesión.

El autor de esa campaña es un tal *Grassmann*, un viejo librero, de más de ochenta años de edad, muy conocido en Austria y Alemania, por su actuación anticlerical en los últimos disturbios religiosos de *Los von Rome*.

Pues bien; contra todo lo que se pudiera sospechar, una sensualidad repugnante, le indujo á cometer un crímen de seducción, por el que fué acusado públicamente, y la tramitación de ese expediente, consta de los tribunales del crímen de Berlín, que fué expuesto en los primeros meses de 1900, por el diario «Argentinischer Volksfreund», redactado en Buenos Aires,

tomando sus datos del «Der Arbeiter», de Alemania.

Ahora bien; ese hombre degradado, es el génio que ha inspirado á los anticlericales de todo el mundo; su libelo es el texto de donde han copiado sus diatribas los enemigos de la confesión en Francia, Italia, España, Portugal y las Repúblicas de América.

Irritado, pues, el tal Grassmann, por su condenación, quiso desquitarse editando un folleto abominable, cuyo título es: «*La moral de San Alfonso y la confesión*», con una edición de 200.000 ejemplares y la traducción comentada en casi todas las lenguas europeas. Es una compilación de textos, violentamente arrancados al sentido original y colocados en fila como en un *presidio*, para inspirar horror y repugnancia moral; habiendo hecho de los libros oficiales de la ciencia moral una colección de palabras y conceptos técnicos, que desprendidos del texto y del sentido general, con toda mala intención, hacen un efecto repugnante, como lo haría cualquier tratado de Medicina legal ó de Derecho, al tratar de materias criminales. Y han escandalizado á todo el mundo á pretexto de protestar contra las supuestas inmoralidades enseñadas por la Iglesia, en las que en verdad, sólo los simples creen, y los malvados hacen el papel de quedar escandalizados. ¿Para qué publican lo que no está destinado al vulgo y escrito en lengua latina?

Pero, tan infame y calumnioso es el mentado folleto de Grassmann, origen de la propaganda protestante-liberal contra la confesión, que ha merecido la refutación del notable protestante Dr. Bopp, que, al menos, es hombre de buena fe y no se deja llevar del ódio sectario, así como me-

reció también la condenación de los tribunales de Nürnberg. Y sin embargo, esa elucubración inmunda y criminalmente acusada y condenada, ha servido como de arsenal de guerra para los anticlericales, permitiéndoles el lujo de ostentar erudición, citando autores, como S. Alfonso, escritos en latín, que hoy es más ignorado que el griego entre nuestros clerófobos.

He aquí las sensatas reflexiones del Dr. Bopp, sobre el movimiento anti-católico provocado por el folleto de Grassmann, que ha tenido la virtud de encrontrar éco en América.

«Como una fiebre periódica aparece, en el país un nuevo Kulturkampf, que excita á algunas clases de la población, más de lo que conviene. Contra jesuitas, frailes, conventos y curas, se ha levantado una polvareda, cuando menos se esperaba, como si se improvisara un baile fantástico de brujas, como si sonara una voz de degüello, contra esas personas condenadas á desaparecer de la faz de la tierra.

«Ese movimiento fué legalizado, en cierto modo, por la ley de asociaciones religiosas, votada por la Cámara Francesa, apesar de que no había pasado aún por el Senado. En Alemania, no ha tomado formas tan violentas como en España, Portugal, Francia, Italia y Hungría: sin embargo, se ha iniciado y se sigue aún allà, una lucha furiosa entre periódicos provocada por el folleto de cierto Grassmann, que tradujo al alemán, la teología moral de S. Alfonso, M. de Ligorio, jurista católico, empeñándose en presentar el confesionario, *como una escuela católica de inmoralidad.*

«El folleto hizo mucho ruido entre amigos y fuera de la ley? La excitación al ódio entre las

adversarios. La lucha se ha propagado hasta en Suiza, en particular hasta el país de Zug, donde el Volksblat utilizó el folleto en sentido radical, mientras que todo el clero católico, dirigido por el Obispo y el partido conservador, se levantó en defensa de sus ideas, redactando una protesta pública y solemne.»

«*Los católicos declaran que la traducción del señor Grassmann es una torpe falsificación y que su autor ha sido castigado anteriormente por inmoralidad y perjurio. Manifiestan asimismo que su obra es un insulto infame contra la Iglesia Católica.*

«*Que Grassmann exagera crasamente, lo confiesan los periódicos liberales más decentes.*

«El tribunal de Nürnberg hizo confiscar el folleto y destruir las placas de imprenta. Mgr. Egger, Obispo de S. Gallen, ha contestado al folleto en una série de artículos bien pensados. ¿Cómo, pues, apenas hay uno sólo de aquellos periódicos liberales, explotadores entusiastas del folleto, que se haga éco de la palabra episcopal, sobre todo siendo esos mismos diarios los que el año pasado elogiaron al mismo señor Obispo cón palabras tan honrosas presentándole como un verdadero ejemplar, cuando se pronunció públicamente en la cuestión de la ley de aseguraciones?

«Pero, me parece que si el folleto contiene cosas que podrían llamarse *inmorales, esta calificación no tiene lugar, si la mencionada Teologia de Ligorio está destinada exclusivamente para los sábios, para los iniciados, como sucede en este caso* y se conoce por su lengua, que es el latín.

«También *los médicos deben tratar de mu-*

chas cosas, que para otros serían inmorales: y así se explican tantas expresiones latinas que necesariamente para el vulgo han de ser ininteligibles.

«Lo que es cierto, es, que *la posición del sacerdote católico entre los fieles, es la de un médico de las almas*, como lo acredita el fin principal de la confesión, y por lo tanto, su actuación, es mucho más íntima que la del ministro protestante. Por eso difícilmente llegan á apreciar éstos en su justo valor la trascendencia de esa posición social en medio de las conciencias.

«Cierto es también que la Iglesia Católica tiene mayores pretensiones á la confianza de los suyos y al aprovechamiento espiritual de sus almas, *lo que me causa más bien admiración que adversión, porque revela una concepción pura del ideal hasta el heroismo?*»

(Del «Argentinischer Volksfreund» de Buenos Aires, num. 23, año 7.)

Por fin, para que cualquiera pueda persuadirse de que son calumniosas las infamias que de la confesión propalan los protestantes y anticlericales, baste observar este fenómeno inexplicable; los que se quejan no son los que se confiesan, y sin embargo serían éstos los perjudicados. La razón es clara; ellos saben que son calumnias los dicterios contra la confesión. Así, pues, los calumniadores, hablan de lo que ignoran y lo hacen para engañar á ignorantes. Su desfachatez ha llegado hasta afirmar que las mujeres que se confiesan, son corrompidas ó sospechosas de corrupción!! Pero se ve que al hacer esta afirmación, nada tienen que perder; pues mientras entre las que se confiesan, gran número pertenece á lo más selecto y distinguido de

nuestra sociedad, que sabe despreciar esos indignos desahogos sectarios, no se verá que se confiesen las mujeres perdidas, sino en caso de regeneración.

En verdad, esta campaña liberal (1) contra la confesión, es de lo más infame que ha emprendido el anticlericalismo, y con ella ha confirmado de un modo práctico la afirmación de Leroy-Beaulieu, esto es, que *no retrocede ante las insinuaciones calumniosas y las leyendas embusteras para excitar las pasiones de las muchedumbres contra la Iglesia y sus instituciones.*

Mas, queremos terminar con una reflexión, acerca de la campaña internacional emprendida contra la Iglesia. ¿De dónde nace ese complot universal del anticlericalismo?

Una célebre Revista francesa, ha demostrado con documentos auténticos, la existencia de lo que llama el *connubio* ó conjuración judio-socialista-masónica, organizada por el anticlericalismo en Francia, España, Portugal, Italia y Austria, para atacar á la Iglesia y sus instituciones con todos los medios que se crean eficaces, poniendo á contribución, así el ódio y el dinero judío, como la acción internacional del socialismo y los manejos tenebrosos de la Masonería universal, como lo demuestran las convenciones de los grandes Orientes, celebradas en París en diversas ocasiones, especialmente en 1889 y 1900, impartiendo órdenes á todos los Orientes de esos países, para que se procuren realizar las decisiones tomadas en sus congresos. Esto es ya notorio, porque la Masonería se gloria públicamente de

1—No podrán protestar los liberales por este calificativo, puesto que no han protestado de esa campaña emprendida por la titulada «Asociación de propaganda liberal» y el Centro *liberal*, radicados en Montevideo.

dirigir la campaña anticlerical en el mundo entero.

Y esta conjuración universal realiza su inícua empresa de desprestigiar á la Iglesia y perseguirla, de diversas maneras; ya consiguiendo de los Parlamentos leyes de excepción contra las comunidades religiosas, como en Francia; ya promoviendo manifestaciones y asonadas ó meetings contra la Iglesia, el Clero y los conventos; ya por medio de dramas y operetas anticatólicas, como la *Electra*, compuesta *ad-hoc*, con éxito garantido de antemano; ya por la prensa y el telégrafo universal, propalando novedades calumniosas y criminales contra el Clero, que como por ensalmo aparece intrigado en todas partes; y en fin, con una profusión de folletos y panfletos horripilantes contra las instituciones eclesiásticas. Así, de los defectos ó faltas exageradas ó reales de algunas personas eclesiásticas, forman libelos titulados: «Los crímenes del Sacerdocio».—«Los crímenes de los Papas», de los conventos, etc., para hacer creer al vulgo que constituyen una clase depravada, haciendo comunes defectos de algunos individuos, que en ninguna clase social faltan; pero que las estadísticas demuestran ser la más digna.

No nos importarían las exageradas narraciones de esas faltas particulares y felizmente raras; mas importa la ofensa hecha á toda una clase de ciudadanos, que resulta la más respetable y que tiene el derecho de ser respetada. Protestamos, por tanto, contra la impudente ofensa, y preguntamos, si sería tolerado que se publicasen, por ejemplo, libelos titulados: «Los crímenes de la milicia».—Los crímenes de la Magistratura» y otros semejantes. O ¿acaso el Sacerdocio está

fuera de la ley? Si es criminal injuriar los gremios y las varias condiciones sociales, ¿no es punible, como lo manda la ley, cuando se trata del Sacerdocio ó del Clero Regular? Por qué dos pesos y dos medidas?

* * *

Hemos terminado el presente opúsculo y sólo nos resta advertir, cualquiera que sea su importancia y mérito, que sólo nos propusimos proporcionar á los católicos de una manera compendiosa, aunque algo completa, los conocimientos necesarios para defenderse de los ataques, sofismas y calumnias del protestantismo y sus aliados, el anticlericalismo y la incredulidad en el complot anticatólico. En cuanto á los adversarios, lo mejor será rogar por ellos, porque en la generalidad, no son capaces de hacerse superiores á sus prejuicios anticatólicos y sería quizás demasiado, pedirles que no juzgasen hasta después de haberse informado del pro y del contra, como hiciera el filósofo protestante Leibnitz: «Yo he procurado leer, dice, cuanto de importante se ha escrito y publicado en favor y en contra del catolicismo, y he deducido en consecuencia, que éste tenía razón.» Pero, en gentes que no están dispuestas á convencerse con razones, no hay que esperar que imiten tan noble é imparcial ejemplo; aunque no hemos perdido el tiempo, pues hemos vindicado á la Iglesia, que es la mayor bienhechora de la sociedad moderna.

Apéndice

De la obra titulada «*El Kulturkampf Internacional*», por el Cardenal *Sancha*, transcribimos los siguientes capítulos, en confirmación de varios puntos tratados en el texto.

I. *Ausencia de motivos para la agitación antirreligiosa*—Cuando una gran perturbación religiosa, política, económica ó social hace su explosión simultáneamente en naciones separadas unas de otras, divididas por aspiraciones é intereses contrarios, dotadas de caracter distinto y formadas bajo influencia de climas, ideales, tradiciones y hábitos en nada semejantes; y cuando aquel fenómeno, aunque con variante forma, se presenta, sin embargo, en todas partes realizando la misma finalidad substancial, á que por su naturaleza está enderezado, es necesario admitir la existencia de una causa común y de un propulsor permanente, donde tomen su razón de ser, los relámpagos y tempestades, que alteran la normalidad de la vida y llenan el espíritu de sérias inquietudes.

Veníamos disfrutando de una paz relativa; notábase más moderación en las contiendas; mayor aproximación en elementos que andaban distanciados; provechoso desenvolvimiento en la riqueza nacional; cortesía recíproca en las relaciones oficiales, y, al amparo de un derecho común, surgía laudable unidad de pensamiento en todas las clases, para ir reparando

desastres pasados y levantando nuestro prestigio ante las demás naciones.

Sin razón ni motivo alguno, dióse el grito de guerra contra el *clericalismo*, precisamente cuando la clase sacerdotal venía conduciéndose con una corrección prudente, digna de todo elogio, así en el cumplimiento de sus deberes cívicos, como en el ejercicio de su sagrado ministerio. Amante de la disciplina, aunque se veía frecuentemente ofendida en la tribuna y la prensa, sin embargo, estuvo siempre al lado de la autoridad pública, apoyando la causa del órden, promoviendo en cuanto estaba de su parte, el bien común y afianzando la paz y unión en los espíritus. Profundamente respetuosa y obediente á la Santa Sede Apostólica; al momento puso en práctica las normas de conducta trazadas por Ella en lo referente al respeto y acatamiento debidos á los Poderes públicos constituídos, y al trabajar en unidad de pensamiento y unión, dentro de la legalidad de nuestro país, para defender los sagrados derechos de la Iglesia, la santidad de la fe católica, la moralidad de costumbres, así en la vida pública como en la privada, y para promover la prosperidad de nuestra amada patria.

No se requiere gran luz intelectual para comprender la gran fuerza moral que aquellas orientaciones pontificias contienen, no sólo para levantar el prestigio de los directores de la sociedad, sino también para la gobernación de los pueblos. Por eso, en vez de contristar el corazón paternal y amantísimo del Papa León XIII, correspondiendo con ingratitud é inmerecidas repulsas á los inmensos beneficios por él dispensados, y á las sanas enseñanzas á gober-

nantes y gobernados recomendadas, como desgraciadamente se ha verificado estos últimos días en países católicos, cuya prosperidad es debida á su acción apostólica, al contrario, todos los Poderes públicos, siquiera por propio interés, deberían ponerse incondicionalmente al lado del gran Pontífice, Maestro de ideas fundamentales, única grandeza moral que queda firme en la tierra, y el Demiurgo y promotor de la civilización universal.

Por lo que toca á España, salta á los ojos el provechoso resultado de las enseñanzas pontificias, así en las ideas como en la aplicación de los principios y en las relaciones de nuestra vida social. Individuos del clero secular y regular, guiados de aquellas instrucciones, hanse presentado en actos oficiales y grandes solemnidades á tributar homenaje de acatamiento y dar testimonio de respeto y obediencia á los depositarios del Poder público; asociarse á elementos seglares de opiniones distintas, para trabajar juntos en bien de la Religión y de la Patria; funcionar dentro de las instituciones existentes, con miras levantadas, no de aprobar ni consolidar lo que en ellas haya de contrario á la justicia y al derecho, sino de derogarlo, si fuere posible, y reemplazarlo por leyes conformes y ordenadas al bien común.

Y, finalmente, es un hecho público y notorio, que merced á la dirección saludable de la Santa Sede, secundada fielmente por la Nunciatura Apostólica, sacerdotes y seglares, bajo la presidencia de los prelados, han celebrado congresos y asambleas, y abierto Círculos, Academias y Escuelas, con la mira de promover el estudio de las ciencias y las artes, de mejorar la condición moral y económica de las clases trabaja-

doras y de extender y levantar más la cultura de nuestro pueblo.

En esa labor intelectual, aparte de los pareceres distintos en asuntos opinables, ha brillado un espíritu admirable de fraternidad; se ha eliminado en absoluto todo debate de caracter político, y esos comicios, informados de patriotismo y de democracia cristiana, jamás se han iniciado sin haber antes descendido sobre ellos la Bendición del gran Pontífice León XIII, ni concluído sin hacer votos por la prosperidad de nuestra amada Patria. Si por ardimiento de caracter, ó por causa de improvisación, algún congresista hubiere incurrido en alguna inconveniencia, está demás advertir que sería injusto atribuir á la colectividad lo que en todo caso sería imputable á un solo individuo de ella.

* * *

II. *Peligro de suscitar conflictos religiosos y causa del actual*—No se comprende que ante esa laudable disposición de espíritu, de parte del clero y de los católicos, se haya cometido la torpeza de levantar bandera de guerra contra el *clericalismo*, y de reputar enemigo de la civilización al principal elemento vital que la ha formado y difundido en el mundo. « *La falta más grave que puede cometer un Gobierno*, decía M. Thiers, es tocar una cuestión religiosa, y cuando se propasa á obrar sobre la conciencia de una parte, cualquiera que ella sea, de la nación, entonces no puede eludir la nota de impío ante los ojos mismos de la filosofía. (1)

1—Discurso de 22 de Julio de 1871.

En el mismo sentido se expresó M. Wadington, siendo Ministro de Estado de la República francesa. «Es necesario, decía, que la República no sea jamás hostil á la Religión. Ese es asunto muy delicado y de la más alta trascendencia. Estoy profundamente persuadido que una nación sin ideas religiosas, que son las únicas que pueden engendrar sentimientos de sacrificio y sancionar deberes, está condenada á la decadencia y á su ruina». (1)

La experiencia de estos últimos años ha venido á demostrar, con la elocuencia de lamentables sucesos, la exactitud y verdad contenidas en las afirmaciones de los dos mencionados estadistas. En España el movimiento antirreligioso y el grito anticlerical, no son fenómenos nacionales, sino abiertamente contrarios á la opinión pública y comunes sentimientos del país. Sin embargo, y por más que la iniciativa haya surgido de elementos que no se distinguen por su respeto á los derechos de los demás ciudadanos, conviene investigar la causa de la agitación, que se ha visto propagada casi simultáneamente por otras naciones.

No es necesario poner trabajo alguno de nuestra parte para indagar el origen de los desórdenes que lamentamos. Nuestro Santísimo Padre ya lo presentía, cuando dijo en su Alocución del 2 de Marzo de 1901, que una sola mano era la que por manera oculta dirigía el movimiento anticatólico, y la prensa periódica de distintos matices políticos, lo puso también de manifiesto con detalles, circunstancias y abundancia de datos, que bastan para comprobarlo. Al efecto,

1—Discurso pronunciado el 27 de Agosto de 1872.

dan cuenta de una *Junta internacional* celebrada en París el 8 de Septiembre del año 1900, con motivo de la Exposición universal, á cuya Junta asistieron delegados de los *Grandes Orientes de la Masonería* de los diferentes países. Los periódicos y revistas de la *secta* publicaron también las gravísimas resoluciones anticlericales tomadas en dicha reunión, las cuales se hallan reunidas en el discurso pronunciado en el banquete de la asamblea por el francmasón Mareschaux.

«El mal viento que ha soplado sobre Francia, dijo ese orador, viene de Roma (*sic*) y ha pasado por todo el mundo, porque el Vaticano es la silla de una internacional malhechora (¡?), de la que sufren todos los países civilizados. Tenéis la prueba de ello en el testimonio dado por los representantes más autorizados de las masonerías europeas. En esas condiciones, si el Gobierno, además de la defensa que á nada conduce, quiere emplear el ataque en donde estaría la salvación, aún así la situación se eternizaría indefinidamente, á menos de crear una *acción común internacional*. Sabemos la facilidad con que la Iglesia despliega sus batallones. Los frailes expulsados de Francia, irían á Bélgica, á España ó caerían sobre cualquier otro país, hasta que se presentase la hora favorable para ellos de volver entre nosotros en mayor número que antes. Eso no se puede tolerar y así lo habéis comprendido vosotros. (Son, por lo visto, los dueños del mundo.)

«De ahí la necesidad de esta federación de todas las obediencias masónicas. Ese es el ideal de los francmasones, y es menester, con auxilio de Gobiernos y Repúblicas masónicas como la

actual de Francia, establecidas algún día en toda Europa y en todo el mundo, llegar á perseguir á los Religiosos, y enseguida á los mismos católicos en todos los paises, despojándolos de sus bienes, expulsándolos y batiéndolos por do quiera como bestias salvajes. *(sic.)*»

Sin embargo de ese programa brutal y tiránico, aún habrá valor de intentar justificarle y hacerle compatible con la libertad, fraternidad, igualdad y demás derechos del hombre, proclamados el 89. La desgracia es que con esa clase de sofismas ó hipocresías se ha engañado á los pueblos, y mientras se les ofrece arrancar de su frente la condición de esclavos para levantarlos á la jerarquía de ciudadanos autónomos, se les convierte en miserables ilotas. Al amparo de semejante procedimiento, digno de reprobación, es notorio que la federación masónica, sancionada en Septiembre de 1900, en Paris, no ha perdido el tiempo. A su acción internacional es debida la simultaneidad de indignaciones farisáicas y de sublevaciones populares contra las Congregaciones religiosas y contra lo que la secta llama *Jesuitismo*, pero que significa todo lo que es católico. El funesto resultado de tan maléfica influencia se ha visto notoriamente en Paris, Viena, Italia, España, Portugal, Bélgica, República Argentina, Uruguay, el Perú y en algunos otros pueblos, especialmente de los de raza latina

En los anales de la historia eclesiástica hay enseñanza sobrante para comprender ese plan de general conspiración contra la Iglesia. Lo que sorprende es ver á los enemigos de ella emplear una táctica ya desacreditada, y como si los tiempos no hubieran cambiado, servirse,

en ódio á organismos indefensos, de procedimientos poco caballerescos y de mal gusto, pretendiendo traer al siglo actual debates libertícidas de la asamblea constituyente de Francia, ironías burlescas de Voltaire, habilidades inmorales de Mirabeau y narraciones desautorizadas de Taillerand, tipo repugnante de un apóstata sin pudor. Esa ha sido, sin embargo, la rutinaria conducta seguida por los Waldeck-Rousseau, Trouillot y Millerand en la República francesa, y por algunos colegas suyos en nuestra España. Que semejante método, sobre ser poco noble, sea ya anticuado, se comprueba con sólo pasar la vista por el siguiente proyecto de Constitución, atribuído al disoluto tribuno Mirabeau: «Hay que hacer antes odioso, escribía el fogoso escritor, lo que se intenta destruir. El clero ejerce gran influencia en la opinión pública, y no puede ser aniquilado sino poniendo préviamente en ridículo la Religión, haciendo odiosos á sus Ministros y presentándolos á las turbas como la personificación de la hipocresía. Mahoma, para establecer su religión, comenzó por difamar el paganismo. Es necesario que los libelos publiquen ódios contra el clero; hay que exagerar sus riquezas; hacer á toda la clase solidaria de los errores de uno de sus miembros, y atribuirla todos los vicios (¿!). Nada de delicadeza; en las revoluciones todo es permitido.» Y este programa se cumple por do quiera y en todas partes.

La misma estrategia indigna fué recomendada por Federico II de Prusia, quien decía á su amigo Voltaire lo siguiente: «Si se quiere aminorar el fanatismo (léase catolicismo), conviene no tocar á los Obispos; pero si se logra disminuir el

número de frailes, entonces el pueblo se enfriará en la fe, y por esa manera será menos supersticioso y permitirá á los poderes públicos el que dispongan de los Obispos, según convenga, para el bien de los Estados. Luego se trataría de destruir los claustros, ó al menos, dar principio á disminuir su número.»

Se ve coincidir la perversidad en la elección de armas para combatir la Religión. Nada de principiar por atacar los dogmas, sino calumniar antes al clero, á los frailes y congregaciones religiosas, como otros tantos centros de conspiración contra el Estado y contra la familia, á fin de sublevar, por esa manera, las pasiones del pueblo, para que éste se lance al despojo y al asesinato. Antes eran aborrecidos los frailes, reputándolos holgazanes y ahora se les persigue suponiéndolos acaparadores de riquezas agenas. (1) Sería más lógico y razonable, dado el régimen de libre concurrencia, protegerlos, porque trabajan y producen en aumento del capital social. Mas no hay que esperar consecuencias de los que monopolizan la libertad y la proclaman sólo para ellos.

Es más cómodo declamar contra los bienes de la Iglesia, llamados de manos muertas, y pedir su confiscación en favor del Estado, como lo enseñaba el Rey filósofo en su mencionada carta á Voltaire y acaba de hacerse en Francia.

* * *

III *¿Qué se entiende por clericalismo?*—Aducimos los testimonios precedentes de los incrédulos enciclopedistas, sólo con la mira de demos-

1—Hemos visto como aquí se explotaron esas *mañas viejas*.

trar que nada hay nuevo en el sistema jacobino empleado en nuestros días contra el catolicismo y que, por tanto, es algo nécio é ineficaz.

La Iglesia es ya muy antigua; viene sosteniendo una lucha secular con toda clase de enemigos; conoce bien los sofismas y armas que manejan, y no se deja sorprender ni engañar fácilmente. Es inútil y perdido el tiempo que gasta la secta masónica en sostener que su agitación no es antirreligiosa; que sus odios tienen por objetivo, no el clero secular, sea parroquial ó beneficial, sino el clero regular; que de la guerra al clericalismo está excluído el catolicismo, y que es compatible ser buen católico y fervoroso creyente, con ser anticlerical. *Ese concepto*, decía un periódico impío que se publica en Madrid, *parece á los tontos una verdad, pero á poco que se fije la atención, es un sofisma inventado con poca fortuna y una contradicción enorme.*» Para probarlo, pone el ejemplo de uno que hiciera alardes de amar y defender á los generales y jefes del Ejercito, y sin embargo, saliera por las calles tirando tiros y pedradas y pidiendo á gritos la muerte y exterminio del *ejército*.

En ese sentido abundaba el fracmasón Courdaveax, profesor de la Facultad de Letras de Douai, cuando dijo: «*La distinción entre catolicismo y clericalismo es oficial, muy sútil é idónea para las necesidades de la tribuna y del Parlamento, pero en las* LÓGIAS, *el catolicismo y el clericalismo, son la misma cosa.*» (1)

De ese testimonio nada sospechoso para la secta, se sirvió *La Voce de la Verità* para combatir á *La Tribuna*, periódico anticlerical,

1 — *La Chaine d' Union, 1880.*

que condenaba y reputaba errónea la opinión de los *Vaticanistas*, cuando afirmaban que la agitación contra el clericalismo era agitación contra la Religión. Hoy ya no se discute ese punto, porque los motines, algaradas y ataques al dogma y á la inmunidad personal, se han encargado de explicar, con dolorosa evidencia, lo que se entiende por *clericalismo* entre la familia del *triángulo*. La indumentaria de esa *hermandad*, tiene la cualidad de los *Trombinóscopos*, que consiste en representar las cosas todo al contrario de lo que son. Pudiéramos llamarla una fábrica de moneda falsa que funciona en antros y nebulosidades, para eludir la aplicación del Código criminal á sus actos, y también para no inspirar recelos y desconfianzas á las masas populares y conservar así ante los mismos prestigios, siquiera aparentes, de cierta honestidad y honradez.

Algunos diarios de Madrid, enemigos de la pública tranquilidad, porque la perturbación de ella les reporta grandes aprovechamientos, han tenido también la candidez ó malicia de sostener que la guerra á las Congregaciones religiosas en nada contrarían ni se oponen á la Religión, al dogma ni á la Iglesia. Mas otro periódico de la misma localidad, casi ateo, pero más franco, después de probar que la Iglesia creó las Ordenes religiosas y que tanto ellas como el clero han vivido siempre bajo su amparo, les contesta, haciéndoles la pregunta siguiente: «En resumidas cuentas; ¿qué es lo que se llama *clericalismo*? Es, dice, el desarrollo, el incremento, la preponderancia, la fuerza y la vida del clero. Luego, el que no está conforme con eso, y va contra el *clericalismo*, va también contra el clero, y, por

consiguiente, contra la Iglesia y contra la Religión, toda vez que el clero es el instrumento consagrado por la Iglesia y sin el cual no pueden practicarse ni cumplirse los mandatos religiosos. Está, pues, demostrado, que anticlericalismo y antireligiosidad, son sinónimos. »

En toda lucha conviene, antes que todo, deslindar bien los campos y plantear con claridad los términos de la contienda; y como toda palabra lleva consigo una idea, interesa sobremanera saber con exactitud la significación de los nombres de que ha de hacerse uso, á fin de impedir que con ellos sean fascinados espíritus sencillos ó nécios, y arrastrados á cometer grandes crímenes ó caer en lamentables extravíos.

Para la realización de sucesos políticos ó sociales de alguna trascendencia que registra la historia, casi siempre ha sido bastante la invención de un solo nombre oportuno ó de una frase afortunada. Lánzase al aire la palabra *Reforma* y con ella se hace la revolución de 1848 en Francia, y de 1520 en Alemania; la frase *El Imperio es la paz,* pronunciada en Bordeaux en 1851, tuvo más fuerza que el golpe de Estado para la exaltación de Napoleón III; la calumnia *Los frailes envenenan las fuentes*, da por resultado el degüello del 35, y el grito *El Clericalismo, he ahí el enemigo*, atribuído al agitador Gambetta, fué suficiente para el cierre de conventos y expatriación de los religiosos el año 1880. Ya que al proferirse la palabra *clericalismo* en nuestro Parlamento no tuvo el cuidado y galantería de explicarla el que la importó de Francia, salta á los ojos la necesidad de poner en claro su significación.

En sentir del senador M. Callemel-Lacour, el espíritu clerical es el mismo espíritu católico, y confirmó eso mismo su colega M. Buffot, en un discurso grandilocuente pronunciado en la alta Cámara el año 1880.

Hay quien toma el *anticlericalismo* como bandera de combate para unir fuerzas dispersas ó distanciadas, á fin de lograr un triunfo electoral. Según otros, repútase clerical el que, fiel á las promesas del Bautismo y á la fe religiosa, en la que espera morir, asiste á Misa los días festivos y cumple el precepto pascual. Nada hay de censurable, sino de muy laudable, en el que así se conduce, porque conforma sus obras con sus creencias. Llámase también clerical al que, no contento con creer y obrar, se esfuerza en llevar á otros la luz de la fe y en inclinarlos á las prácticas religiosas, lo cual no es solamente celo, sino hasta puede ser un deber, en los tiempos que corremos, para oponerse al proselitismo sectario. Finalmente, se considera clerical todo el que, después de ser fervoroso creyente y observante de la Ley de Dios y de los Mandamientos de Nuestra Madre Iglesia, estudia la manera de conseguir, por medios legales, que predominen en la gobernación del Estado los principios morales, sociales y económicos que estima más convenientes para la pública prosperidad.

¿Quién podrá disputará un ciudadano creyente el derecho de defender su conciencia religiosa, siempre que sienta ésta atacada en el terreno político? ¿Cómo desconocer su deber de luchar contra los que aspiran á ocupar el poder público, con el fin de poner al país legislación é instituciones antireligiosas? Cuando los católicos

se unen para defender su fe en el orden político, donde la ven combatida, no forman un partido propiamente llamado político. Es la política la que se ha extralimitado invadiendo la esfera de la Religión, y los católicos, entonces, no hacen más que cumplir el deber y derecho que tienen para defenderse de los ataques de sus adversarios.

Si hubiera de llamarse clerical á todo el que lucha con energía por sostener sus convicciones, todas las causas nobles, dignas de respeto y apoyadas en sinceros y profundos sentimientos del alma, tendrían campeones clericales. ¿Por qué, pues, ha de negarse á los católicos ese derecho de defensa, donde quiera que sea atacada su fe, cuando se concede á todo organismo, como condición natural y necesaria para su subsistencia? Si por clericalismo se entiende, como algunos opinan, la influencia del elemento eclesiástico en el orden social y su participación en los cargos públicos del Estado, nadie podrá negar que la primera es justa y muy legítima. Está vinculada á todo individuo y organismo, cuya misión sea enderezada á enseñar la ley de Dios, á predicar la paz, la moralidad y la caridad de los pueblos, y á preservar las almas del pecado y de la perversidad. En cuanto á lo segundo, jamás se ha visto el clero tan postergado y alejado de puestos oficiales, así en el orden civil como en el político. Ni en las Universidades, ni en los Tribunales, ni en los Centros administrativos, ni en el Parlamento, se ve sacerdote alguno. Los que hay en los Institutos de segunda enseñanza, sobre hallarse rebajados en dotación y atribuciones, en comparación de las que son concedidas á los dèmás profesores, se

limitan á enseñar exclusivamente la Religión, cuya explicación es propia de su sagrado ministerio.

Nunca, por tanto, ha existido menos motivo ni pretexto que en nuestros días, para combatir la preponderancia del *clericalismo* en la vida civil y política y nunca, por consiguiente, ha sido más injusta é infundada la agitación pública suscitada contra clase tan respetable.

* * *

IV. *Reacción y clericalismo ante la escuela masónica republicana.*—La *reacción* es otra de las palabras mal definidas, invocada para perseguir al clero. La *reacción*, que despierta una idea simpática en todas las manifestaciones de la vida, se ha tomado por la escuela sectaria, como un espantajo y objeto de ódio contra el clero y la Religión. Desea *reacción* la medicina ante el enfermo abatido por la fiebre; la desea la familia angustiada por la adversidad; la desea la banca, cuando atraviesa períodos críticos en la vida económica, y, finalmente, nuestro mismo siglo, en sentir del docto académico, M. Emilio Ollivier, es una contínua *reacción*. Reacciones materiales, reacciones políticas, reacciones morales, reacciones ideológicas, y, en una palabra, un gran número de nuestros contemporáneos han gastado su vida en un incesante vaivén de reacciones en sus opiniones y propósitos, pasando del abatimiento á la exaltación, de la incredulidad á la fe, de las ilusiones á las realidades y hasta de contrarios á sus contrarios. Por do quiera, la *reacción* es signo de esperanza y de

consolador aliento en alto grado. Estaba reservado á la falsa política, egoista y tiránica, el maldecir lo que todo el mundo bendice, y el gritar «mueran los curas y los frailes,» cuyos heroismos y sacrificios, admirados de todo espíritu recto é imparcial, tienen por objetivo extender la civilización cristiana, inspirar respeto y obediencia al principio de autoridad y conservar la justicia y el orden, garantía firme de los intereses nacionales.

Es peligroso y antipolítico remover pasiones populares con nombres equívocos y fraseologías obscuras, que el vulgo no comprende ó las aplica de una manera contraria á la voluntad del que las inventó. No sabemos el alcance que querrían dar en nuestro Parlamento los imitadores de Gambetta á la palabra *clericalismo*; pero es evidente el sentido brutal en que la han tomado y aplicado las muchedumbres dislocadas. Vuélvase la vista á las manifestaciones públicas de ateísmo y anarquía verificadas en el motín celebrado en Madrid el día 21 de Abril de 1901 con gran concurrencia de socialistas y republicanos.

El *primer orador,* dijo: «La monarquía y el clericalismo son dos hermanos gemelos que ha parido la misma madre; vamos contra el dogma católico, y hay que levantar protesta airada contra todos los dogmas, todas las religiones y todas las comunidades en absoluto, para tomar por fuerza lo que por derecho nos corresponde. Vamos, pues, contra el clero regular y contra la Iglesia católica también».

El segundo orador pide á sus correligionarios que sigan la senda que les traza Zola en Francia, Tolstoï en Rusia y Pí y Margall en

España. Dice que las religiones han producido el tipo del creyente, que es el animal mas dañino de la creación.

(Suponemos que el que anuncia absurdo de tanto bulto, tendrá fe en los ideales de la República y en los de la escuela positivista y materialista de los literatos que recomienda. En ese caso, es ya un creyente, y, por tanto, según su sentir, el animal mas dañino).

El tercer orador acreditó estar tan vacío de cultura científica, como sobrado de inepcias chocarreras é impiedades contra las enseñanzas bíblicas.

El cuarto rebosó de odio especial al jesuitismo, y pide que la ley rija para todos, y que obligue á las congregaciones religiosas como á todos los ciudadanos. Sin embargo, reclama para ellas una ley especial encaminada á disolverlas, porque no realizan ningún fin moral.

(No dejaría de haber entre los presentes algún espíritu imparcial, ó por lo menos sereno, que notare la contradicción manifiesta en que incurrió el orador, porque disueltas las Congregaciones, mal podrían quedar éstas obligadas á la observancia de la ley común, y si se las quiere sujetas á ésta, ¿á qué sancionar para ellas una ley especial y de excepción?)

El quinto declara, en crudo, que la reunión es un acto de protesta de la España anticlerical, que resucita, porque no teme al clericalismo que la corrompe, ni á la Monarquía que la explota, ni á la religión que la embrutece. Lamenta que haya demócratas y republicanos que lleven sus hijos á los colegios de jesuítas; que consientan en que se casen canónicamente, y

en que sus restos mortales sean sepultados en lugar sagrado.

(Eso prueba que hay contradicción entre lo que se piensa y obra por los republicanos anticristianos).

El sexto pide la supresión del presupuesto eclesiástico y de la Religión, que afirma ser inventada por el clericalismo y jesuitismo.

El séptimo confiesa que es antiguo partidario de que desaparezca el clericalismo, que reputa como una plaga; aboga por la expulsión de las Ordenes religiosas; cree que el gobierno no ejecutará ese acto; le llama faccioso, y concluye diciendo que debe derribársele.

El octavo insiste en pedir la supresión del presupuesto eclesiástico; reputa el clericalismo como un peligro y una amenaza, y afirma que ese peligro no es de hoy, sino de ayer y de todos los tiempos.

(Entonces, ¿á qué cansarse en intentar destruir lo que no ha podido realizar el ateismo de las pasadas generaciones?)

El noveno no se contenta con la expulsión de las Ordenes religiosas ni con la confiscación de sus bienes, sino que va más allá, más al bulto, y pide la supresión del capital. « Declaramos, dice, la guerra á la Iglesia en absoluto, porque es la que hace la causa de los capitalistas. »

Ese montón de extravíos, por no llamarlos vértigos de un desequilibrio intelectual, se reducen, en substancia, á declarar guerra á todo lo que hay de fundamental, de respetable é intangible, así en el hombre como en la sociedad. En semejantes ideales, tan contrarios al sentido comùn como á la conciencia universal, no hay más que odios y abominaciones, y lejos de vis-

lumbrar en ellos algunas normas razonables, aplicables á la realización del bien común, al contrario, sólo se revela una radical impotencia para gobernar y administrar, no ya una nación, sino el villorio más insignificante y pequeño, á menos que los que sustentan las opiniones de referencia se hayan propuesto hacer alardes de exhibiciones demagógicas, que estén fuera de sus propósitos, ó de ser inconsecuentes con sus teorías el día que tuvieren que ponerlas en práctica.

En ambos casos, falta sinceridad y seriedad y sobra intención oblícua para engañar á los pueblos, ofreciéndoles lo que luego no se les da, ni se puede cumplir. La suerte reservada á los que medran por medios tan reprobados, preanunciada está hace más de dos mil centurias. Consiste en caer y perecer en el mismo abismo que abrieron con sus manos, y la historia enseña, además, que la mayor parte de los agitadores y principales autores de la anarquía social han sido víctimas de las perturbaciones y tempestades por ellos levantadas.

Si, lo que es imposible, pudieran llevarse á la práctica las opiniones emitidas por los legisladores operarios en el Frontón Central, daríase un salto de enorme retroceso, no ya á los días enlutados y terroríficos de la Convención francesa, sino á los tiempos del más bajo paganismo, en que la crueldad y esclavitud eran el estado jurídico de la humanidad. Sangrientas hecatombes, brutales tiranías y horribles blasfemias pusieron un sello de ignominia y deshonra sobre la frente de los autores de la revolución francesa; pero en medio de sus locuras, de sus negaciones y de su notoria perversidad, admitían algún fundamento social, algún prin-

cipio racional y algunas normas y verdades aprovechables para edificar un régimen restaurador. « La idea de Dios y la de la inmortalidad del alma, decía el sanguinario Robespierre, son un llamamiento constante á la justicia, y las dos son sociables y republicanas. » (1) « El primer conocimiento esencial al hombre, en sentir de Diderot, debe ser la Religión, base única de la sociedad. » (2)

Los compañeros del susodicho mitin, cegados de prejuicios contra la moral y la burguesía, no tuvieron en cuenta la enseñanza de Voltaire, mas malvado y astuto que ellos y maestro consumado en el arte de guerrear contra los institutos religiosos. En lugar de deshagos nécios y negaciones radicales que á nada conducen, decía á los suyos lo siguiente: «Podeis filosofar todo cuanto quisiereis unos con otros, pero, desde el momento que tengáis que gobernar una aldea, es necesario que pongáis en ella una religion. Yo no quisiera tener participación ó cargo en un gobierno ateo, sea éste príncipe ó pueblo, porqué estoy convencido de que encontraria su interés de machacarme como en un mortero. No tengo duda de que sería despedazado» (3) Sí en los dias del filósofo de Ferney no era aceptable la incredulidad absoluta, menos lo son en nuestro tiempo los alardes de sublevaciones escandalosas contra todo el órden natural y divino.

La Cámara de los Lores de Inglaterra expulsó de su seno á Mr. Brandlangh, por ser ateo (4), y la Convención francesa el año 1793 rechazó una

1—Discurso en la Convención, 7 de Marzo de 1791.
2—Tratado sobre la Instrucción pública.
3—Mons. Doupanloup, *Enseñanza pública*.
4—*La Correpondencia da España*, 8 de Marzo de 1882.

proposición del jacobino M. J. Dupont, en que éste proponia no admitir mas Dios, que la naturaleza y la razón.

No puede reputarse hombre culto, ni siquiera honrado; el que no cree en Dios, y por eso decia el poeta aleman Goethe, aunque sobradamente despreocupado, «*que la incredulidad es solo propia de espíritus débiles, raquíticos, retrógrados, egoistas y vanos*» (1) Un cantor inspirado llamó insensatos á los ateos (2), lo que vale tanto como decirles que carecen hasta del sentido común que hay en todos los hombres, y que les falta la misma luz natural que al nacer traen grabada en su alma todos los mortales.

Los que tan erróneamente sienten, carecen de título para llamarse *libre-pensadores*, porqué ni son libres, ni piensan, ni obran conforme á la dignidad y deberes del ser libre y racional.

Ofenden además las venerandas tradiciones y creencias del pueblo español, de quien dijo en el Parlamento un Ministro de la Corona «*que si algún dia avandonase el catolicismo, no podria ir á otra religión que á la barbarie*» (3). Hacia ella pretende arrastrar á nuestro pueblo la escuela democrática-socialista, con cuyo plan demagógico y destructor nada quedaria en pié. Dios, Religión, moral, autoridad pública, propiedad, derecho, familia, Pontificado, Iglesia, monacato y lo que hay de más santo y noble en el corazon humano, todo sería arrebatado al empuje de la borrasca revolucionaria, y solo se nos dejaria el mortal silencio de los cementerios.

1.— *Teoria de los colores*, tom. II, pág. 163.
2.— Dav., Pasm. XIII. 2.
3.— El Sr. Calderón Collantes, sesión del Congreso, 9 de Mayo de 1877.

Origen y causa del anticlericalismo contemporáneo.— ¿Cómo se explica, preguntará alguno, que tan radicales propósitos y gérmenes tan disolventes hayan penetrado en el suelo español, embalsamado con aromas de la fe católica y esmaltado de las virtudes cristianas, que nos fueron trasmitidas por nuestros antepasados?

A nadie se oculta que, dada la condición de nuestros dias, la fecundidad del mal no se circunscribé á un solo país ó lugar determinado, sinó, que aventada por huracán revolucionario, ha franqueado nuestras fronteras, y mezclada de apariencias de bien, para no ser reputada por contrabando, se ha propagado en nuestro país, penetrando en muchas inteligencias y pervertido muchas voluntades. Ya hemos dejado apuntado el acuerdo de Setiembre último, tomado por los *Grandes Orientes masónicos* en París, y ahora solo falta conocer al comisionado para ejecutar en España las resoluciones allí aprobadas.

Al logro de ese fin nada tan conducente como el transcribir lo que sobre el particular publicó un periódico belga «El matrimonio de la Princesa de Asturias, dice, sirvió de pretexto para producir grandes perturbaciones. Bastaron cuarenta y ocho horas para que simultáneamente en Barcelona, Valencia, Granada, Valladolid y Zaragoza se gritase: ¡Viva la libertad, abajo los frailes! ¡viva el pueblo y abájo el clericalismo! En todos esos actos se encontraba la masoneria, y es seguro que la voz de órden había salido de las logias.»

«La revolución masónica pasa actualmente revista general á sus fuerzas en España, y hace ensayos de flexibilidad y acomodamientos. Cualquiera que sepa leer entre líneas los docu-

mentos del Gran Oriente de Francia, podria muy bién prever el susodicho movimiento, que no es otra cosa que el colorario de la agitación anti-religiosa que perturba actualmente á Francia, y fué anunciada en la asamblea masónica de Setiembre de 1900.

«Sería necesario citar todo el discurso. Más trenscribimos siquiera, como de paso, la frase siguiente, cuya horrible ironía no ha levantado crítica alguna: « Era yo Diputado en mi país durante los momentos en que España fué la causa de que se proclamase la República en Francia. En efecto, la revolución española fué la causa de la guerra de 1870 y de nuestros desastres. Ese Morayta que cree en la duración de la República francesa, porque aunque sea tal la forma de gobierno, su fondo está constituído por la masonería, parecía también anunciar desde el citado mes de Setiembre el advenimiento inmediato de una Repùblica masónica en España. Eso consistía en que no era él solo en trabajar para lograr establecerla. El discurso del ⊞. Alberto Marechaux bastaba á revelar el acuerdo tomado entre los poderes masónicos de diferentes países, á fin de provocar un movimiento antireligioso y revolucionario. Ellos quieren que la República esté en manos de la masonería, como lo estuvieron las monarquías del siglo XVIII.

« La idea de la masonería internacional, al presente, es suprimir las Congregaciones religiosas de todo el mundo. Expulsar los Religiosos de Francia es un bien; barrerlos de todos los países católicos, eso sería lo sumo de la perfección. Es, pues, necesario en adelante hacerles imposible la vida, por ejemplo, en Bélgi-

ca, y sobre todo en España. Si en esta nación el H.·. Morayta quiere dar su voz de mando y sembrar terror anticlerical, la partida será ganada. Ese es el complot, y algunos pasajes del discurso del H.·. Marechaux no dejan lugar á duda alguna sobre ese acuerdo. Los despachos lacónicos que de España se reciben, hacen traslucir algún fulgor de esa emancipación. Al otro lado de las montañas el pensamiento humano quiere ser libre por medio de los barriles de petróleo, cuyas humaradas llegan á las puertas de los conventos; por medio de las piedras arrojadas á los guardias civiles, y con los tiros de fusil que se tiran á las casas de los jesuitas. Yo creo, ha dicho Pí y Margall, jefe de los federales, que todo eso es preludio de una grave revolución. » (1)

Esa fotografía del Sr. Morayta, sacada por el periódico belga de referencia, es casi la misma que publicaron, con pocos dias de diferencia, asi los periódicos católicos como los sectarios de Europa. Los primeros para vituperar y combatir la conducta del Gran Oriente español, y los segundos para defenderla y enaltecerla hasta la jerarquía del heroismo.

Ante la gravedad de semejante denuncia viene á la mente la sentencia de M. Disraëli, cuando dijo: «*que el mundo está gobernado por otras personas diferentes de las que se figuran los que no extienden su mirada hasta lo que pasa entre bastidores.*» Lo cual quiere decir que puede muy bien darse una situación política en la que, al parecer, sean unos los que gobiernan, no siendo en realidad más que simples

1—*Le Courrier de Bruxelles*, 25 de Febrero de 1901.

ejecutores de los acuerdos de la logia, que es el Consejo de Estado donde se preparan las leyes, códigos y disposiciones para la dirección y administración de un país. Enrique Martín, anticatólico rabioso, declaró «*que la francmasonería era el laboratorio de la Revolución*» (1). Luis Blanc, socialista, también atribuía los orígenes de esta á los sociedades secretas, y en ellas estaba el centro de las conspiraciones italianas, verificadas durante la segunda mitad del siglo último. La historia del movimiento anticristiano, así en el orden social, filosofico y pedagógico, como en el político, tiene por base la masonería, y de ella han tomado su poderío y propagación las ideas subversivas que vienen perturbando á todo el mundo.

La desmesurada ambición; la envidia mal disimulada; el despotismo encubierto, y toda pasión por baja que sea, acuden á buscar en el amparo del triángulo éxitos y prestigios que no pueden alcanzarse por el camino de la justicia y la moral. Así es como se explica que el año 1875, Julio Ferri y M. Littré se iniciaran en la logia. Creyeron que sin la indumentación de ella, ni habría sanción para el acariciado art. 7.° del primero, ni cátedra para el positivismo del segundo. En sentir del racionalista Jorge Goyau existe una alianza estrecha entre el laicismo de la enseñanza, el judaismo, el ateismo y el masonismo, y de la misma opinión es el valiente director del periódico *¡Abajo los tiranos!*, M. Copín-Abansellis, quien sostiene también que del judaismo ha tomado la masoneria la mayor parte de los signos, ritos y símbolos usados por los afiliados á la misma.

1—Eugenio Tabernier, 19 de Abril de 1901.

Desenvolvimiento del anticlericalismo en España. —Conocido ya el propulsor de la agitación antireligiosa en España, no estará demás indicar el desenvolvimiento de ella y los elementos auxiliares de que se ha servido. En sentir del señor Azcárate, cuya ilustración á nadie se oculta, el movimiento de opinión anticlerical fué iniciado por el Señor Canalejas en el Congreso de los diputados, y secundado con un grito de guerra por las turbas, hijas de las de 1834. Así mismo está fuera de duda que ese movimiento iba dirijido contra las Ordenes religiosas y las Asociaciones católicas. (1) Las ideas radicales y anticristianas del H.·. Gran Oriente de España, Morayta, eran ya bien notorias, y también sus contradiciones entre lo que piensa y obra; aunque teníamos formado distinto concepto del Sr. Canalejas, y sospechábamos que habría alguna equivocación en atribuirle la iniciativa de la lucha anticlerical que, en detrimento común del país, venimos soportando y lamentando desde principios del año actual...

El judío Mr. Ernesto Natán, gran maestro de la masonería italiana, en discurso pronunciado el 21 de Abril de 1901 en Roma, ante 500 socios de las logias, dijo que *la masonería combate el clericalismo y no el catolicismo*, por donde se ve que esa distinción cómoda y habilidosa para engañar y seducir á los incautos, es la consigna de todos los que se han propuesto hacer guerra á la Iglesia y destruir los institutos religiosos. No combatir la justicia pero sí la magistratura; no la enseñanza, pero sí el magisterio; no la agricultura, pero sí á los agricultores, y en una

1.—La Época citada por *El Universo*, 26 de Febrero de 190..

palabra, no el matrimonio canónico, pero sí á los casados; todo eso es un figurín psicológico que, sobre no ser propio de hombres serios y de alguna cultura, conduce á dar incremento á elementos revolucionarios, y lleva al espíritu sospechas á reputar influidos de tiranías sectarias individuos que hacen alardes de independencia y libertad. No es tampoco cierto lo que afirma el pontífice de la masonería, porque de testimonios de la prensa y de afiliados á la escuela simbólica consta que, dentro de la logia, no solo se desprecia toda religión positiva, sino que se niega hasta la existencia de un Dios verdadero, real y personal.

El grito anticlerical en el Congreso fué secundado en el teatro, acompañado de mayor gravedad á causa de violentas manifestaciones públicas á que dió lugar un drama, calificado en sí mismo de tan escaso mérito, como abundante de oblicua intención. Ocupándose de aquellas un diario de París, que ni es clerical ni monárquico, sino republicano en política é indiferente en materia de Religión, y por añadidura provisto de marrullerías y canas con que una vida, superior á una centuria, ha cubierto su organismo polemista y luchador, decía lo siguiente: «Un acontecimiento literario, á saber: la representación en el Teatro Español, de la *Electra*, de Pérez Galdós, ha sido la causa de la agitación á que asistimos. Plantear una cuestión tan grave como la de las Congregaciones religiosas, tomando pretexto de un suceso fortuito y de una importancia tan relativa, es una cosa sorprendente, y es aún más asombroso el ver que se pretende resolverla, no por vía legislativa, sinó por medio de manifestaciones en la calle. Olvidarse

de todas las conveniencias internacionales y agredir en la calle el carruaje mismo donde iba el Nuncio del Papa, esa manera de discutir es poco digna de un pueblo culto y libre. Es además muy imprudente, porque semejantes excesos impulsan á la autoridad á tomar represalias, perjudican el prestigio de la Nación y comprometen sus intereses.»

«Todos los periódicos sectarios se felicitan de los alborotos causados por la *Electra*; ven ya por tierra las Instituciones religiosas y políticas y saludan el advenimiento de un Gobierno francmasón y republicano. Poco importa llegar á este fin por medio de una revolución ó por desprecio é infracción de las leyes del país; para esa clase de hombres, austeros en moral y severos en principios, el fin justifica los medios, cuando el mismo representa el triunfo de la masonería y la destrucción de la Religión.

«Respecto de los católicos, no hay que guardar contemplaciones ni respetar derechos. ¡Ah, que contraste! Cuando hace pocos años se representó en París el *Thermidor* de Sardou, todos los libre-pensadores y socialistas pusieron el grito en el cielo para amedrentrar al Gobierno. ¿Porqué tomar esa actitud? Fué por que en la pieza de referencia se representaba al natural á Robespiérre, como un malvado. La representación fué prohibida. Siendo calumniados los Religiosos en *Electra* ¿por qué este no se prohibe?» (1).

El sentir del diario parisiense es muy razonable, porque no hay conexión necesaria entre la ficción de un personaje, cualesquiera que sea el estado, virtudes ó vicios que se le atri-

1.— *Journal des Debats*, citado en *Le corriere de Bruxeles*, 16 Febrero de 1091.

buyan en el escenario, y las algaradas, pedradas y vivas y mueras por las plazas y calles públicas. Del mismo modo, de que una jóven, con ó sin vocación, entre en una comunidad religiosa á fin de iniciar su noviciado y ensayarse en la observancia de la regla, no se sigue ni surge motivo alguno para declarar guerra á todas las Congregaciones religiosas y pedir su exterminio, reputándolas incompatibles con la seguridad del Estado y con la paz en las familias. Eso es absurdo é insostenible. No puede señalarse clase alguna social en la que deje de ocurrir algún caso particular, que revista condiciones distintas de las que ordinariamente acompañan á los demás casos. Sería salvajismo inaudito deducir de ahí motivos sérios para proclamar ódio á todas las clases, y por la irregularidad de un matrimonio, insultar y apedrear á todos los casados; y por la equivocación ó mala fe de un abogado, pedir la guillotina para todos los letrados, y así, por esa manera, saquear é incendiar todas las redacciones de la prensa á causa del abuso de alguno de los periódicos.

Por ahí se ve con certidumbre que en los ruidos y perturbaciones á que dieron lugar los casos de la *Electra* y de la *señorita Ubao*, no hubo mas que un puro artificio, un convencionalismo meditado y la ejecución del plan antireligioso, impuesto á nuestro país por Jefes extranjeros. La desgracia es que haya entre nosotros espíritus tan débiles y tan cegados de pasión masónica, que subordinen á esta la tranquilidad y bien común de nuestra Patria.

En corroboración de eso, es conveniente conocer lo que, bajo el título de *La francmasonería en el teatro*, dijo desde Viena, un corresponsal

de *La Croix*, periódico publicado en París, cuyo anterior Director fué decapitado por la *tolerancia* de M. Waldeck-Rosseau. Dice así: «Se han iniciado inteligencias entre el H.·. Buckovics, Director del *Wolkos Theater* y el H.·. Perez Galdós, autor de la pieza escandalosa *Electra*, cuya representación sirvió de prètexto á los fracmasones españoles para las manifestaciones que organizaron y que estuvieron á punto de provocar una revolución en España.»

Desde luego, la idea de representar esta pieza en Viena salió de *La Nueva prensa libre*, órgano judío y francmasón. Ese mismo diario hizo una campaña ruidosa contra las Congregaciones, tomando para ello ocasión de los sucesos de España y de la ley votada por el Parlamento francés, y pidió tambièn que se preparase cuanto antes fuere posible en Austria un proyecto de semejante ley. Por lo visto, está en moda servirse del teatro para asegurar los éxitos de los autores francmasones, sobre todo cuando su labor se endereza à ridiculizar y hacer al cleroodioso, bién declarándole inepto, para llenar misión pravechosa en los tiempos que corremos, ó bién atribuyéndole vicios y desmanes que no han cometido. Recogiendo y comparando datos, parece cada vez más clara la conjura contra la Iglesia, y la unidad de pensamiento que existe entre los patrocinadores de la *Electra* y la escuela judaico-masónica de Austria. Así se explica que el autor de la primera haya preferido *La Nueva Prensa* de Víena, periódico hostil á nuestra fe católica, para publicar el lamentable artículo en que está retratado de cuerpo entero el sectario empedernido, acariciando el programa y principios de la masonería, enemiga irreconciliable,

no ya del clero secular y regular, sino de todo el orden cristiano, y, por consiguiente, de las instituciones sociales y de la misma monarquía en España, como lo anunció un diario de gran circulación en la vecina República francesa. (1)

***

Continuación del desenvolvimiento anticlerical—Es lamentable que el teatro, en vez de ser escuela de moralidad, de orden y buenas costumbres, se haya desviado de su noble y altísima misión y convertido en instrumento de perturbaciones sociales, ó en sistema consciente de explotar miserias humanas, para sacar á costa de ellas aprovechamientos que rebajan, en lugar de honrar y enaltecer. No es necesaria gran luz intelectual para conocer que las pasiones, exitadas en determinado sentido durante una representación dramática, no han de hacer sentir sus efectos sólo dentro del escenario. No en vano los moralistas comparan las pasiones al fuego; éste se inicia de ordinario en lugar cerrado y privado, pero bien pronto sus llamas salen á torrentes al aire libre, sembrando por doquiera ruinas y consternación. La semilla revolucionaria, arrojada desde el teatro, desde la tribuna ó desde la prensa, no tarda en acreditar su funesta fecundidad en odios, divisiones y tempestades.

La apelación á medios violentos, el recuerdo intencionado de las luctuosas jornadas del 35 y la glorificación de crímenes, como rasgos épicos dignos de imitación, llevan siempre

1—*La Croix*, 7 de Marzo de 1901.

aparejado su fruto natural. Así se vió que á los pocos días de haber gritado Máximo en el escenario del Teatro Español, refiriéndose al convento donde estaba la mujer de sus amores: «*Hay que quemar esta casa,*» repercutió ese grito en las turbas, que intentaron aplicar la tea incendiaria á un Convento de Granada, y del mismo modo, aún no se habían extinguido los ecos de *meetings*, en que se pedía la degollación de algunos millares de curas, para vengar las víctimas de la Inquisición, cuando ya fué agredido un sacerdote en Barcelona, y obligado á refugiarse en un cuartelillo de la guardia municipal para salvar su vida.

Es inmensa la responsabilidad que pesa sobre los intelectuales, que lanzan á la vulgaridad cuestiones gravísimas y delicadas, que si causan perjuicio, aun tratadas discretamente en la cátedra, ateneo ó academia, cuando salen al público y caen sobre espíritus sin cultura, faltos de creencias religiosas y llenos de prejuicios contra todo lo que significa orden, jerarquía y autoridad, entonces son otros tantos volcanes, que remueven y ponen en peligro los fundamentos é intereses más caros de un país.

De ese modo de proceder síguese, además, otro mal, no de menor trascendencia, que consiste en ir formando y educando las nacientes generaciones en la escuela de motines y algaradas, admitiendo á matricularse en ella, sin reparo alguno, los indocumentados, vagos, fugitivos de la casa paterna, perseguidos de la policía, timadores y todos los que han resuelto el difícil problema de subsistir, á costa de la sociedad, sin pagar, para las funciones públicas de ésta, contribución alguna industrial, comercial,

ni territorial. Ese escuadrón de microbios patógenos, manejados por génios atrabiliarios y ambiciosos, pone en riesgo la salud y vida moral de las grandes poblaciones, y auxiliado á veces del elemento escolar, que en sentir de un gran poeta, es la vanguardia de la revolución, (1) goza el privilegio funesto de convertir el suceso más sencillo y ordinario en conflicto nacional que revista gravedad.

Por esa manera viniéronse enlazando el compromiso del Gran Oriente, los discursos parlamentarios contra el *clericalismo*, el drama del Teatro Español, el ruidoso proceso de la señorita Ubao, y, además, la inquisición tiránica de parte de la prensa periódica, invadiendo, con atrevimientos censurables, el domicilio de pacíficas familias, con la mira de escudriñar sus condiciones, de hallar faltas ó de inventarlas, si no las hubiere, y de agrandarlas, á fin de producir con la publicidad de las mismas, exaltación de los ánimos y efectos sensacionales. Coincidió entonces el proyecto matrimonial de la Princesa de Asturias, y á pesar de haber deliberado préviamente ambas Cámaras sobre el mismo, de haber sido aceptado y consentido por el Gobierno de la nación, sin embargo, es pùblica y notoria la violenta actitud, tomada por un jurado callejero, compuesto por los elementos flotantes de referencia, para pronunciar fallo contrario al acuerdo superior y más autorizado del Parlamento.

Con oposición del duque de Wellington y de una parte de la opinión política de Inglaterra, casóse la reina Victoria, tan amada de su

1—Lamartine, *Le Moniteur de Rome*, 22 de Febrero de 1902.

pueblo, que hoy la llora; notoria es á todos la oposición que en el Parlamento se hizo, especialmente por el ilustre hombre político señor Moyano, al casamiento de Alfonso XII con la infanta Doña Mercedes, y reciente está también la boda de la reina Guillermina, verificada no sin ruda contrariedad por parte de algunos elementos políticos del reino de Holanda. Semejante oposición á nadie extraña en países basados sobre el régimen parlamentario.

Empero, esos proyectos matrimoniales fueron discutidos libremente con más ó menos apasionamiento político durante su período pertinente, y, con buen sentido práctico, después de terminado el mismo, las partes contendientes depusieron sus armas, y cesó la lucha para que en bien común reinase el orden y la paz, sin que ni uno ni otra fueran perturbados en plazas y calles públicas, como sucedió entre nosotros con ocasión del matrimonio susodicho de la Princesa de Asturias, hasta el extremo de provocar la suspensión de garantías constitucionales. Es un extravío lamentable educar algunas capas sociales en el arte, más habilidoso que útil y razonable, de organizar algaradas y motines contrarios al prestigio y normalidad de la vida social, así como también es una ilusión creer que, ante los desmanes y violencias tumultuarias, ha de amedrentarse el Gobierno central de la nación, y dejar de adoptar medidas enérgicas para dominar movimientos peligrosos y restablecer el imperio de la ley.

Es provechoso el dar á la masa del pueblo libertades, pero muy peligroso el constituirla en autoridad suprema y en organismo legislador,

porque la naturaleza de toda sociedad bien ordenada requiere que haya en ella un elemento dirigido y otro que asuma los deberes y las responsabilidades de la dirección. Nadie tan amante de la libertad como la Iglesia. Por defenderla sostuvo lucha heroica y secular contra los césares y tiranos de los primeros siglos del cristianismo, y cuando no la era concedido tan inapreciable don, le conquistaba ella, subiendo sus héroes las gradas del martirio. Mas esa libertad, que la Iglesia vindica y nosotros con ella queremos, no es aquella reclamada por J. Jacobo Rousseau, que solo puede subsistir al amparo de la servidumbre, ni la deseada por F. Crispi para Italia, que según él es muy cara y cuesta ríos de sangre, ni menos la llamada burlonamente *Guitarra vieja* por Gambetta, partidario del cesarismo con gorro frigio, sino la libertad santa y racional enseñada en el Evangelio; la que no perjudica los derechos de los demás ciudadanos y la que evoluciona y funciona dentro del orden y de la justicia.

Si tuviéramos en España implantada y sancionada semejante libertad, y se practicara así por los de arriba como por los de abajo, con lealtad y rectitud, no habria qué lamentar los insultos y ataques recientemente inferidos á personas y casas elesiásticas destinadas por sus estatutos á la oración, al trabajo y á obras de caridad.

Los mismos que iniciaron el movimiento anticlerical, conociendo sin duda las graves proporciones que llegaría á tomar, si no se explicaba el sentido de la consigna dada, viéronse obligados á usar de prudencia parecida á la hipocresía, y para calmar los ánimos dolorosa-

mente impresionados, dijeron que la batalla preparada había de librarse solo contra las Congregaciones religiosas, especialmente aquellas cuya existencia no se halla autorizada por el concordato de 1851. Interpretado éste con espíritu imparcial y libre de apasionamientos, conócese al momento que no hay en él precepto alguno que excluya, de una manera positiva, los Institutos aprobados por la Iglesia.

Mas, lo que interesa ahora ante aquella explicación, es saber lo que se halla aparejado detrás de ella. No es original de nuestros *Trombinóscopos* semejante procedimiento, sino que estos siguen dócilmente á sus cofrades los jacobinos de Francia. La táctica de los segundos hállase revelada en una revista de París, del modo siguiente (1): «Los Gobiernos, que declaran guerra á la Iglesia, tienen la costumbre de ir graduando su opresión. Principian su obra contra las Congregaciones no reconocidas, por ejemplo: los jesuitas, etc., etc., pero muy pronto las autorizadas sufren también el asalto de los conspiradores.

Cuando se trató por primera vez de suprimir en Italia todas las Ordenes religiosas, el astuto Cavour exclamó: *La supresión de las Hermanas de la Caridad sería el mayor de todos los errores, Miro esta institución como una de las que honran más la Religión y la misma civilización.* Sin embargo, vino después la ley de 7 de Julio de 1886, que barrió lo mismo las Hijas de San Vicente que todos los demás conventos.»

Sucede lo propio en lo referente al clero secular.

1—«Correspondence hebdomadaire», Rue Granelle, Diciembre de 1900.

« Se dice que los curas párrocos y los coadjutores no deben confundirse con los frailes; y se habla tambien de dispensar á los sacerdotes de las parroquias rurales algunos favores, como el de la inamovilidad; pero en sus conciliábulos, los caballeros de *escuadra* tienen un lenguaje muy distinto. Merced á confidencias que se nos han hecho, pódemos anunciar que en estos momentos M. Wsldeck-Rousseau ha ordenado que por el Consejo se prepare un reglamento de administración pública, con la mira de determinar las relaciones de los obispes y de los sacerdotes adscritos á las parroquias con el Poder civil. Eso equivaldría á promulgar disimuladamente una nueva constitución civil del clero. Al propio tiempo, entraría en los propósitos del Gobierno separar los obispos de Roma y batir en brecha la autoridad episcopal, la cual sería reemplazada por el magisterio del Prefecto. El fin de Waldeck-Rousseau, sería, en una palabra, transformar en popes rusos los eclesiásticos franceses, porque así se logra la esclavitud de las almas. Por eso se pretende destruir la Iglesia, que es la ciudadela de la libertad.

« En sus conversaciones privadas, nuestros enemigos no ocultan sus pérfidos planes, que no son otros que dirigir la Francia hacia un cisma. Esperamos que Dios nos librará de volver á esos desastres saturnales, y el medio mejor de conjurar el mal es vigilar y no dormirnos. »

No está demás tener presente los presentimientos de la Revista editada en la calle de Granelle, porque no cabe negar que los sucesos, que vienen realizándose, revisten suma grave-

dad, y que una vez desbordado el torrente de la revolución, no siempre es fácil detener su marcha destructora.»

* * *

Hasta aquí el eminentísimo Sancha, de quien hemos transcrito solamente algunos capítulos, los más adecuados para dar una idea del complot internacional contra la Iglesia.

Y ¿no es verdad que á pesar de estar escritos para España, tienen muchas ideas y datos aplicables al anticlericalismo internacional y á la campaña anticlerical emprendida entre nosotros por imitación servil?

Por lo demás, queda patentizada la conjuración anticatólica protestante-liberal-masónica. Pero la Iglesia es antigua y de una experiencia muchas veces secular, para temer el triunfo de esas artimañas, tan opuestas á la libertad, como á la civilización y cultura de los pueblos.

Mas, se dirá ¿cómo se explica esa esperanza de triunfo ante los progresos de la incredulidad, del socialismo y de la anarquía, esto es, del anticlericalismo? ¿No prueban más bien que *la Iglesia se vá*, como afirman sus adversarios? No; de ninguna manera: mas bien la Iglesia adelanta y gana terreno con esos desmanes intolerantes é incultos. Lo que prueban es que la Iglesia es necesaria, porque con semejantes doctrinas y principios disolventes, no podría gobernarse la sociedad; se disolvería. Está, pues, más segura que nunca de la reacción sensata, y por tanto, de su triunfo.

Y si se nos pregunta también ¿cómo se explica, siendo la Iglesia la religión verdadera abso-

luta, esa lucha perpétua con sus adversarios? ó más bien ¿porqué tiene adversarios? Recordaremos estas notables palabras del Académico de Berlín, el célebre Goethe: «El verdadero, único y más profundo tema de la historia del mundo y de los hombres, y al que todos los demás están subordinados, será eternamente el conflicto entre la incredulidad y la fe.»

Así pues, hace tiempo que las potestades del averno están formadas en falanges *cerradas é impenetrables*, como dicen, organizadas hoy por la masonería y el anticlericalismo; pero el catolicismo aumenta y prospera á despecho de ataques furibundos, desleales é intemperantes por parte de los que, á pesar de proclamar para todos conciencia libre y pensamiento libre, les duele en lo más vivo, que los católicos, ó lo que llaman clericalismo, en uso de los derechos de su conciencia y de su pensamiento defiendan las enseñanzas de la Iglesia.

¡Qué lamentable contradicción! Los protestantes y liberales que, siguiendo su teoría del libre examen ó de la tolerancia absoluta, debieran ser los más tolerantes respecto á ideas y doctrinas, se ponen hechos unos energúmenos, porque los católicos no piensan como ellos, y llegan hasta el salvagismo y el terror en la persecución á la Iglesia y sus instituciones. Pero no prevalecerán, porque la barbárie no puede triunfar sobre la civilización, á no ser en épocas de retroceso, y esto de una manera transitoria.

Véase porqué con estas convicciones la Iglesia marcha serena, vigorosa y tranquila, aún en presencia del vandalismo destructor de sus adversarios, que dan lástima y compasión á esa eterna y augusta triunfadora de las herejías y

de la incredulidad, cualquiera que sea el cáriz que tome la lucha.

Ni tienen razón nuestros adversarios, cuando afirman que los católicos con su propaganda no hacen más que causar y producir la división en las sociedades y en el seno de las familias; pues el sofisma es evidente; ¿no somos los católicos la mayoría y la casi totalidad? Luego, con la propaganda lo que procuramos es conservar la unidad, en cuanto es posible, de la gran Iglesia católica, mayor en número de adeptos, que todas las demás sectas juntas. Luego, son ellos los que vienen á dividir las creencias, son sectarios, que se separan de la gran unidad católica, ya que solo la Iglesia por su naturaleza y esencia puede ser y debe ser la única religión de la humanidad; solo que Jesucristo ha querido que esto se realice por la convicción y la propaganda y no por imposición, ni por la persecución.

Pero, al fin, triunfará, como ha triunfado siempre, de todos sus adversarios. Su victoria es su fe, que salva al mundo y á la civilización, cualquiera que sea la invasión de bárbaros y la clase de barbárie que invada á las naciones.

Terminamos con la siguiente aclaración para aliento de los pusilánimes. Si la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo ¿por qué la vemos con frecuencia tan odiada y perseguida? Precisamente para que se cumpla esta señal profética acerca de sus verdaderos discípulos: «He aquí que seréis calumniados y perseguidos por causa de mi nombre», les dijo Jesucristo. Mat. X. 22.

INDICE

Págs.

Impugnación sumaria del protestantismo comparado con el catolicismo 1
Catolicismo y Protestantismo — Preámbulo . . . 1
I — *El Cristianismo y la Iglesia* — La Iglesia y las Iglesias separadas 5
No hay más que una sola Iglesia de Jesucristo — Artículos fundamentales 9
La Iglesia es la manifestación concreta del cristianismo 12
Las pruebas de la divinidad del cristianismo demuestran la divinidad de la Iglesia 15
Separarse de la Iglesia es separarse del cristianismo: La herejía 19
La Biblia no es la única regla de la fe. Escritura y tradición 22
Sin la Iglesia no existiría la Biblia, pero tampoco la fe 25
La sola Biblia no basta — Su interpretación por la Iglesia 33
Sólo de la autoridad de la Iglesia procede la certidumbre de la fe 39
Sin autoridad no hay Iglesia de Cristo 47
Sin la infalibilidad no hay autoridad en la Iglesia de Cristo 55
Notas adicionales — Reflexiones para los doctores protestantes 64
II — *La Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo* — Jesucristo funda la gerarquía en su Iglesia 75
Pedro es el Jefe Supremo de la Iglesia 78
Perpetuidad del primado de Pedro en la Iglesia . . 82
Funciones y poder del Papa en la Iglesia 88

Págs.

Las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica 91
La Iglesia romana es la Iglesia católica, una y única. 95
La Iglesia católica, además de única es apostólica . 100
La santidad en la Iglesia católica romana. . . . 105
Ausencia en las confesiones protestantes de los caracteres propios de la Iglesia. 110
Las sectas carecen de la nota de santidad . . . 117
La verdadera y la falsa reforma. 122
La Iglesia católica es la gran Iglesia de Jesucristo en todo su esplendor 129
Notas adicionales 136
Misiones católicas y protestantes. 138
Declaraciones del Comisario Wissmann 147
III — *Controversia apologética* — El Pontificado en la historia 155
Los crímenes de los Borgia 163
La Papisa Juana 174
Prejuicios y calumnias protestantes contra la Iglesia. 177
La moralidad de la Reforma y de los reformadores . 202
Tolerancia de religión 211
La Liga de Cristianos 230
La decadencia de la raza latina y la prosperidad de la sajona 238
El triunfo permanente de la Iglesia católica . . . 246
Notas adicionales — Vindicación de la Iglesia ante la sociedad moderna 267
La propaganda protestante-liberal-masónica contra el catolicismo 277
Apéndice 294